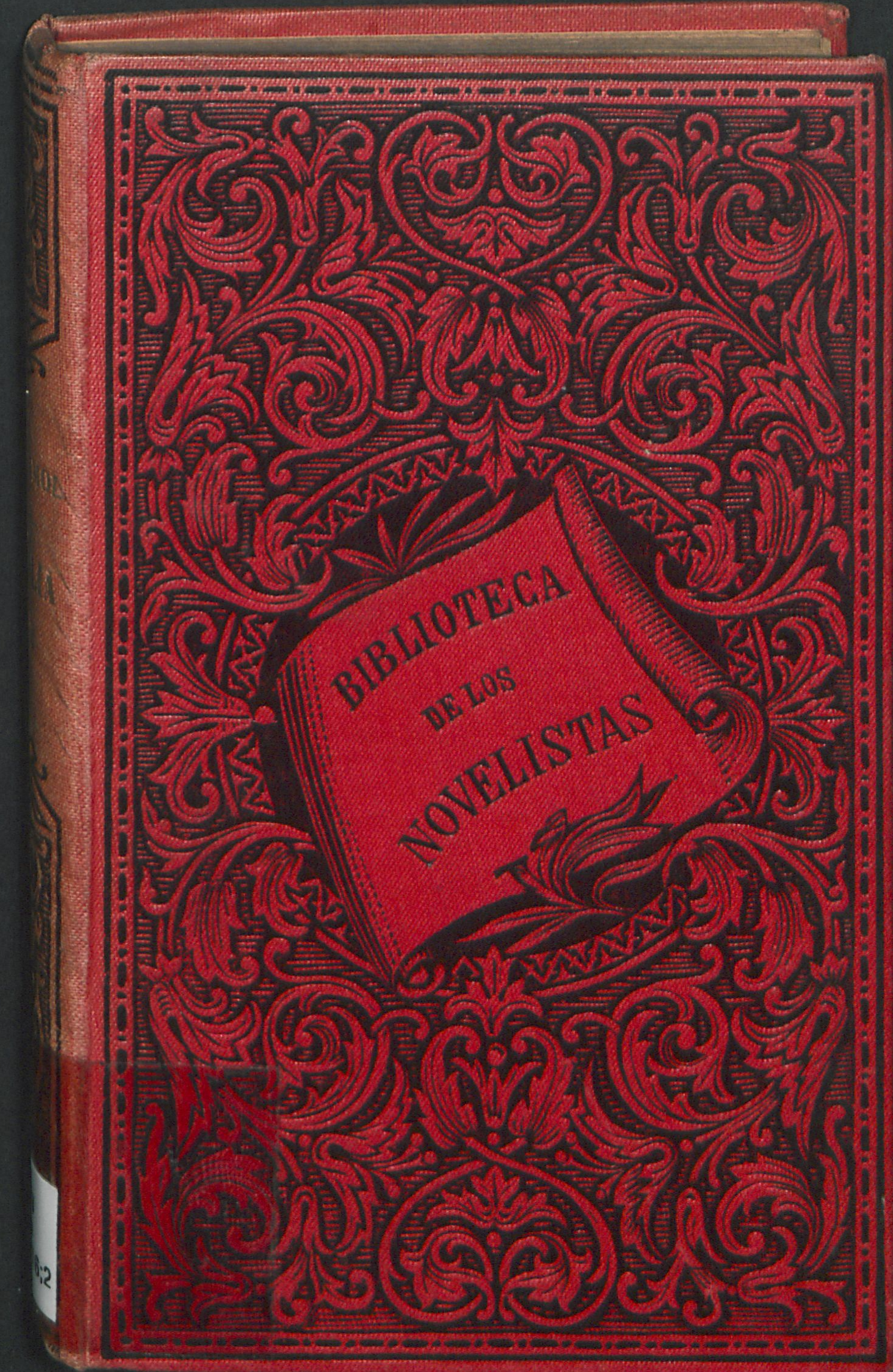

BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS





AMALIA

F. Rumler Suchminski

JOSÉ MÁRMOL

Buenos Aires, 1904.

104

AMALIA

NOVELA HISTÓRICA AMERICANA

TOMO SEGUNDO

DÉCIMA SEXTA EDICION

PARIS
GARNIER HERMANOS, EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1901





CAPÍTULO XII.

De cómo se leen cosas que no están escritas.

En la mañana siguiente á la noche en que ocurrieron los sucesos que acaban de conocerse, es decir, en la mañana del 6 de Agosto, la casa del dictador estaba invadida de una multitud de correos de la campaña que se sucedian sin interrupcion.

Á ninguno de ellos se le detenia en la *oficina*. El general Corvalan tenia órden de hacer entrar á todos al despacho de Rosas. Y el edecan de Su Excelencia, con la faja á la barriga, las charreteras á la espalda, y el espadin entre las piernas, iba y venía por el gran patio de la casa, cayéndose de sueño y de cansancio.

La fisonomía del dictador sombría estaba como la noche lóbrega de su alma. Él leia los partes de sus autoridades de campaña, en que le anunciaban el desembarco del general Lavalle, los hacendados que pasaban á encontrarlo con sus caballadas, etc., y daba las órdenes que creia convenientes para la campaña, para su acampamento general de Santos Lugares, y para la ciudad. Pero la desconfianza, esa víbora roedora en el corazon de los tiranos, infiltraba la incertidumbre y el miedo en todas sus disposiciones, en todos los minutos que rodaban sobre su vida.

Expedia una órden para que el general Pacheco se replegase al sur, y média hora despues hacia alcanzar al chasque, y volaba una órden contraria.

Ordenaba que Maza marchase con su batallon á reforzar á Pacheco; y diez minutos despues ordenaba que Maza se dispusiese á marchar con toda la artillería á Santos Lugares.

Nombraba jefes de dia para el comando interior de las fuerzas de la ciudad; y cada nombramiento era borrado y

sustituido veinte veces en el trascurso de un dia; todo era así.

Su pobre hija, que habia pasado en vela toda la noche, se asomaba de cuando en cuando al gabinete de su padre, á ver si adivinaba en su fisonomía algun suceso feliz que lo despejase del mal humor que le dominaba despues de tantas horas.

Viguá habia asomado dos veces su deforme cabeza por la puerta del gabinete que daba al cuarto contiguo al angosto pasadizo que cortaba el muro, á la derecha del zaguan de la casa; y el bufon de Su Excelencia habia conocido en la cara de los escribientes, que ese no era dia de farsas con el amo; y se contentaba con estar sentado en el suelo del pasadizo, comiéndose los granos de maíz que saltaban hasta él del gran mortero en que la mulata cocinera del dictador machacaba el que habia de servir para la *mazamorra;* que era de vez en cuando uno de los manjares exquisitos con que regalaba el voraz apetito de su amo.

Rosas escribia una carta, y los escribientes muchas otras, cuando entró Corvalan, y dijo :

— ¿Su Excelencia quiere recibir al señor Mandeville?

— Sí, que entre.

Un minuto despues el ministro de Su Majestad Británica entró haciendo profundas reverencias al dictador de Buenos Aires que, sin cuidarse de responder á ellas, se levantó y le dijo :

— Venga por acá, pasando del gabinete á su alcoba.

Sentóse Rosas en su cama, y Mandeville en una silla á su izquierda.

— ¿La salud de Vuestra Excelencia está buena? le preguntó el ministro.

— No estoy para salud, señor Mandeville.

— Sin embargo, es lo mas importante, contestó el diplomático pasando la mano por la felpa de su sombrero.

— No, señor Mandeville, lo mas importante es que los gobiernos y sus ministros cumplan lo que prometen.

— Sin duda.

— ¿Sin duda? Pues su gobierno y usted, y usted y su gobierno, no han hecho sino mentir y comprometer mi causa.

— ¡Oh, Excelentísimo Señor, eso es muy fuerte!

— Eso es lo que usted merece, señor Mandeville.

— ¿Yo?

— Sí, señor, usted. Hace año y medio que me está usted prometiendo, á nombre de su gobierno, mediar ó intervenir en esta maldita cuestion de los franceses. Y es su gobierno, ó usted, el que me ha engañado.

— Excelentísimo Señor, yo he mostrado á Vuestra Excelencia los oficios originales de mi gobierno.

— Entónces será su gobierno el que ha mentido. Lo cierto es que ustedes no han hecho un diablo por mi causa; y que por culpa de los franceses hoy está Lavalle á veinte leguas de aquí, y toda la república en armas contra mi gobierno.

— ¡Oh, es inaudita la conducta de los franceses!

— No sea usted zonzo. Los franceses hacen lo que deben, porque están en guerra conmigo. Son ustedes los ingleses los que me han hecho traicion. ¿Para qué son enemigos de los franceses? ¿Para qué tienen tanto barco y tanta plata, si cuando llega el caso de proteger un amigo, les tienen miedo?

— Miedo no, Excelentísimo Señor; es que la conveniencia de la paz europea, los principios del equilibrio continental.....

— ¡Qué equilibrio, ni qué diablos! Usted y sus paisanos pierden á menudo el equilibrio y nadie les dice nada. Traicion y nada mas que traicion, porque todos son unos, ó quizá porque usted y todos sus paisanos son tambien unitarios como los franceses.

— Eso no, eso no, Excelentísimo Señor. Yo soy un leal amigo de Vuecelencia y de su causa. Y la prueba de ello la tiene Vuecelencia en mi conducta.

— ¿En qué conducta, señor Mandeville?

— En mi conducta de ahora mismo.

— ¿Y qué hay ahora mismo?

— Ahora mismo estoy acá para ofrecer á Vuecelencia mis servicios personales en cuanto quisiera ocuparme.

— ¿Y qué haria usted si llegase el caso en que yo me viese perdido?

— Haria desembarcar fuerza de los buques de Su Majestad para venir á proteger la persona de Vuecelencia y su familia.

— ¡Bah! ¿Y usted cree que los treinta ó cuarenta ingle-

ses que bajasen, habrian de ser respetados por el pueblo si se levantase contra mí?

— Pero si no fueran respetados, las consecuencias serian terribles.

— ¡Sí! ¡y á mí me habria de importar mucho que los ingleses bombardeasen la ciudad despues que me hubiesen fusilado! Así no se protegen los amigos, señor Mandeville.

— Sin embargo.....

— Sin embargo, si yo fuera ministro inglés, si fuera Mandeville, y usted Juan Manuel Rosas, lo que yo haria seria tener una ballenera á todas horas á la orilla del bajo de la casa en que viviera, para cuando mi amigo Rosas llegase á ella, poder embarcarlo con facilidad.

— Oh, bien, bien, así lo haré.

— No, si yo no le digo que lo haga. Yo no necesito á ustedes para nada. Yo digo lo que haria en lugar de usted.

— Bien, Excelentísimo Señor. Los amigos de Vuecelencia velarán por su seguridad, miéntras el genio y el valor de Vuecelencia velan por los destinos de este hermoso país, y de la causa tan justa que sostiene. ¿Vuecelencia ha tenido noticias de las provincias del interior?

— ¿Y qué me importan las provincias, señor Mandeville?

— Sin embargo, los sucesos en ellas.....

— Los sucesos en ellas no me importan un diablo. ¿Usted cree que si yo venzo á Lavalle y lo echo derrotado á las provincias, tengo mucho que temer de los unitarios que se han levantado allá?

— Que temer, no; ¡pero la prolongacion de la guerra!

— Es lo que me daria el triunfo, señor Mandeville; contra mi sistema no hay mas peligros que los inmediatos á mi persona; pero los que están lejanos y duran mucho, eso me hacen bien, léjos de hacerme mal.

— Vuecelencia es un genio.

— Á lo ménos valgo mas que los diplomáticos de Europa. ¡Pobre de la federacion si hubiera de ser defendida por hombres como ustedes! ¿Usted sabe por qué á los unitarios se los llevó el diablo?

— Creo que sí, Excelentísimo Señor.

— No, señor, no sabe.

— Puede que esté equivocado.

— Sí, señor, lo está. Se los llevó el diablo porque se habian hecho franceses é ingleses.

— ¡Ah, las guerras locales!

— Las guerras nuestras, diga usted.

— Pues, las guerras americanas.

— No, las guerras argentinas.

— Pues, las guerras argentinas.

— Esas requieren hombres como yo.

— Indudablemente.

— Si yo venzo á Lavalle aquí, me rio de todo el resto de la república.

— ¿Vuestra Excelencia sabe que el general Paz ha marchado para Corrientes?

— ¿No ve? ¿no ve si son zonzos los unitarios?

— Cierto, el general Paz no hará nada.

— No, no es que no hará nada. Puede hacer mucho. Son zonzos por otra cosa. Son zonzos porque uno se va por un lado, otro se va por otro, y están todos divididos y peleados, en vez de juntarse todos y venírseme encima como lo ha hecho Lavalle.

— Es la providencia, Excelentísimo Señor.

— Ó el diablo. Pero usted quiso decirme algo de las provincias.

— Es verdad, Excelentísimo Señor.

— ¿Y qué hay?

— Vuestra Excelencia no puede perder su tiempo en esas cosas.

— ¿Pero en qué cosas, señor Mandeville?

— ¿Vuestra Excelencia no ha tenido noticias de La-Madrid, ni de Brizuela?

— Son viejas las que tengo.

— Yo he recibido algunas por Montevideo.

— ¿Cuándo?

— Anoche.

— ¿Y viene usted á las doce del dia á decírmelo?

— No, señor. Son las diez.

— Bueno, las diez.

— Yo siempre soy perezoso para lo que no dice relacion con la prosperidad de Vuestra Excelencia.

— Luego, ¿son malas las noticias?

— Exageraciones de los unitarios.

— ¿Y qué hay? Acabe usted, dijo Rosas con una inquietud malísimamente disimulada en su semblante.

— En mi correspondencia particular se me dice lo siguiente, dijo Mandeville sacando unos papeles de su bolsillo.

— Pero ántes ¿quiere Vuestra Excelencia que lea? agregó.

— Lea, lea.

El señor Mandeville leyó :

« Á principios de Julio el general La-Madrid pisó el territorio de Córdoba.

» Una carta datada el 9 de Julio, en Córdoba, da el siguiente resúmen de las operaciones del ejercito de los unitarios :

» Madrid viene á la cabeza de tres mil quinientos hombres y diez piezas de artillería.

» El coronel Acha á la cabeza de nueve cientos catamarqueños ha campado en la *Loma Blanca*, estancia del finado Reynafé, limítrofe con Catamarca.

» El coronel Casanova se ha alzado con las milicias de Rio-Seco y el Chañar.

» El coronel Sosa, con los coraceros de Santa Catalina, ha hecho igual movimiento. »

— Hasta aquí lo que hay en la carta relativo á las provincias.

— No es poco. Pero están muy léjos, contestó Rosas, á quien en efecto los sucesos de las provincias inquietaban poco, por cuanto tenia á sus puertas un peligro mayor en esos momentos.

— ¡Oh, muy léjos! contestó el señor Mandeville.

— ¿Y qué mas le escriben á usted?

— Me adjuntan esta proclama de Brizuela.

— Á ver, léala.

¡DIOS Y LIBERTAD!

El Gobernador y Capitan General de la Provincia de la Rioja, Brigadier D. T. Brizuela á sus compatriotas.

« ¡Hermanos y compatriotas! Las heróicas provincias de Tucuman, Salta, Jujuí y Catamarca, irritadas con la presencia de los males que el tirano de Buenos Aires hace pesar

sobre la república entera, y queriendo preservarla para siempre de las perfidias y asechanzas de aquel, han levantado su tremenda voz, y dicho : ¡Viva la libertad argentina! ¡muera el usurpador Rosas! Este grito tan análogo al corazon de los riojanos fué la chispa eléctrica que los inflamó, y el 5 del corriente mes de América, por el órgano de sus R R. respondieron y han jurado no permitir que los malvados osen poner su inmunda planta sobre el altar santo de la patria.

» ¡Compatriotas! El usurpador D. J. M. Rosas, allá en el sangriento elaborotorio de una alma depravada, tenia decretado el extèrminio de la república : todas las provincias debian ser convertidas en hordas de salvajes habitantes del desierto. Los campeones de la libertad : los que dieron patria á tantos pueblos con su espada y su saber : los que hicieron clásica la tierra del sol, presentarian un espectáculo admirable al mundo viejo, por la perfidia del tirano Rosas quedarian errantes y sin término; y donde sobran recursos á las fieras y á las aves de rapiña, nuestros valientes, sus esposas y sus hijos, no encontrarian un solo árbol que los consolase con su sombra. Entretanto, volved la vista hácia el tirano : él rie cuando la naturaleza y la humanidad lloran á su lado. Él duerme tranquilo cuando la injusticia y el puñal alevoso le hacen la centinela ; él por fin se divierte y entretiene creando escarapelas y divisas de la sangre misma que hace verter. Esta pintura es horrible pero exacta.

» ¡Paisanos! No permítamos que el sol de América, su Dios en otro tiempo, desde su alto cenit nos diga : « dejád esa tierra que no debéis pisar, no merecéis que os alumbre : los sepulcros que há mas de trescientos años abristeis son mas dignos que vosotros de mi claridad y esplendor. » Amigos : no, no es posible ; hagamos por no merecer tan humillante como justa reconvencion; principiemos por ser libres, abramos las puertas á todos los desgraciados, enjuguemos las lágrimas de tantas madres y esposas abandonadas á la horfandad y miseria, consolémoslas en su amargo llanto; pero enristremos nuestras lanzas contra los desnaturalizados que intentan sofocar en nuestro corazon tan dulce sentimiento. No confiemos mas la suerte de nuestra patria à los caprichos y venganzas de un hombre solo ; carguemos sobre nuestros propios hombros el peso grave de nuestros

destinos. Nos falta mucho es verdad, pero sabed que la sinceridad y la buena fe son preferibles á las letras dolosas y á la filosofía armada : premunidos con aquellas cualidades, arrojémonos á plantear el árbol santo de la libertad, garantida por una constitucion, ante la cual el grande, el pequeño el fuerte, el débil queden asegurados en sus derechos y propiedades.

» Tales son los votos que animan á vuestro compatriota y amigo.

» TOMAS BRIZUELA.

» *Está conforme* — ERSILVENGOA. »

— ¡ Bah, palabras bonitas de los unitarios!

— ¡ Oh, nada mas! contestó el dócil ministro de la Gran Bretaña.

— ¿ Sabe algo mas?

— La anarquía entre Rivera y los emigrados argentinos; entre Rivera y Lavalle; entre los amigos del gobierno delegado y Rivera, y entre todo el género humano continúa haciendo prodigios en la república vecina.

— Ya lo sé, ¿ y de Europa?

— ¿ De Europa?

— Sí, no hablo en griego.

— Creo, Excelentísimo Señor, que la cuestion de Oriente se ha complicado mas, y que las oficiosidades del gobierno de mi Soberana darán una pronta y feliz solucion á la injusta cuestion promovida por los franceses al gobierno de Vuecelencia.

— Eso mismo me decia usted hace un año.

— Pero ahora tengo datos positivos.

— Los de siempre.

— La cuestion de Oriente.....

— No me hable mas de eso, señor Mandeville.

— Bien, Excelentísimo Señor.

— Que se los lleve el diablo á todos, es lo que yo deseo.

— Los negocios están muy gravemente complicados.

— Sí, está bueno, ¿ y no sabe mas?

— Por ahora nada mas, Excelentísimo Señor. Espero el paquete.

— Entónces usted me dispensará, porque tengo que hacer, dijo Rosas levantándose.

— Ni un minuto quiero que pierda Vuecelencia su precioso tiempo.

— Sí, señor Mandeville, tengo mucho que hacer, porque mis amigos no me saben ayudar en nada.

Y Rosas salió del cuarto llevando en pos de sí al señor Mandeville, mas débil y sumiso y humillado que el último lacayo de la federacion de entónces.

Mas por un efecto de distraccion que por civilidad, Rosas acompañó al ministro hasta la puerta de su anti-gabinete, que daba al pasadizo, en cuya encontraron á Manuela dando órdenes á la mulata cocinera que continuaba en su faena del maíz.

Se deshacia Mandeville en cortesías y cumplimientos á la hija del restaurador, cuando Rosas, por una de esas súbitas inspiraciones de su carácter, mitad tigre y mitad zorro, mitad trágico y mitad cómico, con los ojos y con las manos hacia violentas señas á su hija, que con trabajo pudo al fin comprender la pantomima de su padre.

Pero la perplejidad quedó pintada en el semblante de la jóven cuando comprendió lo que se le ordenaba hacer; no sabiendo, ni lo que contestaba al señor Mandeville, ni si debia ó no ejecutar la voluntad de su padre. Una mirada de él, sin embargo, amilanó el espíritu domeñado de Manuela; y esta primera víctima de su padre tomó de manos de la mulata la maza con que machacaba el maíz, y, enrojecido su semblante y trémulas sus manos, continuó en el mortero la operacion de la criada.

— ¿Usted sabe para qué es ese maíz que pisa mi hija, señor Mandeville?

— No, Excelentísimo Señor, respondió el ministro paseando sus ojos alternativamente de Manuela á su padre, y de la cocinera á Viguá sentado al pié del mortero.

— Eso es para hacer mazamorra, dijo Rosas.

— ¡Ah!

— ¿Usted no ha comido mazamorra?

— No, Excelentísimo Señor.

— Pero esta muchacha no tiene fuerzas. Toda la mañana se la ha llevado en eso, y el maíz todavía está entero. Mírela, ya no puede de cansada. Vaya! levántese Su Reverencia, padre Viguá, y ayude un poco á Manuela, porque el señor Mandeville tiene las manos muy delicadas, y es ministro.

— ¡Oh, no, Señor Gobernador! Yo ayudaré con mucho gusto á la señorita Manuelita, dijo Mandeville acercándose al mortero y tomando la maza de manos de Manuela, que á una seña de su padre se la entregó sin vacilar, comprendiendo entónces la idea que habia tenido, y sonriendo de ella.

El ministro de Su Majestad Británica caballero Mandeville se dobló los puños de batista de su camisa, y empezó á machacar el maíz á grandes golpes.

— Así; nadie diria que es inglés, sino criollo; así se pisa, ¿ves, Manuela? Aprende, decia Rosas, saltándole el alma y la risa en el cuerpo.

— ¡Oh! es una ocupacion muy fuerte para una señorita! exclamó el señor Mandeville, siempre machacando y haciendo saltar una lluvia de fragmentos de maíz sobre el padre Viguá que se los devoraba con mucho gusto.

— Mas fuerte, señor Mandeville, mas fuerte. Si el maíz no se quiebra bien, la mazamorra sale muy dura.

Y el ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de Su Majestad la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, continuaba machacando el maíz para la mazamorra del dictador argentino.

— ¡Tatita!

Rosas le tiró del vestido á su hija para que callase y prosiguió :

— Si se cansa, deje, no mas.

— ¡Oh, no, señor Gobernador, no! le contestó Mandeville dando cada vez mas fuerte, y empezando á sudar por todos sus poros.

— ¿Á ver? Espérese un poquito, dijo Rosas acercándose al mortero y revolviendo los granos con su mano. Ya está bueno, prosiguió despues de examinar el maíz, esto es saber hacer las cosas.

Y á tiempo de concluir esas palabras, Doña María Josefa Ezcurra apareció en la escena.

— ¿Le parece bien á Vuecelencia? preguntó Mandeville desdoblándose sus puñitos de batista, despues haber saludado á la recien venida.

— Muy bueno está, señor ministro. Manuela, acompaña al señor Mandeville, ó llévalo á la sala si quiere. Conque, hasta siempre, mi amigo. Estoy muy ocupado, como usted sabe, pero yo siempre soy su amigo.

— Tengo mucho honor en creerlo así, Excelentísimo Señor, y yo no olvidaré lo que Vuecelencia haria en mi lugar si yo estuviera en lugar de Vuecelencia, dijo el ministro marcando sus palabras para recordar á Rosas que tenia presente su proyecto de la ballenera.

— Haga usted lo que quiera. Buenos dias.

Y Rosas se volvió á su gabinete acompañado de su cuñada, miéntras el señor Mandeville daba el brazo á Manuela y pasaba con ella al gran salon de la casa.

— Buenas noticias, le dijo Doña María Josefa al entrar.

— ¿De quién?

— De aquella ánima que se nos habia escapado el 4 de Mayo.

— ¿Lo han agarrado? preguntó Rosas resplandeciéndole los ojos.

— No.

— ¿No?

— Pero lo agarraremos. Cuitiño es un bruto.

— ¿Pero dónde está?

— Á sentarnos primero, dijo la vieja, pasando con Rosas del gabinete á la alcoba.

CAPÍTULO XIII.

Cómo sacamos en limpio que D. Cándido Rodríguez se parecia á D. Juan Manuel Rosas.

En esa misma mañana en que su señoría el señor ministro plenipotenciario de Su Majestad Británica machacaba el maíz para la mazamorra de Rosas, nuestro antiguo amigo Don Cándido Rodríguez se paseaba en el largo zaguan de su casa, cerca de la Plaza Nueva, metido entre su sobretodo color pasa que lo habia acompañado en sus sustos del año de 1820; con un gorro blanco metido hasta las orejas; dos grandes hojas de naranjo pegadas con sebo en las sienes; unos viejos zapatos de paño que le servian de pantuflas, y las manos en los bolsillos del sobretodo.

Lo irregular de su paso, las ojeras que bordaban sus pár-

pados, y las gesticulaciones repentinas en su fisonomía daban á entender que habia pasado mala noche, y que se hallaba en momentos de un diálogo elocuente consigo mismo.

Dos golpes dados á la puerta lo pararon súbitamente en sus paseos.

Se acercó á ella, miró por la boca-llave ántes de preguntar quién era, y no viendo sino el pecho de una persona, se atrevió á interrogar con una voz notablemente trémula:

— ¿Quién es?

— Soy yo, mi querido maestro.

— ¿Daniel?

— Sí, Daniel; abra usted.

— ¿Que abra?

— Sí, con todos los santos del cielo, eso es lo que he dicho.

— ¿Eres tú, en efecto, Daniel?

— Creo que sí, hágame usted el favor de abrir y me verá.

— Oye: pon tu cara en línea recta, horizontal con el ojo de la llave, pero separado á una tercia ó média vara de él, para que yo pueda dirigir mi visual y conocerte.

Daniel tuvo intencion de dar una patada en la puerta y hacer saltar el picaporte, pero no pasó de intencion y tuvo que hacer lo que su intransigible maestro le ordenaba.

— ¡Ah! eres tú, en efecto! dijo Don Cándido, y abrió la puerta.

— Sí, señor, yo soy; yo que tengo demasiada paciencia con usted.

— Espera, detente, Daniel, no sigas mas adelante, exclamó Don Cándido tomando la mano á su discípulo.

— ¿Qué diablos significa esto, señor Don Cándido? ¿Por qué no puedo seguir mas adelante?

— Porque quiero que entres aquí á este cuarto de Nicolasa, respondió Don Cándido señalando la puerta de una habitacion que daba al zaguan.

— Ante todas cosas, ¿ha sucedido algo?

— Nada, pero ven al cuarto de Nicolasa.

— ¿Es usted el que va á hablarme ahí?

— Yo, yo mismo.

— Malo.

— Cosas muy sérias.
— Peor.
— Ven, Daniel.
— Con una condicion.
— Impon, ordena.
— Que la conversacion no pasará de dos ó tres minutos.
— Ven, Daniel.
— ¿Acepta usted?
— Acepto, ven.
— Vamos allá.

Y Daniel llevado por la mano de su antiguo maestro entró al cuarto de la provinciana sirvienta de él, y sentóse sobre una vieja silla de vaqueta.

Don Cándido se paró á su lado y extendiendo el brazo le dijo :

— Tómame el pulso, Daniel.
— ¿Yo?
— Sí, tú.
— ¿Y qué diablo quiere usted que haga yo con su pulso?
— Ver la fiebre que me devora, que me consume, que me abrasa desde anoche. ¿Qué quieres hacer de mí, Daniel? ¿Qué hombre es este que has metido en mi casa?
— ¡Ahora salimos con esas! ¿No lo conoce usted ya?
— Lo conocí de niño, como te conocí á ti y á tantos otros, cuando era infante, tierno, é inocente como todos los niños. ¿Pero sé yo acaso cuál es su vida actual, cuáles sus opiniones, cuáles sus compromisos? ¿Puedo creer que es un inocente cuando me lo traes entre el lóbrego misterio de la noche, y cuando me ordenas que nadie lo vea y que á nadie hable de este asunto? ¿Puedo creer que es un amigo del gobierno cuando lo veo sin una sola de las divisas federales, y con una corbata blanca y celeste? ¿No debo deducir de todo esto, por una lógica concluyente, que aquí hay alguna intriga política, alguna conspiracion, algun complot, alguna revolucion en que yo estoy tomando parte sin saberlo y sin quererlo; yo, un hombre pacífico, tranquilo y sosegado; yo que por mi grave y circunspecta posicion actual como secretario de Su Excelencia el señor ministro Arana, que es un hombre excelente como su señora y toda su respetabilísima familia y hasta sus criados, debo ser por fuerza, por necesi-

dad, circunspecto y leal á mis deberes oficiales? ¿Te parece?.......

— Me parece que usted ha perdido el juicio, señor Don Cándido, y como yo no quiero perder el mio, ni perder mi tiempo, bueno será que demos por concluida nuestra conferencia, y me permita usted pasar á ver á Eduardo.

— ¿ Pero hasta cuándo va á estar en mi casa ?

— Hasta que Dios quiera.

— Pero eso no puede ser.

— Eso será, sin embargo.

— ¡ Daniel !

— Señor Don Cándido, mi distinguido maestro, recapitulemos en dos palabras la posicion de todos.

— Sí, recapitulemos.

— Óigame usted : para escudarse de los peligros que la federacion le pudiera hacer correr á usted en la época actual, lo he colocado de secretario privado del señor Arana, ¿ no es cierto?

— Exactamente.

— Bien, pues; el señor Arana y todos sus secretarios, es muy probable que sean colgados de un dia á otro, no por órden de las autoridades, sino por órden del pueblo que puede levantarse contra Rosas de un momento á otro.

— ¡ Oh! exclamó Don Cándido, abriendo tamaños ojos.

— Colgados, sí, señor, repitió Daniel.

— ¿ Los secretarios tambien ?

— Tambien.

— ¿Sin ser por equivocacion?

— Sin ser por equivocacion.

— ¡ Es espantoso !

— Los secretarios junto con el ministro.

— De manera, que si dejo mi empleo de secretario, la Mashorca me degüella ; y si no lo dejo, el pueblo me ahorca; y todavía, en cualquiera de los dos casos, me puede suceder una desgracia por equivocacion.

— Exactamente, eso sí es lógica.

— ¡ Lógica de los infiernos, Daniel ; lógica que me va á costar la vida, por tu causa !

— No, señor, no le costará á usted nada, si usted hace cuanto yo quiero.

— ¿ Y qué he de hacer? habla.

— Voy á ponerle á usted el dilema en otro sentido : estamos en el momento de crísis; en ella, ó Rosas ha de triunfar de Lavalle, ó Lavalle de Rosas, ¿no es así?

— Cierto, así es.

— Bien pues : en el primer caso, usted tiene en Don Felipe Arana un apoyo para continuar en su próspera fortuna; y en el segundo, usted tiene en Eduardo la mejor tijera para cortar la soga del pueblo.

— ¿En Eduardo?

— Sí, y no hay mas que hablar sobre esto, ni repetirlo.

— De modo que.....

— De modo que usted tiene que guardar á Eduardo en su casa hasta que yo determine.

— Pero.....

— Otro hombre ménos generoso que yo, compraria el secreto de usted, diciéndole : Señor Don Cándido, muy buena está la órden del ejército de Lavalle que me ha dado usted anoche copiada de su puño y letra, y á la menor indiscrecion suya, ese documento irá á manos de Rosas, señor Don Cándido.....

— ¡Basta, basta, Daniel!

— Bien, basta. ¿Entónces estamos de acuerdo?

— De acuerdo. ¡Oh Dios mio, yo estoy como Rosas; soy igual á él en organizacion, está visto! exclamó Don Cándido paseándose precipitadamente por el cuarto de Nicolasa, y apretándose contra las sienes los parches de naranjo.

— ¿Que usted es igual á Rosas en organizacion?

— Sí, Daniel, idéntico.

— ¡Diablo! ¿Me hace usted el favor de explicarme eso, señor Don Cándido? Porque si es así, entre Eduardo y yo podríamos hacer ahora mismo un gran servicio á la humanidad.

— Sí, Daniel, igual, igual, dijo Don Cándido, sin com prender la burla de Daniel.

— ¿Pero igual en qué?

— En que tengo miedo, Daniel; miedo de cuanto me rodea.

— ¡Hola! ¿Y usted sabe que el señor gobernador tiene miedo?

— Sí, lo sé. Ayer á la oracion miéntras yo escribia, es decir, miéntras sacaba copias de los documentos que te en-

señé mas tarde; porque siguiendo tus órdenes, saco siempre una copia de mas, el señor ministro conversaba muy quedito con el señor Garrigós, y ¿sabes lo que le decia?

— Si usted no me lo dice, no creo que podré adivinarlo.

— Le decia que el señor gobernador habia hecho poner á bordo de la *Acteon* cuatro cajones de onzas; y que estaba viendo el momento en que Su Excelencia se embarcaba porque tiene *miedo de la situacion que le rodea.*

— ¡Hola!

— Esas son las palabras textuales del señor ministro.

— ¡Diablo!

— Y eso es lo mismo que siento yo : *miedo de la situacion que me rodea.*

— ¿Tambien, eh?

— Tambien, sí. Y es por eso que he dicho que me parezco á Su Excelencia, porque es muy explicativo, muy elocuente, muy terminante, el que en unos mismos momentos él y yo sintamos unas mismas impresiones.

— Cierto, dijo Daniel pensando en las palabras de Don Cándido.

— Y ese fenómeno no tendria lugar si él y yo no tuviésemos organizaciones idénticas, iguales, igualmente impresionables.

— ¿Conque, cuatro cajones de onzas, á bordo de la *Acteon?*

— Cuatro cajones.

— ¿Y que tiene miedo?

— Miedo, eso fué lo que dijo.

— ¿Y el señor Arana, no dijo alguna cosa relativa á él?

— Claro está que dijo, porque el señor ministro tiene una lógica tan concluyente como la mia : « Es preciso que pensemos tambien en nosotros, amigo mio, le dijo á Garrigós. Nosotros no hemos hecho mal á nadie ; al contrario, hemos hecho todo el bien que hemos podido ; pero será bueno que tratemos de embarcarnos inmediatamente que el señor gobernador lo haga. » Y esto es lógico, Daniel ; así como yo digo, que si siento que el ministro se embarca, me embarco yo, aunque sea por el Riachuelo, y para ir á la isla de Casajema.

— ¿Y Garrigós dijo algo?

— Fué de distinta opinion.

— ¿Opinaba el quedarse?

— No: trató de demostrar á Don Felipe, al señor ministro quise decir, que lo mas prudente era no esperar á que el gobernador se embarcase, en el caso que la situacion se fuera haciendo mas peligrosa. Pero á lo último continuaron hablando tan despacio que no pude oir mas.

— Sin embargo, es preciso que otra vez tenga usted los oídos mas abiertos.

— ¿Estás incomodado, mi querido y estimado Daniel?

— No, señor, no. Pero así como yo lleno á usted de garantías presentes y futuras, quiero de usted circunspeccion y servicios activos.

— Cuanto yo pueda, Daniel. ¿Pero crees que corro peligro actualmente?

— Ninguno.

— ¿Eduardo estará muchos dias aquí?

— ¿Tiene usted una completa confianza en Nicolasa?

— Como de mí mismo. Odia á toda esta gente desde que le mataron á su hijo, á su bueno, á su leal, á su tierno hijo; y desde que ha sospechado que Eduardo está escondido, le sirve con mas prolijidad que á mí, con mas esmero, con mas puntualidad, con.....

— Vamos á ver á Eduardo, señor Don Cándido.

— Vamos, mi querido y estimado Daniel; está en mi gabinete.

CAPÍTULO XIV.

Los dos amigos.

— Vamos, pero hasta la puerta del gabinete solamente, porque yo soy el médico del alma de ese hombre, y sabe usted que los médicos tienen siempre que hablar solos con sus enfermos.

— ¡Ah, Daniel!

— ¿Qué hay, señor?

— Nada, entra; pasa adelante; yo me voy á la sala, dijo

Don Cándido al entrar Daniel al lugar clasificado de gabinete, y volviendo sobre sus pasos.

— Buen dia, mi querido Eduardo, dijo Daniel á su amigo sentado en la vieja poltrona de Don Cándido, delante de su mesa de escribir.

— Bien podias haberme tenido hasta mañana en esta maldita cárcel sin saber una palabra de nadie, dijo Eduardo.

— ¡Ah! ¿ empezamos por reconvenciones?

— Me parece que tengo razon : son las diez de la mañana.

— Cierto, las diez.

— Y bien ¿qué es de Amalia?

— Muy buena está, gracias á Dios, pero no gracias á tí, que haces todo lo posible por que lo pase mal.

— ¿Yo?

— Tú, sí; y ahí está la prueba, dijo Daniel señalando ocho ó diez pliegos de papel dispersos sobre la mesa, en cada uno de los cuales habia el nombre de Amalia veinte ó treinta veces escrito á la ancho, á lo largo, al sesgo, de todos modos, y con infinitas formas de letra.

— ¡Ah! exclamó Eduardo poniéndose colorado y juntando todos los papeles.

— Tú te entretenias en esto, mi querido Eduardo, y nada mas natural; pero en tu situacion es preciso que á lo conveniente ceda el lugar lo natural; y como conviene que nadie sepa que tienes tanto amor á ese nombre, bueno será hacer esto, dijo Daniel tomando los papeles de mano de Eduardo, enrollándolos y tirándolos á una vieja chimenea que se encendia quince ó veinte dias en cada invierno en el gabinete de Don Cándido, para secar la humedad de las paredes, segun él decia, porque el fuego continuo le hacia mal; encendida ese dia por consideraciones á su huésped por fuerza.

— Bien, te concedo que tienes razon, Daniel, pero yo quiero volverme á Barrácas ahora mismo.

— Comprendo que lo quieras.

— Y lo haré.

— No, no lo harás.

— ¿ Y quién me lo impedirá?

— Yo.

— ¡ Oh! caballero, eso es abusar demasiado de la amistad.

— Si usted lo cree así, señor Belgrano, nada mas sencillo entónces.

— ¿ Cómo?

— Que usted puede irse á Barrácas cuando quiera, pero debo prevenirle que cuando usted llegue, se encontrará solo en la casa, porque mi prima no estará en ella.

— ¡ Por Dios! Daniel, por Dios! ¡ no mortifiques mas mi situacion! Yo no sé lo que digo.

— ¡ Vaya! al cabo has dicho una cosa racional, y ahora que has empezado á tener razon, oye todo lo que hay.

Y Daniel refirió sucintamente á Eduardo todas las ocurrencias de la noche anterior, como tambien la invasion del general Lavalle.

— Cierto, cierto. ¡ Yo no puedo ya habitar en Barrácas sin comprometerla! dijo Eduardo poniendo el codo sobre la mesa y reclinada su frente en la palma de su mano.

— Eso es hablar con juicio, Eduardo. Hoy no hay otro medio de salvar á Amalia que poniéndote léjos de la mano de Rosas, porque aun cuando yo pudiera salvarla de los insultos de la Mashorca, ó de una medida torpe del tirano, yo no tendria poder para libertarla de los rigores de su propia organizacion, si te acaeciera una desgracia. Amalia está apasionada. Su naturaleza sensible y su imaginacion exaltada la llevarian al último extremo de la vida, ó del infortunio, si llegase hasta su corazon una sola gota de tu sangre.

— ¿ Y qué hago, Daniel, qué hago?

— Desistir de la idea de verla por algunos dias.

— Imposible.

— La pierdes entónces.

— ¿ Yo?

— Tú.

— ¡ Oh! no puedo, no!

— No la amas, entónces.

— ¡ Que no la amo! Oh! sí, sí; no la amo como ella se merece ser amada, porque para Amalia se necesita un Dios, y soy un hombre; ella se merece el amor del cielo y de la tierra, y yo no puedo darla sino el amor de mi alma. ¡ Ah! Daniel, desde anoche me parece que me falta la luz, porque sus ojos no la derraman sobre los mios; me parece que me falta el aire de mi existencia, porque no lo aspiro en sus

alientos. ¡Que no la amo! Oh! Dios mio, Dios mio! exclamó Eduardo ocultando su frente entre sus manos.

Un momento de silencio se estableció entre los jóvenes. Daniel respetaba en ese momento esa noble pasion del amor, obra de Dios para las almas generosas y grandes, que él sentia tambien aunque sin la exaltacion de su amigo; porque ni el amor por su Florencia tenia obstáculos que le irritasen, ni su espíritu estaba ajeno á otras nobles y grandes impresiones que le distraian; ni él tenia tampoco la organizacion reconcentrada de Eduardo, en la cual, por esa desgraciada condicion, las pasiones, la felicidad y la desgracia obraban sus efectos con mas poder.

— Pero no ; esto es ser demasiado débil. ¿Qué es lo que decias que debo hacer, Daniel? dijo Eduardo sacudiendo su cabeza, echando atras las hebras de sus cabellos de ébano que caian sobre sus sienes pálidas, y mirando tranquilamente á su amigo,

— No ver á Amalia en algunos dias.

— Bien.

— Si los sucesos políticos alcanzan pronto el fin que les deseamos, entónces todo está ganado en tus negocios.

— Sí, cierto.

— Si, por el contrario, los sucesos no alcanzan ese fin, es necesario entónces que emigres.

— ¿ Solo?

— No, no irás solo.

— ¿Irá Amalia? ¿Crees que quiera seguirme?

— Sí, lo creo perfectamente. Pero ademas de Amalia irán otras personas de tu relacion.

— ¡Oh! Sí, vamos al extranjero, Daniel, el aire de la patria mata á sus hijos hoy, nos sofoca.

— No importa, es necesario respirarlo como se pueda hasta haber perdido toda esperanza.

— ¿Pero, y si los sucesos se demoran mucho tiempo?

— No es posible.

— Nada mas fácil de suceder, sin embargo. Un contratiempo cualquiera puede detener las operaciones de Lavalle, y entónces.....

— Entónces todo se habrá perdido ; porque la demora es la ruina para Lavalle, en el estado actual de las cosas.

— Pero, no, amigo mio, no estará perdido; y porque no

estará, estaremos todos los dias esperando que al siguiente entre Lavalle.

— Lo esperarán otros, pero yo no, Eduardo. El personal del ejército libertador es infinitamente inferior en número al de Rosas. Y los recursos de este son en relacion de mil á uno, comparados con los de nuestro bravo general. En favor de este, pues, no hay mas que la impresion moral que ha causado su inesperada presencia en la provincia, y los antecedentes casi romancescos de su valor personal, y del entusiasmo de sus jóvenes soldados. Pero si el momento de esa impresion se pierde, todas las probabilidades estarán entónces en contra de la cruzada.

— Pero bien, supongamos el caso de una prolongacion de tiempo en la guerra; ¿cómo vivir entónces separado de Amalia tanto tiempo, Daniel?

— Si llegara ese caso, la verias, pero no en Barrácas.

— ¿Puedo entrar un momento, mis queridos y estimados discípulos? dijo Don Cándido, asomando la borlita de su gorro blanco por la puerta del gabinete, que entreabrió.

— Adelante, mi querido y estimado maestro, dijo Daniel.

— Hay una novedad, Daniel, una ocurrencia, una cosa.....

— ¿Usted me hará el favor de decírmela de una vez, señor Don Cándido?

— Es el caso que yo me paseaba en el zaguan, porque cuando tengo un poco de dolor de cabeza como al presente, me hace bien el pasearme, como tambien el ponerme unos parches de hojas de naranjo. Porque habéis de saber, hijos mios, que las hojas de naranjo con sebo tienen sobre mi organizacion la virtud específica.....

— De mejorar á usted y enfermar á los otros. ¿Qué es lo que hay? preguntó el impaciente Daniel.

— A eso camino.

— ¡Pero llegue usted de una vez, con todos los santos!

— Ya llego, genio de pólvora; ya llego. Me paseaba en el zaguan, decia, cuando sentí que álguien se paró á la puerta. Me acerqué indeciso, vacilante, dudoso. Pregunté quién era. Me convencí de la identidad de la persona que me respondió, Y entónces abrí: ¿quién te parece que era, Daniel?

— No sé, pero me alegraria de que hubiese sido el diablo, señor Don Cándido, dijo Daniel dominando su impaciencia como era su costumbre.

— No, no era el diablo, porque ese parece que no se desprende de mi levita hace tiempo. Era Fermin, tu leal, tu fiel, tu....

— ¿Fermin está ahí?

— Sí. Está en el zaguan, dice que quiere hablarte.

— ¡Acabara usted, con mil bombas! exclamó Daniel saliendo apresuradamente del gabinete.

— ¡Qué genio! Se ha de perder, se ha de estrellar contra el destino. Oye tu, Eduardo; tú que pareces mas circunspecto, aun cuando despues que saliste de la escuela en que eras quieto, tranquilo, estudioso, no he tenido la satisfaccion de tratarte; es necesario que tengas mucha cautela en la situacion actual. Díme: ¿por qué no entras hoy mismo á estudiar con los jesuítas y te entregas á la carrera eclesiástica?

— ¿Señor, me hace usted el favor de dejarme el alma en paz?

— ¡Ay, malo! ¿Tambien eres tú como tu amigo? ¿Y qué pretendéis, jóvenes extraviados en la carrera tortuosa, en la pendiente rápida en que os habéis lanzado?

— Pretendemos que nos deje usted solos un momento, señor Don Cándido, dijo Daniel que entraba al gabineté á tiempo que su respetable maestro de primeras letras empezaba la interrumpida frase de su valiente apóstrofe.

— ¿Nos amenaza algun peligro, Daniel? preguntó D. Cándido, mirando tímidamente á su discípulo.

—Ninguno absolutamente. Son asuntos mios y de Eduardo.

— Pero es que nosotros tres estamos hoy formando un solo cuerpo indivisible.

— No importa, lo dividiremos momentáneamente. Háganos usted el favor de dejarnos solos.

— Quedad, dijo Don Cándido extendiendo su mano en el aire en direccion á los dos jóvenes, y saliendo pausadamente del gabinete.

— El negocio se vuelve mas serio, Eduardo.

— ¿Qué hay?

— Algo de Amalia.

— ¡Oh!

— Sí, de Amalia. Acaba de recibir aviso de que dentro de una hora la policía la hará una visita domiciliaria, y me lo manda decir con Fermin, á quien yo habia mandado á Barrácas ántes de venir á verte.

— ¿Y qué hacemos, Daniel? ¡Pero, oh, cómo pregunto qué hacemos!..... Daniel, me voy á Barrácas.

— Eduardo, no es tiempo de hacer locuras. Yo amo mucho á mi prima para premitir á nadie el que arroje sobre ella la desgracia, dijo Daniel con un tono y una mirada tan séria que hicieron una fuerte impresion en el animo de Eduardo.

— Pero yo soy la causa de los insultos á que esa señora se ve expuesta, y soy yo, caballero, quien deba protegerla, contestó Eduardo con sequedad.

— Eduardo, no hagamos locuras, repitió Daniel, volviendo á la dulzura natural con que trataba á su amigo, no hagamos locuras. Si se tratase de defenderla de un hombre, de dos hombres, de mas que fuesen, con la espada en la mano, yo te dejaria muy tranquilo el placer de entretenerte con ellos. Pero es del tirano y de todos sus secuaces de quienes debemos defenderla; y para con ellos tu valor es impotente: tu presencia les daria mayores armas contra Amalia, y no conseguirias libertar, ni tu cabeza, ni la tranquilidad de mi prima.

— Tienes razon.

— Déjame obrar. Yo voy á Barrácas en el acto; y á la fuerza yo opondré la astucia, y trataré de extraviar el instinto de la bestia con la inteligencia del hombre.

— Bien, anda, anda pronto.

— Tardaré diez minutos en llegar á mi casa á tomar mi caballo, y en un cuarto de hora estaré en Barrácas.

— Bien : ¿y volverás?

— Esta noche.

— Díla.....

— Que te conservas para ella.

— Díla lo que quieras, Daniel, dijo Eduardo, dándose vuelta, porque sin duda en sus ojos habia algo que queria ocultar á la mirada de su amigo. Jamas un hombre apasionado como Eduardo, con su valor y su generosidad, puede haberse encontrado en situacion mas difícil : veia en peligro á la bien amada de su alma, en peligro por él, y no podia defenderla, sin agravar su desgracia.

Cuando volvió de su primer paseo en la habitacion, ya no halló á Daniel en el gabinete.

Eran las once de la mañana, y Don Cándido empezó á vestirse para ir á la secretaría privada del señor Don Felipe.

CAPÍTULO XV.

Amalia en presencia de la policía.

Daniel llegó á su casa, montó en su soberbio alazan, partió á gran galope para Barrácas, tomando las peores calles de la ciudad para no encontrar obstáculos de tránsito que lo detuviesen, pues los del terreno los salvaba siempre sin dificultad el superior caballo que montaba; pero todo era inútil, porque iba á llegar tarde á la quinta.

Cuando á las nueve de la mañana Daniel habia dejado á su prima, para dirigirse á la ciudad, habia dado órden á Fermin que lo esperase en Barrácas, previniéndole las casas en que lo encontraria en caso que ocurriese alguna novedad.

Una ocurrió en efecto. Poco rato despues de su partida llegó á la quinta una carta para Amalia, en que se le anunciaba una visita de la policía; y la jóven mandó dar aviso á Daniel de este suceso, por cuanto ella desconfiaba de su prudencia en presencia del insulto que iba á hacerse á su casa.

Pasó inmediatamente al cuarto que ocupaba Eduardo. Tomó de sobre una mesa algunas traducciones del inglés en que solia entretenerse el jóven; y convencida de que no habia un solo objeto que pudiese revelar en ese aposento lo que probablemente venia á buscar la policía, volvió á la sala, echó los papeles á la chimenea, y se paseaba con esa inquietud natural á los que esperan de un momento á otro ser actores en una escena desagradable, cuando sintió parar varios caballos á la puerta de la quinta. Y esto sucedió cinco ó seis minutos despues de la partida de Fermin; much ántes, pues, de lo que Amalia creia.

Mujer, sola, rodeada de peligros que se extendian desde ella hasta el ser amado de su corazon, la naturaleza se expresó en ella con sinceridad : pálida y débil se echó en un sillon, haciendo esfuerzos, sin embargo, para sobreponerse á sí misma.

Don Bernardo Victorica, un comisario de policía, y Nicolas Mariño se presentaron en la sala introducidos por Pedro.

Victorica, ese hombre aborrecido y temido de todos los que en Buenos Aires no participaban de la degradacion de la época, era, sin embargo, ménos malo de lo que generalmente se creia. Y sin faltar jamas á la severidad que le prescribian las órdenes del dictador, se portaba, toda vez que podia hacerlo sin comprometerse, con cierta civilidad, con una especie de semi-tolerancia, que hubiera sido un delito á los ojos de Rosas, pero que era empleada por el jefe de policía, especialmente cuando tenia que ejercer sus funciones sobre personas á quienes creia comprometidas por alguna delacion interesada, ó por el excesivo rigorismo del gobierno*.

Con el sombrero en la mano, y despues de hacer una profunda reverencia, dijo á Amalia :

— Señora, soy el jefe de policía : tengo que cumplir el penoso deber de hacer un escrupuloso registro en esta casa : es una órden expresa del señor gobernador.

— ¿ Y estos otros señores vienen tambien á registrar mi casa? preguntó Amalia señalando hácia Mariño y al comisario de policía.

— El señor, no, contestó Victorica indicando á Mariño, este otro señor es un comisario de policía.

— ¿Y puedo saber á quién, ó qué se viene á buscar á mi casa, de órden del señor gobernador?

— Dentro de un momento se lo diré á usted, respondió Victorica, con una fisonomía muy séria, pues que él y sus

* Cuando en 1839 recibí, en la cárcel y en los grillos de Rosas, el bautismo cívico, destinado por él á todos los argentinos que se negaban á prostituirse en el lupanar de sangre y vicios en que se revolcaban sus amigos, Don Bernardo Victorica usó para conmigo ciertas atenciones que estaban absolutamente prohibidas.

Solo, sumido en un calabozo donde apénas entraba la luz del dia por una pequeña claraboya, yo no olvidaré nunca el placer que sentí cuando el jefe de policía consintió en que se me permitiese hacer traer algunas velas y algunos libros. Y fué sobre la llama de esas velas, que carbonicé algunos palitos de yerba mate para escribir con ellos, sobre las paredes de mi calabozo, los primeros versos contra Rosas, y los primeros juramentos de mi alma de diez y nueve años, de hacer contra el tirano y por la libertad de mi patria todo cuanto he hecho y sigo haciendo, en el largo período de mi destierro.

MÁRMOL.

compañeros estaban de pié, sin haber recibido de Amalia la mínima indicacion de sentarse.

Ella tiró del cordon de la campanilla, y dijo á Luisa que apareció al momento :

— Acompaña á este señor, y ábrele todas las puertas que te indique.

Victorica hizo un saludo á Amalia, y siguió á Luisa por las piezas interiores.

Acompañado del comisario pasó al gabinete de lectura, y luego al suntuoso aposento de la jóven. El jefe de policía no era hombre de tan delicado gusto, que pudiese fijarse en todos los primores que encerraba aquel adoratorio secreto donde habia penetrado mas de una vez la mirada enamorada de Eduardo, al traves de las tenues neblinas de batista y tul que cubrian los cristales. Pero entretanto, Victorica tenia muy buenos ojos para no ver que cuanto allí habia, estaba descubriendo el poco amor de los dueños de aquella casa á la santa causa de la federacion.

Tapices, colgaduras, porcelanas, todo se presentaba á los ojos del jefe de policía con los colores blanco y celeste; blanco y azul; celeste, ó azul solamente. Y las pobladas cejas del intransigible federal empezaban á juntarse y endurecerse.

— Bien puede ser que aquí no haya nadie oculto, como me lo asegura Mariño; pero á lo ménos no será porque en esta casa no haya unitarios, se decia á sí mismo.

Pasó luego al tocador de Amalia, y sus ojos quedaron deslumbrados con la magnificencia que se le presentaba.

— Á ver, niña, abre esos roperos, dijo á Luisa.

— Y ¿qué va usted á ver en los roperos de la señora? preguntó la pequeña Luisa, alzando su linda cabeza y mirando cara á cara á Victorica.

— ¡Hola! Abre esos roperos te he dicho.

— ¡Pues es curiosidad! Vaya, ya están abiertos, dijo Luisa abriendo las puertas de los guardaropas con una prontitud y una accion de enojo, que hubiera hecho sonreir á otro cualquiera que no fuese el adusto personaje que la miraba.

— Bien, ciérralos.

— ¿Quiere usted ver si hay álguien escondido en los bebederos de los pájaros? dijo Luisa señalando las jaulas doradas de los jilgueros.

— Niña, eres muy atrevida, pero tu edad me hace peronarte. Á ver, abre esta puerta.

— ¿Esta?

— Sí.

— Esta puerta da á mi aposento.

— Bien, ábrela.

— No hay nadie en él.

— No importa, ábrela.

— ¿Yo? no, señor, no la abro. Ábrala usted, ya que no cree en mi palabra.

Victorica miró largo rato á aquella criatura de diez ú once años que osaba hablarle de ese modo, y en seguida levantó el picaporte de la puerta, y entró al dormitorio de Luisa.

— Ven, niña, la dijo viéndola que se quedaba en el tocador.

— Iré si manda usted á este señor que vaya tambien con nosotros, dijo Luisa señalando al comisario que se entretenia en examinar los pebeteros de oro.

El comisario echó sobre ella una mirada aterradora, que no consiguió, sin embargo, aterrar á la intrépida Luisa, y volviendo el pebetero á la rinconera, volvió á seguir los pasos de Victorica.

— Señor, no me revuelva usted mi cama. Despues no se vaya usted á enojar si le quiero enseñar el bebedero de los pajaritos, dijo á Victorica al verlo levantando la colcha de la cama y mirando bajo de ella.

— ¿Adónde da esta puerta?

— Al patio.

— Ábrela.

— Tire usted no mas, está abierta.

Una vez en el patio, Victorica hizo una seña al comisario, que por la verja de fierro se dirigió á la quinta; y él y Luisa se dirigieron á aquella parte del edificio en que estaban las habitaciones de Eduardo, y el comedor.

— ¿Quién habita en este cuarto? preguntó Victorica examinando el de Eduardo.

— El senor Don Daniel cuando viene á quedarse, contestó uisa sin la mínima turbacion.

— Y ¿cuántas veces por semana sucede eso?

— La señora me ha mandado que le enseñe á usted la casa,

y no que le dé cuenta de lo que pasa en ella. Puede usted preguntárselo á la señora.

Victorica se mordió los labios no sabiendo qué hacer con aquella muchacha, y pasó á otra habitacion, y por último al comedor sin haber encontrado cosa alguna que le diese indicios de lo que buscaba.

Durante se ejecutaba esta pesquisa policial, en el modo y forma adoptada por la dictadura, una escena bien diferente, pero no ménos interesante, tenia lugar en la sala.

Luego que Victorica y el comisario pasaron á las piezas interiores, Amalia, sin levantar los ojos á honrar con su mirada la fisonomía de Mariño, le dijo :

— Puede usted sentarse, si tiene la intencion de esperar al señor Victorica.

Amalia no estaba rosada, estaba punzó en aquel momento. Y Mariño, por el contrario, estaba pálido y descompuesto en presencia de aquella mujer cuya belleza fascinaba, y cuyas maneras imperiosas y aristocráticas, podemos decir, imponian.

— Mi intencion, dijo Mariño, sentándose á algunos pasos de Amalia, mi intencion ha sido la de prestar á usted un servicio, señora, un gran servicio en estas circunstancias.

— ¡ Mil gracias! contestó Amalia con sequedad.

— ¿ Ha recibido usted mi carta esta mañana?

— He recibido un papel firmado por Nicolas Mariño, que supongo será usted.

— Bien, contestó el comandante de serenos, dominando la impresion que le causó la desdeñosa respuesta de la jóven. En esa carta, en ese papel, como usted lo llama, me apresuré á participar á usted lo que iba á ocurrir.

— ¿ Y puedo saber con qué objeto se tomó usted esa incomodidad, señor ?

— Con el objeto de que tomase usted las medidas que su seguridad le aconsejase.

— Es usted demasiado bueno para conmigo; pero demasiado malo para con sus amigos políticos, pues que les hace usted traicion.

— ¡ Traicion !

— Me parece que sí.

— Eso es muy fuerte, señora.

— Sin embargo, ese es el nombre.

— Yo trato de hacer siempre todo el bien que puedo. Ademas, yo sabia que desde anoche no podia haber ningun hombre en esta casa, despues de la visita de Cuitiño. Doña María Josefa Ezcurra, sin embargo, que tiene un empeño especial en perseguir esta casa, miéntras yo lo tengo en protegerla, fué esta mañana á dar parte al señor gobernador de que aquí se ocultaba una persona que se buscada há mucho tiempo por la autoridad. Su Excelencia mandó llamar al señor Victorica, le dió la órden que está cumpliendo, y yo que tuve la suerte de saber lo que ocurria. No perdí un instante en comunicárselo á usted, decidiéndome tambien á acompañar al señor Victorica, por si tenia la suerte de poder librar á usted de algun compromiso. Esta es mi conducta, señora; y si hago una traicion á mis amigos, la causa por que así procedo me justifica plenamente. Esa causa es santa; nace de una simpatía instantánea que sentí por usted desde que tuve la dicha de conocerla. Desde entónces mi vida entera está consagrada á buscar los medios de acercarme á esta casa; y mi posicion, mi fortuna, mi influencia.....

— Su posicion y su influencia de usted no impedirán que yo le deje solo, cuando no comprenda que su presencia me fastidia, dijo Amalia parándose, separando la silla en que estaba sentada, y pasando al gabinete de lectura, y de este á su alcoba, donde sentóse en su sofá, radiante de belleza y de orgullo.

— ¡Ah, yo me vengaré, perra unitaria! exclamó Mariño pálido de rabia.

Pocos momentos hacia que la altanera tucumana estaba sola en su aposento por no sufrir las impertinencias de Mariño, cuando Victorica, que volvia con Luisa, por el mismo camino que habia andado ya, se encontró de nuevo con Amalia.

— Señora, la dijo, he cumplido ya la primera parte de las órdenes recibidas; y felizmente para usted, podré decir á Su Excelencia, que no he encontrado en esta casa la persona que he venido á buscar.

— ¿Y puedo saber qué persona es esa, señor jefe de policía? ¿Puedo saber por qué se me hace el insulto de registrar mi casa?

— ¿Quiere usted decir á esta niña que se retire?

Amalia hizo una seña á Luisa, que se retiró, no sin torcerle los ojos á Victorica.

— Señora, debo tomar á usted una declaracion, pero deseo evitar con usted las formalidades de estilo, y que sea mas bien una conferencia leal y franca.

— Hable usted, señor.

— ¿Conoce usted á Don Eduardo Belgrano?

— Sí, lo conozco.

— ¿Desde que tiempo?

— Hará dos ó tres semanas, contestó Amalia, rosada como una fresca rosa, y bajando la cabeza, avergonzada de tener que mentir por la primera vez de su vida.

— Sin embargo, hace mas tiempo que lo han visto en esta casa.

— Ya he contestado á usted, señor.

— ¿Padria usted probar que Don Eduardo Belgrano no ha estado oculto en esta casa, desde el mes de Mayo hasta el presente?

— No me empeñaria en probar semejante cosa.

— ¿Luego es cierto?

— No he dicho tal.

— Pero, en fin, usted dice que no probaria que no estuvo.

— Porque es usted, señor, quien debe probar lo contrario.

— ¿Y sabe usted dónde se encuentra actualmente?

— ¿Quién?

— Belgrano.

— No lo sé, señor; pero si lo supiera no lo diria, contestó Amalia alzando la cabeza, contenta y altiva porque se le presentaba la ocasion de decir la verdad.

— ¿Ignora usted que estoy cumpliendo una órden del señor gobernador? dijo Victorica empezando á arrepentirse de su indulgencia con Amalia.

— Ya me lo ha dicho usted.

— Entónces debe usted guardar mas respeto en las contestaciones, señora.

— Caballero, yo sé bien el respeto que debo á los demas, como sé tambien el que los demas me deben á mi misma. Y si el señor gobernador, ó el señor Victorica quieren delatores, no es en esta casa, por cierto, donde podrán hallaros.

— Usted no delata á los demas, pero se delata á sí misma.

— ¿Cómo?

— Que usted se olvida que está hablando con el jefe de policía, y está revelándole muy francamente su exaltacion de unitaria.

— ¡Ah, señor, yo no haria gran cosa en serlo en un país donde hay tantos miles de unitarios!

— Por desgracia de la patria y de ellos mismos, dijo Victorica levantándose sañudo, pero llegará el dia en que no haya tantos; yo se lo juro á usted.

— Ó en que haya mas.

— ¡Señora! exclamó Victorica mirando con ojos amenazantes á Amalia.

— ¿Qué hay, caballero?

— Que usted abusa de su sexo.

— Como usted de su posicion.

— ¿No teme usted de sus palabras, señora?

— No, señor. En Buenos Aires solo los hombres temen; pero las señoras sabemos defender una dignidad que ellos han olvidado.

— Cierto, son peores las mujeres, dijo Victorica para sí mismo. Á ver, concluyamos, continuó, dirigiéndose á Amalia, tenga usted la bondad de abrir esa papelera.

— ¿Para qué, señor?

— Tengo que cumplir ese último requisito, abra usted

— ¿Pero, qué requisito?

— Tengo órden de inspeccionar sus papeles.

— Oh, esto es demasiado, señor, usted ha venido en busca de un hombre á mi casa; ese hombre no está, y debo decir á usted que nada mas consentiré que se haga en ella.

Victorica se sonrió y dijo :

— Abra usted, señora, abra usted por bien.

— No.

— ¿No abre usted?

— No, no.

Victorica se dirigia á la papelera cuya llave estaba puesta, cuando Mariño que habia oido el interrogatorio desde el gabinete, se precipitó en el aposento, para ver si con un golpe teatral conquistaba el corazon de la altanera Amalia.

— Mi querido amigo, dijo á Victorica, yo salgo garante

de que en los papeles de esta señora no hay ninguno que comprometa á nuestra causa; ni diario, ni carta de los inmundos unitarios.

Victorica retiraba su mano de la llave de la papelera, y ya Mariño creia conquistado el derecho á la gratitud de aquel corazon rebelde á sus ternuras, cuando Amalia se precipitó á la papelera, la abrió estrepitosamente, tiró cuatro pequeñas gavetas que contenian algunas cartas, alhajas y dinero, y con una expresion marcada de despecho, se volvió á Victorica, dando la espalda á Mariño, y le dijo :

— Hé ahí cuanto encierra esta papelera, registradlo todo.

Mariño se mordió los labios hasta sacarse sangre.

Victorica paseó sus miradas por los objetos que le descubrió Amalia, y sin tocar ninguno, dijo :

— He concluido, señora.

Amalia le contestó apénas con un movimiento de cabeza, y volvió al sofá, pues sentia que despues del violento esfuerzo que acababa de hacer, una especie de vértigo le anublaba la vista.

Victorica y Mariño hicieron una profunda reverencia y salieron por el gabinete á encontrar al comisario que los estaba esperando.

Y fué en el momento en que todos montaban á caballo, que Daniel bajó del suyo, y despues de un cortés saludo á Victorica y Mariño entró á la casa de su prima, diciéndose á sí mismo :

— Malo. Empiezo á llegar tarde, y es mal agüero.

Á su vez, Mariño decia á Victorica :

— Este lo debe saber todo. Este es unitario, á pesar de su padre y de todo lo que hace.

— Sí, es necesario poner los ojos sobre él.

— Y el puñal, agregó Mariño, y tomaron el galope para la ciudad.

CAPÍTULO XVI.

Todos comprometidos

Una hora despues el soberbio alazan que habia llegado á la quinta á gran galope, volvia paso á paso en direccion á la ciudad, llevando á su dueño, no con la cabeza erguida y los ojos vivísimos como una hora ántes, sino con la cabeza inclinada al pecho y casi cerrados sus hermosos ojos. Al verlo así, cualquiera diria que era un jóven indolente, cuya organizacion voluptuosa salia á gozar de los rayos acariciadores del sol de Agosto en aquel rigoroso invierno de 1840, prefiriendo el paseo á caballo, para no poner sus delicados piés sobre las húmedas arenas de Barrácas.

Pero lo cierto era que Daniel no se acordaba si estaba en invierno ó en verano, ni gozaban solazamiento alguno sus sentidos, ni su espíritu.

Dominado por sus propias ideas, Daniel iba en abstraccion completa de cuanto le rodeaba; meditando sobre cuanto medio le sugeria su fecunda imaginacion para ver de encontrar aquel que le hiciese señor de la difícil situacion en que se hallaban las personas cuya suerte le estaba, casi exclusivamente, confiada. Situacion que le mortificaba tanto mas, cuanto que por ella se veia distraido á cada momento de los sucesos públicos á que queria consagrar toda la actividad de su espíritu.

Ademas, Daniel era supersticioso como su prima, ó mejor dicho mas supersticioso que ella, por cuanto era mas exaltada su imaginacion y mas profundas sus convicciones sobre el fatalismo de las cosas. Y una inquietud vaga se habia apoderado de su espíritu desde el momento en que vió que no habia llegado á tiempo para encontrarse en la visita domiciliaria de Victorica, de quien él se proponia sacar un inmenso partido en favor de Amalia.

Sin embargo, él se habia manifestado contento á su prima inspirándola toda cuanta confianza sobre la suerte de Eduardo podia dar tranquilidad á su corazon. Habia tambien convenido con ella, en que si los sucesos se prolongaban mas

de ocho dias, se le buscaria alguna pequeña y solitaria casa sobre la costa de San Isidro, ó cualquier otro punto distante, donde poder vivir retirada, sin desalojar su casa de Barrácas; facilitándose de este modo la felicidad de ver á Eduardo, y la de poder embarcarse en un momento dado. Y por último, habia concluido por hacerla reir, como era su costumbre cuando él sufria ocultarlo á los demas.

Así, meditando, aceptando y desechando ideas, llegó, al fin, á la barranca del general Brown, y enfilando la calle de la Reconquista llegó á la casa de su Florencia, á respirar un poco de esencia de amor y de ventura en los alientos de aquella flor purísima del cielo, caida sobre la tierra argentina para ser velada por el amor, en la noche frígida de las desgracias de ese pueblo infeliz.

Pero ese dia era fatal.

Al entrar á la sala halló á la señora Dupasquier desmayada en un sillon, y á Florencia sentada en un brazo de él, suspendiendo con su brazo izquierdo la cabeza de su madre, y humedeciendo sus sienes con agua de Colonia.

— ¡Daniel, ven! exclamó la jóven.

— ¿Pero, qué hay, Dios mio? preguntó Daniel acercándose á aquella pintura del dolor y del amor filial.

— Despacio, no hables fuerte. Es su desmayo.

Daniel se arrodilló delante del sillon, y tomó la mano pálida y fria de madama Dupasquier.

— No es nada, volverá en sí, dijo despues de haber observado el pulso de la señora.

— Sí, empieza á traspirar. Entra á la alcoba, alcanza una capa ó un pañuelo, cualquiera cosa, Daniel.

El jóven obedeció, y despues de cubrir él mismo á su futura madre, y de arrodillarse delante de ella con su Florencia, cada uno teniéndola una mano, fijos sus ojos en aquellos cuya primer mirada esperaban con impaciencia, Daniel se atrevió á preguntar á su Florencia, con palabras dichas casi al oído :

— ¿Pero, qué ha habido? Este desmayo no le da sino despues de algun disgusto.

— Lo ha habido.

— ¿Hoy?

— Ahora mismo. ¿Has encontrado á Victorica?

— No.

— Acaba de salir de aquí.

— ¿ De aquí ?

— Sí. Ha venido con un comisario y dos soldados, y ha registrado toda la casa.

— ¿Pero á quién buscaba ?

— No lo ha dicho, pero creo que á Eduardo, porque ha querido hacer sobre él algunas preguntas á mamá.

— ¿Y ?.....

— Mamá se negó á responderle.

— Bien.

— Se negó tambien á abrir la puerta de un cuarto interior que casualmente se hallaba cerrada, y Victorica la hizo echar abajo.

— ¿Pero, por qué no se abrió esa puerta ?

— Porque mamá dijo desde el principio á Victorica, que no se queria prestar á conducirlo al interior de su casa; que él obrase como quisiese, pues que tenia la fuerza para hacerlo. Mamá se ha sostenido con un valor y una dignidad propia de ella. Pero luego que ha quedado sola me ha hablado mucho de nuestro casamiento, me ha dicho que es necesario salir del país y para siempre. En mis brazos la he sentido sufrir, y la he sentido desmayarse. Mírala : parece que vuelve..... Sí... sí; y Florencia levantóse súbitamente, tomó la cabeza de su madre y llenó de besos aquellos ojos que acababan de derramar sobre ella la primera mirada.

Madama Dupasquier habia vuelto de su desmayo.

Esa mujer, tipo perfecto de lo mas delicado, de lo mas culto de la sociedad bonaerense, reunia en sí todo el orgullo, toda la altivez, todo el espíritu de las nobles descendientes de los héroes de nuestra independencia que, enorgullecidas por su orígen, fueron siempre intransigibles con todo lo que no era gloria, talento ó nobleza en la república; de esas mujeres que sufrian mas que los hombres por la humillacion que la dictadura hacia sufrir al país; y que mas que los hombres tenian valor para afrontar los enojos del tirano y de la plebe armada é insolentada por él.

Las páginas de sangre del gobierno de Rosas revelan las víctimas de su tiranía, que han caido al puñal ó al plomo de los asesinos públicos. Al lado de los nombres de Rosas, de Maza, de Oribe, de todos esos famosos verdugos del

pueblo argentino, se escribe continuamente el martirologio de los que se negaron á la ruina y á la degradacion de su patria. Pero solo Dios puede haber escrito en las páginas santas del libro eterno de su justicia la vasta nomenclatura de los que han muerto al influjo de los rigores de esos bandidos, ejercido sobre la organizacion y la moral. ¡Solo Dios sabe cuántas madres han ido á la tumba por las huellas ensangrentadas de sus hijos; cuántas esposas han ido al cielo á buscar el compañero de su existencia, arrebatado de ella por el plomo de Rosas, ó por el cuchillo voraz de aquel mendigo de poder, que, arrojado de su patria, fué á vender su mano y su alma á un tirano extranjero, para saciar en la sangre de pueblos inocentes su instinto innato á los delitos, y cuya cabeza sabrá marcar la posteridad con el sello indeleble de su reprobacion y de su desprecio!

¡Solo Dios, sí, sabe cuántas nobles mujeres argentinas han bajado al sepulcro paso á paso, llevadas por la mano de esa época de sangre, y de impresiones rudas sobre su corazon sensible!

— Daniel, dijo madama Dupasquier, es preciso salir del país; usted y Eduardo, mañana, hoy si es posible. Amalia, yo y mi hija los seguiremos pronto.

— Bien, bien, señora. Ahora no hablemos de eso. Necesita usted reposo.

— ¿Y cree usted posible tenerlo en este país? ¿No creè usted que en cada minuto tiemblo por su seguridad? Ademas, una vez que se han fijado las sospechas de Rosas sobre mi casa, ya está sentenciada á continuos insultos; y cada persona que entre á ella espiada y perseguida tambien.

— Dentro de ocho dias quizá estaremos libres de esta situacion.

— No, Daniel, no. La mirada de Dios se ha separado de nuestra patria, y no tenemos que prever sino desgracias. No quiero, ni que Amalia pise esta casa.

— Amalia acaba de sufrir la misma visita que usted.

— ¿Tambien?

— Sí; hace dos horas.

— ¡Ah, esta es Doña María Josefa, mamá!

La señora Dupasquier hizo un gesto como si le hubiesen nombrado el mas repugnante objeto de la tierra.

Daniel hizo entónces la relacion de cuanto habia ocurrido

en la quinta de Barrácas desde las diez de la noche anterior.

— Pero en todo esto, agregó, no hay ningun peligro real todavía. Nadie podrá dar con Eduardo, yo respondo de ello. Voy á trabajar en sentido de prevenir el ánimo de Victorica contra las delaciones falsas que ha recibido Rosas de su cuñada; con la intencion de dejar desairada la diligencia de la policía. De ese modo, doy seguridad á Amalia y á esta casa. Y en cuanto á mí, no tengo nada absolutamente que temer, dijo Daniel, queriendo inspirar á su amada y á su madre una confianza de que él empezaba á carecer.

— Mamá, dijo Florencia, pues que ya no hay motivo para que Amalia no venga, yo querria mandarla buscar á que nos acompañase á comer; Daniel lo hará tambien, y así pasaremos juntos todo el dia.

— Sí, sí, dijo Daniel. Quisiera que todos estuviésemos juntos, y que no nos separásemos nunca.

Una especie de presentimiento terrible empezaba á oprimir el corazon de Daniel.

— Bien, hazlo, le contestó madama Dupasquier.

Florencia salió volando, le escribió cuatro líneas á Amalia, y dió órden de poner el coche para mandar traer á su amiga.

Florencia volvia á la sala por las piezas interiores, cuando llamaban en la puerta exterior de la sala.

Todos se inmutaron.

Daniel se levantó, abrió, y dijo :

— Es Fermin.

— ¿Qué hay? le preguntó á su criado sin permitirle entrar á la sala, porque no oyeran las señoras, si ocurria algo desagradable en ese dia en que todo parecia conspirarse contra todos.

— Ahí está el señor Don Cándido, respondió Fermin.

— ¿Dónde?

— En el zaguan.

Daniel se puso de un salto al lado de su maestro.

— ¿Qué hay de Eduardo? le preguntó con la voz, con los ojos y con la fisonomía.

— Nada.

Daniel respiró.

— Nada, prosiguió Don Cándido, está bueno, tranquilo, sosegado; pero hay de ti.

— ¿De mí?
— Sí; de ti, jóven imprudente, que te precipitas en un.....
— En un infierno, está bien. ¿Pero, qué hay?
— Oye.
— Pronto.
— Despacio, oye: Victorica habló con Mariño.
— Bien.
— Mariño habló con Belaustegui.
— Adelante.
— Belaustegui habló con Arana.
— Adelante.
— Y yo, oí á Belaustegui y á Arana.
— ¿Y de ahí?
— De ahí resulta que Belaustegui le ha dicho á Arana, que Mariño le ha dicho á él, que Victorica le ha dicho en la policía, que ha dicho al comisario de tu seccion, que desde esta noche vigile tu casa, y te haga seguir, porque hay sospechas terribles sobre ti.
— ¡Hola! Muy bien, y ¿qué mas?
— ¡Qué mas! ¿Te parece poco el enorme, el monstruoso peligro que está pesando sobre tu frente, y, naturalmente, sobre la mia, desde que todos saben nuestras estrechas, íntimas y filiales relaciones? ¿Quieres?.....
— Quiero que me espere usted aquí un momento, con eso seguimos esta conversacion en el coche que pára en este momento á la puerta, en el tránsito hasta mi casa.
— ¿Yo á tu casa, insensato?
— Espere usted, mi querido amigo, dijo Daniel dejándole en el zaguan.
— Fermin, monta en mi caballo y véte á casa, dijo á su criado que lo esperaba en el patio.
— ¿Qué hay? preguntaron madre é hija al entrar Daniel á la sala.
— Nada. Noticias de Eduardo. Está impaciente. Está loco por salirse de su escondite y volar á Barrácas. Pero yo parto á casa á escribirle y ponerlo en juicio.
— Sí, no vaya usted en persona, dijo madama Dupasquier.
— Daniel, prométamelo usted, dijo Florencia parándose delante de su amado.
— Lo prometo, dijo Daniel sonriendo y oprimiendo las manos de su Florencia.

— ¿Se va usted ya?

— Sí, y me voy en el coche que está pronto para ir á buscar á Amalia, porque acabo de mandar mi caballo.

— ¿Y vuelve usted?

— Á las tres.

— Bien, á las tres, dijo Florencia apretando fuertemente entre sus manitas de azucena la mano que debia recibir mas tarde ante el pié del altar.

Daniel besó la de madama Dupasquier, y salió de la sala aparentando un contentamiento que desgraciadamente empezaba á alejarse de su corazon.

— ¿Sabes, Daniel, una cosa? dijo Don Cándido que se paseaba en el zaguan esperándole.

— Despues, despues. Vamos al coche.

Daniel salió tan precipitadamente de la casa, que al bajar de la puerta dió un fuerte hombrazo sobre un hombre grueso, que á paso mesurado y con la cabeza muy erguida y el sombrero echado á la nuca, pasaba casualmente en aquel momento.

— Dispense usted, caballero, dijo Daniel sin mirarle á la cara, acercándose á la portezuela del coche, abriéndola é mismo y diciendo al cochero :

— Á mi casa.

— ¡Hombre, esta voz!..... dijo el personaje del sombrero á la nuca, parándose y mirando á Daniel que subia al estribo.

— Caballero, me hace usted el favor de oirme una palabra, prosiguió el desconocido, dirigiéndose á Daniel.

— Las que usted quiera. señor mio, dijo el jóven con un pié en el estribo y otro en tierra, dándose vuelta hácia aquel hombre cuya cara no habia visto todavía ; miéntras Don Cándido, pálido como un cadáver, se escurrió hasta el coche por entre las piernas de Daniel, y se acurrucó en un ángulo de los asientos, fingiendo limpiarse el rostro con un pañuelo, pero evidentemente enmascarándose.

— ¿Me conoce usted?

— ¡Ah! me parece que es el señor cura Gaete con quien he tenido la desgracia de tropezar, contestó Daniel con la mayor naturalidad.

— Y yo creo que he oido la voz de usted en alguna otra parte. Y aquel otro señor que está adentro del coche será.... ¿Cómo está usted, señor?

Don Cándido hizo tres ó cuarto saludos con la cabeza sin desplegar los labios, y sin acabar de limpiarse el rostro con el pañuelo.

— ¡Ah! es mudo! prosiguió el fraile.

— ¿Queria usted alguna cosa, señor Gaete?

— Me gusta mucho oir la voz de usted, señor..... ¿quiere usted decirme.....?

— Que tengo que hacer, señor, dijo Daniel saltando al coche y haciendo una señal al cochero, que hizo partir los caballos á trote largo en direcion á la plaza de la Victoria; miéntras el reverendo cura Gaete se quedó sonriéndo, con una expresion de gozo infernal en su fisonomía, y mirando el número de la casa de madama Dupasquier.

PARTE CUARTA.

CAPÍTULO I.

El 16 de Agosto.

Once dias despues de los acontecimientos anteriores, es decir, el 16 de Agosto, el destino de Buenos Aires estaba sobre un monte de sombras donde la vista humana se extraviaba y se asustaba ante su perspectiva.

Eran apénas las cinco de la mañana de aquel dia. No se veia un solo astro sobre el firmamento; y el oriente envuelto en el espeso manto de la noche, no queria levantar aun las ligeras puntas del velo nacarado del alba.

Tres bultos, semejantes á otras tantas visiones de la imaginacion de Hoffmann, parecian de cuando en cuando rarificarse sobre el muro y las ventanas que separaban las habitaciones de la jóven viuda de Barrácas del gran patio de la quinta, cortado por una verja de fierro, como se sabe, y cuya puerta estaba abierta en aquel momento, cosa que jamas habia acontecido á tales horas, despues de la tristísima noche con que empezamos la exposicion de esta historia.

— Si no hay nadie. Aunque su merced se esté hasta mañana, no ha de ver luz, ni á ninguno, dijo, sin el misterio que parecia requerir aquella hora, una voz chillona de mujer.

— ¿Pero cuándo, dónde se han ido? exclamó con un

acento de impaciencia y rabia la persona á quien se habia dirigido la mujer.

— Ya le he dicho á su merced que se han ido anteyer, y que han de estar por ahí no mas. Yo los vi salir. Doña Amalia montó en el coche llevando de cochero al viejo Pedro, y de lacayo al mulato que la servia. Junto con Doña Amalia subió la muchacha Luisa. Y despues se bajó del coche Doña Amalia, abrió las piezas y volvió á salir y subir al coche trayendo dos jaulas de pajaritos. Nada han llevado; y aquí no hay sino los negros viejos que están durmiendo en la quinta.

Restablecióse el silencio y uno de aquellos tres misteriosos personajes volvió á correr de puerta en puerta, de ventana en vantana á ver si descubria alguna luz, si percibia algun ruido que le indicase la existencia de álguien en aquella mansion desierta y misteriosa.

Pero todo era en vano: él no oia sino el eco de sus propios pasos, y el murmullo de los grandes álamos de la quinta, mecidos por la recia brisa de aquella noche de invierno oscura y fria.

Por un momento esa especie de fantasma alzó su mano en actitud de descargar un golpe sobre los cristales de una de las ventanas de la alcoba de Amalia, pero la bajó y volvió al lugar en que estaba su compañero, y la persona que les habia dado los informes que se conocen.

— Señor comandante, sabe Usía que la escolta marcha hoy muy temprano, y ya es la madrugada.

— Bien, teniente, vámonos. Usted me ha acompañado como un amigo, y no quiero incomodarlo mas. Vámonos y marche á su cuartel.

— Señor de Mariño, mire su merced que lo que me ha dado lo he gastado todo en la llave falsa, y no tengo nada que darles á los de casa.

— Bien, mañana.

— ¿Pero, cómo mañana?

— Vamos, toma y déjame en paz.

— ¿Y cuánto es esto?

— No sé. Pero no debe ser poco.

— Cuando mas, cinco pesos, dijo la mujer de la llave falsa, marchando delante del comandante Mariño, y teniente del escuadron escolta; y pasando por la verja de fierro,

cuya puerta cerró Mariño, guardándose luego la llave en el bolsillo.

Un momento despues esos dos personajes de la federacion dejaban á su colega por ella en la pulpería contigua á la casa de Amalia, satisfecha de ver, que aunque negra como era, prestaba servicios de importancia á la santa causa de pobres y ricos. Y comandante y teniente tomaban el galope para la ciudad; dirigiéndose, el primero á su cuartel de serenos, y el otro al de la escolta de Su Excelencia.

II.

Apénas allá en el horizonte del gran rio se veia una ligerísima claridad sobre las olas, como una leve sonrisa de la esperanza entre la densa noche del infortunio. La mañana venia.

Todo, ménos el hombre, iba á armonizarse allí con ese lazo etéreo entre la naturaleza y su creador, que se llama la luz. Los arrogantes potros de nuestra Pampa sacudirian en aquel momento su altanera cabeza, haciendo estremecer la soledad con su relincho salvaje. Nuestro indomable toro correria, arqueando su potente cuello, á apagar su sed, nunca saciada, en las aguas casi heladas de nuestros arroyos. Nuestros pájaros meridionales, ménos brillantes que los del trópico, pero mas poderosos unos y mas tiernos otros, saltarian desde el nido á la copa de nuestros viejos ombúes, ó de nuestros erizados espinillos, á saludar los albores primitivos del dia; y nuestras humildes margaritas, perdidas entre el trébol y la alfalfa esmaltada con las gotas nevosas de la noche, empezarian á abrir sus blancas punzóes y amarillas hojas, por tener el gusto, como la virtud, de contemplarse á sí mismas á la luz del cielo, porque la luz de la tierra no alcanza, ni á las unas, ni á la otra. Toda la naturaleza, sí, ménos el hombre. ¡ Porque llegado era el momento en que la luz del sol no servia en la infeliz Buenos Aires, sino para hacer mas visible la lóbrega y terrible noche de su vida, bajo cuyas sombras se revolvian en cáos las esperanzas y el desengaño, la virtud y el crímen, el sufrimiento y la desesperacion!.......

El silencio era sepulcral en la ciudad.

El monótono ruido de nuestras pesadas carretas dirigiéndose á los mercados públicos, el paso del trabajador, el canto del lechero, la campanilla del aguador, el martilleo del pan entre las árganas; todos estos ruidos especiales y característicos de la ciudad de Buenos Aires, al venir el dia, hacia ya cuatro ó cinco que no se escuchaban. Era una ciudad desierta; un cementerio de vivos cuyas almas estaban unas en el cielo de la esperanza aguardando el triunfo de Lavalle; otras en el infierno del crímen esperando el de Rosas.

Solo en el camino de San José de Flóres, que arranca de la ciudad; de aquel célebre camino, gloria de la federacion, y vergüenza de los porteños, mandado construir por Rosas en honor del general Quiroga; solo en él, decíamos, sonaba el ruido de las pisadas de algunos caballos. Era Don Juan Manuel Rosas que marchaba á encerrarse en su acampamento de Santos Lugares, en la madrugada del 16 de Agosto de 1840: saliendo de la ciudad oculto entre las sombras de la noche, calculando, sin embargo, el poder llegar de dia á la presencia de sus soldados, á quienes por la primera vez de su vida iba á poder decirles *compañeros*.

Su escolta tenia órden de marchar una hora despues.

Nada mas lúgubre, nada mas dramático, nada mas indeciso y violento que el cuadro político que representaban los sucesos en ese momento, en todo el horizonte revolucionado de la república argentina.

Era un duelo á muerte entre la libertad y el despotismo, entre la civilizacion y la barbarie; y estaban ya sobre el campo los dos rivales con la espada en mano, prontos á atravesarse el corazon, teniendo por testigos de su terrible combate á la humanidad y la posteridad.

La mirada de todos estaba fija sobre la inmensa arena del combate ¿ en qué lugar? sobre la república entera.

El general Paz marchaba á Corrientes, á ese Anteo de la libertad argentina, que ha estado cayendo y levantando, luchando brazo á brazo con la dictadura de Rosas, y que entónces victoreaba la libertad y recibia á la noble hechura de Belgrano.

La-Madrid, ese mosquetero de Luis XIII, resucitado en la república argentina en el siglo XIX, bajaba sobre Córdoba á extender la poderosa liga del norte.

Lavalle, nuestro caballero del siglo XI, nuestro Tancredo, el *Cruzado* argentino, en fin, marchaba sobre la ciudad de Buenos Aires, al frente de sus tres mil legionarios, valientes como el acero, ardientes como la libertad, entusiatas como la poesía, y nobles como la causa santa por que abandonaron la patria, dejando en ella la voluptuosidad y el lujo, para volver á ella con la privacion y la roida casaca del soldado.

Ejército compuesto de la parte mas culta y distinguida de la juventud argentina, comandado por lo mas selecto de nuestra milicia; ejército que representa en sí solo toda la poesía dramática y melancólica de la época. Soldados imberbes que tomaban el fusil, no como una carrera, sino como un sacerdocio. Que partian á la guerra, hablando de los peligros y de la muerte, no con la poesía de la imaginacion, sino con la expresion de su conciencia en estado de pureza; que hablaban del martirio como del homenaje debido á la sombra de nuestros viejos padres y á la libertad futura de la patria.

Isla de la Libertad, Agosto 31 de 1839

» Mi querida mamá: he derramado lágrimas al leer su carta tan llena de amor maternal. Devuelvo á usted esos tiernos sentimientos que me manifiesta, con todo mi corazon. Confío en que el cielo presidirá nuestros destinos y que yo tendré el gusto de abrazar á usted y á mis queridas hermanas en el seno de nuestra patria adorada. Diez años han durado nuestros sufrimientos, y la esperanza de terminarlos me llena de ardor y entusiasmo. Deseche toda idea triste: Dios regla el destino del hombre. Si muero, le pido su perdon, y su olvido.......

» Eduardo ÁLVAREZ »

¡Soldados así, como ese jóven de diez y nueve años, hijo de uno de nuestros viejos generales, que se despedia de su madre para ir á morir por la libertad de su patria, y que murió por ella en la jornada del Sauce Grande, despues de haberse cubierto de gloria en el Yeruá y D. Cristóbal; cayendo al espirar en los brazos de su hermano, enviándole un beso á su madre y haciendo jurar á ese hermano que

no dejaria la espalda sino con la libertad argentina, ó con su muerte!!!.....

De parte de la tiranía, Echagüe en Entre-Rios, López en Santa-Fe, Aldao en Mendoza y Rosas en Buenos Aires, formaban las cuatro columnas de resistencia al ataque de la libertad.

En el exterior, por parte de la Francia solo habia la novedad del nombramiento del vicealmirante Baudin para el comando de una expedicion militar al Plata, que parecia haberse resuelto con el fin de poner término á los asuntos pendientes. Y por parte del Estado Oriental,el general Rivera, entretenido en bailar y dar convites en su cuartel general en San José del Uruguay, divertido con versos del comandante Pacheco, contribuia con bríndis á la cruzada argentina; bebiendo « Porque la república argentina anonadando al tirano que la ensangrienta, siga nuestro ejemplo, y comprenda que la única base de la felicidad de los pueblos es la que se funda en leyes justas y análogas á sus necesidades; » *y en la de tener gobiernos morales, previsores y activos*, le faltó decir al presidente Rivera.

En cuanto al pueblo de Buenos Aires, él tenia una fisonomía especial en ese momento : la fisonomía especial de la angustia ; la fisonomía de la ansiedad. Cada minuto pesaba horriblemente sobre el espíritu.

Lavalle marchaba sobre la ciudad.

Rosas delegaba el gobierno en D. Felipe Arana, y salia á esperar á Lavalle, ó mas bien, huia de la ciudad á su acampamento de Santos Lugares, distante dos leguas.

El batallon de Maza, el de Revelo, el N ° 1° de caballería, los dos escuadrones de abastecedores, el escuadron escolta, y algunas divisiones que anteriormente se encontraban allí, componian, en número de 5,000 hombres, el ejército de Rosas en Santos Lugares, especie de inmenso reducto zanjeado y artillado por todas partes.

La ciudad era guardada de otro modo.

En el fuerte estaba acuartelada la mitad del cuerpo de serenos; y de noche se reunian allí la plana mayor activa y la inactiva; los jueces de paz, los alcaldes y sus tenientes, componiendo un total de 400 á 500 hombres.

En su cuartel del Retiro estaba el coronel Rolon con 250 veteranos.

El coronel Ramírez mandando 80 negros viejos é inválidos.

Y el cuarto batallon de patricios estaba mandado accidentalmente por Don Pedro Ximeno.

El coronel Vidal mandaba tambien alguna fuerza pequeña.

Los pocos ciudadanos que quedaban en Buenos Aires, no estaban organizados, ni alistados siquiera.

El cuerpo de la Mashorca, compuesto de 80 á 100 facinerosos, se distribuia desde las oraciones en partidas de 6 y de 8 hombres, que recorrian toda la noche la ciudad; sin hacer otra cosa hasta esos dias, sin embargo, que registrar escrupulosamente á los que hallaban en la calle; llevarlos á la presencia de Salomon si tenian armas, ó insultarlos groseramente si no iban con gran divisa ó con papeleta de *socio popular restaurador.*

El inspector, general Pinedo, hacia los nombramientos de *jefe de dia;* cargo que recaia siempre en alguno de los generales que sin destino permanecian en la ciudad.

Y esos jefes, acompañados de algunos ayudantes, recorrian la ciudad toda la noche, visitando los cuarteles para ver si se observaban las órdenes expedidas.

Pero época alguna de la federacion hizo mas tolerantes á sus hijos, que estos dias que estamos describiendo; es decir, aquellos en que el general Lavalle marchaba aproximándose á la ciudad.

La Mashorca no hacia uso de sus armas, como hemos dicho.

Los *jefes de dia*, en el curso de sus paseos nocturnos, solian llamar á alguna que otra puerta anatematizada desde mucho tiempo; y preguntaban con el mayor esmero: si algo se ofrecia, si habia alguna novedad; ó aseguraban que no habia nada que temer, etc.

El gobernador delegado mandaba indirectamente ciertos avisos á ciertas casas sobre seguridades, sobre garantías no conocidas nunca.

En los cuarteles, los acérrimos entusiastas en el tiempo de las parroquiales se demostraban mutuamente, con una lógica concluyente, lo terrible que era el no poder vivir en paz y tener que pelear con sus *hermanos*....... ¡Ah, Lavalle, Lavalle, por qué no mandasteis un escuadron á gritar: ¡Viva la patria! en la plaza de la Victoria!

Pero sigamos.

De otro lado, las familias de los enemigos del tirano, es decir, las cuatro quintas partes de la sociedad culta y moral, esperaban y temblaban, querian reir, y sentian el corazon oprimido; Lavalle se acercaba, pero cada una de ellas tenia un hijo, un hermano, un esposo en las filas de los libertadores, y una bala enemiga podia abrirse paso por su pecho; Lavalle se acercaba, pero el puñal de la Mashorca estaba mas cerca de ellas que la espada de sus amigos.

Encerradas en sus aposentos, las jóvenes tejian coronas, bordaban cintas, buscaban en el fondo de sus gavetas algun traje celeste, escondido por muchos años, para recibir á los libertadores; y las madres querian esconder dentro sí mismas á los hijos que les quedaban aun en Buenos Aires, para que no fuesen arrebatados de las calles por las levas de la Mashorca.

Cada familia, cada individuo, era en fin la imágen viva y palpitante de la ansiedad, de la mas penosa y terrible incertidumbre.

Tal era el inmenso cuadro que apénas bosquejamos, al fin de la primera mitad de Agosto; tiempo tambien en que vamos á encontrarnos de nuevo con los personajes de esta historia.

El corazon de los patriotas latia de temor y de esperanza. El de los héroes de las *parroquiales* de miedo y de miedo.

Pero ántes de cerrar este capítulo, vamos á explicar esa voz parroquiales, con que en este libro se ha determinado á menudo una época á que no se ha dado todavía un nombre especial.

III.

Al anochecer del 27 de Junio de 1839 fué asesinado en las antesalas de la cámara de representantes el presidente de ella Don Manuel Vicente Maza.

Dejemos la palabra á los documentos, porque ellos de suyo han de reflejar sobre la conciencia del lector todo lo que hay de horrible y de repugnante en los hechos que

fijamos como antecedentes de esa bacanal pública, que se llamó *fiestas de las parroquias.*

« En Buenos Aires, á 27 de Junio de 1839, á las seis y média de la noche, se presentó en la casa habitacion del señor vicepresidente 1º de la honorable sala, ciudadano general Don Agustin Pinedo, el ordenanza de dicha sala Anastasio Ramírez, y anunció al referido vicepresidente que acababa de ser violentamente muerto el señor presidente de la honorable sala Dr. D. Manuel Vicente Maza, cuyo cadáver habia encontrado el exponente en la sala de la presidencia.»

La comision permanente se reunió. Se hizo el reconocimiento facultativo del cadáver; y encontraron en él dos heridas hechas con *cuchillo ó daga.*

La sala se reunió al dia siguiente; ¿se reunió para deliberar sobre el hecho inaudito que acababa de cometerse en su recinto? no : se reunió para oir un discurso del diputado Garrigós. Hé aquí un pequeño fragmento de ese discurso.

..... « Se ha querido contrastar la acrisolada fidelidad de » nuestra tropa. Pero por todas partes, señores, ha encon- » trado el vicio la resistencia que le ofrece la virtud. Estos » leales federales, que detestan al bando unitario, y mucho » mas aun á los traidores que desertan de la causa nacional » de la confederacion argentina, volaron presurosos á parti- » cipar al gobierno aquel inicuo atentado, exhibiendo al » mismo tiempo comprobantes inequívocos de la certeza de » su aserto. Pues bien, señores, el autor principal de crímen » tan execrable era el hijo de nuestro presidente; y sin duda » alguna, datos muy exactos y antecedentes muy fundados » comprobaban la connivencia del padre en el complot del » hijo : estos graves cargos, que gravitaban contra el ex pre- » sidente, desparramados en la poblacion, cundieron con una » rapidez eléctrica : los ciudadanos de todas clases miraron » con horror tan inaudito crímen y se apresuraron entónces » á dirigirse á esta honorable legislatura ejerciendo el dere- » cho de peticion. Al efecto prepararon una solicitud con el » objeto de que se separase del elevado puesto de presidente » de la representacion de la provincia, y aun del seno de la » legislatura á un ciudadano, contra quien pesaban graves » cargos y contra quien la opinion pública se habia ya mani- » festado del modo mas severo : y que por consiguiente de-

» bia quedar fuera del amparo de esta posicion para que el
» fallo de la ley se pronunciase contra su conducta. Aun no
» fué esto todo, señores; pendiente este paso, la animadver-
» sion pública se explicó mas palpablemente. La casa del
» presidente fué agredida la noche del juéves de un modo
» que se conoció que el pueblo estaba en oposicion á la per-
» manencia del presidente en su puesto, que aun esa ma-
» ñana ocupó. Tales antecedentes decidieron al presidente
» á hacer su renuncia, no tan solo del cargo que ocupaba
» en este recinto, sino tambien de la presidencia del tribu-
» nal de justicia. Recien entónces se apercibió que debia
» alejarse de esta tierra, y no poner á prueba tan difícil la
» irritacion del pueblo, y la justificacion del jefe ilustre del
» Estado que fluctuaria entre el severo deber de la justicia,
» y el cruel recuerdo de una antigua amistad ».....

..... « En tal estado, señores, ¿qué cosa resta á la hono-
» rable sala, que dar cuenta de este trágico suceso al P. E.
» acompañándole todos los antecedentes de la materia, para
» que en su vista dicte las medidas que su sabiduría le acon-
» seje? »

Al dia siguiente, es decir, el dia 28, en que tuvo lugar la sesion, el hijo del presidente de la sala, teniente coronel Don Ramon Maza, fué fusilado en la cárcel.

El cadáver del anciano estaba en la puerta, en un carro de la basura; y allí se le reunió el cadáver de su hijo, y juntos fueron echados á la zanja del cementerio.

Tras este horrendo asesinato del presidente de la legislatura y del tribunal de justicia, ¿qué aconteció en el pueblo de Buenos Aires? Aconteció que una voz unánime se levantó en derredor á Rosas, de todas las corporaciones y empleados públicos, dando el parabien al asesino. « En virtud del des-
» cubrimiento del feroz, inicuo y salvaje plan de asesinato
» premeditado por los parricidas, reos de lesa América, trai-
» dores Manuel Vicente y su hijo espúreo Ramon Maza, ven-
» didos al inmundo oro frances, » decia uno. Otro le hacia coro, repitiendo : « Esté bien convencido Vuecelencia, que
» el Dios de los ejércitos protege la causa de la justicia, po-
» niendo en descubierto los planes infernales de los trai-
» dores sobornados por un vil interes, como sucede con el
» traidor sucio, inmundo y feroz, Manuel Vicente Maza y su
» hijo bastardo. »

Las felicitaciones, vaciadas todas en el molde de las anteriores, se desgranaban de la inmensa mazorca de la federacion, y centenares de páginas no podian abrazar en sus millones de tipos todo el palabreo inmundo de esa época, y fué preciso abrir válvulas en cada parroquia de la ciudad, para que el entusiasmo popular no hiciese reventar el pecho de los federales; y de aquí las fiestas parroquiales, cuya bacanal debia celebrarse en los templos.

El asesino fué deificado, y el asesinato bendecido, no solo en la ciudad, sino en la campaña.

Del dia del delito, se decia en la cátedra del Espíritu Santo : « Yo no haré otra cosa en esta mi breve alocucion, que » exhortaros con las palabras del profeta real á establecer » este dia hasta el cornijal del altar : *Constituite diem so-* » *lemnem in condensis usque ad cornu altaris*. Solemne » llamo este dia por el feliz descubrimiento de la trama » horrorosa contra la vida de nuestro Ilustre Restaurador » de las Leyes; solemne llamo á este dia, por el escar- » miento público, que la divina Providencia hizo de los » enemigos de nuestra libertad é independencia... La divina » Providencia... ella quiso que este público... á la verdad, » Dios vela sobre los buenos y sobre los malos; sobre los » buenos para darles á su tiempo el premio en el cielo, so- » bre los malos para darles á su tiempo el condigno cas- » tigo. »

El juez de paz de cada parroquia citaba á los vecinos, y previamente le sacaba á cada uno lo que podia, ó no podia dar, para la suscripcion de la fiesta. Luego se nombraba la comision, se señalaba el dia, y se invitaba por los periódicos.

La parroquia entera se vestia de federal y..... pero que hablen los documentos.

« La cuadra de la iglesia estaba toda adornada de olivo » y lindas banderas, las cuales fueron tomadas por los ve- » cinos y *de golpe las rindieron al pasar el retrato, hin-* » *cando la rodilla*, causando un espectáculo verdaderamente » imponente el repique de las campanas, cohetes de todas » clases y vivas del inmenso pueblo que habia allí reunido ; » al llegar al atrio tomaron el señor juez de paz y el señor » maestre el retrato, y entraron con él á la iglesia en cuya » puerta el señor cura y seis sacerdotes de sobrepelliz

» acompañaron el retrato hasta que se colocó en el lugar
» destinado, y como se retirase la comitiva por no empe-
» zarse la funcion de iglesia, se dejaron dos tenientes alcal-
» des uno á cada lado del retrato haciéndole guardia.....
» hasta que concluida la funcion tomó asiento el acompa-
» ñamiento esperando al señor cura y demas sacerdotes que
» de sobrepelliz salieron á acompañar el retrato que fué
» sacado hasta el atrio, donde lo recibió el señor juez de 1.ª
» instancia, Don Lúcas González Peña.....

» Gran porcion de vecinos se reunió en la casa conti-
» gua á la del juez de paz, donde fué servida con abundan-
» cia carne con cuero; concluida la comida se formó del
» contento general la mas federal y republicana danza en el
» patio de la casa del señor juez de paz, adoptando nuestra
» *alegre média caña por baile*, la que era tocada por la
» música restauradora : en esta danza aceptada únicamente
» por todos, no quedó nadie sin bailar, pues todos *entreve-*
» *rados* no se conoció distincion. La señorita Doña Manue-
» lita de Rosas, digna hija de nuestro Ilustre Restaurador,
» y la respetable familia de S. E. dieron realce con su pre-
» sencia, etc. [1] »

Los documentos de la época van mas adelante todavía : mineros inagotables de la mas desesperante filosofía sobre la debilidad de la raza humana cuando gravita sobre ella la pesada mano del despotismo, en cada página, en cada dia de esa época funesta, enseñan en progreso la degradacion del pueblo sometido á Rosas. Las inspiraciones de este eran las que daban impulso á las acciones : obraban obedeciendo; pero era tan perfectamente disfrazada la imposicion, que, á los diez años, el escritor se halla en conflicto para saber dónde comenzaba esa imposicion, y dónde terminaba la accion espontánea, en conciencias que el miedo habia pervertido.

La descripcion de la fiesta de San Miguel, publicada en el número 4,891 de la *Gaceta*, brilla todavía con mayor lujo de degradacion, de prostitucion, de escarnio.

Mas todavía, la fiesta de la catedral que describe la *Gaceta* 4,866 : hé aquí un fragmento :

[1] Descripcion de la fiesta de la parroquia de Monserrat, publicada en el número 4,834 de la *Gaceta Mercantil*, de 10 de Agosto de 1839.

« En la entrada del templo se agolpaba un numeroso gen-
» tío, y saliendo á la puerta el senado del clero fué intro-
» ducido al templo el retrato de su Excelencia por los mis-
» mos generales que lo habian recibido, etc. La funcion fué
» celebrada con majestuosa solemnidad. Nuestro venerable
» y digno compatriota, el ilustrísimo obispo diocesano de
» Buenos Aires, doctor Don Mariano Medrano, rodeado de
» todo el esplendor y pompa con que se ostenta el culto de
» la iglesia católica en sus augustas fiestas, ofició en tan
» importante accion de gracias. Una magnífica orquesta
» acompañaba el canto de algunos profesores y aficionados.
» Concluida la misa se entonó el *Te Deum* por el ilustrísimo
» prelado, que se anunció al público por repiques de cam-
» panas y una salva de artillería en los baluartes de la for-
» taleza. En seguida fué reconducido el retrato de Su Exce-
» lencia al carro. La caballería formó en columna, etc.
» Luego que el señor inspector general dispuso la reti-
» rada del retrato empezó la marcha en el mismo órden,
» siguiendo la columna por el expresado arco principal, y
» de este por la calle de la Reconquista hasta la casa de
» Su Excelencia. Al salir de la fortaleza el acompañamiento,
» se empeñaron las señoras en conducir el retrato de Su
» Excelencia, tirando del carro que alternativamente habian
» tomado los generales y jefes de la comitiva al conducirlo
» al templo. Las señoras mostraron el mas delicado y vivo
» entusiasmo, y vimos con inmenso placer á las distingui-
» das señoras Doña..... etc., etc. * »

Como se ve, pues, estas célebres fiestas tuvieron por orígen un crímen; y dignas sucesoras de esa causa, ellas en sí mismas eran un crímen, y fueron mas tarde madre de mil crímenes.

En el estado normal de las sociedades, en toda reunion pública, se trata de poner en competencia la cultura ó el talento, la elegancia ó el lujo.

En toda reunion pública, ó se trata de agradar, ó se trata de moralizar.

En las famosas fiestas parroquiales, todo era á la inversa, porque el ser moral de la sociedad estaba ya invertido.

* El carro, segun el documento que estamos citando, tenia nueve varas de elevacion, cinco de largo y tres de ancho

Cada parroquial era un inmenso certámen de barbarismo, de grosería, de vulgaridad y de inmoralidad, de patricidio y de herejía.

Á la profanacion del templo seguia la profanacion del buen gusto, de las conveniencias, de las maneras, del lenguaje, y hasta de la mujer, en lo que llamaban el ambigú federal, cuya mesa se colocaba ora en la sacristía, á veces en algun corredor, bajo algun claustro, y alguna vez tambien en la casa del juez de paz de la parroquia.

El primer asiento era reservado á Manuela, y como si esta pobre criatura fuese el conductor eléctrico que debiera llevar á su padre los pensamientos de cuantos allí habia, cada uno empleaba todo el poder de la oratoria especial de la época, para mostrarse á los ojos de la hija fuerte y potente defensor del padre.

La oratoria de la época tenia su vigor, su brillo, su sello federal en la abundancia de los adjetivos mas extravagantes, mas cínicos, mas bárbaros.

El enemigo debia ser inmundo, sucio, asqueroso, chancho, mulato, vendido, asesino, traidor, salvaje. Y el heroe de la federacion, en boca de los aseados federales, para quienes el oro frances era inmundo, pero el oro argentino muy limpio y muy pulido, para dejar de robárselo á manos llenas, era ilustre, grande, héroe; como ilustres, grandes y héroes eran todos ellos en la prostitucion y el vicio que allí representaban.

En pos de la borrachera federal venia la danza federal. Y la jóven inocente y casta, llevada allí por el miedo ó la degradacion de su padre; la esposa honrada, conducida muchas veces á esas orgías pestíferas con las lágrimas en los ojos, tenian luego que rozarse, que tocarse, que abrazarse en la danza con lo mas degradado y criminal de la mashorca.

Estas escenas fueron interrumpidas momentáneamente por la revolucion del sur, en Octubre del mismo año de 1839, pero continuadas tan pronto como fué sofocado aquel heróico movimiento. Y en ellas fué donde debia engendrarse la época de sangre que debia comenzar en 1840. Porque si la cabeza de Zalarallan, de Castelli y otros habia dado ya ocupacion al cuchillo, todo eso no era sin embargo, sino los

preludios de las ejecuciones en masa que debian cometerse mas tarde.

El terror fué graduado, fria y sistemáticamente por el dictador.

Las personerías.

Los azotes.

Los moños de cinta, pegados con brea en la cabeza de las señoras.

Este y el otro asesinato, de tiempo en tiempo, fueron escalones sucesivos por los que Rosas fué arrastrando el espíritu individual y el espíritu público al abismo de la desesperacion y del miedo, á cuyo fondo insondable debia empujarlos con mano de demonio en la San Bartolomé de 1840.

Así la sociedad á esta época se hallaba dividida en víctimas y asesinos. Y estos últimos, que desde muy atras traian sus títulos de tales; valientes con el puñal sobre la víctima indefensa; héroes en la ostentacion de su cinismo temblaban, sin embargo, cuando la pisada del ejército libertador hacia vibrar la tierra de Buenos Aires, en la última quincena de Agosto de 1840, á cuyos dias hemos llegado en esta historia; miéntras que la parte oprimida del pueblo sufria tambien la incertidumbre penosa por el éxito próximo de la cruzada.

Y es para poder fijar con claridad la filosofía de esta conclusion, que la *novela* ha tenido que *istoriar* brevemente los antecedentes que se han leido.

CAPÍTULO II.

El gobernador delegado.

Pasado el zaguan que conducia del primero al segundo patio en la casa de Don Felipe Arana, calle de Representantes n.º 153, se hallaba á mano izquierda una pieza cuadrada, con una gran mesa de escribir en el centro, otra mas pequeña en uno de los ángulos, y un estante conte-

niendo muchas obras teológicas, las Partidas, un diccionario de la lengua, edicion de 1764; un grabado representando á San Antonio; un botellon de agua; unas tazas de loza y un damero : nada mas tenia el estante del señor Don Felipe; pues acabamos de conocer el gabinete del señor ministro, ascendido al alto rango de gobernador delegado.

En la pequeña mesa copiaba un largo oficio nuestro distinguido amigo el señor Don Cándido Rodríguez. Y delante de la gran mesa en que figuraban gallardamente muchos legajos, muchos sobres de cartas y de oficios y un gran tintero de estaño, sentados estaban Don Felipe Arana y el ministro de S. M. B., Caballero Enrique Mandeville, y nuestro entrometido Daniel.

— Pero si no ha habido declaracion de guerra, señor Mandeville, decia el señor Don Felipe á tiempo que nos entramos con el lector á su gabinete. Y eso decia con sus manos cruzadas sobre el estómago, como las tienen habitualmente las señoras cuando se hallan en estado de esperanzas.

— Así es, no ha habido declaracion de guerra, contestó el señor Mandeville, jugando con la punta de sus rosados dedos.

— Y usted ve, señor ministro, prosiguió Don Felipe, que segun el derecho de gentes y la práctica de las naciones cultas y civilizadas, no se puede hacer la guerra, sin que á ese acto preceda una declaracion solemne y motivada.

— ¡ Pues!

— Y como el derecho de gentes nos comprende á nosotros tambien, ¿ digo bien, señor Bello?

— Perfectamente, señor ministro.

— Luego si nos comprende á nosotros el derecho de gentes, prosiguió Don Felipe, teníamos derecho á que la Francia nos declarase la guerra ántes de mandar una expedicion. Y puesto que no lo hace así, la Inglaterra debia estorbarle el envío de la antedicha expedicion; porque conquistado el país por la Francia, la Inglaterra pierde todos sus privilegios en la confederacion. Y es por esto que concluyo, repitiendo al señor ministro, á quien tengo el honor de hablar, que la Inglaterra debe oponerse al tránsito por mar de la susodicha expedicion, que debe salir de Francia, ó estar ya en camino por el mar.

— Yo trasmitiré á mi gobierno las poderosas observaciones del señor gobernador delegado, contestó el señor Mandeville, cuyo espíritu, no estando avasallado por Don Felipe como lo estaba por Rosas, podia medir á su antojo la diplomacia y la elocuencia del antiguo campanillero de la Hermandad del Rosario.

— Si fuera dable que yo tomase parte en este asunto, yo diria al señor gobernador cuál es en mi opinion la política que ha creido conveniente seguir en los negocios del Plata el gabinete de San Jámes, dijo Daniel con un tono tan humilde y tan comedido que acabó de encantar á Don Felipe, que no deseaba otra cosa sino que álguien hablase cuando él tenia que hacerlo.

— Las opiniones de un jóven tan aventajado como el señor Bello deben ser oidas siempre.

— Mil gracias, señor Arana.

El señor Mandeville fijó sus ojos en la fisonomía de aquel jóven cuyo nombre le era conocido; y se dispuso con toda su atencion á escucharlo.

— Es muy probable que á la fecha en que estamos, el señor Palmerston esté en posesion de un documento muy grave de la actualidad : me refiero al protocolo de una conferencia tenida el 22 de Junio de este año entre la comision argentina y el señor Martigny. ¿El señor Mandeville sabe algo de este documento?

— Nada absolutamente, contestó el ministro inglés y dudo que mi gobierno lo tenga desde que no ha ido por mi conducto.

— Entónces me cabe la dicha de haber hecho las veces del señor ministro.

— ¿Es posible?

— Sí, señor, el 22 de Junio se firmó ese documento, y el 26 marchaba para Lóndres, enviado por mí al vizconde Palmerston. Tiene hoy, pues, cincuenta y dos dias de viaje.

— ¿Pero ese documento?..... dijo el señor Mandeville algo intrigado.

— Hélo aquí, señor ministro. Leámoslo y despues observemos, dijo Daniel sacando de su cartera un pliego de papel muy fino en que leyó :

Protocolo

De una conferencia entre el señor Buchet Martigny, Cónsul General, Encargado de Negocios y Plenipotenciario de S. M. el Rey de los Franceses, y la Comision Argentina, establecida en Montevideo, con el objeto de fijar algunos hechos relativos á la cuestion pendiente en el Rio de la Plata.

Los sucesos que han tenido lugar en el Rio de la Plata, desde el 28 de Marzo de 1838, en que las fuerzas navales de S. M. el Rey de los Franceses establecieron el bloqueo del litoral argentino, produjeron una alianza de hecho, entre los jefes de las expresadas fuerzas, y los agentes de S. M. por una parte, y las provincias y ciudadanos argentinos, armados contra su tirano, el actual gobernador de Buenos Aires, por la otra.

Esta alianza se hizo mas estrecha, y adquirió alguna mas regularidad, desde que el señor general Lavalle, en Julio de 1839, se puso de acuerdo con dichos jefes y agentes, para organizar en la isla de Martin García la primera fuerza argentina, destinada á obrar contra el gobernador de Buenos Aires; y desde que el gobierno de la provincia de Corrientes abrió comunicaciones con ellos en Octubre del propio año.

Desde entónces los señores agentes diplomáticos, y los jefes de las fuerzas navales francesas, han prestado reiterados servicios á la causa de los argentinos, donde quiera que se han armado contra su tirano, y han recibido á su vez pruebas de sinceras simpatías hácia la Francia, donde quiera que no ha dominado la influencia de aquel. Todo esto habia estrechado mas cada dia la expresada alianza de hecho.

Actualmente, los últimos periódicos de Francia, que acaban de recibirse en esta capital, han dado á conocer el discurso, pronunciado en la cámara de diputados el 27 de Abril último, por el señor Thiers, presidente del consejo de ministros de S. M.; y en el cual S. E. reconoció pública y solemnemente, como aliados de la Francia, á las provincias y ciudadanos de la república argentina, armados

contra el tirano de Buenos Aires; dando así una especie de sancion á la alianza, que solo de hecho existia.

Esta circunstancia ha dado lugar á que las partes interesadas en el negocio creyesen, como realmente creen, llegado el momento de fijar algunos puntos, que den á la alianza toda la regularidad posible, y establezcan al mismo tiempo sus mas naturales consecuencias.

Por este efecto, los abajo firmados, á saber :

Por una parte, el señor Claudio Justo Enrique Buchet Martigny, Cónsul general, encargado de negocios, y ministro plenipotenciario de S. M. el Rey de los Franceses;

Y por la otra los señores Dr. Don Julian Segundo de Agüero, Dr. Don Juan José Cernádas, Don Gregorio Gómez, Dr. Don Ireneo Portela, Dr. Don Valentin Alsina, Dr. Don Florencio Varela, miembros que componen la comision argentina, establecida en Montevideo, por especial delegacion del señor general Lavalle, que como jefe de todas las fuerzas argentinas dirigidas contra el dictador Rosas, representa de hecho los intereses y negocios de la provincia de Buenos Aires, cuya representacion delegó en dicha comision.

Se han reunido, hoy dia de la fecha, en la casa habitacion del señor Buchet Martigny; y despues de dar á este negocio su mas séria atencion, han reconocido, de comun acuerdo, que es de la mayor importancia que la desavenencia entre la Francia y Buenos Aires, á que han dado lugar las crueldades, y actos arbitrarios ejercidos por el actual gobernador de esta provincia, contra diversos ciudadanos franceses, y el bloqueo que ha sido su consecuencia, cesen en el instante mismo en que haya desaparecido la autoridad del dicho gobierno y haya sido reemplazada por otra, conforme á los deseos del país, como las circunstancias dan lugar á esperarlo.

Y, creyendo necesario entenderse de antemano, respecto de los medios mejores que deben emplearse para obtener ese resultado de un modo igualmente honroso para ambos países, han discutido maduramente el negocio, y han convenido, por fin, en lo siguiente :

Tan luego como se haya instalado en Buenos Aires una nueva administracion, en lugar del despotismo que allí domina actualmente, anunciará ella misma este suceso al

señor Buchet Martigny, instándole á trasladarse cerca de ella. El señor Buchet Martigny se prestará inmediatamente á esta invitacion, y se presentará á la nueva administracion en calidad de Cónsul general, encargado de negocios y plenipotenciario de Francia.

Su primer acto, en respuesta á la nota que se le haya dirigido, será el de hacer á la nueva administracion una declaracion al efecto siguiente :

« El bloqueo establecido en el litoral de Buenos Aires, y » los actos hostiles que le han acompañado, jamas han sido » dirigidos contra los ciudadanos de la república argen- » tina; lo que mas de una vez han mostrado las medidas » tomadas en favor de los mismos ciudadanos argentinos, » por los agentes de S. M., y por los comandantes de las » fuerzas navales francesas en el Plata. Esos actos ningun » otro objeto han tenido que el de compeler al tirano, bajo » cuyo yugo gemia la república, á poner término á sus » crueldades contra los ciudadanos franceses, á conceder » justas indemnizaciones á aquellos que las habian ya su- » frido, y á respetar la cosa juzgada. Vivamente ha sentido » el gobierno del Rey verse obligado á echar mano de me- » didas, que debian producir grandes males para el pueblo » argentino; pues jamas ha creido que ese pueblo haya » tenido parte alguna en semejantes excesos ; ó los haya » aprobado.

» Hoy, pues, que ha desaparecido el monstruoso poder, » contra el cual se dirigian determinadamente las hostili- » dades de la Francia, y que el pueblo argentino ha reco- » brado el ejercicio de sus derechos y de su libertad, no » hay ya motivo alguno para que continúe la desavenencia » entre los dos países, ni el bloqueo á que habia dado lu- » gar; contando positivamente el gobierno de S. M., y el » infrascrito, con la disposicion del pueblo argentino, y » de la administracion que acaba de establecerse en Bue- » nos Aires, á hacer justicia á la nacion francesa, y acce- » der á sus justas reclamaciones.

» En consecuencia, el señor Buchet Martigny va á apre- surarse á escribir al contraalmirante, comandante de » las fuerzas navales francesas en el Plata, para darle noti- » cia de los acontecimientos y para rogarle que declare » levantado el bloqueo del Rio de la Plata, y dé las órdenes

» necesarias, á fin de que las fuerzas francesas, que se ha-
» llan en la isla de Martin García, se retiren; y, al dejarla
» entreguen al jefe militar, y á la guarnicion que, á
» efecto de relevarlas, mande el gobierno de Buenos Aires,
» la artillería y todos los otros objetos, que existian en la
» isla, ántes de su ocupacion por los franceses. »

En cambio de esta nota, la nueva administracion de Buenos Aires trasmitirá al señor Buchet Martigny una declaracion concebida, poco mas á ménos, en los términos siguientes, la cual llevará fecha seis ú ocho dias despues :

« El gobierno provisorio de Buenos Aires, deseando cor-
» responder á la generosidad de la declaracion, que con
» fecha... le ha sido hecha por el señor encargado de ne-
» gocios y plenipotenciaro de la Francia, deseando tambien
» dar á esta nacion una prueba de su amistad, y de su re-
» conocimiento, por los eficaces servicios que en estas úl-
» timas circunstancias ha prestado á la causa argentina .

» Considerando igualmente la justicia con que el gobierno
» de S. M. el Rey de los Franceses ha reclamado indemniza-
» ciones, en favor de aquellos de sus nacionales, que hayan
» sido víctimas de actos crueles y arbitrarios del tirano de
» Buenos Aires Don Juan Manuel Rosas :

» Ha decretado lo que sigue : —

» Art. 1.° Hasta la conclusion de una convencion de
» amistad, comercio y navegacion, entre S. M. el Rey de los
» Franceses y la provincia de Buenos Aires, los ciudadanos
» franceses establecidos en el territorio de la provincia
» serán tratados, respecto de sus personas y propiedades,
» como lo son los de la nacion mas favorecida.

» Art. 2.° Se reconoce el principio de las indemniza-
» ciones, reclamadas por S. M. el Rey de los Franceses, en
» favor de aquellos de sus nacionales que hayan sufrido
» ántes ó despues de establecido el bloqueo, por medidas
» inicuas y arbitrarias del último gobernador de Buenos
» Aires Don Juan Manuel Rosas, ó sus delegados.

» Invitará este gobierno al señor Buchet Martigny, á que
» se entienda con él, para hacer determinar, en un plazo
» breve, el monto de esas indemnizaciones, por árbitros

» elegidos por ambas partes, en igual número; y que en
» caso de empate, tendrán la facultad de asociarse un tercero en discordia, nombrado por ellos á mayoría de votos.

» Se reconoce tambien el principio del crédito del señor
» Despuy contra el gobierno de Buenos Aires. Los mismos
» árbitros fijarán su monto por documentos auténticos. »

El señor Martigny, en respuesta á la notificacion que reciba de esta resolucion, dará las gracias al gobierno de Buenos Aires, por este testimonio de amistad y de justicia, y lo aceptará en nombre del gobierno de S. M.

Los señores miembros de la comision argentina, reconocidos á los servicios que la Francia ha hecho á su república, en la lucha que sostiene contra su tirano, se comprometen del modo mas formal, tanto en su nombre, como en el del general Lavalle, de quien son delegados, á emplear todos sus esfuerzos y usar de toda su influencia, para que el nuevo gobierno de Buenos Aires, legalmente constituido, concluya sin demora, con el encargado de negocios y plenipotenciario de Francia, una convencion de amistad, comercio y navegacion, en los mismos términos de la que se firmó en Montevideo el 8 de Abril de 1836, entre la Francia y la República Oriental del Uruguay; lo que será tambien una nueva prueba de la moderacion é intenciones de la Francia; pues que nada mas pide, ni desea de la república argentina, sino lo mismo que propuso, en medio de la paz y la amistad, al Estado Oriental del Uruguay.

Terminado así el objeto de la presente conferencia, se formó este protocolo, que quedará secreto, y que firmaron todos los miembros de ella, en dos ejemplares, en frances el uno, y el otro en castellano, en Montevideo á 22 de Junio de 1840.

(*Firmado*)

Buchet MARTIGNY.
Julian S. DE AGUERO.
Juan J. CERNADAS.
Gregorio GÓMEZ.
Valentin ALSINA.
Ireneo PORTELA.
Florencia VARELA.

El señor Mandeville estaba absorto.

Por la cabeza de Arana no pasó sino la idea que la dominaba siempre, y bajo su inspiracion dijo :

— ¿Pero qué dirá el señor gobernador cuando sepa que ese documento ha existido en manos de usted por tanto tiempo, sin él saberlo?

— El señor gobernador conoce ese documento desde el mismo dia en que llegó á mis manos.

— ¡Ah!

— Sí, señor Arana; lo conoce porque era de mi deber enseñárselo, primero, para probarle mi celo por nuestra causa; y segundo, para que no declinase de su heróica resistencia contra las pretensiones francesas.

— Es un prodigio este jóven, dijo Don Felipe mirando á Mandeville; miéntras Don Cándido se persignaba, creyendo que Daniel habia hecho pacto con el diablo, y que él se encontraba en la asociacion.

— Bien pues, continuó Daniel, á primera vista esta alianza deberia inspirar recelos al gabinete británico, sobre la influencia comercial que adquiriria la Francia en estos países, en el caso de que los unitarios triunfasen. Pero estos hacen desaparecer esos temores con una política que no deja de ser hábil y conducente. Ellos hacen entender que las concesiones hechas á la Francia no son una especialidad, sino un programa general que establecen para lo futuro en sus relaciones políticas y comerciales para con los demas Estados. Que su sistema de órden y de garantías se extenderá á todos los extranjeros que residan en la república. Anuncian la libre navegacion de los rios interiores. Proclaman la emigracion europea como una necesidad de estos países; y distraen los intereses políticos, con las perspectivas comerciales que ofrecen en ellos una vez que triunfe su partido.

— ¡Traicion es todo eso! exclamó Don Felipe que no entendia una palabra de cuanto acababa de oir.

— Prosiga usted, dijo Mandeville, interesado profundamente en las palabras de Daniel.

— En presencia de tal programa, prosiguió el jóven, el ministerio inglés toma en cuenta, de una parte los inconvenientes de una hostilidad directa á la Francia en su cuestion en el Plata; y por otra las ventajas que puede reservarse para lo futuro, con solo que la Inglaterra se mantenga

neutral en una cuestion cuyo resultado puede ser el triunfo de un partido que establece un programa político, todo él de ventajas al comercio, al capital y á la emigracion europea, y cuya amistad quizá convendrá mas tarde adquirirse á todo trance para equilibrar la influencia que la Francia haya establecido en sus relaciones anteriores.

— ¡ Pero es una picardía ! exclamó el señor Don Felipe, una traicion, un ataque á la independencia y soberanía nacional.

— Por supuesto que lo es, dijo Daniel, es una completa picardía de los unitarios. Pero eso no obsta á que puedan alucinarse con ella en Inglaterra; y toda nuestra esperanza, en este caso, se funda en la habilidad de usted, señor Arana, para hacer entender al señor Mandeville, todo lo que tiene de traidor á los interes americanos y europeos el pensamiento de los unitarios.

— Ya.... sí.... pues.... yo he de hablar con el señor Mandeville.

— Sí, hemos de hablar, contestó el ministro inglés cambiando una mirada significativa con Daniel, en quien habia descubierto todo cuanto á Don Felipe le faltaba.

— ¿Y me podria usted facilitar una copia de ese documento? continuó Mandeville dirigiéndose á Daniel.

— Desgraciadamente no puedo, contestó el jóven haciendo al mismo tiempo una seña de afirmativa á Mandeville, que fué comprendida en el acto.

— No puedo, prosiguió Daniel, porque le entregué una copia de él al señor gobernador, que se manifestó muy disgustado de que su ministro de Relaciones exteriores no supiese nada de este negocio.

— ¡ Pero si nada sabia ! exclamó Don Felipe abriendo tamaños ojos.

— De eso se trata; de que no supiera usted nada; y si usted le habla alguna vez de este asunto, conocerá cuán disgustado está Su Excelencia por aquella ignorancia.

— Oh, yo no hablo jamas al señor gobernador, sino de los asuntos que él me promueve.

— En eso se conoce el talento de usted, Señor Arana.

— Y de este asunto me guardaré bien de decirle una palabra.

— Bien hecho.

— ¿No le parece á usted, señor Mandeville?

— Soy de la misma opinion del señor Bello.

— ¡Oh! nosotros todos nos entendemos perfectamente dijo Arana arrellanándose en la silla.

— ¿Y podríamos entendernos sobre el asunto que me ha traido á saludar á Vuestra Excelencia? preguntó Mandeville.

— ¿Sobre la reclamacion del súbdito inglés?

— Justamente.

— Sí, podríamos, pero......

— ¿Pero qué, señor? es un asunto muy fácil.

— Pero como el señor gobernador no está.....

— Pero Vuestra Excelencia es el gobernador delegado, y en un asunto tan sencillo.....

— Sí, señor, pero; pero yo no puedo sin consultarlo.

— Pero si esto no es de política; es un asunto civil; se trata de volver á un súbdito de Su Majestad una propiedad que le ha tomado un juez de paz.

— Lo consultaré.

— ¡Válgame Dios!

— Lo consultaré.

— Haga el señor Arana lo que quiera.

— Lo consultaré en primera oportunidad.

— Bien, señor, dijo Mandeville levantándose y tomando el sombrero.

— ¿Se va usted ya?

— Sí, señor ministro.

— ¿Y usted tambien, señor Bello?

— Á pesar mio.

— ¿Pero volverá usted á verme?

— Á cada momento, siempre que no incomode al señor gobernador delegado.

— ¡Incomodarme! por el contrario, tengo muchas cosas que consultar con usted.

— Siempre estoy pronto y contento de ser honrado de ese modo.

— ¡Vaya pues! vayan con Dios!

Y el señor Mandeville y Daniel salieron juntos riéndose y compadeciendo ambos interiormente aquel pobre hombre titulado ministro y gobernador delegado.

— ¿Quiere usted que tomemos un vaso de vino en mi

casa, señor Bello? preguntó el ministro inglés al llegar al coche.

— Con mucho gusto, contestó Daniel, y los dos subieron al carruaje, á tiempo que doblaban la calle, en direccion á lo de Arana, Victorica por una vereda, y el cura Gaete por otra.

Llegados que fueron aquellos á la hermosa quinta del ministro británico, la conversacion giró de nuevo sobre el documento que acaban de conocer nuestros lectores.

Esa pieza histórica tiene en sí misma el sello de dos verdades innegables, que mas tarde serán tema de largas meditaciones en el historiador de estos países, como le servirá tambien de comprobante para justificar la lealtad y la moral de los emigrados argentinos, tantas veces acusados de *vender* y sacrificar los intereses y los derechos de su país, en sus relaciones con el extranjero.

Estudiando ese documento, no se puede ménos que compadecer ese santo infortunio de la emigracion, de cuyos tristes efectos no es el ménos notable, ni el ménos desgraciado, el alucinamiento á que da ocasion, aun en los espíritus mas serios.

Parece increíble que hombres de la altura de Agüero y de Varela llegasen á creer, que el protocolo que firmaban en 22 de Junio de 1840 pudiera nunca servir á uno de los dos objetos que se proponian con ese paso, y que sin duda era el mas importante para ellos.

Con una candidez pasmosa, la comision argentina creyó arribar con ese convenio al logro de una obligacion perfecta, de una alianza formal entre la Francia y los enemigos de Rosas.

La firma de la comision argentina, los compromisos que ella hubiese contraido, podrían haber sido, sin duda, atendibles y respetados por el nuevo gobierno que sucediese al de Rosas en Buenos Aires. Pero si la Francia se negaba á respetar la alianza de hecho, sellada con las libaciones de la sangre, ¿cómo esperar que respetase un compromiso extraoficial, contraido con un agente suyo, por una entidad moral, que no representaba absolutamente nada, ni en derecho público, ni en poder, ni en consecuencias ulteriores, una vez que fuese vencido por Rosas el partido armado que esa entidad representaba? ¿Con qué carácter, dónde,

ni cómo, se reclamaria de la Francia el cumplimiento de los deberes que la alianza imponia, si la Francia cortaba la cuestion, como la cortó, ó daba á su política en el Plata cualquiera otro sesgo que le conviniese?

Entretanto, si el general Lavalle triunfaba de Rosas, la revolucion no podia dejar de llevarlo al puesto del gobierno, y la comision argentina, por la calidad de sus miembros, debia hallarse tambien en las altas regiones del poder; y las promesas del 22 de Junio, si bien no eran de una obligacion perfecta para Buenos Aires, lo eran para aquellos que las firmaron, y que, colocados en actitud de llenarlas, no hubieran querido ni podido prescindir de cumplirlas. Viniendo á resultar, que aquel convenio era todo una realidad para la Francia, y todo una ilusion para la comision argentina.

Pero esta tuvo tambien otro objeto en aquel paso, y si por ventura no entró en sus consejos, debemos felicitarnos, sin embargo, de que aparezca como tal.

La alianza con el extranjero era el caballo de batalla de Don Juan Manuel Rosas, y de su partido, para estigmatizar á sus contrarios: y mucho tiempo despues de aquel á que está circunscrita esta obra, ha continuado siendo el tema favorito de las mas punzantes recriminaciones. de las mas infundadas y arbitrarias sospechas.

Pero en materias tan graves, en que la historia no está ménos interesada que el honor de los individuos y los partidos, no se discute sino sobre los hechos y los documentos.

Para acusar á Rosas y la parte activa de su partido, á cada momento les hacemos su proceso con las piezas oficiales de ellos mismos, y con la exposicion de hechos que han estado bajo el imperio de los ojos ó que existen daguerreotipados en la memoria de cien mil testigos.

Para acusar á la emigracion argentina, de haber sacrificado uno solo de los derechos permanentes de su país, de haber pospuesto una sola de sus conveniencias presentes ó futuras, en política ó en comercio, en territorio ú obligaciones de cualquier género; para acusar á uno solo de los miembros espectables de esa emigracion, de haber recibido del extranjero un solo peso, una sola ventaja, una sola promesa á cambio de la mínima condescendencia, no han

de hallar un solo documento ni un solo testigo, los mas encarnizados perseguidores de esa emigracion. Y si hallasen algun documento, ha de ser de la naturaleza y de los términos del que aquí se conoce.

Cuanto allí se le ofrecia á la Francia, no era una línea mas que lo que ella habia exigido desde el comenzamiento del bloqueo. Pero se le ofrecia mucho ménos que lo que Rosas debia darle mas tarde en la convencion de 29 de Octubre, despues de haber hecho sufrir y humillar al país, por el largo período del primer bloqueo.

CAPÍTULO III.

De cómo era y no era gobernador delegado Don Felipe.

Por mas que apresuró sus pasos el cura Gaete para entrar á casa de Arana ántes que el jefe de policía, no pudo desgraciadamente conseguirlo; y este último atravesó el patio y llegó al gabinete del gobernador delegado, miéntras el cura de la Piedad, que tenia sus motivos para no querer hablar con Arana delante de Victorica, entró al salon á hacer sus cumplimientos federales á la señora Doña Pascuala Arana, señora sencilla y buena, que no entendia una palabra de las cosas públicas y que era federal porque su marido lo era.

— ¿Qué novedades hay, señor Victorica? preguntó Arana al jefe de policía despues de haberse ambos cambiado los cumplimientos de estilo, y de haber hecho señas á Don Cándido para que continuase escribiendo; pues nuestro amigo habia dejado pluma y silla y se deshacia en cortesías á Victorica.

— Ninguna en la ciudad, señor Don Felipe, contestó Victorica sacando y armando un cigarrillo de papel, cuidándose poco de los respetos debidos al Excelentísimo Señor Gobernador delegado.

— Y ¿qué le parece á usted Lavalle?

— ¿Á mí?

— ¡Pues! ¿Qué le parece á usted como viene para adelante?

— Lo extraño seria que fuese para atras, señor Don Felipe.

— ¿Pero que no ve ese hombre de Dios, que va á commover todo el país?

— Á eso ha venido.

— ¿Pero qué mal le hemos hecho? ¿No ha vivido tranquilo en la Banda Oriental sin que jamas hayamos ido á incomodarlo? ¿Cree usted que una obra como la suya tenga perdon de Dios?

— No sé; señor Don Felipe; pero en todo caso yo preferiria que no lo tuviese de los hombres, porque Dios está muy léjos, y Lavalle está muy cerca.

— Sí, mas cerca de lo que debiera estar. ¿Conoce usted el diario de las marchas que ha hecho ya?

— No, señor.

— Á ver, señor Don Cándido, ¿sacó usted copia del diario de marchas?

— Ya está lista, Excelentísimo Señor Gobernador delegado, contestó el secretario privado haciendo una profunda reverencia,

— Léalo usted.

Don Cándido se echó para atras en su silla, alzó un papel á la altura de sus ojos, y leyó :

« Marcha del ejército de los traidores inmundos unitarios desde el dia 11 del corriente.

» Dia 11. Marchó todo el ejército hácia los Arrecifes, y llegámos á la estancia de Dávila á las tres y média de la tarde, donde campamos y carneó el ejército.

» Dia 12. Á las ocho y cuarto de la mañana empezamos á marchar, y campamos á las doce y cuarto de la misma en la estancia de Sosa. Á las cuatro de la tarde, hora en que se acabó de carnear y comer, marchamos hasta las ocho de la noche que campamos. Este dia y los anteriores se presentaron cerca de ciento cincuenta personas de aquellos lugares para unirse voluntariamenie al ejército.

» Dia 13. Á las nueve y média de la mañana marchamos y campamos en la estancia de Pérez Millan, donde carneó el ejército. Este dia se unió Sotelo al ejército con ciento cuarenta vecinos de Arrecifes, que venian á servir en el mismo.

» Dia 14. Á las cinco de la tarde marchamos, y campa-

mos á las siete y média de la noche en otra estancia de Pérez Millan. »

— ¿Usted ve ese hombre lo que está haciendo? dijo Don Felipe, dirigiéndose á Victorica y cruzando sus manos sobre el estómago, como era su costumbre.

— Sí, señor, veo con placer que no marcha tan recto ni tan pronto como le convendria

— Pero marcha, y el dia ménos pensado se viene hasta la ciudad.

— Y ¿qué hemos de hacer? contestó Victorica riéndose interiormente del miedo que percibia en Don Felipe.

— ¿Qué hemos de hacer? Hace tres noches que no duermo, señor Victorica, y, en los momentos que concilio el sueño, suspiro mucho, segun me dice Pascualita.

— Estará usted enfermo, señor Don Felipe.

— De cuerpo no, gracias á Dios, porque yo hago una vida muy arreglada; pero estoy enfermo del ánimo.

— ¡Ah, del ánimo!

— ¡Pues! Estas cosas no son para mí. Es verdad que yo no he hecho mal á nadie.

— No dicen eso los unitarios.

— Es decir, yo no he mandado fusilar á ninguno. Sé que si son justos me dejarian vivir en paz. Porque yo lo que quiero es vivir cristianamente educando á mis hijos, y acabar la obra sobre la Vírgen del rosario que comencé en 1804, y que despues mis ocupaciones no me han dejado concluir. Así es, que si Lavalle es justo, no tendrá por qué ensañarse conmigo, y.....

— Dispense usted, señor Don Felipe, pero me parece que está usted ofendiendo al Ilustre Restaurador y á todos los defensores de la federacion.

— ¿Yo?

— Me parece que sí.

— ¿Qué dice usted, señor Don Bernardo?

— Digo que es ofender al Restaurador y á los federales, el suponer que el cabecilla Lavalle pueda triunfar.

— Y ¿quién dice que no puede triunfar?

— Lo dice Su Excelencia el Restaurador de las Leyes.

— ¡Ah, lo dice!

— Y no me parece que debe desmentirlo el gobernador delegado.

— ¡Qué desmentirlo, hombre de Dios! Al contrario, si yo sé muy bien que Lavalle va á encontrar su tumba. Era que me ponia en el caso solamente.....

— ¿De que triunfase?

— ¿Pues?

— Ah, eso es otra cosa, dijo Victorica que realmente se estaba divirtiendo, aun cuando su seco y bilioso temperamento no se prestaba fácilmente á esas comedias.

— Eso es, eso es; así es como se entienden los hombres.

— Y si fuera posible que nos entendiéramos tambien sobre algunos asuntos de servicio, habria llenado el objeto de esta visita.

— Hable usted, señor Don Bernardo.

— El comisario de la tercera seccion está gravemente enfermo, y necesito saber si puede desempeñar interinamente su cargo el comisario de la segunda.

— ¿Qué mas, señor Victorica?

— La Sociedad popular despacha patrullas armadas todas las noches, sin conocimiento de la policía.

— Apunte usted todo eso, señor don Cándido.

— En el momento, Excelentísimo Señor Gobernador delegado, contestó el secretario.

— Esas patrullas no toman el santo en la policía, y todas las noches hay conflictos entre ellas y las que salen del departamento.

— Anote usted esa circunstancia, señor Don Cándido.

— Inmediatamente, señor Excelentísimo.

— Una de las patrullas de la Sociedad popular ha arrestado anoche dos vigilantes de policía, porque no llevaban papeletas de socios restauradores.

— Que no se olvide esto, señor Don Cándido.

— De ningun modo, respetable y Excelentísimo Señor.

— Cuatro panaderos se han presentado á mi oficina, anunciando que no podrán continuar la elaboracion del pan, si no se les permite reducir su peso por cuanto están pagando sueldos crecidísimos á peones extranjeros, porque os hijos del país han sido llevados de leva.

— Que hagan e pan mas grande, y multa si no trabajan.

— La señora Doña María Josefa Ezcurra solicita que se haga un nuevo registro en una casa que ya fué visitada

en Barrácas, y cuya dueña no está allí hace algunos

— ¿Lo pide por órden del señor Gobernador?

— No, señor. Por órden suya.

— Déjese, entónces, de hacer registros. ¡Qué gana de iudisponerse con todo el mundo! Basta de compromisos, que demasiados tenemos, señor Don Bernardo. No siendo por órden del señor Gobernador, no haga usted nada.

— Sin embargo, hay sospechas sobre un pariente de la dueña de esa casa.

— ¿Quién es el pariente?

— Don Daniel Bello.

— ¡Jesus! ¿Qué está usted diciendo?

— Yo las tengo.

— No diga usted disparates. Yo respondo por él como por la Vírgen del rosario. No sabe usted, ni Doña María Josefa todo lo que la federacion debe á ese jóven. Intriga, calumnia. Nada, nada contra Bello, si no es por órden del señor Gobernador.

— Yo haré lo que el señor Arana me ordene, pues que no tengo órdenes especiales de Su Excelencia, pero no perderé de vista á ese mozo.

— ¿Hay mas?

— Nada mas.

— ¿Está usted despachado entónces?

— Aun no, señor Don Felipe.

— ¿Y qué mas hay?

— Hay el que no me ha contestado usted, ni me ha autorizado para lo de las patrullas, ni para contener los avances de la Sociedad popular que pone presos á los empleados de la policía.

— Consultaré.

— ¿Pero no es usted el gobernador delegado.

— Lo soy.

— ¿Y entónces?

— No importa, lo consultaré con el señor Gobernador.

— Pero el señor gobernador no está hoy para ocuparse de asuntos de servicio interior.

— No importa; lo consultaré.

— ¡Válgame Dios, señor Don Felipe! ¡Si usted es el gobernador delegado, y no sé que lo que pido esté fuera de sus atribuciones!

— Sí, hombre, sí, soy el gobernador delegado; pero es por forma, ¿entiende usted?

— Creo que entiendo, contestó Victorica, que bien lo sabia, pero que hubo pensado poder sacar algo que lo garantiese de la Mashorca.

— Por forma, continuó Don Felipe, para que los unitarios no digan que marchamos sin las formas, pero nada mas.

— Ya.

— Esto es para entre nosotros ¿eh?

— Sin embargo, el secreto lo saben todos.

— ¿Qué secreto?

— El de la forma.

— Y .....

— Y se rien malignamente los unitarios.

— ¡Traidores!

— Y dicen que usted es y no es gobernador delegado.

— ¡Vendidos!

— Y dicen tambien que tiene usted miedo.

— ¿Yo?

— Sí, eso dicen.

— ¿Pero miedo de quién?

— Del señor Gobernador, si hace usted algo que no le agrade; y de Lavalle, si hace algo del gusto del señor Gobernador.

— Eso dicen ¿eh?

— Eso.

— ¿Y usted qué hace, señor jefe de policía?

— ¿Yo?

— Sí, usted.

— Nada.

— Pues mal hecho, porque esos difamadores debian estar en la cárcel.

— ¿Pero no me decia usted hace poco, que hartos compromisos teníamos, para andar persiguiendo á otros?

— Sí, pero no á los que nos difaman.

— No haga usted caso.

— Créame usted que estoy deseando dejar el ministerio, señor Don Bernardo.

— Se lo creo; y pasar á vivir á su estancia, ¿no es eso?

— ¡Qué estancia, hombre, si está arruinada!

— Pues no dicen eso los unitarios.

— ¡Qué! ¿hablan hasta de mi estancia?

— De las estancias.

— ¡Jesus, señor! ¿Yo estancias?

— Y que están muy pobladas; y que todo eso ha sido mal adquirido; y que todas se las han de quitar á usted, por haber sido compradas con fondos del Estado; ¿qué sé yo cuántas cosas dicen?

— Pero es preciso que vayan á la cárcel.

— ¿Quiénes?

— Los que eso dicen.

— ¿Pero si lo dicen en Montevideo, señor Arana?

— ¡Ah, en Montevideo!

— Pues.

— ¡Traidores!

— Por supuesto.

— Vea usted : hasta un crucifijo de plata que me regaló el padre guardian de San Francisco despues de la entrada de los ingleses, es decir, despues que se fueron, se lo he tenido que dar al almacenero Réjas, á cuenta del gasto que le hago.

— Ya.

— Esas son mis estancias ¡ traidores!

— ¿De manera que no me autoriza usted para contener los avances de la Sociedad popular?

— No tengo mi cabeza para esas cosas. Otro dia, consultaré.

— Bien; yo le escribiré al señor Gobernador, dijo Victorica levantándose, bien decidido á no escribir de eso una palabra á Rosas; queria asustar mas al pobre Don Felipe, de quien acababa de vengarse á su satisfaccíon.

— ¿Se va usted?

— Sí, señor.

— ¿De modo que ya va usted autorizado?

— ¡Autorizado! ¿para qué?

— Para lo del pan.

— ¡Ah, no me acordaba!

— Que lo hagan grande.

— ¿Aunque pierdan los panaderos?

— Aunque pierdan.

— Muy bien.

— Y de harina de flor, como lo trabajan las monjas.

— Buenos dias, señor Don Felipe.

— Dios se los dé buenos, señor Victorica. Consúlteme todo cuanto ocurra.

—¡Oh! no dejaré de hacerlo. ¡Es usted el gobernador delegado!

— Aunque rabien los unitarios. Lo soy; sí, señor, lo soy.

— Buenos dias.

Y Victorica salió echando á los diablos al gobernador delegado.

Entre las muchas preciosidades curiosas que ofrece á la crítica el sistema de Don Juan Manuel Rosas, ó mas bien, su época, es la laboriosa ficcion de todos cuantos representaban un papel en el inmenso escenario de la política. Cada personaje era un actor teatral: rey á los ojos de los espectadores, y pobre diablo ante la realidad de las cosas.

Un ministro de Estado, un jefe de oficina, un diputado, un juez, un general en jefe, todo eran, ménos ministro de Estado, juez, diputado, ó general; pero hacian maravillosamente su papel de tales. Es á decir: hacian su papel para los de mas; pero ante los mismos no habia uno que no supiese que su corona era de carton dorado, y su cesáreo manto de franela.

Lujosos, porque jamas la plata les faltaba, al golpear la puerta de un magnate de Rosas, ya se tocaba en efecto á la casa de un ministro, de un general, de un alto magistrado, etc.

Se llegaba á la presencia del magnate, y ya la cara estaba diciendo á uno con quién hablaba.

Un ministro, un favorecido del héroe, debia ser por fuerza un hombre serio, grave, adusto, representante fiel de la mas séria de la causas.

Como todos se vestian de diablo, el color de llamas de que estaban cubiertos, dábales cierto aire mas imponente, que luego sus términos llenos de mesuras y de reticencias acababan por solemnizar.

Miéntras se trataba de lugares comunes, todo era flores para ellos. Por aquí ó por allí, la conversacion habia de rodar por fuerza sobre Su Excelencia y Manuelita, con quienes indefectiblemente se habia hablado el dia ántes, ó hacia dos dias cuando mas.

Cada palabra de los labios federales era á los ojos del

que la vertia, una especie de onza de oro, con el busto del Restaurador, que debia recogérsela y metérsela en el bolsillo el que estaba escuchando sus relaciones con la sacra familia, por lo cual debia estar admirando el poder y la influencia del personaje, ministro, ó juez, ó diputado, etc.

Pero la mano de la providencia estaba allí cerquita, y en cuanto la conversacion caia sobre algun asunto especial que debia girar entre las atribuciones oficiales del personaje, le daba entónces de chicotazos en la conciencia, haciéndole avergonzarse de sí mismo, ó haciéndole comprender que era un pobre gusano que pisaba Rosas; un pobre cómico que representaba un papel, que no servia sino para hacerle comprender que estaba vestido de jergas oropeladas.

Ninguno de ellos se atrevia á confesar su situacion, á decir que de su rango no conservaban sino el título, y que toda jurisdiccion, toda accion, pertenecia al autor de la comedia que representaba, pero no á la pobre compañía, contratada por veinte años, sin mas regalías que su sueldo, sus vestidos de príncipes y reyes, y un beneficio de vez en cuando, con la obligacion de no enojarse cuando la posteridad los apedrease.

CAPÍTULO IV.

De cómo Don Felipe Arana explicaba los fenómenos del magnetismo.

No bien atravesó el patio el señor jefe de policía, cuando el cura Gaete que lo vió por entre los cristales de la puerta del salon, se despidió de las señoras y se fué derecho al gabinete del ministro gobernador, que por un principio de republicanismo recibia á todo el que se entraba hasta él, sin ceremonias ni edecanes.

La cabeza de Medusa, ó la aparicion del alma de su padre, no habrian producido en nuestro Don Cándido Rodríguez la impresion que la cara del cura Gaete; pues su espíritu, tan abrumado de impresiones desgraciadas despues de algun tiempo, sufrió una revolucion tal, que estuvo el hombre por dar vuelta á la silla y ponerse de espalda al gobernador y al cura de la Piedad.

Pero entre el cáos de ideas que surgió en su cabeza, de aquella malhadada aparicion, adoptó por fin la de bajar la frente hasta tocar con el papel, y escribir con una rapidez asombrosa; aunque, en obsequio de la verdad, es necesario decir que no escribia, sino que rasgueaba sobre el papel.

Don Felipe Arana era amigo de todos los hombres de iglesia; pero con el cura Gaete existia en Don Felipe otro vínculo no ménos atrayente, ó quizá mas atrayente que el de la amistad y todos cuantos ligan los corazones humanos, por cuanto ese vínculo era el miedo; un miedo abrumador que sentia, tanto por la lengua difamadora de Gaete, cuanto por sus íntimas relaciones con la Mashorca.

Así fué que al verlo entrar salió á su encuentro con las dos manos estiradas, cual si fuese á tropezar con él, mas bien que á saludarle. Pues que por un resultado necesario del sistema de Rosas, sus mejores servidores estuvieron siempre temblando recíprocamente unos de otros; y todos juntos, del mismo hombre á quien servian y sostenian.

— ¡ Qué milagro, padre, qué milagro! exclamó Don Felipe sentándose á su lado; pero desgraciadamente el cura Gaete vino á quedar frente á frente con Don Cándido.

— Vengo á dos cosas.

— Hable, padre. Sabe que yo soy uno de sus mas antiguos amigos.

— Eso lo hemos de ver hoy.

— Hable, hable no mas.

— La primera cosa á que vengo, es á felicitarlo.

— Gracias, muchas gracias. ¡ Qué quiere usted, todos debemos prestarnos á lo que manda el señor Gobernador!

— Cabal. Al fin, nosotros nos quedamos aquí miéntras él va á darles de firme á esos traidores.

— ¿ Y la segunda cosa, padre?

— La segunda es una órden que quiero me dé usted para que prendan á unos impíos unitarios que me han ofendido.

— ¡ Hola!

— Y á toda la federacion.

— ¿Sí?

— Y hasta el mismo Restaurador.

— ¿Tambien?

— Á todos.

— ¡Qué insolencia!

— He estado mas de diez veces á ver al Gobernador ántes de irse, pero no he podido hablarle.

— ¡Ha estado tan ocupado estos últimos dias!

— Pero Victorica no está ocupado, y sin embargo, no ha querido prender á los que le he dicho, porque dice que no tiene órdenes.

— Pero si es caso extraordinario, debe hacerlo.

— No lo hace porque nunca ha querido hacer nada de lo que yo, ó los demas socios, le decimos.

— Sus deberes quizá.....

— No, señor, ¡qué deberes, ni qué deberes! No lo hace porque no es tan federal como nosotros.

— Vaya hombre, vaya, calma.

— No quiero calma, no, señor. Y si usted no me da la órden, yo no respondo de lo que puede suceder.

— ¿Pero qué es lo que hay? preguntó Don Felipe que maldecia el momento en que le habia entrado tal visita.

— ¿Qué es lo que hay?

— Sí, vamos á ver, que si es cosa que merece la pena.....

— Y verá usted si merece. Óigame usted, señor Don Felipe.

— Diga usted, pero con calma.

— Oiga usted : tengo por el barrio de la residencia unas antiguas amigas mias que me cuidan la ropa. Fuí una noche á verlas, hará como dos meses; levanté el picaporte, entré y volví á cerrar la puerta. El zaguan estaba oscuro, y.....

Y el cura Gaete se levantó, entrecerró la puerta del gabinete que daba al zaguan, y dirigiéndose á Don Cándido le dijo :

— Venga, paisano; póngase aquí, señalando un lugar cerca de la puerta.

Don Cándido temblaba de piés á cabeza, la palabra se le habia atragantado, y perdida la elasticidad de los músculos de su cuello, no volvia la cabeza á ningun lado.

— ¡Eh! con usted hablo, continuó Gaete, venga, hágame el favor de pararse aquí, que no es un perro el que se lo pide.

— Vaya usted, Don Cándido, vaya usted, dijo Arana.

Don Cándido se levantó y marchó, duro y derecho, hasta

el lugar que indicaba Gaete, ni mas ni ménos que como el *Convidado de Piedra*.

— Bueno, ahí, dijo Gaete. Yo entré, pues, al zaguan que estaba oscuro, y ¡tras! tropecé con un hombre.

Y Gaete caminó hácia Don Cándido y se dió contra él.

— En el momento saqué mi puñal; este puñal federal, señor Arana, dijo Gaete sacando un gran cuchillo de su cintura, que me ha dado la patria como á todos sus hijos para defender su santa causa. ¿Quién está ahí? pregunté, y yo le puse la punta del puñal sobre el pecho.

Y Gaete la puso en efecto sobre el pecho de Don Cándido.

— Me respondió que era un amigo; pero yo que no entiendo de amigos en zaguanes á ocuras, me le fuí encima y lo cazé del pescuezo.

Y Gaete se prendió de la corbata de Don Cándido con su mano izquierda.

Don Cándido fué á hablar, pero se contuvo; pues, todo lo que mas le importaba era no hablar; y tuvo que resignarse á sufrir en silencio la pantomima de Gaete, jurando en su interior, que ese seria el último dia de su residencia en Buenos Aires, si tenia la dicha de que no fuese el último de su existencia en el mundo.

Gaete continuó :

— Pero á tiempo que le iba á encajar, se me cayó el cuchillo. Fuí á alzarlo, y á tiempo que me agachaba, otro hombre se echa sobre mí y me pone una pistola en la sien ; y allí desarmado yo, y con la muerte en la cabeza, se pone á insultarme, y á insultar al Restaurador y á la Federacion. Y despues de decir cuanto se le vino á la boca, me metieron á la sala entre los dos hombres, me encerraron, porque casualmente las mujeres habian salido, y despues se mandaron mudar.

— ¡Oh, es una insolencia inaudita! exclamó Don Felipe.

— ¿No se lo decia, pues?

— ¿Y quiénes era?

— Ahí está la cosa. No pude saber nada, porque se habian entrado con llave falsa á esperarme, cuando vieron que las señoras habian salido, pero despues he dado con uno; lo he conocido por la voz.

— ¿Ha oido usted una cosa mas original, señor Don Cándido?

Don Cándido hizo una mueca como diciendo : ¡Asombrosa!

— ¿Pero qué tiene usted, hombre? Está usted como un muerto.

Don Cándido llevó la mano á la cabeza y se golpeó la frente.

— ¿Ah, le duele á usted la cabeza?

Don Cándido contestó afirmativamente.

— Bien, apunte usted la queja del señor cura Gaete, retírese entónces.

Don Cándido volvió á la mesa y se puso á escribir.

Gaete prosiguió :

— Este suceso casi me costó la vida, porque me levantaba de dormir la siesta despues de haber estado de comida con cuatro amigos, y esa noche casi tuve uno apoplejía.

— ¡Oh, si ha sido una cosa terrible!

— Pero ya he conocido á uno como he dicho á usted, y si nadie me hace justicia, aquí está quien me la ha de hacer, dijo Gaete señalando el lugar de la cintura en que acababa de guardar su cuchillo, bajo un enorme chaleco colorado.

— ¿Y quién es?

— No, señor. Déseme la órden de prision con el nombre en blanco, que yo lo pondré.

— ¡Pero hombre!

— Eso es lo que yo quiero.

— ¿Acabó usted, señor Don Cándido? dijo Don Felipe, que no sabia por dónde salir de aquel laberinto.

Don Cándido contestó afirmativamente.

— Á ver, léaselo usted al señor cura Gaete.

Don Cándido hesitaba.

— Lea usted, hombre de Dios, lea usted lo que ha escrito.

Don Cándido elevó su pensamiento á Dios, tomó el papel y leyó :

— « Queja elevada al Excelentísimo Señor Gobernador delegado por el muy digno y respetable, esclarecido patriota federal, Reverendo.......

— Ché, exclamó Gaete, abriendo tamaños ojos y extendiendo el brazo hácia Don Cándido.

— ¿Qué hay? preguntó Arana.

— Este es el otro.

— ¿Quién?

— Este, este. Este es el otro del zaguan.

— ¡Está usted en su juicio! exclamó Arana.

— Ya están los dos, dijo Gaete frotándose las manos.

— ¡Pero hombre?

— Sí, señor Don Felipe. Este, este es el otro.

— ¿Yo? Yo querer asesinar al muy digno y respetable cura de la Piedad? exclamó Don Cándido revistiéndose de una entereza que él habria llamado asombrosa, descomunal, inaudita.

— ¡Toma! Hable otro poquito.

— Está usted en error, mi apreciable y estimado señor. El acaloramiento, la irritacion......

— ¿Cómo se llama usted?

— Cándido Rodríguez para servir á usted y á toda su respetable familia.

— ¿Familia? El mismo! Ya están los dos.

— Señor cura Gaete, siéntese usted, dijo Don Felipe. Aquí debe haber alguna cosa extraordinaria.

— Claro está, Excelentísimo Señor, dijo Don Cándido, cobrando ánimo, yo estoy por creer que este respetable cura ha tenido algun sueño sugerido por el enemigo malo.

— ¡Yo le he de dar sueño!

— Despacio, señor Gaete. Este señor es un hombre anciano, de cuya probidad y juicio tengo repetidísimas pruebas.

— Sí, está bueno.

— Oiga usted : la palabra sueño que acaba de pronunciar mi secretario, me inspira una luminosa idea.

— No entiendo de ideas, señor Don Felipe. Este es uno y el otro es quién yo sé.

— Oiga usted, hombre, oiga usted.

— Vamos á ver, oigo.

— ¿Usted comió con unos amigos ese dia?

— Sí, señor, comí.

— ¿Durmió usted la siesta?

— Dormí la siesta.

— Entónces no seria nada de extraño que todo cuanto usted refiere haya sido una escena de sonambulismo.

— ¿Y qué diablos es eso?

— Yo se lo explicaré á usted : el sonambulismo es una cosa descubierta modernamente, no recuerdo por quién. Pero se ha probado que hay muchas personas que conversan dormidas, que se levantan, se visten; montan á caballo, pasean, y todo esto dormidas; que sostienen conversaciones, que ven y hablan con personas que no están delante, y hasta hay algunos que se han batido y dado contra las paredes, creyendo que brigaban con sus enemigos; y á todo esto se le da el nombre de sonambulismo, ó magnetismo.

— Dice muy bien el Excelentísimo Señor Gobernador. Y es en Alemania donde se trabaja con mas perseverancia por descubrir esos fenómenos íntimos, secretos, misteriosos del espíritu humano. Y es en las dignas personas como la del respetable señor cura Gaete, de temperamento nervioso, ardiente, impresionable, en quienes se obran con mas frecuencia esos portentosos prodigios de la naturaleza. De lo cual la ilustracion del Excelentísimo Señor Gobernador deduce con mucha propiedad, que el estimable señor cura Gaete ha pasado por algun momento de sonambulismo.

— ¿Usted se quiere jugar conmigo?

— ¿Yo, mi respetable señor?

— Señor Don Felipe, ¿usted no es el gobernador delegado?

— Sí, hombre, sí, pero para este caso.......

— Para este caso usted me hará justicia, y si no hace prender á ese hombre y á quien yo sé, yo me voy mañana á Santos Lugares á poner la queja al Restaurador.

— Haga usted lo que quiera, pero yo no puedo hacer prender á nadie sin órden de su Excelencia.

— ¿Ni á este hombre tampoco?

— Ménos. Déme usted pruebas, señor Gaete, pruebas.

— Pero si es el mismo.

— ¿Lo vió usted?

— No, pero lo oí.

— Sueño, sonambulismo, mi querido señor, dijo Don Cándido.

— Yo lo he de hacer dormir á usted, pero por toda la vida.

— ¡Pero, señor Gaete, un sacerdote! dijo Arana, ¡un hom-

bre de las condiciones de usted, hacer así acusaciones sin pruebas; querer así distraer la atencion del gobierno en momentos en que todos estamos ocupadísimos con la invasion del cabecilla Lavalle!

— ¿Sí? Pues yo tambien estoy ocupadísimo con la invasion que me hizo este hombre y su compañero.

— No ha sido este hombre, no puede ser, no fué.

— Él fué, señor ministro Arana.

— No fuí yo, señor cura de la Piedad, dijo Don Cándido alzando la voz por primera vez, al verse bajo la poderosa proteccion del gobernador delegado.

— Usted fué, en su cara se lo digo.

— No.

— Usted.

— Repito que no; y protesto una y tres veces contra la ofensa que me hace el poder eclesiástico, gratuita, humillante y calumniosa.

— Despacio, paz, paz, dijo Don Felipe.

— En la calle le he de decir yo que me alce la voz, continuó Gaete, echando una mirada aterradora á Don Cándido.

— No acepto ese desafío, pero nos mediremos cuerpo á cuerpo en el campo de los tribunales.

— ¡Paz, por amor de Dios, paz! exclamaba Don Felipe.

— Señor ministro, yo me voy, y he de ver al señor Gobernador.

— Haga usted lo que quiera.

— Hasta mas ver, señor mio, dijo Gaete mirando á Don Cándido y dando la mano á Don Felipe.

— Vaya usted, hombre sonámbulo.

— Sondiablo lo he de hacer yo á usted.

— Vaya usted, visionario.

— Á que.....

— Vamos, retírese, padre, retírese.

Y empujando suavemente á Gaete lo sacó Don Felipe fuera del gabinete, miéntras Don Cándido no cabia dentro su leviton blanco, despues del heroísmo con que acababa de portarse.

— Doy á Vuecelencia las mas rendidas gracias, Excelentísimo Señor, por la noble y justísima defensa con que ha honrado la causa del mas leal y sumiso de sus servidores.

— Ese hombre es un energúmeno, Excelentísimo Señor, dijo Don Cándido al ver entrar á Don Felipe.

— ¡Qué! ¿Sabe usted lo que hay en plata, Don Cándido?

— El talento innato, profundo y cultivado de Vuecelencia me ilustrará.

— Lo que hay en plata es, que este cura Gaete, que no es tan metódico como debiera serlo, tomó demasiado vino con los amigos á que se ha referido, y despues tuvo alguna pelotera por ahí; no se acuerda con quién se peleó, y se le ha puesto que es usted.

— Oh, cómo admiro y venero el talento de Vuecelencia, que encuentra siempre y con tanta facilidad las causas ocultas de los fenómenos visibles.

— El hábito, mi amigo, el hábito de tratar con tanta gente.

— No; el talento, el genio.

— Algo puede haber de eso, pero no tanto como me atribuyen, dijo Don Felipe bajando humildemente los ojos.

— ¡Justicia al mérito!

— Ademas, estamos en una época de tolerencia y de olvido con los errores pasados, y yo quiero que mi gobierno delegado sea inspirado por una política de fina benevolencia para con todos. Mañana pueden quizá cambiar los acontecimientos, y yo quiero que se recuerde con placer el programa de mi pasajero gobierno.

— ¡Sublime programa!

— Cristiano, que es lo que yo quiero que sea. Pero ahora es preciso que se vaya usted á ver las monjitas y haga lo que le encargué.

— ¿Ahora mismo?

— Sí, no se debe perder tiempo.

— ¿Y no cree Vuecelencia que ese cura desnaturalizado me está esperando en la bocacalle?

— No lo creo porque seria un grande desacato. Pero en todo caso tome usted sus precauciones.

— Oh, las tomaré. Mis ojos se multiplicarán, no tenga cuidado Vuecelencia.

— No quiero que haya sangre.

— ¡Sangre! Yo le juro á Vuecelencia que haré todo cuanto de mí dependa para que no corra una gota.

— Bien, eso es lo que yo quiero. Váyase usted á ver las monjas, y vuelva á la noche.

— ¿Á la noche?

— Sí.

— Es la hora del crímen, Excelentísimo Señor.

— No, no ha de haber nada, vaya no mas, que me voy á recostar un rato, ántes que Pascualita haga poner la comida.

CAPÍTULO V.

Así fué.

En el cataclismo á que habian caido, arrojados por la mano de Rosas, todos los principios de la constitucion moral, social y política del cuerpo argentino, la religion no podia librarse del sacudimiento universal, porque sus representantes en la tierra son hechos, por desgracia, de la misma cera modificativa que los profanos.

Exhaustas las fuentes purísimas del cristianismo, la justicia, la paz, la fraternidad, la tolerancia, la religion divina no encontró en Buenos Aires otros hijos dignos de su severo apostolado, que los padres de la Compañía de Jesus.

Desenfrenadas las pasiones innobles en el corazon de una plebe ignorante, al soplo instigador del tirano; subvertida la moral; perdido el equilibrio de las clases; rotos los diques, en fin, al desborde de los malos instintos de una multitud sin creencias, educada por aquel fanatismo español que abria los ojos del cuerpo á la superstición por el fraile, y cerraba los del alma á la adoracion ingenua de la divinidad, y á la comprension de la mas ilustrada de las religiones, la federacion vió sin dolor la profanacion de los templos, la prostitucion del clero, y el insulto cometido á los altares y á la cátedra de la predicacion evangélica, sin sentir en su conciencia el torcedor secreto de su crímen.

Rosas quiso despojar á la conciencia de los hombres que

lo sostenian en el mando, de toda creencia que no fuese la de su poder; de otro temor que á su persona; de esperanza alguna que no fuese la que su labio prometia; de otro consuelo que el que ofrece al crímen la repeticion del crímen. Y para eso era preciso insultar á Dios, la religion, y la práctica de ella, á los ojos de esa multitud fanática y apasionada, cuyos sentimientos rudos explotaba.

Sacerdotes indignos de su mision evangélica se prestaron al plan rebelde del apóstata, y comenzaron en las famosas parroquiales sus primeros insultos á Dios, á Cristo, y á su sacra casa.

Cuando el emperador Teodosio, bañado en la sangre de la degollacion de Tesalónica, quiso entrar al templo, San Ambrosio salió á la puerta, y extendiendo su mano le dijo: « Aquí no entra el delito, id á lavaros, y volved limpio. »

Pero en Buenos Aires no hubo quien velase la santidad del templo.

En los brazos de los federales, de los federales dignificados con la casaca de nuestros generales, ó con el baston de nuestros magistrados, pero plebeyos y corrompidos de corazon, el retrato del dictador fué conducido hasta los templos, y recibido en la puerta de ellos por los sacerdotes en sobrepelliz; paseado por entre las naves bajo el santo palio, y colocado en el altar al lado del Dios crucificado por los hombres.......

En la tribuna del Espíritu Santo se alzaba al mismo tiempo la voz del misionero apóstata de la santa ley del evangelio, y buscando la inspiracion de su palabra, no en el sagrado tabernáculo donde se encierra la primera ofrenda, que hace al alma el legado sublime del catolicismo, sino en la imágen ensangrentada del renegado de su Dios y de sus doctrinas en la tierra, trasmitia al pueblo, ignorante y ciego que cuajaba el templo, no esa predicacion de amor y de paz, de abnegacion y de virtud, de sacrificio y de hermandad que le dictó el hombre-Dios desde el Calvario, sino el odio de Cain, y la mofa sangrienta del que presentaba el vinagre y la hiel al que pedia desde la cruz una gota de agua para sus labios abrasados.......

Sobre las losas de esos templos, en sus atrios, los mashorqueros, inflamados por la palabra de sus predicadores,

agitaban su cuchillo y juraban mellarlo sobre la garganta de los unitarios.

El confesionario estaba convertido en otro púlpito de propaganda federal, donde se extraviaba lo conciencia del penitente, pintándole á Rosas como el protegido de Dios sobre la tierra, y mostrando á los unitarios como los condenados por Dios á la persecucion de los cristianos....

Y este escándolo, llevado al grado de propaganda diaria, caminaba, como una epídemia, por el aire, é iba á infestar y corromper el clero y las nociones de la moral y de lo santo, hasta en los últimos confines de la républica.

Uno de los bizarros cuerpos de la cruzada libertadora es deshecho y acuchillado por las fuerzas federales. Á su espalda tiene la muerte en el cuchillo de Rosas. Á su frente tiene la muerte entre las nieves de los Ándes.

Esta invasion á la naturaleza, en la estacion de sus enojos, cuando el hombre no tiene entre los hielos mas amparo que Dios, que parece á veces castigarle por su insensata vanidad, que arrastra el pié mortal donde parece que solo el rayo del sol y las alas del aire pueden llegar, ofrecia un espectáculo pasmoso.

Nuestros valientes, sin embargo, atropellan las nieves.

Infinitos de ellos perecen en su lucha terrible con la naturaleza. Quedan sepultados para siempre bajo enormes hielos que se desploman sobre sus cabezas. ¡ Y cuando el aire, la luz, el hielo y la gigante mole guardaban quizá el silencio de la admiracion, en presencia de esa magnífica osadía, de ese terrible infortunio, al pié de los Ándes, las provincias de Cuyo rugian, haciendo eco á la voz del obispo, José Manuel Eufrasio, que levantaba su báculo, incitando á los pueblos á la persecucion de aquellos desgraciados, predicando su muerte y su exterminio en la persecucion !

Y Rosas, contento el bárbaro de ver á su sistema dando los resultados calculados, escribia al obispo de Cuyo :

« Descargando Vuestra Señoría Ilustrísima un anatema » justo contra los salvajes unitarios, impíos enemigos de » Dios y de los hombres, ofrece un lucido ejemplo eminente. » Resalta la verdadera caridad cristiana, que enérgica y su- » blime por el bien de los pueblos, *desea el exterminio* de » un bando sacrílego, feroz, bárbaro.... Altamente compla- » cido el infrascrito por los espléndidos triunfos con que

» la divina providencia se ha dignado enlucir las armas
» de nuestra libertad y honor, *quedando exterminados*
» los feroces salvajes unitarios, siente una satisfaccion
» pura en retornar á Vuestra Señoría Ilustrísima sus benévolas congratulaciones.

» JUAN MANUEL DE ROSAS *. »

Así : el clero se prostituia.

El sentimiento religioso se pervertia en la sociedad.

La niñez abria los ojos ante un culto de sangre.

Y Rosas, hijo de la federacion, y jefe de ella, sostenia este escándalo, y se sostenia con él, al mismo tiempo.

Sí. ¡En este nombre de la federacion está sellada la tradicion de toda cuanta desgracia puede azotar el nombre y el destino de todo un pueblo!

No hay jerarquía de delitos, no hay género de criminales que no haya surgido de los centros que aceptaron por nombre esa palabra federacion.

Quiroga, ese bandido que algun dia se creerá una creacion de la fábula de nuestras tradiciones; Quiroga, que prendia fuego á la ciudad de su nacimiento; que pasaba como un cometa de sangre y crímenes sobre la frente de los pueblos; que desde la profanacion de la vírgen, hasta el degüello del anciano y el niño, muestra en su vida una gradería indefinible de delitos; que para escarnio de Dios, cansado ya de escarnecer los hombres, inscribia sobre un pendon negro : *¡Religion ó muerte!* Quiroga, decíamos, se llamaba federal; y á nombre de la federacion dejó á la posteridad una historia inaudita de delitos.

López, cuya vida era el robo y la falsía del salvaje.

Ibarra, que entregaba á sus amigos arrancándolos del techo de su casa que los cubria, para pasarlos á manos del verdugo que se los pedia.

Aldao, el fraile Aldao, que tenia celos de la vida criminal de Quiroga, y en una ambicion febriciente de delitos se empeñaba en sobrepasarle y eclipsarle el nombre.

Rosas, que reasumió todas las inspiraciones de esos otros, y sistematizó con ellas su gobierno basado en el crímen, nutrido por él, dirigido á él : todos tomaron su bau-

* Oficio dirigido al obispo de Cuyo, é inserto en el número 5483 de la *Gaceta*.

tismo público en esa charca de sangre que se ha llamado federacion en la república.

La historia argentina no enseñará esa palabra sino como la representacion de algun delincuente, como el signo convencional de alguna rebelion, de algun partido, de algun golpe preparado al progreso y á la libertad del país.

La federacion,como sistema, jamas ha sido practicada en la república, ni los pueblos la exigieron nunca. Una sola vez fueron consultados, y fué cuando aceptaron la constitucion unitaria.....

« Los unitarios son demasiado ilustrados, relativamente á nuestros pueblos; » decian los federales en tiempo del debate constitucional; « y no pueden mandarlos, porque los pueblos no extenderian su civilizacion. »

Pero los federales al mismo tiempo pedian que esos pueblos se gobernasen y legislasen por sí solos......

¡Como si el pueblo, atrasado para comprender la ilustracion ajena, pudiera á la vez ser bastante civilizado para darse lo mas difícil de la existencia pública : su legislacion, y sus principios de gobierno!

La federacion no ha sido jamas en la républica, sino el vicio orgánico que quisieron introducir en ella los caudillos, alzados á la sombra de la ignorancia general....... Y ahí está la tradicion entera de ese pueblo. Desde 1811, las guerras civiles, el crímen oficial, el atraso, la estagnacion de los elementos de progreso que tenia el país, su ruina en una palabra, todo es debido á los que han levantado la bandera de federacion. Y cuanta tradicion honrosa tiene la república, en armas, en constitucionalismo, en moral, en ciencia, en literatura, está inherente á los nombres de los que han constituido el martirologio argentino bajo el puñal de los federales.

Cuanto mas se aleja la historia de la vida desenfrenada de los caudillos de la federacion; cuanto mas se acerca á nuestro primer dia político, el pensamiento unitario refleja mas sobre la frente de nuestros primeros patriotas.

Moreno era unitario; queria un centro de poder genérico en la república.

Belgrano era mas que unitario : era monarquista. Recibió la república como un hecho que se establecia al empuje de los acontecimientos; la sostuvo con su espada; la propagó en el continente; pero en sus convicciones de hombre, la

monarquía constitucional irritaba los deseos mas vivos de su corazon. La monarquía, único gobierno para que nos dejó preparados la metrópoli. La constitucion, última expresion de la revolucion americana.

Muchos otros la querian tambien.

Ellos sabian que no era la emancipacion del principio monárquico lo que requerian las necesidades sociales de los pueblos de América. Estos necesitaban, para cumplir la grandeza de su destino en el mundo, quebrar los lazos seculares que los ataban á una monarquía extranjera y atrasada. Pero esas necesidades no pedian el divorcio del principio monárquico y los pueblos.

La raza, la educacion, los hábitos, los intentos y el estado social, todo clamaba por la conservacion de aquel principio. La geografía, el suelo mismo, coordinaban sus voces con los pueblos.

Pero la revolucion degeneró, se extravió, y al derrocar al trono ibérico, dió un hachazo tambien sobre la raíz monárquica, y, de la superficie de la tierra, se alzó, sin raíces, pero fascinadora y seductiva, esa bella imágen de la poesía política, que se llama república.

Todavía un medio quedaba de reconquistar algo de la gran pérdida de aquel principio, y ese medio era la unidad de régimen en la república.

La unidad, sin embargo, fué hecha pedazos por los Atílas argentinos, que, salidos del fondo de nuestros desiertos bárbaros, vinieron á romper con el casco de sus potros las tablas de ese occidente americano, en que empezaban á inscribirse las primeras palabras de nuestra revolucion social.

Tomaron el nombre de los pueblos. Entendieron que federacion era hacer cada uno lo que le diera la gana; y cada uno hizo lo que Artígas, López, Bústos, Ibarra, Aldao, Quiroga y Rosas.

Y entre todo lo que hicieron, pocos de ellos dejaron de convertir la religion en instrumento de su ambicion personal.

Rosas fué el último de todos que se valió de ella, pero el primero, sin disputa, en la grandeza de su crímen.

Los Jesuítas fueron los únicos sacerdotes que osaron oponer la entereza del justo, la fortaleza del que cumple en la tierra una mision de sacrificio y de virtud, á la profanacion

que hizo al altar la enceguecidá pretension del tirano.

El templo de San Ignacio, fundado por ellos durante la dominacion española, y de donde fueron expulsados despues, fué velado por ellos en 1839, y cerradas sus puertas á la profana imágen con que se intentaba escarnecer el altar. Ellos le pagaron mas tarde al dictador esta resistencia digna de los propagadores mártires del cristianismo en la América, pero ellos recibieron el premio en su conciencia; y mas tarde lo recibirán en el cielo.

¿Qué tenia que ver el templo y los sacerdotes de Cristo con los triunfos políticos de Rosas, ni con la imágen de un profano la casa de las imágenes celestes? « Determinado está por Jesucristo el fin de la mision eclesiástica, y trazado el círculo de su funciones. Encargada de apacentar y conducir el rebaño que está de camino para la vida eterna, conductora de peregrinos, y ella misma peregrina, no puede cuidarse mas, ni necesita mas, que el permiso del tránsito para viajar por tierra extraña. »

Pero fuera de los padres de la Compañía de Jesus, la religion se vió escarnecida por sus mismos intérpretes en la tierra.

Las comunidades de Santo Domingo, San Francisco, y monjas Catalinas y Capuchinas hicieron exposiciones políticas completamente opuestas al espíritu de caridad, al sentimiento de paz y fraternidad, que debe abrasar á los que se cubren con un sayal para vivir léjos de las pasiones del mundo.

La victoria del Sauce Grande fué victoreada por esos frailes y esas monjas; y era la sangre de hermanos, la sangre de Abel la que habia corrido en esa lucha.......

Jesucristo no se entrometió jamas en los negocios políticos de la Judea; y ninguna tradicion revela que los apóstoles felicitasen en calidad de tales á ninguno de los Césares romanos por sus victorias sobre los otros pueblos. Y esos frailes y esas religiosas se las tributaban por la prensa al mas impío y sanguinario de los tiranos. Sus labios sacrílegos ofrecian elevar á Dios sus plegarias por sus continuos triunfos sobre los unitarios.

« Tienen miedo » decian para disculparlos. ¡ Miedo ! El que viste el santo hábito del religioso no conoce ese sentimiento. Cuando siente que la fortaleza de su alma se desmaya, él

se arrodilla en el templo, ó bajo la bóveda eterna de los cielos y pide á Dios la inspiracion divina que imprimió la resignacion en el espíritu de su hijo. El miedo es un crímen en el varon apostólico, cuando se trata de defender la religion y la moral; cuando se trata de resistir al crímen ó á la tentacion del demonio. El hijo de la iglesia debe morir ántes que claudicar de los santos principios que profesa. Cuando le falta el valor á la carne, la inspiracion del Altísimo lo infiltra en la conciencia, si ella se lleva hasta él en estado de santidad y de ruego. En Cochinchina, en el Tibet, en los desiertos del África, en los bosques de la India, entre sus boas y sus reptiles, el sacerdote de Cristo no conoce el miedo. Allí van diez, y vuelve uno contando que sus demas hermanos perecieron, y otros diez y otros cien siguen tras ellos, á llevar en su palabra, en su resignacion y en su martirio, la propaganda santa que el curso de diez y nueve siglos no ha cortado.

Al nuevo mundo, levantado en la mano de Colon y presentado á la luz de la civilizacion del viejo mundo, vino ántes que esta la luz pura y clarísima del cristianismo, á invadir los páramos solitarios y en tinieblas de la conciencia del rudo habitador de los desiertos. Y el misionero apostólico, estableciendo su púlpito y su predicacion donde encontraba cuatro hombres que le oyesen, sentia por su oído el silbo de la flecha, se deslumbraban sus ojos con el brillo de la hoguera, y, levantado el corazon á Dios, seguia hablando la palabra de Cristo, muchas veces cortada en sus labios por la muerte, y hablaba y moria sin conocer el miedo. Porque la vida terrenal, la vida de la carne no es la vida del sacerdote de la cruz. Su vida es el espíritu, su mundo el cielo, su reino la eternidad, su mision el martirio, su premio la prosternacion de su alma ante el rostro de su creador, bañado en la inefable sonrisa del que recibe con amor al hijo digno de su precioso aliento...

No, no es el miedo una justificacion de esos sacerdotes impíos. No es el miedo quien puede justificarlos ante Dios de su predicacion de sangre, de sus apoteósis mentidas al asesino de un pueblo, al profanador de los altares, al rebelde á la justicia, á la fraternidad y á la paz, inspiraciones purísimas del Omnipotente, puestas en los divinos labios del Redentor del mundo.

¡Si habia miedo, era porque no habia fe, porque no habia la conciencia de su apostolado en la tierra; y habia esto, porque la prostitucion de la época, que filtraba sus gotas de veneno por los viejos muros de nuestros conventos, inficionaba el aire y corrompia las conciencias.......!!!

¡Y mañana cuando la revolucion ó la naturaleza tumbe la frente del tirano, y el pueblo, sin cadenas, se levante ¡oh! no toquéis entónces su conciencia; no le miréis el alma, si queréis bajar á la tumba con una ilusion y una esperanza!

Veinte años no pasan sin dejar huella en el alma de las generaciones jóvenes. Y donde no se ha visto sino el escándalo y el crímen, el vicio, la apostasía, y la prostitucion de todas las nociones del bien, que envuelve la palabra y la práctica del evangelio, en tan largo, en tan pesado tiempo, allí no encontraréis ni la religion, ni la moral; allí será precisa una propaganda y una accion sostenida por no ménos tiempo, en senti lo inverso de la que arrulló en la cuna y desenvolvió los instintos y el espíritu de un pueblo nuevo. Y cuando el ángel bueno de la patria vierta una lágrima al lado del pueblo, dormido sobre la almohada de sus pasiones solamente, sin que la fe y la creencia refresquen sus sienes con la imágen dulcísima de Dios, el nombre de la federacion y de Rosas brillará fosfórico en el aire que circunda al Plata.

Porque ellos serán para Dios y para la historia la causa generatriz que hizo desenvolver tanto gérmen de inmoralidad y de escándalo; tanta semilla cuyos frutos amargos no son para nosotros solamente, sino tambien para nuestros hijos.

CAPÍTULO VI.

Sor Marta del Rosario.

En un pequeño banco de piedra, en el centro de un bosque de naranjos de Tucuman, sentada estaba Sor Marta del Rosario, abadesa de las Capuchinas, y Sor María del

Pilar; miéntras otras monjas paseaban por el jardin cercano al muro del convento, que da á la calle del Tacuarí.

Sor María del Pilar leia con mucha atencion un papel: y, concluida que fué su lectura, dijo á la madre abadesa:

— Está como de mano, Sor Marta.

— Dios nos ilumina, Sor María, cuando tenemos que cumplir su voluntad, contestó la madre abadesa. Pero quiero que lo lea fuerte. Puede ser que se me haya olvidado alguna cosa.

Sor María volvió á desdoblar el papel y leyó:

« JESUS.

» Excelentísimo Señor.

» Demos gloria al Soberano Dios de los ejércitos cuyo brazo poderoso sostiene y vigoriza las huestes de Vuecelencia para que reporte tan repetidos triunfos: en nombre de este nuestro buen Dios y de la Santa Comunidad, doy á Vuecelencia mil enhorabuenas, y quedamos con nuevo empeño rogando á nuestro Señor dé á Vuecelencia la investidura de sus soberanos atributos de bondad, equidad y misericordia, para consuelo de este pueblo que tanto lo ama, y para que la gloria de Vuecelencia sea eterna en compañía de los Santos y del mismo Dios.

» Deseo que Vuecelencia disfrute perfecta salud, y tan abrasado en su divino amor, como se lo suplica de continuo esta su mas humilde y afectísima hija en este monasterio de Nuestra Señora del Pilar y Pobres Capuchinas, en Buenos Aires á 31 de Julio de 1840.

» Sor MARTA DEL ROSARIO,

» Indigna Abadesa *. »

— No creo que falte nada, dijo Sor María despues de concluida la lectura.

— Lo he pesado y consultado con mi conciencia por muchos dias, contestó la madre abadesa.

— ¿Y cree Su Reverencia que toda la comunidad piense del mismo modo?

* Inútil es decir que todo documento publicado en esta obra es auténtico.

— La comunidad debe pensar como su abadesa; porque de lo contrario, no solo seria faltarme al respeto, sino una ingratitud, una herejía el desconocer los servicios que debemos al Señor Restaurador. Él nos ha regalado la reja de fierro que tiene el atrio del templo. Á él le debemos que se haya arreglado nuestro asunto con el síndico; y de él y su familia estamos todos los dias recibiendo obsequios; ¿qué seria de nosotras si él faltase? Ademas, las comunidades de Santo Domingo, de San Francisco y las monjas Catalinas nos han dado el ejemplo, y si nosotras no pasamos esta felicitacion, infaliblemente caeremos en el enojo de Su Excelencia. Así, pues, en esta felicitacion por la batalla del Sauce Grande, aunque va á ir despues de tanto tiempo y con fecha atrasada, nos ponemos á cubierto del disgusto de Su Excelencia. Pero en otra cosa nos vamos á anticipar á todos los demas, y es en otra comunicacion que vamos á dirigirle, y cuyo borrador lo ha de ver primero Don Felipe.

— Me parece muy bien pensado, porque nadie es capaz de darnos mejores consejos que ese santo varon.

— Una persona ha de venir dentro de un momento, y con ella he de mandarle á Don Felipe lo que quiero que vea.

Sor Marta del Rosario acababa estas palabras, cuando sonó la campana de la portería, y una monja llegó al jardin á anunciar que preguntaban por la madre abadesa.

Esta se levantó en el acto y fué al torno.

Era el señor Don Cándido Rodríguez, quien despues de la introduccion de forma, *Ave Maria*, etc., dijo á la abadesa:

— El excelentísimo señor gobernador delegado, Camarista, Doctor Don Felipe Arana, me manda saludar en su nombre á Su Reverencia, madre abadesa, y á toda la santa comunidad del convento, y preguntar por la salud de Su Reverencia y toda la santa comunidad.

— Por la bondad de Dios todas gozamos de completa salud, y estamos rogando por la del señor Don Felipe y todos los que se hallan en gracia del Espíritu Santo, contestó Sor Marta, que por estatutos de su órden solo podia hacerlo por el torno, en la parte interior del locutorio de recepcion.

— El excelentísimo señor gobernador delegado me ha

ordenado el dar á Su Reverencia las mas finas y benévolas gracias por las empanadas y el dulce de toronja.

— No salieron muy buenas las empanadas.

— He oido al Excelentísimo Señor que estaban muy buenas, y que se comió tres.

— Mañana le hemos de mandar al señor Don Felipe unas tortas.

— Tortas es lo que mas come el Excelentísimo Señor.

— Y tambien le hemos de mandar á usted una, ¿usted vive en casa del señor Don Felipe?

— No, madre abadesa. Yo vivo en mi casa. Soy índigno secretario del señor Don Felipe. Pero en vez de la torta, yo viviria mas eternamente agradecido á Su Reverencia y á toda la santa comunidad, si se dignaran elevar á Dios sus piadosos ruegos por la seguridad y tranquilidad de mi vida, en este cáos de trastornos por que estamos atravesando.

— ¿Pero usted no es federal y secretario de Su Excelencia?

— Sí, madre, lo soy, pero temo las intrigas de los enemigos de Dios y de los hombres ; y sobre todo, madre abadesa, temo mucho las equivocaciones.

— No tenga usted cuidado, lo hemos de hacer; ¿cómo se llama usted, hermano?

— Cándido Rodríguez, natural de Buenos Aires, de edad de 45 años, soltero, actualmente secretario privado de Su Excelencia el gobernador delegado, humilde siervo de Dios, y criado de Su Reverencia y de toda la santa comunidad.

— ¿Y el señor Don Felipe no le ha hecho á usted otro encargo, señor Don Cándido?

— Sí, madre abadesa. Me ha encargado reciba de Su Reverencia una carta para Su Excelencia el Restaurador de todas las Leyes, héroe de todos los desiertos y de la federacion, y el borrador de otra que habrá de dirigirle Su Reverencia á su nombre y al de toda la comunidad.

— Eso es; ya está todo pronto. Ahí va la carta, dijo la abadesa haciendo girar el torno con una carta que Don Cándido tomó, diciendo :

— Ya está en mis manos, madre abadesa.

— Muy bien, ahí va el borrador de la otra.

— Ya lo tengo tambien.

— Recomiéndele usted mucho al señor Don Felipe que lea el borrador con toda atencion y haga en él las alteraciones que crea convenientes.

— Muy pocas tendrá que hacer, madre abadesa, porque las obras de Su Reverencia deben ser completas, acabadas, perfectas

— ¿Si usted quiere leer el borrador?....

— Con el mayor placer, madre abadesa.

— Pero léalo fuerte; me gusta mucho oir leer lo que yo escribo.

— Esa es propension de todos los sabios y sábias de este mundo, dijo Don Cándido desdoblando el papel, en el cual leyó en seguida:

« JESUS.

» Excelentísimo Señor.

» Rogamos al Dios del cielo y de la tierra, Soberano Rey que da rigor al brazo victorioso de Vuecelencia, para que reporte nuevos triunfos sobre sus encarnizados enemigos que acaban de invadir el país, y para que sean pulverizados por Vuecelencia bajo la proteccion de la divina Providencia.

» En todas nuestras oraciones elevamos votos al Ser Supremo por que se consuman todas las glorias de Vuecelencia sin peligro de su vida, ni de su importante y preciosa salud. Y que, abrasado en el divino amor en que arde, viva eternamente para la felicidad de sus pueblos.

» Estos son los votos que á nombre de toda la comunidad de las pobres Capuchinas, hace al cielo y los trasmite á Vuecelencia en Buenos Aires á .. de Agosto de 1840

» Sor MARTA DEL ROSARIO,

» Indigda Abadesa »

— ¡Magnífico está, madre abadesa!

— ¿Lo halla usted bueno?

— No lo haria mejor el señor Don Felipe, á pesar de su inmensa sabiduría y elocuencia.

— Vaya, pues, muchas gracias, señor Don Cándido.

— ¿Entónces no ordena Su Reverencia nada mas?

— Nada mas.

— Luego que el señor gobernador delegado haya impuéstose de este santo documento, yo mismo se lo traeré á Su Reverencia para que lo haga poner en limpio.

— Eso es.

— Pero entre tanto, yo vuelvo á pedir á Su Reverencia, que no me eche en olvido en sus santas oraciones.

— Pierda usted cuidado.

— Entónces, me despido de Su Reverencia y de toda la santa comunidad.

— Dios vaya con usted, hermano.

— Sí, madre, Dios venga conmigo en todas partes, dijo Don Cándido, y salió del convento meditabundo y paso á paso.

CAPÍTULO VII.

Cómo Don Cándido se decide á emigrar, y cuáles fueron las consecuencias de su primera tentativa.

Pero no bien nuestro secretario privado tuvo un pié en la vereda, y otro sobre el alto escalon de la portería del convento, cuando una mujer, con sus gruesos rizos negros en completo desórden, y cuyo gran pañuelo de merino blanco con guardas rojas arrastraba la punta de su ángulo cuatro ó seis dedos mas abajo de la halda del vestido, le tomó el brazo y exclamó :

— ¡ Ah, qué felicidad ! Son los dioses del Olimpo los que me han conducido por esta senda. ¡ Oh ! ya no tenemos qué temer del hado, pues que he hallado á usted.

— Señora, usted se equivoca, dijo Don Cándido estupefacto, yo no tengo el honor de conocer á usted, ni creo que usted me conoce á mí, á pesar del hado y de los dioses del Olimpo.

— ¡ Que no os conozco ! Vois sois Pílades.

— Yo soy Don Cándido Rodríguez, señora.

— No, vos sois Pílades; como Daniel Ulíses.

— ¿ Daniel ?

— Sí, ¿ahora se hace usted el que no me conoce? yo soy la señora Doña Marcelina, en cuya casa hizo usted parte de aquella estupenda tragedia en que.....

— Señora, por el amor de todos los santos, cállese usted que estamos en la calle.

— Pero hablo despacio, apénas me oye usted mismo.

— Pero usted se equivoca. Yo no soy..... yo no soy.....

— ¿Que no es usted? ¡Oh! mas fácil hubiera sido á Oréstes desconocer su patria, que á mí el desconocer á mis amigos; y sobre todo cuando están en peligro.

— ¿En peligro?

— ¡Sí, en peligro; se piensa hacer una necatombe con usted y con el señor Don Daniel! exclamó Doña Marcelina levantando su dedo índice á la altura de los ojos de Don Cándido; ojos que vagaron del cielo á la tierra, y de doña Marcelina al vestíbulo de la portería.

— Entre usted, señora, la dijo Don Cándido tomándola de la mano, entrándola y haciéndola sentar á su lado en un escaño.

— ¿Qué hay? continuó. ¿Qué especies de profecías espantosas y terríficas son las que salen rápidas y tumultuosas de la boca de usted? Dónde he conocido yo á usted?

— Contestaré, primero: que conocí á usted una mañana en casa de mi protector Daniel, y que otra vez lo vi á usted al salir del zaguan de mi casa en aquella noche en que.....

— Despacio.

— Bien. Agrego á usted que en este momento el cura Gaete está durmiendo la siesta en mi casa.

— ¡En los infiernos debiera estar durmiendo!

— Despacio.

— Prosiga usted, buena mujer, prosiga usted.

— Durante la comida ha blasfemado contra usted y Daniel. Ha hecho brillar en su mano un puñal mas grande que el de Bruto; y, con los furores de Oréstes, ha jurado perseguir á ustedes con mas encarnizamiento que Montegon á Capuleto.

— ¡Qué horror!

— Pero hay mas,

— ¿Mas que matarnos?

— Sí, hay mas: ha jurado que desde esta noche, él y

cuatro mas van á espiar á usted y á Daniel para asesinarlos donde los encuentren.

— ¡Desde esta noche!

— ¡Oh! al lado del pensamiento de Gaete es nada este verso de Creon:

« Moriré, morirás, morirán ellos,
Todos perecerán ».....

— ¿Conoce usted la Argia, señor Don Cándido?

— Déjeme usted de comedias, señora, dijo Don Cándido pasándose la mano por su frente bañada de sudor.

— No es comedia, es una estupenda tragedia.

— ¡Qué mas tragedia que la que me pasa, Santo Dios! exclamó Don Cándido.

— Y lo peor de todo es, que Daniel y usted serán víctimas inocentes inmoladas á Júpiter.

— ¿Inocentes? Yo á lo ménos, lo soy. Pero veo que en mi destino hay algo de raro, de extraño, de fenomenal. Fluctúo entre los sucesos como un débil barquichuelo á merced de las ondas. ¡Oh, fortuna, fortuna! No tienes tú la culpa, sino yo, yo que abandoné mi profesion, que hoy podia servirme para tener áncoras de salvacion en mis discípulos. Porque ha de saber usted señora, que yo he sido maestro de enseñanza primaria, y tenia adoptados los mejores métodos: á las ocho se entraba á clase; á las diez los niños iban á recreo miéntras yo almorzaba; mi almuerzo era generalmente puchero, huevos y café con leche, sin vino, por supuesto, porque esta bebida embota las facultades mentales, razon por la cual los ingleses no tienen entendimiento; despues duraba la clase hasta la una, hora en que los niños volvian á su casa y yo dormia un poco, no el sueño de ese infernal cura Gaete que debe ser agitado por un ejambre de venenosas serpientes.....

— Despacio. Pueden oirnos aquí mismo. Vivimos sobre un volcan, y yo aunque mujer, soy quizá el ser mas comprometido por mis antiguas relaciones y opiniones políticas. ¿Me conoce usted?

— No, señora, ni quiero conocerla.

— Pues estoy comprometida hace tiempo.

— ¿Usted?

— Yo. Todos mis amigos han sido víctimas. Acercárseme

y tener sobre su cabeza la cuchilla del ángel exterminador, es todo una misma cosa. Yo, mis amigos y la desgracia componemos las tres unidades de la tragedia clásica, segun me lo explicó tantas veces el célebre poeta Lafinur, que sabia que con nada se me contentaba mas que con darme lecciones de literatura. No puedo ni hablar con las personas sin que caigan en desgracia luego.

— ¿Y eso me dice usted recien? dijo Don Cándido tomando su sombrero y su caña de la India, que habia puesto á su lado sobre el escaño, y preparándose á marchar de prisa.

— ¡Deteneos, presunta víctima! exclamó Doña Marcelina.

— ¿Yo? ¿Al lado de usted?

— ¿Y qué seria de vuestra vida y de la de Daniel si no hubiera yo volado á prevenirles el inmenso riesgo que están corriendo?

— ¿Y qué será de mí si continúo hablando con usted?

— De todos modos usted ha de morir. El hado es implacable.

— El diablo es quien se la debia llevar á usted, señora.

— Conteneos, temerario: si no habláis conmigo, morís por la mano de Gaete; y si habláis conmigo, morís por la mano de las autoridades.

— ¡Cruz! exclamó Don Cándido mirando á Doña Marcelina con despavoridos ojos, y cruzando los dos índices de sus manos.

— « Ah! Cuando no se ha visto
Á la beneficencia haciendo ingratos. »

contestó Doña Marcelina con esos dos versos de un poeta español.

— Á Dios, señora.

— Deteneos. Solo la necesidad me obligaba á llegar á la casa del señor Don Daniel; los dioses me han hecho encontraros; ¿me juráis volar á su encuentro para comunicarle la catástrofe que os amenaza á los dos?

— Sí, señora, voy á verlo dentro de una hora. ¿Pero me jura usted, por su parte, no volver á pararme en la calle, páseme lo que me pase?

— ¡Lo juro sobre la tumba de mis abuelos! exclamó Doña Marcelina extendiendo su brazo y ahuecando la voz cuyos

ecos se perdieron bajo las bóvedas de la pequeña portería del convento de las Capuchinas.

Poco despues Don Cándido bajaba á largo paso por la calle del Potosí, dobló por la de la Florida; tomó por la de la Victoria; y descendió al Bajo por la plaza del 25 de Mayo, dejando la fortaleza á su derecha.

Eran ya las tres de la tarde; hora en invierno, en que los porteños no abandonan jamas su vieja costumbre de salir al sol, sean cualesquiera los sucesos políticos que sus rayos alumbran.

La alameda estaba cuajada de gente. Cinco tiros de cañon disparados por la batería, que desde el principio del bloqueo se habia colocado en el Bajo del Retiro, tras el magnífico palacio del señor Laprida, que entónces ocupaba Mr. Slade, cónsul de los Estados Unidos, habian arrebatado de las calles á cuantos las transitaban en aquel momento, y traídolos á averiguar la causa de los cañonazos.

Ella no era otra, sin embargo, que la que daba lugar todos los dias á iguales detonaciones; es decir, la aproximacion á la costa de alguna ballenera francesa que sondeaba el rio, ó venia á reconocer algun lugar convenido, donde debia atracar bajo la oscuridad de la noche para recibir emigrados. De esas balleneras, sin embargo, ninguna fué echada á pique por las tres grandes baterías de la costa; y los artilleros de Rosas se contentaban con ver los estragos que hacian los proyectiles en las agitadas olas del gran rio.

Esta vez la embarcacion francesa sobre quien la batería del Retiro habia hecho sus cinco tiros, fuese por jactancia del oficial que la mandaba, ó porque para ello traia órdenes, habíase aproximado, á favor de la creciente del rio, casi á tiro de fusil de la capitanía del puerto, quedando por consiguiente bajo los tiros de la fortaleza y de la batería del Retiro.

— Toda la gente se apiñó sobre las toscas del desembarcadero; el peor de todos los de este mundo, porque no han querido hacerlo bueno.

— Vienen pasados, decian unos.

— ¡Á degüello con ellos en cuanto bajen! exclamaba Larrazabal.

— El anteojo, gritaba Ximeno desde las toscas á los oficiales de la capitanía del puerto.

— ¡Es desembarco! gritaban otros.

— Campo, que van á hacer fuego las baterías, decia desde su caballo un *socio popular* que dominaba con su talla toda la multitud de á pié, de á caballo y de carretas.

La ballenera entretanto arrió de repente su vela tiriana, á doscientas varas de la orilla del agua y quedó á la capa con sus remos.

Todos estaban en expectacion.

Pero no era ella sola el objeto de la mirada universal.

Á cincuenta varas de la arena sobresalia del agua la negra y lustrosa superficie de una gran tosca adonde no se podia llegar sin haber atravesado esa distancia, con el agua hasta la pantorrilla cuando ménos. Y parado sobre esa especie de isla, el punto mas cercano á la ballenera, llamó de improviso la atencion de todos un hombre vestido con un largo leviton blanco, con su sombrero en una mano, una caña de la India en la otra; y que indudablemente habia atravesado á pié cuarenta varas de agua, sin que nadie lo echase de ver, pues que solo por el agua se podia llegar á la peña.

Él era, como el lector conoce ya, nuestro Don Cándido Rodríguez, que al salir del convento concibió el proyecto de emigrar aunque fuese en una tina de baño, segun él mismo se decia en la larga conversacion que trajo consigo mismo.

— Este es tu dia, Cándido, se decia sobre la peña, la providencia te ha traido hasta este lugar. Ea, valor. En cuanto esa embarcacion salvadora se aproxime mas, corre, precipítate, vuela sobre este rio, y ponte bajo la poderosa proteccion de esa bandera.

El miedo, que es el peor consejero de este mundo, inspiraba de ese modo á nuestro desgraciado amigo, que no echaba de ver que á su retaguardia tenia cien ó mas jinetes federales, que con un par de rebencazos á sus caballos habrian llegado hasta él en dos minutos, al primer paso que diera hácia la embarcacion, como sucedió en efecto.

El oficial de la ballenera paseaba su anteojo por aquella multitud de mas de mil personas que habia sobre el muelle, y todas las miradas se dividian entre él y Don Cándido, cuando el estallido del cañon dió sobre todos los nervios ese golpe eléctrico que acompaña siempre á la impresion del sonido violento, y cuatro pirámides sucesivas de agua,

que se elevaron á pocas varas de la embarcacion, arrebataron la mirada de todos, que prorumpieron luego en un estrepitoso aplauso al tiro de la fortaleza.

En ese momento la ballenera izó su vela, y, como para tomar el viento sur necesitó dirigirse un momento hácia el oeste, todos creyeron que se venia sobre el muelle, y el primero que participó de esta preocupacion fué, desgraciadamente, nuestro Don Cándido. Y desplegarse la vela, y bajar de la peña, entrarse al agua, y empezar á andar rio adentro con el agua á la pantorrilla, todo fué la obra de un segundo.

Pero no bien acababa de poner sus piés en ese improvisado baño, cuando la ballenera viró de bordo y tomó al este, volando mas bien que navegando con la brisa del sur. Y á ese mismo tiempo, miéntras Don Cándido abria tamaños ojos y cruzaba sus manos, cuatro caballos levantaban nubes de agua, corriendo á gran galope sobre él.

Don Cándido volvió la cabeza cuando ya estaba rodeado de los cuatro verdaderos federales, en cuyos semblantes no pudo adívinar otra cosa nuestro pobre amigo que su última hora.

— Usted se iba, le dijo uno de ellos alzando sobre la cabeza de Don Cándido el cabo de fierro de un inmenso rebenque.

— No, señor, venia, contestó Don Cándido haciendo maquinalmante profundas reverencias á los jinetes y á los caballos, ó mas bien, á los caballos y á los jinetes, siguiendo el órden de una rigorosa cronología moral.

— ¿Cómo es eso que venia, y se iba usted para adentro del rio?

— Sí, mis distinguidos amigos federales; venia de casa del señor gobernador delegado de quien soy secretario.

— ¿Pero usted iba á alcanzar la ballenera? le interrogó otro.

— No, señor, líbreme Dios de ello; queria acercarme solamente, lo mas posible, para ver si la ballenera traia gente de desembarco en el fondo, para volver á avisarlo á los heróicos defensores de la federacion é incitarlos á triunfar ó morir por el padre de cuantos hijos tiene Buenos Aires, y por el señor Don Felipe y su respetable familia.

Una grita estrepitosa contra los Franceses y en loor de la

federacion y de los federales sucedió al discurso de Don Cándido, en la multitud de marineros del puerto y carretilleros que se habian acercado, con el agua á la rodilla, hasta el lugar de aquella escena en que todos esperaron ver un desenlace trágico.

El coronel Crespo, el comandante Ximeno, Larrazabal y todos cuantos estaban sobre la pequeña barranca de la capitanía, no sabiendo lo que pasaba, y queriendo saberlo cuanto ántes, dieron tan fuertes gritos é hicieron tan violentas señas á los de á caballo, que uno de estos hizo subir á Don Cándido á la grupa, medio cargado por algunos comedidos entusiastas de los que allí habia. Y hé aquí que condujeron en triunfo hasta la alameda al impertérrito secretario de Su Excelencia, que se habia arrojado al agua para observar el fondo de la ballenera francesa.

Inútil es decir todas las felicitaciones que recibió Don Cándido. Pero no podemos callar que, á pretexto de estar mojado, el maestro de Daniel se despidió muy pronto de sus decididos amigos, y que por una reaccion natural en su organizacion, la debilidad sucedió al coraje artificial con que logró salvarse del peligro que habia corrido ; y que tuvo que entrar á tomar una taza de café á un hotel inmediato á la capitanía, para poder llegar despues á casa de Daniel como pensaba, á echarle en cara las consecuencias que estaba sufriendo, despues de la vida política á que lo habia arrastrado, y á prevenirle que la vida de los dos estaba expuesta á ser sacrificada en hecatombe, como deci Doña Marcelina.

CAPÍTULO VIII.

La guardia de Lujan y Santos Lugares.

Era el 21 de Agosto.

El refulgente rey del universo descendia con su manto de nácares y oro, allá sobre el confin del horizonte que bordaba las planicies esmeraltadas de los campos, llanos como la superficie de un mar en calma. Su frente no lle-

vaba esa corona de rubíes con que el cielo del trópico lo magnifica en los momentos de decirle á Dios; ni en redor suyo se abrian de improviso esos espléndidos jardines de luz que irradian fosfóricos en las latitudes del crucero, donde la coqueta naturaleza se divierte en inventar perspectivas sobre los confines del alba y del ocaso.

Nuestro sol meridional descendia, sin mas belleza que la suya propia, sobre los desiertos de la Pampa.

Escuadrones de pájaros salvajes volaban al oeste, como á alcanzar el sol.

La brisa del sur hacia ondular la superficie verde de los campos, y agitaba la crin de alguno que otro potro perdido en el desierto, fijos sus ojos en el sol poniente.

Toda la naturaleza tenia allí ese aspecto desconsolador, agreste é imponente al mismo tiempo, que impresiona el espíritu argentino y parece contribuir á dar el temple á sus pasiones profundas y á sus ideas atrevidas.

Naturaleza especial en la América, naturaleza madre é institutriz del *gaucho*.

Ese ser que por sus instintos se aproxima al hombre de la naturaleza; y por su religion y por su idioma se da la mano con la sociedad civilizada.

Por su habitudes no se aproxima á nadie, sino á él mismo; porque el gaucho argentino no tiene tipo en el mundo, por mas que se han empeñado en compararlo unos al árabe, otros al gitano, otros al indígena de nuestros desiertos.

La naturaleza lo educa. Nace bajo los espectáculos mas salvajes de ella, y crece luchando con ella y aprendiendo de ella.

La inmensidad, la intemperie, la soledad, y las tormentas de nuestro clima meridional, son las impesiones que desde su niñez comienzan á templar su espíritu y sus nervios, y á formarle la conciencia de su valor y de sus medios. Solo, abandonado á sí mismo, aislado, por decirlo así, del trato de la sociedad civilizada; siempre en lucha con los elementos, con las necesidades y los peligros, su espíritu se ensoberbece á medida que él triunfa de su destino. Sus ideas se melancolizan; su vida se reconcentra en vez de espandirse. La soledad y la naturaleza han puesto en accion sobre su espíritu sus leyes invariables y eternas; y la libertad y la independencia de instintos humanos se

convierten en condiciones imprescindibles de la vida del gaucho.

El caballo concluye la obra de la naturaleza : es el elemento material que contribuye á la accion de su moral. Criado sobre él, la inmensidad de los desiertos se limita y apoca para aquel que la atraviesa al vuelo de su caballo. Criado sobre él, se hace su déspota y su amigo al mismo tiempo. Sobre él, no teme ni á los hombres ni á la naturaleza; y sobre él, es un modelo de gracia y de soltura, que no debe nada, ni al indio americano, ni al jinete europeo.

Los trabajos de pastoreo á que se entrega por necesidad y por vocacion, completan despues su educacion física y moral. En ellos se hace fuerte, diestro y atrevido; y en ellos adquiere esa desgraciada indiferencia á los espectáculos de sangre, que influyen tanto en la moral del gaucho.

Entre el hombre y el animal existe esa simpatía íntima, esa relacion comun que tiene su orígen en la circulacion de la sangre. El gaucho pierde la una y la otra por la habitud de verter la sangre, que viene á convertirse en él, de ocupacion en necesidad, y de necesidad en diversion.

Esa vida y esa educacion le dan una idea tal de su superioridad sobre el hombre de la ciudad, que sin esfuerzo y naturalmente siente por él un profundísimo desprecio.

El hombre de la ciudad monta mal á caballo; es incapaz de conducirse por sí solo en las llanuras desiertas; mas incapaz aun de procurarse en ellas la satisfaccion de sus necesidades; y por último, el hombre de la ciudad no sabe prender un toro al certero lazo de los gauchos, y tiene miedo de hundir un cuchillo hasta el puño en la garganta del animal; y no sabe ver sin agitacion que su brazo está empapado en los borbotones de la sangre.

Lo desprecia; y desprecia á la vez la accion de la justicia, porque la justicia viene de la ciudad; y porque el gaucho tiene su caballo, su cuchillo, su lazo y los desiertos, donde ir á vivir sin otro ausilio que el suyo propio, y sin temor de ser alcanzado por nadie.

Esta clase de hombres es la que constituye el pueblo argentino, propiamente hablando; y que está rodeando siempre, como una tempestad, los horizontes de las ciudades.

Esa clase, empero, tributa con facilidad su respeto y su

admiracion á ciertos hombres : que son aquellos que sobresalen por sus condiciones de gaucho.

Nada mas comun en las sociedades civilizadas que malos generales al frente de numerosos ejércitos ; que jefes ignorantes de partido á la cabeza de millares de prosélitos. Pero entre los gauchos tal aberracion es imposible. El caudillo del gaucho es siempre el mejor gaucho. Él tiene que alcanzar ese puesto con pruebas materiales, continuadas y públicas. Tiene que adquirir su prestigio sobre el lomo de los potros; con el lazo en la mano; entre las charcas de sangre; durmiendo á la intemperie; conociendo palmo á palmo todas nuestras campañas; desobedeciendo constantemente á las autoridades civiles y militares; y burlando y hostilizando dia por dia cuanta mejora industrial, cuanta disposicion, y cuanto hombre llega de las ciudades á la campaña.

¡ Sin estas condiciones principales es inútil pensar en acaudillar los gauchos. Pero el que las posee y sabe ostentarlas á tiempo, ese es su caudillo, que los conduce y hace de ellos lo que mejor le place !

Ese es el gaucho; y su importancia social y política se comprende en nuestra revolucion, con pasar la vista, como un relámpago solamente, sobre el inmenso cuadro de nuestra historia.

Las provincias del Rio de la Plata habian llegado á ocupar en la América una extension y una importancia tal, que cuando Cárlos III se ve forzado á repeler de nuevo con las armas las pretensiones de los portugueses en ellas, y aconsejado á nombrar de jefe de la expedicion que debia salir de Cádiz al teniente general Don Pedro Zebállos, cree de oportunidad y de conveniencia poner su real sello en la cédula que erigia en vireinato las provincias del Rio de la Plata, Paraguay, Tucuman, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, Chárcas, y las lindantes de Mendoza y San Juan, creando por su virey al mismo teniente general Zebállos, que recibe dicha cédula de ereccion, fecha en San Ildefonso el 1.º de agosto de 1777.

Ya tenemos, pues descubierta, conquistada, poblada y constituida en vireinato español esa hermosa region de la América meridional, donde la providencia habia decretado la iniciacion y complemento de la grande obra que habia

imaginado en su inefable idea, para la reivindicacion de la humanidad ultrajada, y de los magníficos destinos de un mundo, á quien la ambicion, la ignorancia y la supersticion sofocaban.

La esclavitud de la América, que empezó desde el primer instante de su descubrimiento, fué gemela con una completa revolucion en Europa; y por una de esas reproducciones pasmosas que se encuentran en la historia de la humanidad, su libertad lo fué de otra no ménos vasta revolucion europea.

Los grandes movimientos sociales pueden ser la obra de un solo hombre, de una sola palabra; pero sus consecuencias no pueden ser calculadas, ni contenidas muchas veces por una generacion, ni por un siglo. Y la reunion de los estados generales en Francia estuvo muy léjos de prever que ella seria la causa generatriz de la decapitacion de una familia, defendida por Dios; del derrocamiento de un trono afianzado por los siglos; de la improvisacion de una república; de un imperio; del cataclismo universal de la Europa; de la canonizacion de la filosofía del siglo XVIII, y por último, la causa indirecta de la libertad de las colonias españolas en la América, oprimidas por el poder incontrastable de su metrópoli, — pero así sucedió sin embargo.

La raza americana tenia ya la conciencia de su situacion desgraciada. La naturaleza meridional no habia desmentido su generosidad con la inteligencia de los americanos; y la sangre española, tan ardiente como orgullosa, estaba en sus venas. Los sucesos de la Europa llegaban furtivamente; pero al fin llegaban hasta ellos. Algunos libros del siglo XVIII; algunos debates de la Convencion francesa; algunos periódicos de la república se escurrian de contrabando entre las mercaderías con que la madre España suplia á las primeras necesidades de sus hijos; y las ideas, primera semilla de las revoluciones, iban formando y dando nociones exactas á los hombres capaces, pero inapercibidos de las colonias.

La conciencia estaba hecha; el convencimiento estaba hecho; los instintos eran uniformes; no faltaba sino la decision y la oportunidad.

La revolucion francesa se encargó de ella.

Fernando VII es arrebatado de su pueblo. El trono español queda vacío. Las provincias del reino se dan sus gobiernos respectivos; ó mas bien, se gobiernan como pueden entre la tormenta que las sacudia; la capital del vireinato de Buenos Aires quiere darse tambien sus gobernantes; y bajo ese pretexto, que las circunstancias le ofrecian, pronuncia la primera palabra de su libertad, el 25 de Mayo de 1810.

Ese movimiento fué el iniciador de la revolucion; y con esta la revolucion del continente.

Buenos Aires descubre su pensamiento revolucionario; la América entera se electriza con él; y tras el primer relámpago, ahí tenéis bajo los cielos americanos esa tempestad de combates y de glorias, entre la cual estallaba el pensamiento y el cañon, al choque violento de dos mundos, de dos creencias, de dos siglos.

La España disputa palmo á palmo su dominacion; y palmo á palmo sostiene, defiende y hace triunfar su libertad la América, en el decurso de 15 años.

Buenos Aires es en la lucha, y durante ese tiempo, lo que Dios en el universo; ella está y resplandece en todas partes. Su espada da la libertad, ó contribuye á ella, en todas partes : sus ideas, sus hombres, sus tesoros no faltan en ninguna ; y la guerrera y pertinaz España, donde no hallaba un hombre, hallaba un principio; donde no hallaba un principio, hallaba una imitacion de Buenos Aires. Las provincias del Rio de la Plata eran su ángel malo, cuyo influjo dañoso la perseguia como la sombra al cuerpo.

La España resiste con valor; sangre por sangre se cambia en las batallas, pero la revolucion era demasiado inmensa y demasiado sólida, para que la España pudiera sofocarla con su mano en el siglo XIX, y la España vencida en la América, la América se hace para siempre jamas independiente.

Pero el pensamiento de Mayo habia bebido sus inspiraciones en fuente harto caudalosa, para poder conformarse con asignar á la revolucion los límites de una independencia política, y de una libertad civil solamente. Él inició mas que todo eso, y por mas que eso combatieron sus hijos.

Era una revolucion totalmente social lo que buscaba. Una

revolucion reformadora de la sociedad educada por la España de la Inquisicion, del absolutismo, y de las preocupaciones hereditarias de tres siglos, en política, en legislacion, en filosofía y en costumbres. Y bajo el humo de las batallas que ennegrecia el cielo americano, Buenos Aires marchaba á pasos, por desgracia demasiado rápidos, en la senda de su atrevido cuanto sublime pensamiento.

Sus brazos se extienden por todo el continente; y su inteligencia formula y elabora al mismo tiempo su existencia nueva.

Libres en política, y colonos en tradicciones sociales, legislativas y filosóficas, habria sido una anomalía monstruosa.

Romper con las viejas preocupaciones españolas en política, en comercio, en literatura, y hasta en costumbres, cuando el pueblo se las fuese dando á sí mismo, era imprimir á la revolucion el movimiento reformador del siglo: era ponerse á la altura de las ideas de la época; era hacer, en fin, lo que la misma España habia de tentar mas tarde bajo el reinado de Isabel II.

« Quedarse fijo en su abuelo y en su bisabuelo » para por esa solidaridad de tradiciones paternas darse la mano con la civilizacion europea, como acaba de pretenderlo no sé qué mal conocedor de nuestra historia europea, que ha escrito no sé qué con el título de *Nueva Troya*, era cuanto se necesitaba para no ser mas de lo que fueron el abuelo y el bisabuelo, en tiempo de Cárlos III y de su antecesor. Reproduccion que, felizmente, la revolucion tuvo el buen sentido de no apetecer jamas.

El mejor alguacil del santo oficio no habria opinado de otro modo; jurando que era una verdadera herejía no ser el nieto lo que fué el abuelo. Pero sigamos el campo de los vastos acontecimientos que narramos de carrera; y asimismo se han de percibir claras y distintas la reproduccion del abuelo y bisabuelo en el nieto, dando sus naturales consecuencias; y las que nacieron del divorcio de esas tradiciones pestilentes.

En medio del estrépito de las armas, Buenos Aires, esa capital donde se reunian los contingentes de ideas que le enviaban todas las provincias de la union, como enviaban á las batallas los contingentes de lanzas, marcha á grandes

pasos en el camino de la revolucion social; y todas las tradiciones de la colonia son tumbadas por la mano de la república. Los grandes principios se fundan y se practican á la vez. La república; el gobierno representativo; el ministerio responsable; el sistema electoral; la libertad de la conciencia, del pensamiento, del comercio; la igualdad democrática; la inviolabilidad de los derechos; todo en fin, cuanto la revolucion europea tenia de mas santo, de mas social, lo canoniza para sí la revolucion del Plata. Y á la luz de este brillante dia que se levantaba sobre sus olas, surgieran de la revolucion esas cabezas chispeantes de genio que hicieron el honor y la gloria de la república, no ménos grandes que el honor y la gloria que conquistaba con sus armas sobre los campos de batalla.

Pero dos grandes principios de resistencia debian encontrarse de frente con la reforma social, y desde sus primeros dias se le presentaron, en efecto, disfrazados bajo distintos modos.

De una parte, el sistema de gobierno republicano que la revolucion improvisaba, debia resentir los hábitos monárquicos de una sociedad nacida y educada bajo la monarquía absoluta.

De otra parte, la innovacion civilizadora debia despertar las susceptibilidades del pueblo colonial atrasado, ignorante y apegado á sus tradiciones seculares.

Y esa reaccion franca, ingenua, inevitable que sucede á las grandes innovaciones sociales, cuando se obran sobre pueblos no preparados á ellas, debia estallar y estalló en efecto en la república.

De otro lado, la revolucion habia creado en todas las clases de la sociedad sus representantes, su expresion, y sus intereses; y la reaccion se hizo sentir, primero en las rebeliones parciales; despues en las distintas pretensiones de provincia; y últimamente en el pronunciamento espontáneo y franco del pueblo semisalvaje de las florestas, restaurando el absolutismo y la ignorancia de sus *abuelos y bisabuelos*, contra la clase ilustrada de las ciudades, que representaba el principio civilizador.

Ibarra, Bústos, López, Quiroga, de una parte, Rivadavia y los congresales de la otra, no eran sino las peripecias de esa guerra sorda, pero gigantesca, que se disputaba en la

república el triunfo de principios y de cosas diametralmente opuestas, como eran la tradicion colonial, y la innovacion revolucionaria.

La historia de las revoluciones sociales en el mundo es el tratado de lógica mas perfecto : á tales causas han de suceder tales efectos. Y el gran trastorno que sufria aquí el principio monárquico; la improvisacion de una república, donde no habia ni ilustracion ni virtudes para conservarla; y la plantificacion repentina de ideas y de hábitos civilizados, en pueblos acostumbrados á la cómoda inercia de la ignorancia; eran una utopia magnífica pero impracticable, con la cual la barbarie daria en tierra; hasta que una enseñanza mas prolija, en la escuela misma de las desgracias públicas, crease una generacion que la levantase y la puisiese en práctica : tal cosa debia suceder ; y así ha sucedido, por desgracia.

Durante que las ideas y los hombres se disputaban intereses locales y transitorios, en la época en que se constituia la república, y al amparo de las guerras civiles consiguientes, la reaccion social tronaba como una tempestad espantosa en los horizontes del Plata; y en un momento en que ciertos sucesos malhadados de nuestra historia tan dramática dejaron desierta la escena, todos los principios reaccionarios de la revolucion aparecieron en ella personificados maravillosamente bien en un solo hombre; como sucede siempre en los grandes movimientos sociales, prósperos ó adversos para la humanidad; en que Dios ó el demonio hacen de todas las ideas y los instintos una sola masa en forma humana, cuyo destino es representar el bien ó el mal, segun sean los elementos de que se ha formado su vida.

Ese hombre era Rosas.

Rosas que era el mejor gaucho en todo sentido; que reunia á su educacion y á sus propensiones salvajes, todos los vicios de la civilizacion; porque sabia hablar, mentir y alucinar.

La reaccion habia estallado; y personificada en él, él debia serla fiel, porque el dia que la hiciera traicion, los sacerdotes sacrificarian el ídolo. Y fiel á su orígen, y á la mision que acepta, da al gaucho, á sus ideas y á sus hábitos, el predominio de la sociedad bonaerense, luego que se asegura con el triunfo el imperio de la reaccion.

Sorprendida Buenos Aires, tiene que soportar esa imposicion terrible de la fuerza. Ya no era la cuestion de unitarios y federales: eran la civilizacion y la barbarie las que quedaron para disputar mas tarde su predominio. Entre tanto, con la derrota de los unitarios la civilizacion quedó vencida temporariamente, porque el mismo partido federal, como representante de un principio político, quedó postrado por el triunfo del caudillo gaucho, que tomando por pretexto la federacion, echó por tierra federacion y unidad. Sin embargo el partido federal sonreia creyéndose vencedor, miéntras que legaba á la historia el derecho de acusarlo justa y terriblemente algun dia, por haber querido comprar el sacrificio de sus adversarios políticos con la libertad y el honor de su país, entregándolo á manos de un bandido que debia mas tarde pisar con el casco de sus potros los derechos mismos que buscaban bajo el sistema federal. Porque es *mentira* que padecieron un error los federalistas; es *mentira* que no conocieron á Rosas: Rosas fué conocido desde que tuvo 15 años. Á esa edad fué hijo insolente; á los diez y seis fué hijo huido; mas tarde fué un gaucho ingrato con sus bienhechores; despues fué siempre un bandido rebelde á las autoridades de su país.

Ese era el hombre que en 1840 se encerraba en los reductos de Santos Lugares, porque marchaba sobre la ciudad el puñado de libertadores que conducia el general Lavalle.

Llevemos la vista hasta los campos de Lujan, y allí encontraremos esa cruzada de valientes, á la indecisa luz de los crepúsculos de la tarde, símil de la indecisa suerte que corrian; todo el mundo á caballo, y el pequeño ejército dividido en dos cuerpos; el primero mandado por el general Lavalle, el segundo por el coronel Vilela.

Estos dos cuerpos iban á separase momentáneamente; el primero iba á dirigirse hácia el sur; el segundo quedaba sobre Lujan.

El general Lavalle queria conocer primero el espíritu de la campaña al sur, ántes de marchar sobre la capital. En el norte no se habian reunido á su ejército sino algunos grupos insignificantes de vecinos, pero las milicias y las fuerzas de línea permanecian fieles al tirano.

Los dos cuerpos del ejército se despidieron dando vivas á la libertad de la patria; de esa patria tan cara para sus buenos hijos, y cuyos campos debian regar bien pronto con su noble sangre.

Los escuadrones marchaban, y todavía los soldados se despedian con sus lanzas y sus espadas.

El escuadron Mayo, que pertenecia al segundo cuerpo, entonó entónces el himno nacional; canto de victoria de nuestras viejas legiones, cuyas palabras se escapaban con la vida del que caia al bote de las pujantes lanzas españolas. Y hasta que allá en el horizonte, cubierto con los oscuros velos de la noche, se perdieron las sombras del general Lavalle y sus valientes, los soldados del segundo cuerpo permanecieron á caballo.

Despues los legionarios de la libertad encendieron sus fogones para calentar su cuerpo entumecido por el frio de aquel rigoroso invierno, miéntras que el calor de su alma entusiasmada lo bebian en la fe, en la esperanza y en los recuerdos santos de la patria.

La noche descorrió su manto de estrellas sobre aquel romancesco campamento, donde no palpitaba un corazon que no fuera puro y digno de la mirada protectora de la providencia. Y solo esas estrellas podrian revelarnos los suspiros de amor que se elevaban hasta ellas, exhalados por el pecho tierno de aquellos soldados, arrancados por la libertad á las caricias maternales y á las sonrisas de la mujer amada, en la edad en que la vida del hombre abre el jardin de los afectos purísimos de su alma.....

¡Antítesis terrible! ¡Á doce leguas de ese lugar en que la libertad velaba con su manto de armiño el tranquilo sueño de sus hijos, un ejército de esclavos dormia soñando con el crímen á la sombra de la mano de fierro de un tirano!

Seis mil soldados, tendidos entre los reductos de Santos Lugares, estaban esperando la voz del asesino de su patria para abocar sus armas contra los mismos que les traian la libertad. Traidores á su madre comun, podian serlo tambien al hombre á quien vendian sus derechos; y en el silencio de la noche los campamentos eran patrullados triplemente por partidas que se mudaban cada dos horas. Unas vigilaban la parte exterior de los reductos, otras paseaban en redor del campamento, y otra patrullaba por

entre las carpas de los soldados. ¿Estaba entre ellas la tienda del tirano? ¿La banderola ó el fierro de su lanza la hacia descubrir en parte alguna? No. Rosas no tenia tienda. De dia escribia dentro de una galera, y de noche no se supo jamas su lugar fijo. Fingia echar su *recado* en tal paraje para pasar la noche, y média hora despues estaba su *recado* solo con algun soldado que lo cuidaba. ¿Vigilaba? No, huia; mudaba de lugar y de escolta para que todos ignorasen dónde estaba.

El general Lavalle entretanto, dormia entre sus jóvenes soldados, con la misma confianza con que habia dormido sobre la cama de Rosas, once años ántes, cuando fué él solo con sus edecanes á hacer arreglos al campamento mismo de su enemigo.

CAPÍTULO IX.

Manuela Rosas.

Ya que hemos dejado al lector en conocimiento de la situacion política y militar, en sus grandes manifestaciones, á la época á que hemos llegado en nuestra historia, es necesario conducirle ahora á un mas minucioso conocimiento individual de los personajes que caracterizan la época, y que han de contribuir al desenlace de los acontecimientos que que habrán de fijar la suerte respectiva de los protagonistas de la obra, á que nos vamos á acercar bien pronto.

Manuela Rosas es el rasgo histórico mas visible, despues de su padre, en el cuadro de la dictadura argentina.

En 1840 ella no es una sombra, sin embargo, de lo que fué mas tarde, pero en esa época ella empezaba á ser la primera víctima de su padre y el mejor instrumento, sin quererlo ser y sin saberlo, de sus diabólicos planes.

Manuela estaba en la edad mas risueña de la vida : contaba apénas de veinte y dos á veinte y tres años. Alta, delgada, talle redondo y fino. formas graciosas y ligeramente

dibujadas; fisonomía americana, pálida, ojerosa, ojos pardo-claro, de pupila inquieta y de mirada inteligente; frente poco espaciosa pero bien dibujada; cabello castaño oscuro, abundante y fino; nariz recta, y boca grande, pero fresca y picante; tal era Manuela en 1840.

Su carácter era alegre, fácil y comunicativo. Pero de vez en cuando se notaba en ella, despues de algun tiempo, algo de pesadumbre, de melancolía, de disgustos; y sus vivos ojos eran cubiertos alguna vez por sus párpados irritados; lloraba, pero lloraba en secreto como las personas que verdaderamente sufren.

Su educacion de cultura era descuidada, pero su talento natural suplia los vacíos de ella.

Su madre, mujer de talento y de intriga, pero vulgar, no habia hecho nada por la perfecta educacion de su hija. Y huérfana de madre hacia dos años, Manuela no contaba, á la época que narramos, con otro ser que debiera interesarse por ella, que su padre; porque su hermano era un bellaco rudo inclinado al mal, y sus parientes se cuidaban mucho de Juan Manuel, pero nada de Manuela.

Su corazon habia sentido dos veces ya la tierna serenata del amor á sus cerradas puertas; pero las dos veces la mano de su padre vino á echar los cerrojos de ellas, y la pobre jóven tuvo que ver los mas bellos encantos de la vida de una mujer al traves del cristal de su imaginacion.

Su padre habia decretado el celibato eterno de aquella criatura sabedora de todas sus miserias, de todas sus intrigas y de todos sus crímenes; porque entregaria todos esos importantes secretos con el corazon de la jóven.

Ella, ademas, era su instrumento de popularidad. Con ella isonjeaba el amor propio del plebeyo alzado de repente á condicion distinguida en la amistad del jefe federal. Con ella trasmitia su pensamiento á sus mas abyectos servidores Con ella, en fin, sabia la palabra y hasta el gesto de cuantos se acercaban á comprar con una oficiosidad viciosa ó criminal algun destino, algun favor, algun título de consideracion federal.

Su hija, ademas, era el ángel custodio de su vida; velaba hasta el movimiento de los párpados de los que se acercaban á su padre; vigilaba la casa, las puertas y hasta los alimentos.

Nos acercamos á esta mujer desgraciada en los momentos en que su salon está cuajado de gentes, y ella es allí la emperatriz de aquella extraña corte.

Pero nuestra mirada no puede divisar bien las fisonomías; es necesario acercarse á ellas porque una densa nube de humo de tabaco eclipsa la luz de las bujías.

Los principales miembros de la *Sociedad popular* hacen su visita de costumbre en ese momento. Y fuman, juran, blasfeman y ensucian la alfombra con el lodo de sus botas ó con el agua que destilan sus empapados ponchos.

Allí está viva y palpitante la democracia de la federacion. Gaetan, Moreira, Merlo, Cuitiño, Salomon, Parra, fuman y conversan mano á mano con los diputados García, Belaustegui, Garrigós, Lahitte, Medrano, etc.; con los generales Mancilla, Rolon, Soler, etc., tambien. Larrazabal Mariño, Irigoyen, González Peña, conversan en otro grupo miéntras sus esposas, federalizadas hasta la exaltacion, rodean á Manuela con Doña María Josefa Ezcurra, la comadre de Merlo, la ahijada de este, la sobrina de aquel; parientas en fin de todo género y de toda rama de aquellos corpulentos troncos sobre que reposaba la santa é inmaculada causa federal.

Las paredes de aquel salon tenian oídos y boca para repetir al Restaurador de las Leyes lo que allí se decia; pero no podian tener unos ni otra para el general Lavalle. No habia, pues, miedo.

Cada grupo describia á su modo la situacion política, pero ninguno disentia en opinion respecto al triunfo cierto del Restaurador sobre sus inmundos enemigos.

Segun unos, la cabeza de Lavalle iba á ser puesta en una jaula en la plaza de la Victoria.

Segun otros, todo el ejército prisionero debia venir á ser pasado á cuchillo por la *Sociedad popular*, en la plaza del Retiro.

Las mujeres tomaban su parte tambien. Ellas declaraban que las unitarias, madres, esposas, hijas, hermanas de los traidores que traia Lavalle, les debian ser entregadas para cortarles la trenza y tenerlas despues á su servicio.

Manuela no hacia sino volver los ojos de uno á otro grupo, oyendo ese certámen del crímen, en el cual todos competian por ganarse el triunfo en la emision de una idea mas criminal que las otras.

Para Manuela esto no era sorprendente, sin embargo, porque la repeticion de esta escena le habia hecho perder su admiracion primitiva. Pero tampoco gozaba de ella, porque en su corazon de veinte y dos años no podia ser música agradable un coro perpétuo de juramentos y de maldiciones. Ademas, la costumbre de tratar á aquella gente le habia dado el conocimiento de su importancia real, y ella sabia que no tenian para su padre ni aun la noble fidelidad del perro; que no eran otra cosa que esclavos envilecidos que venian delante de ella á jactarse de un sentimiento que era en ellos, mas que otra cosa, la inspiracion de sus instintos malos, y de su conciencia sometida al miedo y á la voluntad de su amo.

Pero en cambio, las demas mujeres gozaban por ella.

La una admiraba la elocuencia de su marido.

La otra renegaba del suyo porque no gritaba tanto como los otros. Pero se contentaba con que todos oyeran que ella hablaba por él.

Y otra, en fin, se envanecia de poder repetir á Manuela las palabras de su marido, que esta no oia bien entre el tumulto.

Mercédes Rosas, que tambien hacia parte de la reunion, se alegraba á su vez porque las miradas de los hombres se dirigian á ella á la par que á Manuela, cuando hablaban del degüello y exterminio de los unitarios para defender así la federacion, al Restaurador y á las federales, palabras galantes con que los oradores de aquella asamblea cortejaban á las amables damas que allí habia.

Y por último, Doña María Josefa Ezcurra gozaba por todos ellos y por todas ellas.

Larrazabal acababa de declarar en alta voz, que él no esperaba sino la autorizacion de Su Excelencia para ser el primero que mojase su puñal en la sangre de los unitarios.

— Eso es hablar como buen federal, dijo Doña María Josefa en alta voz. Por la tolerancia de Juan Manuel se han ido del país los unitarios que hoy vienen con Lavalle.

— Vienen á su tumba, señora, la contestó un hermano federal, y debemos felicitarnos de que se hayan ido.

— No, señor, no, replicó Doña María Josefa. Al seguro llevan preso; y mejor habria sido el matarlos ántes de que se fuesen.

— ¡Cabal! gritó Salomon.

— Sí, señor, cabal, prosiguió la vieja. Y no es lo peor la clemencia de Juan Manuel, sino que cuando él da una órden de prender á algunos unitarios, los comisionados se ponen á papar moscas, y los unitarios se les escapan.

Los ojos de la vieja, chiquitos, colorados y penetrantes se clavaron en Cuitiño, que de pié, á dos pasos de ella, arrojaba una bocanada del humo de su cigarro.

— Y no es peor tampoco que se les escapen, continuó, sino que cuando los buenos servidores de la federacion les dicen dónde están escondidos, van allá y los mismos unitarios los embaucan como á muchachos.

Cuitiño se dió vuelta.

— ¿Qué, se va comandante Cuitiño?

— No, señora Doña María Josefa, pero yo sé lo que me hago.

— No siempre.

— Siempre, sí, señora. Yo sé matar unitarios y he dado pruebas de ello. Porque los unitarios son peores que perros, y yo no estoy contento sino cuando veo su sangre. Pero usted está con indirectas.

— Me alegro que me haya comprendido.

— Yo sé lo que me hago.

— El comandante Cuitiño es nuestra mejor espada, dijo Garrigós.

— Así se lo digo todos los dias á Peña para que aprenda, dijo Doña Simona González Peña, una de las mas entusiastas federales, y que ostentaba, mas que su entusiasmo, unas hermosas barbas negras.

— Pero no es época de espadas, observó Doña María Josefa, sino de puñal. Porque es á puñal que deben morir todos los inmundos salvajes asquerosos unitarios, traidores á Dios y á la federacion.

— Así es, dijeron algunos.

— El puñal, esa es el arma que deben tener los buenos federales, continuó Doña María Josefa.

— ¡Cabal! el puñal! gritó Salomon.

— ¡Sí, que mueran á puñal, á puñal! repitieron otros, y todos en seguida hicieron este magnífico coro de la federacion.

— ¡A puñal, pero en el pescuezo! dijo Doña María Josefa relampagueándole los ojos.

— Y que el cuchillo esté mellado, con eso les duele, agregó Gaetan hombre amulatado y de una figura las mas repugnante posible.

— Yo lo que siento es que los serenos tengan fusiles, porque Mariño no quiere sino fusilar á los que llevan á su cuartel, dijo otro personaje de la reunion.

— ¡Vaya, si es muy escrupuloso este Mariño! Por eso tuvo tantos miramientos con la viudita de Barrácas.

— Ha dicho muy bien la señora Doña María Josefa : el puñal debe ser el arma de los federales, y en adelante yo daré mis órdenes, dijo Mariño queriendo lisonjear á aquella arpía para que no continuase.

— Que acabe el Restaurador con los que vienen, y nosotros acabaremos con los que están dentro, dijo Garrigós embutido entre su alta corbata, como era su costumbre.

— Á la primera órden que nos dé el Restaurador la primera cabeza que corte yo, se la he de traer á usted, Doña Manuelita, dijo Parra.

Manuela hizo un gesto de repugnancia y volvió los ojos á la mujer de Don Fermin Irigoyen, que tenia á su lado.

— Los unitarios son demasiado feos para que quiera verlos Manuelita, dijo Tórres buscando el ponerse de acuerdo con la hija de su padre.

— Así es, pero degollados se han de poner muy buenos mozos, contestóle Doña María Josefa.

— Si á la niña no le gustan ver esas cosas yo no le he de traer la cabeza que le he ofrecido, replicó Parra, pero los hombres, sí; los hombres es preciso que veamos todos las cabezas de los unitarios, sean lindos ó feos, continuó dirigiéndose á Tórres; porque aquí no hemos de andar con gambetas. Todos somos federales y todos debemos lavarnos las manos en la sangre de los traidores unitarios

— ¡Cabal! gritó Salomon.

— Eso es hablar, dijo Merlo.

— Y el que no quiera hacer lo que los restauradores, que han de morir por el señor Don Juan Manuel de Rosas y su hija, que alce el dedo, dijo Gaetan.

— Mándeme Doña Manuelita, y mándeme donde quiera, que yo solo basto para traerle un rosario de orejas de los traidores unitarios.

Manuela volvió los ojos á todas las mujeres que allí ha-

bia. Buscaba alguna simpatía de sexo, alguna armonía blanda de espíritu, algun signo de resignacion que la fortaleciese. Pero nada..... nada..... nada. Allí no habia en hombres y mujeres sino fisonomías duras, encapotadas, siniestras. En esta el oído, en aquella el vicio; en esa la abyeccion de la bestia, en la otra la prostitucion y el cinismo : hé ahí todo cuanto rodeaba á aquella mujer jóven en cuyo corazon la naturaleza no habia sido avara quizá de afectos tiernos y delicados, pero en el cual la infernal escuela en que la ponia su mismo padre, estaba encalleciendo sus sensibles fibras, al roce de las mas rudas y torpes impresiones.

— ¡ Sí, todos debemos contribuir á dar un grande ejemplo para que la federacion quede afianzada sobre bases inconmovibles de diamante! exclamó el diputado García, con el énfasis y la petulancia que era habitual á sus palabras.

— ¡ Bravo!

— Ese será el dia grande de la patria, el dia que se apague esta fiebre de libertad que nos devora, continuó el orador. Fiebre santa que no se apagará sino con la sangre de los esclavos unitarios.

— Á propósito de fiebre, dijo Mariño al general Soler, casi al oído, miéntras el diputado continuaba su estupenda peroracion ante su popular auditorio. Á propósito de fiebre, ¿ sabe usted general que el cura Gaete se nos va?

— He oido que está malo, ¿qué diablos tiene?

— Una fiebre cerebral espantosa.

— ¡ Hola!

— De muerte.

— ¿ Desde cuándo?

— Creo que hace cinco ó seis dias.

— ¡ Malo!

— ¡ En todo el delirio no habla sino de magnetismo; de Arana, de dos que dice él mismo que no quiere nombrar, de una porcion de disparates!

— ¿ Y al Gobernador no lo nombra?

— No.

— Entónces puede morirse cuando quiera

— Sin embargo, era un buen federal.

— Y mejor borracho.

— Dice usted bien, general, y es probable que el orígen de su fiebre sea de alguna tranca.

— De todos modos, si Lavalle triunfa, el diablo se habia de llevar al fraile á las pocas horas.

— Y á muchos con él.

— ¿Á usted y á mí por ejemplo?

— Puede ser.

— Todo puede ser.

— Y no es eso lo peor.

— ¿Cómo, general?

— Digo que es lo peor el que no podemos asegurar que no triunfará.

— Cierto.

— Lavalle es arrojado.

— Pero tenemos triple número de fuerza.

— Yo he tomado el cerrito de la Victoria con un tercio de fuerza de la que defendia su altura

— Pero eran españoles...

— ¡Pues! eran españoles. Lo que quiere decir, señor Mariño, que sabian batirse y morir paleando.

— No son ménos valientes nuestros soldados.

— Lo sé. Y luego, pueden ser vencidos como lo fueron los españoles, á pesar de su valor.

— Pero la justicia está de nuestra parte.

— Sobre el campo de batalla no hay justicia, señor Mariño.

— Tenemos el entusiasmo.

— Ellos tambien.

— De manera que. ...

— De manera que se van á batir, y el diablo sabe quién ganará.

— General, estamos de acuerdo.

— Ya lo sé.

— He querido saber sus opiniones de usted á ese respecto.

— Ya lo sé tambien.

— No me admira esa perspicacia, general; usted ha vivido mucho en la revolucion.

— Me he criado en ella.

— Pero nunca habria habido en ella un cataclismo peor que el que sufriríamos los federales, si triunfase Lavalle.

— Seria asunto concluido.

— Para todos.

— Especialmente para usted y para mí, señor Mariño.

— ¿Especialmente?

— Sí.

— ¿Y por qué, general?

— ¿Con franqueza?

— Sí, con franqueza.

— Porque á mí me aborrecen no sé por qué, y á usted por mashorquero.

— ¡Oh!

— Yo sé que no deben quererme.

— Y yo sé que no soy mashorquero, en el sentido de esa palabra.

— Bien puede ser, pero como no hemos de tener un tribunal que nos juzgue, tendremos que hacernos matar ó emigrar.

—¡Y la emigracion debe ser una cosa terrible, general Soler! exclamó Mariño meneando la cabeza.

— Esa es la palabra; yo la he sufrido varias veces, y sé que es terrible.

— Entónces es preciso que todos resistamos hasta lo último.

— Quién sabe si podremos contar con todos.

— Tambien tengo esa duda.

— Las defecciones son cosas naturales en todas las revoluciones.

— ¡Ah! y los enemigos encubiertos son los peores!

— Los mas terribles.

— Pero á mí no se me escapan... Ahí tiene usted uno.

— ¿Quién?

— Ese que entra.

— Pero ese es un muchacho.

— Sí, es muchacho de veinte y cinco años. Todo el mundo lo cree el mejor federal, pero para mí no es otra cosa que un unitario disfrazado.

— Eso no vale nada.

— Ya lo sé, pero es unitario.

— ¿Su nombre?

— Bello; Daniel Bello; es hijo de un verdadero federal; hacendado, socio de los Anchorenas; y de gran prestigio en la campaña.

— Entónces está bien guardado.

— El mozo este es ademas muy protegido de Salomon; y entra y sale en todas partes.

— Èntónces, mi amigo, es preciso saludarlo, dijo el general Soler.

— Sí; pero ya está apuntado, contestó Mariño, y ambos volvieron á los grupos.

CAPÍTULO X.

Continuacion del anterior.

Era en efecto Daniel Bello el que habia entrado al salon de Rosas; y despues de atravesar por entre los concurrentes dando fuertes apretones de mano á derecha é izquierda, fué á hacer sus reverencias á Manuela y á las federales damas de su corte.

Daniel llegaba vestido á la rigorosa moda de la federacion; es decir, venia de chaqueta, chaleco punzó, grandes divisas y sin guantes. Pero la chaqueta, estaba perfectamente cortada, con doble botonadura, y vueltas de terciopelo negro en las mangas; sus botas eran de lustroso charol, su chaleco de rico casimir; sus manos eran delicadas, manos mujeriles puede decirse, y su cara la que le conocemos : bella, inteligente y sobre cuya sien pálida caian sus lacios y lustrosos cabellos, mas oscuros que sus ojos castaños, que á veces, con la luz vivísima de su mirada, parecian ser del gris semioscuro de los ojos de Cristóbal Colon, segun nos los describe el hijo del célebre almirante. Y todas estas condiciones reunidas eran mas que suficientes para que Daniel fuera bien recibido de las damas; damas, por otra parte, que no podian ménos de mirar complacidas aquel hermoso jóven que era de los pocos que á esa época usaban el chaleco punzó de la federacion. Y ellas, pues, que sabian la jactancia de las unitarias por los hermosos y elegantes jóvenes que habia en su partido, miraban con cierto orgullo á aquel que en el de ellas podia rivalizar en todo con el mas bien apuesto unitario.

En el acto la señora del médico Rivera hizo un lugar en

el sofá en que estaba, pero tan estrecho que Daniel habria tenido que sentarse sobre alguna parte del turgente muslo de la abundante hermana de Su Excelencia. Crímen político que estuvo muy léjos de querer cometer, y prefirió una silla al otro extremo del sofá, junto á Manuela.

Mercédes no retrocedió, sin embargo. Se levantó, tomó una silla, se sentó al lado de Daniel, y su primer saludo fué darle un fuerte pellizco en un brazo, diciéndole al oído.

— ¿Se ha hecho el que no ha visto, no?

— He visto que está usted muy buena moza, señora, la contestó Daniel creyendo darla lo que buscaba. Pero queria mas.

— Desde ahora le digo una cosa.

— Hable usted, señora.

— Que quiero que me acompañe cuando nos vamos. Porque hoy deseo hacer rabiar á Rivera yendo con un buen mozo; porque es celoso como un turco; no me deja ni respirar. Yo le he de contar todo esto, ahora cuando nos vayamos.

— Tendré mucho honor, señora.

— Bueno. Hablemos fuerte ahora para que no se fijen.

Manuela reclinaba su brazo en uno de los dos del sofá, y Daniel habia elegido la silla que se juntaba con el ángulo en que estaba la jóven, é inclinándose un poco podia conversar con ella sin ser oido de los demas. Así lo hizo y la dijo :

— Si álguien gozara la felicidad y el honor de un interes especial por usted, señorita, esta casa seria un rival peligroso.

— ¿Por qué, señor Bello? contestó Manuela con candidez.

— Porque la numerosa concurrencia diara que hay en ella distraeria mucho la imaginacion de usted.

— No, contestó Manuela con prontitud.

— Perdon, señorita : yo tengo el atrevimiento de poner en duda esa negativa.

— Y sin embargo, he dicho la verdad.

— ¿Cierto?

— Cierto : yo hago por no oir, y por no ver.

— Es una ingratitud entónces, dijo Daniel sonriendo.

— No, es una retribucion.

— ¿De qué, señorita?

— ¿Cree usted que mi silencio, ó mi displicencia les pueda disgustar.

— ¿Y cómo no creerlo?

— Entónces yo les retribuyo el disgusto que ellos me causan con estarme hablando siempre de una misma cosa, que por otra parte yo no quisiera oir nunca.

— Pero hablan del señor Gobernador; de la causa que es comun á todos; hablan por el entusiasmo que los anima.

— No, señor Bello, hablan por ellos mismos.

— ¡Oh!

— ¿Lo duda usted?

— Me sorprende á lo ménos.

— ¡Porque usted no ocupa mi triste lugar todos los dias!

— Bien puede ser por eso.

— Eche usted la vista sobre cuantos aquí hay, y, á excepcion de usted, yo no sé cuál de los que están esta noche en mi presencia ha venido con otro objeto que el de darse valimiento de federal á mis ojos, para que yo se lo repita á tatita.

— Sin embargo, ellos sirven fielmente á nuestra causa.

— No, señor Bello, ellos nos hacen mal.

— ¿Mal?

— Sí; porque ellos hablan mas de lo que debieran, y quizá no obran con la buena fe que yo quisiera para la causa de mi padre. Ademas, ¿usted cree que yo estoy contenta con estas mujeres y estos hombres que me rodean?

— Cierto. Usted tiene mas talento que todos ellos.

— No hablo de talento; hablo de educacion.

— Comprendo que deba mortificar á usted mucho la ausencia de otra sociedad.

— Hasta mis primeras amigas me han abandonado.

— La época quizá.

— No, es esta gente, cuya sociedad tengo que aceptar porque tatita lo quiere. Creo que es usted la única persona de calidad que me visita.

— Sin embargo, aquí veo personas muy distinguidas.

— Pero que se han empeñado en hacerse peores que las que no lo son, y lo han conseguido.

— ¡Es terrible cosa!

— Me fastidian, señor Bello. Paso la vida mas aburrida de este mundo. No oigo hablar sino de sangre y de muerte á estos hombres y á estas señoras. Yo sé bien que los unitarios son nuestros enemigos. ¿Pero qué necesidad hay de estarlo repitiendo á cada momento con esas maldiciones que me enferman : y sobre todo, con la expresion de un odio que yo no creo, porque toda esta gente es incapaz de pasiones? ¿Qué necesidad, ademas, de venir aquí mismo á atormentarme la cabeza con esas cosas, impidiendo así que se me acerquen las personas de mi sexo, ó los amigos que yo quisiera.

— Es cierto, señorita, dijo Daniel con el tono mas sencillo del mundo. Es cierto; á usted le hacen falta algunas jóvenes de su edad y de su educacion, que la distrajeran y la hicieran olvidar un momento los sobresaltos en que vive en está época terrible para todos.

— ¡Oh, cómo seria feliz entónces!

— Conozco una mujer cuyo carácter se armonizaria perfectamente con el de usted, la comprenderia y la querria.

— ¿Sí?

— Una mujer que simpatizó con usted desde el primer momento en que la vió.

— ¿De véras?

— Qué no hay un dia que no me haga alguna pregunta relativa á usted.

— ¡Oh! ¿y quién és?

— Una mujer que es tan desgraciada, ó mas que usted misma.

— ¿Tan desgraciada?

— Sí.

— No; no hay en el mundo ninguna mas desgraciada que yo, dijo Manuela exhalando un suspiro y bajando húmedos sus ojos.

— Usted siquiera no es calumniada.

— ¿Que no soy calumniada? exclamó Manuela alzando su cabeza y fijando sus ojos resplandecientes sobre Daniel. Es lo único que yo no les perdonaré á los enemigos de mi padre que hayan hecho pedazos mi reputacion de mujer, por espíritu de venganza política. ¡Y qué calumnia, Dios mio! exclamó Manuela llevando la mano á sus vivísimos ojos.

Las conversaciones de los grupos eran tan animadas, que el diálogo de los dos jóvenes no era percibido, sino espiado de vez en cuando por las miradas de Doña María Josefa y de Mariño.

— El tiempo ha de desvanecer todo eso, amiga mia, dijo Daniel con un tono de voz tan insinuativo y tierno, que Manuela no pudo ménos de darle las gracias con una mirada dulcísima. Pero el tiempo es, por el contrario, el mayor enemigo de la persona de quien hablamos.

— ¿Cómo? Esplíquelo usted.

— El tiempo la hace mal, porque cada instante que pasa agrava su situacion.

— ¿Pero qué hay? ¿quién es? preguntó la jóven con una prontitud propia de su carácter impaciente y vivo.

— La calumnian políticamente. La hacen aparecer como unitaria y la persiguen.

— ¿Pero quién es?

— Amalia.

— ¿Su prima de usted?

— Sí.

— ¿Y la persiguen?

— Sí.

— ¿Por órden de tatita?

— No.

— ¿De la policía?

— No.

— ¿Y de quién?

— Del que la persigue.

— ¿Pero quién puede perseguirla?

— Uno que se ha enamorado de ella, y á quien ella desprecia.

— Y.....

— Perdon..... y hacen valer la federacion y el respetable nombre del Restaurador de las Leyes, como instrumentos de una venganza innoble é interesada.

— ¡Ah! ¿quién es? ¿quién es el que la persigue?

— Perdon, señorita, no puedo decirlo todavía.

— Pero yo quiero saberlo para decirlo á tatita.

— Alguna vez lo sabrá usted. Pero tenga usted entendido que es persona de grande influencia.

— Tanto mas criminal entónces, señor Bello.

— Lo sé.

— Una cosa.

— Hable usted, señorita.

— Quiero que traiga usted á Amalia.

— ¿Aquí?

— Sí.

— No vendrá.

— ¿No vendrá á mi casa?

— Es algo excéntrica, y se hallaria muy mal entre tan numerosa concurrencia, como la que rodea á usted, señorita.

— La recibiré sola... pero no, yo no tengo libertad para estar sola.

— Ademas, ella teme un insulto desde que su casa ha sido registrada.

— ¡Pero es inaudito!

— Ademas tambien, ella ha dejado su linda quinta de Barrácas por algunos dias; y á pesar del retiro en que vive, está inquieta, sobresaltada.

— ¡Infeliz!

— Usted, sin embargo, podria hecerla un gran servicio.

— ¿Yo? Hable usted, Bello.

— Una carta de usted que ella pudiera enseñarla á quien se presentara sin órden del señor Gobernador.

— ¿Y habrá quien ose hacerlo sin órden de tatita?

— Lo han hecho ya.

— Bien, escribiré mañana mismo.

— Yo me atreveria á pedir á usted, que al escribir esa carta, recordase que todos deben guardarse bien de tomar el nombre del general Rosas y de la federacion para cometer injusticia é inferir insultos.

— Bien, bien, comprendo, dijo Manuela radiante de alegría, con encontrar una ocasion en que poder hacer sufrir al amor propio de aquellos que la incomodaban á todas horas.

— Nuestra conversacion, que yo sostengo con tanto placer, continuó Manuela, se prolonga demasiado para no despertar celos en toda esta gente á quien yo tengo que atender sin distinction de personas, segun la voluntad de tatita.

— Sus deseos de usted son órdenes que yo respeto. ¿Pero usted me promete no olvidar la carta?

— Sí; mañana mismo la tendrá usted.

— Bien. Gracias.

Manuela no se habia equivocado; el diálogo con Daniel empezaba á despertar celos en aquella especie de perros hambrientos de alguna sobra del banquete federal á que asistian todas las noches, y cuya reina bacanal debia ser Manuela, la pobre víctima de la loca ambicion del que la dió la vida.

La noche estaba fria, pero Garrigós empezaba á sudar desde la frente, cubierta por la máscara de la hipocresía, hasta su cuello sumergido dentro su inmensa corbata; tal era cuanto habia perorado aquel discípulo de fray Gerundio de Campazas; y toda la concurrencia esperaba que Manuela acabase su conversacion particular, para irse á su casa á referir á sus allegados las palábras, las sonrisas, las acciones con que habian sido honrados por la señorita Doña Manuelita Rosas y Ezcurra.

En efecto, no bien Daniel se volvió á Mercédes, y Manuela á la esposa de Mariño, cuando sucesivamente fueron llegando á despedirse de ella cuantos allí habia; haciendo cada uno un cumplimiento á su modo. El uno la hacia un juramento de morir por ella y por su padre; el otro la ofrecia una cabeza; aquel unas orejas; y mas de uno la ofrecia trenzas de las salvajes unitarias; todo para cuando llegara el dia de la venganza de los federales.

CAPÍTULO XII.

De cómo empezó para Daniel una aventura de Faublas.

Por mas de un momento Daniel llegó á creer con toda buena fe que se hallaba de véras en el infierno. Se puede imaginar, pues, lo que oiria entre aquellas gentes, cuya sociedad buscaba Rosas para su hija.

Manuela, aunque acostumbrada á este coro, se ruborizaba, sin embargo, de que Daniel oyese aquel lenguaje que se le tributaba como homenaje debido á su posicion. Pero con esa elocuencia que aquel poseia en sus miradas, dióla

resignacion por varias veces, acabando de convencerla de que habia en él una remarcable superioridad sobre los otros.

La sala quedó al fin despejada, y la señora Doña Mercédes Rosas de Rivera levantóse para retirarse. Y con aquella su candidez característica la dijo abrazándola.

— Conque, hijita, me voy, y me llevo á Bello para hacer rabiar á Rivera.

Manuela fingió sonreirse.

— No me deja, mujer, continuó la primera, está como nunca. Anoche hasta me pellizcó; pero yo, nada.... lo he de hacer rabiar, hasta que deje de celarme.

— ¿Conque se va usted, tia?

— Sí, hijita, pues, hasta mañana.

Y Mercédes imprimió sus labios y sus rubios lunares en la pálida mejilla de su sobrina.

— Á Dios, Manuelita. Descanse usted, la dijo Daniel dándola la mano, y con una expresion tan dulce y consoladora, que tocada la sensibilidad de aquella desgraciada criatura, sus ojos se anublaron de lágrimas al quedarse completamente sola en su salon.

Mercédes, entretanto, enlazó su brazó al de su compañero, y ambos atravesaron el gran patio, salieron á la calle del Restaurador, y doblaron luego hácia al correo.

La noche estaba fria. El pobre Daniel iba en cuerpo, pero el calor de la rabia que llevaba al verse tomado por asalto, le impedia felizmente echar de ménos su capa.

— No, no vayamos tan ligero, dijo Mercédes.

— Como usted quiera, señora, contestó Daniel.

— Sí, vamos despacio. y ¡ojalá que encontrásemos á Rivera!

— ¡Sí, sí, ojalá!

— ¡Cómo rabiaria!

— ¿Es posible?

— ¡Toma!

— ¿Y, por supuesto, que me la quitaria á usted?

— ¡Qué! vea usted. Voy á contarle una cosa. La otra noche me encontró que venia de lo de Agustina con un mózo. Me vió; y atrevesó á la vereda de enfrente. Yo que lo conocí en el acto, ¿qué le parece á usted que hice?

— Lo llamaria usted.

— ¡Qué! Nada. Me hice la que no lo habia visto. Empecé caminar y doblar calles. Casi perdí un zapato que me habia enchancletado. Pero, nada; siempre doblando calles; y Rivera sigue que sigue, por la vereda de enfrente. Yo conocia que venia ardiendo, y dále; á próposito lo hacia; hablaba despacio; me paraba de cuando en cuando; me reia de repente, hasta que al fin llegamos á casa, despues de haber andado mas de una hora, con Rivera por detras. Allí fué la buena : gritó, hasta que mas no pudo; pero al cabo tuvo que venirse á las buenas; se hincó, me besó la mano; y despues.....

— Y despues quedarian las paces hechas, como entre dos buenos esposos, la dijo Daniel interrumpiéndola, y persuadido ya, que lo mejor era sacar un alegre partido de la conversacion con aquella original criatura. La mas original, sin duda, en la familia de Rosas, donde todos los caractéres tienen alguna novedad; la mas original, pero la ménos ofensiva, y la de mejor corazon. Con ese apellido, tan histórico desgraciadamente, ninguna mujer ha obrado el mal; y ningun hombre ha dejado, mas ó ménos, de hacer sentir los arranques de su carácter despótico.

— Y despues quedarian las paces hechas, como entre dos buenos esposos, habia dicho Daniel.

— ¡Qué, no! despues se fué á acostar á su cuarto.

— ¿Ah, tienen ustedes cuarto aparte?

— Hace mas de dos años.

— ¿Sí?

— Y es por eso que lo hago rabiar. Yo paso unas soledades terribles, pero no cedo. Porque, mire usted, yo soy una mujer de pasiones violentas. Tengo una imaginacion volcánica; y no he encontrado todavía quien me comprenda.

— ¿Pero, señora, y su marido de usted?

— ¿Mi marido?

— Pues, el señor Rivera.

— ¡Marido! marido! ¿Pero hay cosa mas insoportable que un marido?

— ¿Es posible?

— No hay nada mas prosáico.

¡Ah!

— Mas material.

— ¿Sí?

— Jamas la comprenden á una.

— ¡ Pues!

— Ademas, Rivera, es tonto.

— ¿Tambien?

— Pues, como todo hombre de ciencia.

— Así es.

— ¡ Oh, si fuera un poeta, un artista, un jóven de pasiones ardientes!

— ¡ Ah, entónces!

— Ah, yo soy muy desgraciada, muy desgraciada; yo que tengo un corazon volcánico y que comprendo todos los secretos del amor.

— Cierto, es una desgracia, ser como usted es, Merceditas.

— Así se lo digo todos los dias en su cara.

— ¿Á quién?

— Á Rivera, pues.

— ¡ Ah!

— Se lo digo, sí, y á gritos.

— ¿Lo que me ha dicho usted a mí?

— Y mucho mas.

— ¿Y él qué le dice á usted, señora?

— Nada. ¿Qué ha de decirme?

— ¿Y no la hace á usted algo?

— ¡ Qué! si no puede hacer nada.

— ¡ Es muy bueno ese señor Rivera!

— Sí, es muy bueno, pero no me sirve. Yo necesito un hombre de imaginacion ardiente; un hombre de talento. Oh, un hombre así, para que nos enloqueciésemos juntos.

— ¡ Santa Bárbara, señora!

— Sí : que nos enloqueciésemos; que estuviésemos juntos todo el dia; que.....

— ¿Qué mas, señora?

— Que nos encerrásemos, aunque Rivera se enojase; y allí compusiéramos versos, y leyésemos juntos todas mis obras.

— ¿Ah, es usted autora?

— ¡ Pues no!

— Superior.

— Estoy escribiendo mis memorias.

— Magnífico.

— Desde ántes de nacer.

— ¡Cómo! ¿escribia usted sus obras ántes de nacer?

— No; cuento mi historia desde esa época, porque mi madre me refirió, que desde que estaba embarazada de cinco meses, ya le saltaba en el vientre, hasta el extremo de no dejarla dormir. Nací llena de pelo; y desde que tuve un año, ya hablaba de corrido. No hay pasion por que no haya pasado en el curso de mi vida, y tengo un cajon de la cómoda, lleno de cartas y rulos de pelo.

— ¿Y el señor Rivera no anda por ese lado?

— ¡Toma! cuando lo quiero hacer rabiar, y él está viendo la calavera.....

— ¿Qué?

— Sí, pues, hombre. Una calavera vieja que tiene en su cuarto; y en la que se pone á estudiar no sé qué cosas.

— ¡Ah!

— Pues, como le decia: cuando le siento en su cuarto, ¿sabe lo que hago?

— Vamos á ver.

— Entreabro la puerta de su cuarto para que me vea por la rendija, y yo abro la cómoda y empiezo á sacar las cartas y á leer en el primer renglon de cada una:

Mi querida Mercédes.
Idolo de mi vida.
Mi adorada Merceditas.
Merceditas de todo mi corazon.
Incomparable Mercédes.
Merceditas, luz de mis ojos.
Mi Mercédes, estrella de mi vida.
Rubiecita de toda mi alma.

Y en fin, un millon de cartas, de cuando era soltera, que seria nunca acabar si las dijera.

— ¿Y hasta qué época ha llegado usted en sus memorias?

— Ayer he empezado á describir el dia en que salí de cuidado por primera vez.

— ¡Importante capítulo!

— Es una de las curiosidades de mi vida.

— Pero, señora, eso es muy comun.

— ¡Qué! si fué una cosa asombrosa. Imagínese usted que salí de cuidado haciendo versos, y sin conocer el trance en que estaba.

— ¡Admirable constitucion!

— Así tuve mi primer hijo, y la mitad es en verso y la mitad en prosa.

— ¿Quién, el niño?

— No, la obra, pues; las memorias.

— ¡Ah!

— Solo este zonzo de Rivera no les quiere dar mérito.

— Será un hombre frio.

— ¡Como una nieve!

— Material.

— ¡Como una piedra!

— Sin espíritu.

— ¡Por supuesto!

— Prosáico.

— ¡Ni leer sabe los versos siquiera!

— Un hombre sin corazon.

— ¡Diga usted que es un zonzo, y lo ha dicho todo!

— Pues bien, diré con el debido permiso de usted, que su marido es un zonzo.

— Eso es. Pero mire usted, asimismo lo quiero. Todas las mañanas él mismo va al mercado, y se viene con cuanto sabe que á mí me gusta. Me recuerda dándome palmadas, y me echa en la cama todo cuanto trae. Despues, si el pobre se enoja alguna vez, se viene á las buenas.

— Es una excelente condicion.

— No tiene mas, sino lo que le he dicho. No sirve para nada; y yo necesito un hombre frenético; un jóven, de talento, varonil; que no me deje un solo instante.

— Señora, vamos que ya estamos cerca, dijo Daniel viendo que su compañera acortaba cada vez mas el paso.

— Sí, vamos. Le voy á leer á usted algo de mis memorias.

— Perdon, señora, pero.....

— No hay pero que valga.

— Ya es muy tarde, señora.

— No, no, si no ha de haber venido Rivera todavaí.

— Dispense usted, Merceditas, me es imposible.

— Sí, sí, ha de entrar.

En este momento llegaron á la puerta de la casa.

— Otro dia.

— No, ahora.

— Me esperan en casa.

— ¿Es alguna cita?

— No, señora.

— ¿No es mujer?

— No, señora.

— Júremelo.

— Doy á usted mi palabra.

— Entónces, entre.

— No puedo, lo repito, señora, no puedo.

— ¡Ingrato!

Daniel dió una docena de furiosos golpes con el llamador, á fin de que vinieran cuanto ántes, á sacarlo del trance en que se hallaba.

— Pero qué, ¿de véras no entra usted? ¿Desprecia usted la lectura de mis memorias?

— Otro dia, señora.

— Bien, pero ese dia será mañana.

— Haré lo posible.

— Mire, hay un pato que dejó Rivera para cenar; entre, vamos á comérselo.

— ¡Señora, si yo no ceno nunca!

— ¡Entónces, mañana!

— Puede ser.

— Bien; voy á tener listos los capítulos mas interesantes de mis memorias.

— Buenas noches, Merceditas.

— Hasta mañana, contestó ella; y Daniel echóse, no á andar, sino á correr, luego que cerróse la puerta, y quedó en su casa la hermana de Su Excelencia el Restaurador de las Leyes, mujer todavía fresca, de hermoso busto y de un color alabastrino, pero de un carácter el mas romántico posible, sirviéndonos de una expresion de aquella época, usada para definir todo lo que salia del órden natural de las cosas. Y miéntras nuestro héroe sigue corriendo y riéndose como un muchacho, no podemos ménos de pasar con el lector, á ciertos dias anteriores á este, para poder tomar y seguir el hilo de esta historia.

CAPÍTULO XII.

El despertar del cura Gaete.

Aquel dia tan fatal para Don Cándido Rodríguez, en que vió frustada su tentativa de embarque clandestino, y en el momento en que se acercaba á la casa de Daniel, destilando agua todavía de sus empapadas botas y calzones, su discípulo acompañaba hasta la puerta de la casa al presidente de la *Sociedad popular restauradora*, que habia venido en solicitud de una representacion federal que la *Sociedad* debia dirigir al Ilustre Restaurador de las Leyes, ofreciéndole de nuevo *sus vidas*, *honor* y *fama* durante la espantosa crísis que provocaban los inmundos, traidores, asquerosos, unitarios. Representacion que le fué ofrecida por Daniel en el acto, con un calor y una elocuencia federal, que dejó atónito al hermano de aquel enojadizo Don Genaro, que retribuia con leñazos el respetable nombre de Salomon, con que querian honrarlo los muchachos : la representacion le debia ser enviada al siguiente dia.

Y lleno de seguridad de que su nombre, despues que firmase ese memorable documento, pasaria de generacion en generacion, á recibir los aplausos de la mas remota posteridad, se despedia de su jóven amigo, decidido á darle tambien honor, vida y haberes, como modelo que era del mas acendrado federalismo. Y se despedia de él, cuando llegaba el muy respetable secretario privado de Su Excelencia el gobernador delegado.

— ¡ Daniel ! exclamó Don Cándido tomando del brazo á su discípulo.

— Entremos, mi querido maestro.

— No, salgamos, le contestó queriendo retenerle en el zaguan. Pero Daniel lo tomó del brazo y muy amablemente lo introdujo á la sala.

— ¡Daniel!

— ¿Sabe usted, señor, que me asusta la entonacion de su voz y el modo de mirarme?

— ¡ Daniel ! Estamos perdidos.

— No todavía.

— Pero nos perdemos.

— Es posible.

— ¿Y no eres tú quien ha preparado esta suerte impía, calamitosa, adversa, que pesa y gravita sobre nosotros?

— Puede ser.

— ¿Y sabes lo que hay?

— No.

— ¿Pero no te lo dice la conciencia?

— No.

— ¡Daniel!

— Señor, yo estoy de buen humor esta tarde, pero parece que viene usted á quitármelo.

— ¿De buen humor, y pendiente está sobre tu cabeza, y sobre la mia, que es lo peor, la ensangrentada guadaña de la negra parca?

— Lo que me pone de mal humor no es eso, porque ya lo sé, sino el que usted no me dice lisa y llanamente lo que hay; que va á emplear média hora de circunloquios, ¿no es verdad?

— No, oye.

— Oigo.

— Seré rápido, violento, súbito en mi discurso.

— Adelante.

— Tú sabes que soy secretario privado del ministro, ahora gobernador delegado.

— Estoy.

— Voy todas las mañanas, y escribo lo que hay que copiar, aunque con trabajo; pues has de saber que la escritura, la buena escritura, pertenece únicamente á la edad juvenil, ó mas propiamente dicho, á los treinta años, pues que ántes de esa época de la vida el pulso está muy inquieto, y despues, la vista está muy débil y poco flexibles los dedos; efecto es todo esto de la sangre que, segun dicen, corre con mas ó ménos celeridad, segun los años en que está el hombre, y segun la salud, aunque en mi opinion.....

— ¡Santa Bárbara bendita! Me va usted á hacer una disertacion.

— Retrogrado.

— Bien.

— Me circunscribiré

— Mejor.

— Esta mañana, pues...... y Don Cándido hizo á Daniel la relacion de cuanto le habia ocurrido en lo de Arana, en el convento y en el muelle, empleando una buena média hora en unos doscientos adjetivos y un buen par de docenas de episodios.

Daniel oia, meditaba y formaba su plan con aquella rapidez de percepcion y de cálculo que le conocemos.

— ¿Conque se incomodó mucho con la cosa del sonambulismo? preguntó á Don Cándido con los ojos fijos en el suelo, y su mano jugando maquinalmente con su barba.

— Mucho; primero estaba perplejo, indeciso, fluctuante: despues se irritó y.....

— ¿Y miraria sucesivamente al señor Don Felipe y á usted durante esa perplejidad de que usted habla?

— Sí, puso una cara que me parecia de un loco.

— (Dudaba..... Es criminal y es ignorante, luego es suceptible á la supersticion.)

— ¿Qué estás hablando entre dientes, Daniel?

— Nada, estoy sonámbulo.

— ¿Y no es terrible?.....

— ¿Doña Marcelina le ha dicho á usted que el cura Gaete quedaba durmiendo la siesta?

— Sí.

— ¿Qué hora seria?

— Tres y média á cuatro.

— Son las cinco y cuarto, dijo Daniel viendo su reloj.

— Y que habia comido con las sobrinas de Doña Marcelina.

— Entónces ha bebido mucho, continuó Daniel como para sí mismo.

— Y bien, ¿qué dices? ¿Qué hacemos?

— Salir y andar de prisa, dijo Daniel levantándose, y pasando á su alcoba, donde tomó sus pistolas y su capa.

Volvió á la sala y dijo á Don Cándido:

— Vamos, señor.

— ¿Adónde?

— Á salvarnos de la persecucion de Gaete, porque estos no son momentos de vivir con gente á las espaldas.

— ¿Pero dónde vamos? ¿Corremos acaso algun peligro?

— Vamos, señor, ó de lo contrario esta noche ó mañana

tiene usted que habérselas con el cura Gaete y dos ó tres de sus amigos.

— ¡Daniel!

— ¡Fermin! cierra; si álguien viene, que estoy ocupado.

Y Daniel, despues de dar esta órden á su fiel criado, se embozó en su capa; y, con Don Cándido arrastrado magnéticamente, enfiló la calle de la Victoria, dobló hácia Barrácas, luego hácia el este, despues de andar algunas cuadras, y fué á salir á la plaza de la Residencia, en los momentos en que el sol se ponia.

— Daniel, dijo Don Cándido con tono melancólico y voz trémula, nos aproximamos á la calle de Cochabamba.

— Justamente.

— Pero, y si nos ven de la casa de esa mujer estrafalaria, que habla con todas las tragedias en la boca?

— Mejor entónces.

— ¿Qué es lo que dices?

— Que vamos á esa casa.

— ¿Yo?

— Usted y yo.

— No, no dirá la historia que allí murió Don Cándido Rodríguez. Y nuestro amigo dió un golpe con su caña de la India en el suelo, y dando luego média vuelta á la derecha, se disponia á volver por el camino que habia andado.

Daniel, sin desembozarse, le tomó del brazo fuertemente, y le dijo :

— Si usted vuelve, Gaete estará con usted esta noche; si usted escapa de Gaete, manaña lo mandarán á usted á Santos Lugares. Si usted me sigue y no hace otra cosa que amplificar cuanto yo haga y cuanto diga, usted está salvado entónces.

— ¡Pero tú eres el diablo, Daniel! dijo Don Cándido abriendo tamaños ojos y mirando á su discípulo

— Puede ser. Vamos.

— ¿Yo?

— Vamos, repitió Daniel sacudiendo el brazo de Don Cándido y clavando de sus brillantes ojos rayos tan fijos y tan firmes sobre las débiles pupilas de aquel su esclavo de voluntad, que, como á un golpe galvánico, aquella masa inerte en su albedrío siguió al jóven sin responder una palabra.

Á pocos minutos de marcha Daniel y su compañero llegaron á la puerta de Doña Marcelina en la calle de Cochabamba, como sabe el lector.

La puerta tenia abierta una de sus hojas, y en el pequeño patio no se veia á nadie; la calle estaba solísima.

El jóven tomó la hoja de la puerta y la cerró, quedando él y Don Cándido en la calle. Despues de cerrada tocó suavemente el picaporte.

Nadie salió.

Volvió á llamar un poco mas fuerte; y entónces el ruido de un crujiente vestido de seda le hizo conocer que se acercaba la dueña de aquella solitaria mansion.

La puerta entreabrióse, y Doña Marcelina, toda desprendida, y en desórden sus espesos y denegridos rizos, asomó su redonda y moreniza cara, en quien la expresion de la sorpresa puso su sello al ver los huéspedes que acababan de tocar sobre las puertas de su Eden.

Pero la inspiracion dramática no se cortaba jamas en aquella hija de la literatura clásica, y su estupor no le impidió la aplicacion de un verso de la Argia :

— « Solo, sin armas,
¿Qué pretendéis hacer? Volved al campo.

— ¿Se ha despertado Gaete?

— « Sus miembros fatigados
Gozan del sueño la quietud sabrosa. »

respondió Doña Marcelina.

Adelante, pues, dijo Daniel empujando suavemente á Doña Marcelina, y arrastrando á Don Cándido en los momentos en que pasaba por su mente la idea de tomar la carrera.

— ¿Qué hacéis, temerario? exclamó Doña Marcelina.

— Cerrar la puerta.

Y en efecto corrió el cerrojo de ella.

La fisonomía de Daniel tenia en aquel momento la expresion de una resolucion vigorosa.

Doña Marcelina estaba estupefacta.

Don Cándido creia llegada su última hora, y una especie de cristiana resignacion empezaba á esparcirse por su alma.

— ¿Cuáles de las sobrinas de usted están en casa?

— Gertruditas solamente; Andrea y las otras acaban de salir.

— ¿Dónde está Gertrúdis?

— Está peinándose en la cocina, porque el fraile está en el aposento, y yo estaba en la sala reclinada en mi lecho.

— Bien. Usted es una mujer de talento, Doña Marcelina; y con una sola mirada de su brillante imaginacion alcanzará todo el cuadro que va á desenvolverse á sus ojos, ó mas bien á sus oídos, porque usted oirá todo desde la sala.

— ¿Pero habrá sangre?

— No, usted me dará su opinion despues, como literata. Quiero en el zaguan hablar con Gertruditas, cuando me disponga á salir.

— Bien.

— Traigo algo para ella y para usted.

— ¿Pero dónde va usted á entrar?

— Á ver á Gaete.

— ¿Á Gaete?

— Silencio.

Y Daniel tomó de la mano á Don Cándido y entró á la sala, miéntras Doña Marcelina se fué á hablar á su Gertruditas.

La sala estaba casi en tinieblas, pero á la débil claridad, que entraba de la luz crepuscular por la rendija de un postigo el jóven se acercó á él, lo abrió y pudo entónces elegir el objeto que deseaba : este no era otro que la inmensa colcha de zarazas del enorme *lecho* de Doña Marcelina, en que acababa de estar *reclinada*.

— Daniel tomó la colcha, dió una punta á Don Cándido y le hizo señas de que la torciera á la derecha miéntras él á la izquierda.

Don Cándido creyó con toda bueda fe que se trataba de ahorcar al reverendo cura, y á pesar de todo el peligro que corria viviendo su enemigo, la idea de un asesinato le cuajó la sangre. Daniel que adivinaba y estaba en todo, se sonrió y tomando la colcha ya torcida, miró á Don Cándido y puso su dedo índice sobre los labios. En seguida acercóse á la puerta del aposento, y el ronquido áspero, sonoro y prolongado con que salia el aire pulmonar por la entre-

abierta boca del cura Gaete, le convenció de que allí se podia entrar sin muchas precauciones de silencio, y entró en efecto con Don Cándido pegado á su levita.

Entreabrió uno de los postigos que daban al patio, y á la débil claridad de la tarde distinguió al cura de la Piedad, tendido sobre un catre de lona, boca arriba, en mangas de camisa, cubierto con una frazada hasta medio cuerpo, y durmiendo y roncando á pierna suelta.

Tomó una silla, colocóla muy despacio á la cabecera, entre el catre y la pared, hizo señas á Don Cándido de pasar á sentarse en ella, y luego que vió que su maestro habia obedecido maquinalmente, como estaba haciendo todo, puso él otra silla en el lado opuesto. En seguida dió á Don Cándido, por encima del dormido, una de las puntas de la colcha torcida, haciéndole seña de que la pasase por bajo del catre. Obedeció Don Cándido, y en diez segundos Daniel dejó perfectísimamente bien atado al dignísimo sacerdote de la federacion : atado por la mitad del pecho contra el catre, pero de tal modo que las puntas del nudo venian á quedar del lado en que el jóven iba á sentarse.

Hecha esta operacion, se acercó á la ventana y dejó apénas la suficiente luz para que los ojos que iban á abrirse distinguiesen los objetos; dió en seguida una de sus pistolas á Don Cándido, que la tomó temblando; le dijo al oído que repitiera sus palabras cuando le hiciera señas y se sentó.

Gaete roncaba estrepitosamente cuando Daniel exclamó con una voz sonora y hueca :

— ¡ Señor cura de la Piedad !

Gaete dejó de roncar.

— ¡ Señor cura de la Piedad!

Gaete abrió con dificultad sus abotagados ojos, dió vuelta lentamente su pesada cabeza, y al ver á Daniel, su párpados se dilataron; una expresion de terror cubrió su rostro, y á tiempo de querer levantar la cabeza, exclamó Don Cándido del otro lado :

— ¡ Señor cura de la Piedad !

Es imposible poder describir la sorpresa de este hombre al dar vuelta hácia el lugar de donde salia esa nueva voz, y encontrarse con la cara de Don Cándido Rodríguez. Por un minuto estuvo volviendo su cabeza de derecha á izquierda;

y como si quisiera convencerse de que no soñaba, hizo el movimiento de incorporarse, sin precipitacion, como dudando, pero la banda, que estaba atravesada sobre su pecho y sus brazos, le impidió levantar otra cosa que la cabeza, que inmediatamente cayó otra vez sobre la almohada. Pero esto no era todo. Al tiempo de descender la cabeza, Daniel puso la boca de su pistola sobre la sien izquierda, y Don Cándido, á una seña del joven, puso la suya sobre la sien derecha ; y todo esto sin hablar una palabra, sin hacer un gesto, y sin moverse cada uno de su posicion.

El fraile cerró los ojos, y una palidez mortal cubrió su frente.

Daniel y Don Cándido retiraron las pistolas.

— Señor cura Gaete, dijo el jóven, usted ha entregado su alma al demonio, y nosotros, á nombre de la justicia divina, vamos á castigar al que ha cometido tamaño crímen.

Don Cándido repitió las últimas palabras de Daniel, con una entonacion y énfasis á que él queria dar todos los visos de sobrenaturales.

Un sudor abundante y frio empezó á correr por las sienes del cura Gaete.

— Usted ha jurado asesinar á dos personas que se nos parecen ; y ántes de que usted cometa ese nuevo crímen, vamos á mandarlo á los infiernos. ¿ Es verdad que usted ha hecho la intencion de asesinar esos dos individuos, juntándose con tres ó cuatro de sus amigos ?

El fraile no respondia.

— Responda usted.

— ¡ Responda usted ! dijeron Daniel y Don Cándido, poniendo otra vez la boca de sus pistolas sobre las sienes del fraile.

— Sí ; pero yo juro por Dios.....

— ¡ Silencio ! No nombre usted á Dios, dijo Daniel cortando la voz trémula y hueca del espantado fraile, cuyo semblante empezó á cubrirse de un color rojo, salpicándosele la frente de manchas amoratadas.

— ¡ Apóstata, renegado, impío, tu hora ha llegado, mi poderosa mano va á descargar el golpe ! exclamó Don Cándido que habiendo comprendido que ya no habia peligro queria portarse como un héroe.

— ¿De dónde iba usted á sacar los compañeros con que pensaba cometer ese crímen? preguntó Daniel.

Gaete no contestó.

— ¡Responded! gritó Don Cándido con una voz sonora.

— ¡Responded! gritó Daniel al mismo tiempo.

— Iba á pedírselos á Salomon, contestó el fraile sin abrir los ojos y con una voz cada vez mas trémula.

Su respiracion empezaba á hacerse difícil.

— ¿Qué pretexto iba usted á darle?

El fraile no respondió.

— Hable usted.

— Hable usted, repitió Don Cándido poniendo de nuevo su pistola sobre la sien de Gaete.

— ¡Por Dios! exclamó, queriendo incorporarse, y volviendo á caer sobre la almohada.

— ¿Tiene usted miedo?

— Sí.

— Pues usted va á morir, dijo Don Cándido.

Un rugido, acompañado de un sacudimiento de cabeza, se escapó del oprimido pecho de aquel hombre : su sangre empezaba á afluir copiosamente á su cerebro.

— Usted no morirá si se convence de que jamas se ha encontrado en esta casa con las personas á quienes quiere perseguir, dijo Daniel.

— ¿Pero y ustedes quiénes son? preguntó el fraile abriendo los ojos y volviendo con dificultad de uno á otro lado la cabeza.

— Nadie.

— Nadie, repitieron maestro y discípulo.

— Nadie exclamó Gaete volviendo á cerrar los ojos, y sufriendo un golpe de convulsion en todos sus miembros.

— ¿No comprende usted lo que le ha pasado y lo que le pasa ahora mismo?

Gaete no respondió.

— Usted está sonámbulo, y su destino es morir en ese estado el dia mismo en que intente hacer el menor daño á las personas que cree estar viendo.

— Sí, exclamó Don Cándido, estáis sonámbulo, y moriréis sonámbulo, de muerte horrible, desgarradora, cruenta, el dia que penséis siquiera en las respetables personas á quie-

nes teniais sentenciadas. La justicia de Dios está pendiente sobre vuestra cabeza.

Gaete apénas entreoia. Un segundo sacudimiento convulsivo indicó á Daniel que un accidente apoplético estaba cercano de aquel miserable; y desatando entónces el nudo de la colcha que le oprima el pecho, hizo una seña á Don Cándido y ambos salieron en puntas de pié: Gaete no los oyó salir.

Doña Marcelina y Gertruditas habian oido todo desde la puerta de la sala, y trémulas estaban con la risa.

— Doña Marcelina, la dijo Daniel en el zaguan, su talento de usted es suficiente para adivinar cómo debe continuarse esta escena.

— Sí, sí; el sueño de Oréstes, ó el de Dido con Siqueo.

— Justamente. Eso es lo que ha tenido: un sueño, y nada mas.

— Gertruditas, esto es para usted, continuó Daniel poniendo un billete de 500 pesos en manos de la sobrina de la ilustrada tia, que lo tomó no sin oprimir ligeramente aquella mano de que tan á menudo recibian obsequios, sin que su hermoso dueño pidiese por ello ningun favor á los animados ojos de las cuatro sobrinas huérfanas y abandonadas en el mundo, como decia su respetable tia, en cuyas manos puso el jóven otro billete del mismo valor, saliendo en seguida á la calle de Cochabamba.

Cuatro horas despues de esta escena el cura Gaete tenia rapada á navaja toda su cabeza, sin sentir cuatro docenas de sanguijuelas que se entretenian en chuparle la sangre trás de las orejas y en las sienes; y cuatro dias despues el médico de Su Excelencia el Restaurador, y el doctor Gordero, no respondian aun de la importante vida del predicador federal.

Entretanto, Daniel estaba perfectamente libre de la persecucion que lo amenazaba en esos momentos en que él necesitaba tanto de su seguridad, por su patria, por su querida y por sus amigos. Y como un cuerpo de reserva, en la noche de esa escena, le mandó al presidente Salomon su portentosa representacion, adivirtiéndole que habia pasado *toda la tarde* ocupado en su importante redacion.

CAPÍTULO XIII.

La casa sola.

Siguiendo el camino del Bajo que conduce de Buenos Aires á San Isidro, se encuentra, como á tres leguas de la ciudad, el paraje llamado los *Olivos*, y tambien cuarenta ó cincuenta árboles de ese nombre, resto del antiguo bosque que dió el suyo á ese lugar, en donde mas de una vez acamparon en los años de 1819 y 20 los ejércitos de mil á dos mil hombres que venian á echar á los góbiernos, para al otro dia ser echados á su vez los que ellos colocaban.

Los *Olivos*, sobre una pequeña eminencia á la izquierda del camino, permiten contemplar el anchuroso rio, la dilatada costa, y las altas barrancas de San Isidro. Pero lo que sobre ese paraje llamaba mas la atencion en 1840, era una pequeña, derruida y solitaria casa, aislada sobre la barranca que da al rio, á la derecha del camino : propiedad antigua de la familia de Pelliza, pleiteada entónces por la familia de Canaveri, y que era conocida por el nombre de la *casa sola*.

Abandonada despues de algunos años, la casa amenazaba ruinas por todas partes, y los vientos del sud-oeste que habían soplado tanto en el invierno de 1840 habrian casi completado su destruccion, si de improviso, y en el espacio de tres dias, no hubieran refaccionádola, y héchola casi de nuevo como por encanto, en toda la parte interior del edificio, dejándole sin mínima compostura en toda su parte exterior.

— ¿Quién dirigia la obra? ¿Quién mandaba hacerla? ¿Quién iba á habitar esa casa? Nadie lo sabia, ni lo interrogaba, en momentos en que, federales y unitarios, todos tenian que pensar en asuntos muy serios y personales.

Pero el hecho es, que las paredes, ántes derruidas, quedaron en tres dias primorosamente empapeladas; asegurados los tirantes; allanado el piso; nuevas las cerraduras de las puertas, y puéstose vidrios en todas las ventanas.

Y en aquella mansion, que todo el mundo conocia por

el nombre de la *casa sola*, habitada poco ántes por algunas aves nocturnas; sobre cuyas cornisas abatidas resbalaban las alas poderosas de nuestros vientos de invierno, miéntras que al pié de la barranca en que se levantaba, se quebraban en las negras peñas las azotadas olas del gran rio, confundiendo su salvaje rumor con el que hacian los viejos olivares mecidos por el viento, y apénas á tres cuadras de aquella solitaria y misteriosa casa; en ella decíamos se veia ahora el sello de la habitacion humana; y lo que es mas, de la habitacion humana y culta.

Las pocas y pequeñas habitaciones estaban sencilla pero elegantemente amuebladas; y al áspero grito de la lechuza habia sucedido allí el melodioso canto de preciosos jilgueros en doradas jaulas.

En el centro de la pequeña sala, un blanquísimo mantel de hilo cubria una mesa redonda de caoba, sobre la que estaban dispuestos tres cubiertos, y cuya porcelena y cristales reflectaban la luz de una pequeña pero clarísima lámpara solar.

Eran las ocho y média de la noche, y la luna, llena y pálida, se levantaba de allá del fondo de las aguas por la mano de Dios, y presentada al mundo.

Una franja de luz, desde el pié de la tierna viajera de la noche, atravesaba el rio, y parecia, sobre su superficie movediza, una inmensa serpiente con escamas de nácares y plata.

La noche era apacible. Las estrellas poblaban el azul del firmamento, y una brisa sutil, y perfumada en los jardines de nuestro Parana, pasaba por la atmósfera, como el suspiro enamorado de las sílfides que vagaban en aquel momento entre los tiernos rayos de la luna, bebiendo el éter y jugando con la luz diamantina pero tenue de nuestros astros meridionales.

Todo era soledad y poesía; todo diafanidad y calma en la naturaleza, allí, á orillas de ese rio, testigo tantas veces y en ese instante de la tormenta desencadenada en las pasiones de todo un pueblo.

Las olas se escurrian muellemente sobre su blando y arenoso lecho, y por un momento parece que el invierno habia plegado sus nevosas y agostadoras alas : y en la brisa del norte un aliento primaveral se respiraba.

Al pié de la barranca, que declinada suavamente hasta

la orilla del rio, parada sobre un pequeño médano, á pocos pasos del linde de las olas, una mujer contemplaba extática la aparicion de la redonda luna, saliendo muellemente de las ondas. La serpiente de luz venia á quebrar sus últimos anillos junto aquella misteriosa criatura, y las aguas llegaban con respeto á derramar su blanca espuma en la arena en que se acolchonaba su delicado pié, con ese murmullo del mar tranquilo que parece el canto misterioso con que arrulla al genio del espacio, cuando duerme quieto sobre su lecho de olas.

Los ojos de esa mujer tenian un brillo astral, y. su mirada era lánguida y amorosísima como el rayo de la cándida frente de la luna.

Sus rizos, agitados suavemente por el pasajero soplo de la brisa, acariciaban su mejilla, pálida como la flor-del-aire cuando el sol la toca ; y los encajes de su cuello, descubriéndolo furtivamente, dejaban ver el alabastro de una garganta que, léjos de esas horas primeras de la noche, habria parecido una de esas columnas del crepúsculo matutino, que se levantan, blancas y trasparentes como el mármol de Ferrara, entre los estambres dorados del oriente.

Su talle, ceñido por un jubon de terciopelo negro, parecia sufrir con resistirse á las ligeras corrientes de la brisa y no doblarse como el delicado mimbre de la rosa; y los pliegues de su vestido oscuro, englobándose y desmayándose de repente, parecian querer levantar en su nube aquella diosa solitaria de aquel desierto y amoroso rio.

Esa mujer era Amalia. Amalia en quien su organizacion impresionable y su imaginacion poética estaban subyugadas por el atractivo imperio de la naturaleza, en ese momento y bajo esa perspectiva de amor, de melancolía y dulcedumbre, crispido el cielo por el millar de estrellas que, como un arco de diamantes, parecian sostener engarzada la trasparente perla de la noche, cuando todos los síntomas hiemales habian huido bajo una brisa del trópico. Y el alma sensible y delicada de la jóven, sufriendo uno de esos delirios deleitables, que oia y veia con su espíritu léjos del mundo material de la vida, sumergida en ese otro sin forma ni color, donde campean los espíritus poetizados en los vuelos de su enajenacion celestina.

Ella no veia ni oia con los sentidos, y el leve rumor que

de repente hicieron las pisadas de un hombre cerca de ella no la hicieron volver su bellísima cabeza del globo argentino que contemplaba en éxtasis.

Un hombre habia descendido de la barranca. Sus pasos, precipitados al principio, se moderaron luego, á medida que fué aproximándose á la solitaria visitadora de aquel poético lugar.

Una especie de contemplacion religiosa pareció embargar el ánimo de ese hombre, cuando á dos pasos de Amalia cruzó sus brazos al pecho y se puso á admirarla en silencio. Pero un suspiro hizo traicion de repente á su secreto, y, volviendo súbitamente la cabeza, la jóven dejó escapar una exclamacion de sus labios, á tiempo que su cintura quedó presa entre las manos de aquel hombre, arrodillado ante ella.

Ese hombra era Eduardo.

— ¡ Amalia !

— ¡ Eduardo !

Fueron las primeras palabras que exclamaron.

— ¡ Ángel de mi alma, cuán bella estás así ! dijo el jóven continuando de rodillas á los piés de su amada, miéntras sus manos oprimian su cintura, y sus ojos se extasiaban en la contemplacion de su belleza.

— Pensaba en ti, dijo Amalia poniendo su mano sobre la cabeza de Eduardo.

— ¿ Cierto ?

— Sí; pensaba en ti; te veia, pero no aquí, no en la tierra; te veia á mi lado en un espacio diáfano, azulado, bañado suavemente por una luz de rosa, respirando un ambiente perfumado, y embriagado de una armonía celeste que vibraba en el aire; te veia en uno de esos instantes de éxtasis en que una fuerza sobrenatural parece desprenderme de la tierra.

— ¡ Oh, sí, tú no eres de la tierra, alma de mi alma ! dijo Eduardo sentándose en el declive del pequeño médano y colocando á Amalia al lado suyo, su pié casi tocando las espumosas y rizadas ondas.

— Tú no eres de la tierra, continuó. ¿No ves qué majestad, cuánta belleza sobre el pálido rostro de la luna ? pues hay mayor majestad, mayor encanto sobre tu frente alabastrina. ¿Ves esa luz se diria que se difunde bajo la bó-

veda del cielo? pues mas bella es la luz de tus miradas, mas tierna y melancólica que el rayo azul de estos diamantes de la noche. ¡Oh! ¡por qué no puedo remontarme contigo al mas espléndido de esos astros, allí, coronada de luz, llamarte la reina, la emperatriz del universo! ¡Ah! ¡cuánto te amo, Amalia, cuánto te amo! Con mis manos yo querria cubrir la delicada flor de tu existencia, para que los rayos del sol no ajaran su belleza; y con el aliento abrasado de mi pecho yo quisiera ausentar el invierno de tu lado ....

— ¡Eduardo! Eduardo!

— ¡Cuán bella estás, Amalia! Y Eduardo echaba á la espalda los rizos de su amada para que todo su rostro fuese bañado por los rayos plateados de la luna.

— Eres feliz, Eduardo, ¿no es verdad?

— Luz de mi vida, yo no envidio á tu lado la existencia inefable de los ángeles......... Mira: ¿ves aquel astro, al mas brillante que tiene el firmamento? Lo ves? ese es el nuestro, Amalia; esa la estrella de nuestra felicidad; ella irradia, y brilla y resplandece como nuestro amor en nuestras almas, como nuestra felicidad á nuestros propios ojos, como tu belleza irradia y brilla y resplandece á mi alma.

— ¡No! no!.........

— ¡Amalia!

— ¡No; es aquella! dijo la jóven extendiendo su mano y señalando una pequeña y pálida estrella, que parecia pronta á sumergirse en el confin del rio. Despues, su espléndida cabeza se inclinó sobre el hombro de su amado, y sus ojos se clavaron sobre el cenit azul del firmamento.

— ¡Eduardo! Eduardo! exclamó la jóven con sus ojos fijos en las estrellas.

— Vivo para ti, Amalia.

— Tú me has reconciliado con la esperanza, Eduardo.

— Yo no envidio á tu lado la existencia inefable de los ángeles, Amalia.

— Yo he conocido á tu lado que la felicidad no era un delirio de mi vida.

— Vivir para ti, Amalia.

— Respirar siempre, siempre un perfume de felicidad como esta que nos embriaga.

— Beber tu risa.

— ¡Oh! soy feliz; sí, feliz.

— Oir siempre de tus labios una palabra de cariño........ Amalia, la esplendidez del dia, la melancólica hermosura de la noche, el universo entero desaparece á mis ojos cuando tu imágen me preocupa; y como tu imágen está fija y grabada sobre mi alma, solo Dios y tú existen para mi corazon.... tú me amas, ¿no es verdad? ¿tú aceptas en el mundo mi destino, es verdad?

— Sí.

— ¿Cualquier que él sea?

— Sí, sí, cualquiera.

— ¡Ángel de mi alma!

— Si eres feliz, yo beberé en tu sonrisa la ventura inefable de los ángeles.

— ¡Amalia!

— Si eres desgraciado, yo partiré tus pesares; y ....

— ¿Y? acaba.

— Y si el destino adverso que te persigue te condujera á la muerte, el golpe que cortara tu vida haria volar mi espíritu en tu busca.........

Eduardo estrechó contra su corazon á aquella generosa criatura; y en ese instante, cuando ella acababa su última palabra inspirada del rapto de entusiasmo en que se hallaba, un trueno lejano, prolongado, ronco, vibró en el espacio como el eco de un cañonazo en un país montañoso.

La supersticion es la compañera inseparable de los espíritus poéticos; y aquellos dos jovenes, en ese momento embriagados de felicidad, se tomaron las manos y miráronse por algunos segundos con una expresion indefinible. Amalia al fin bajó su cabeza, como abrumada por alguna idea profética y terrible.

— No, la dijo Eduardo sacudiéndose de su primera impresion. No......... esto habria sucedido de todos modos.... es efecto del calor extemporáneo que hemos tenido en este dia de invierno; nada mas, Amalia.

Una sonrisa dulce y melancólica vagó por los labios de rosa de la jóven; y un suspiro se escapó silencioso de su pecho.

Eduardo continuó.

— La tempestad está muy léjos, Amalia. Y entretanto un cielo tan puro como tu alma sirve de velo sobre la

frente de los dos. El universo es nuestro templo; y es Dios el sacerdote santo que bendice el sentido amor de nuestras almas, desde esas nubes y esos astros; Dios mismo que los sostiene con el iman de su mirada, y entre ellos el nuestro... sí..... aquella.....aquella debe ser la estrella de nuestra felicidad en la tierra........ ¿No la ves? clara como tu alma; brillante como tus ojos; linda y graciosa como tú misma....... la ves, mi Amalia?

— No.........aquella, contestó la jóven extendido su brazo y señalando una pequeña y amortiguada estrella que parecia próxima á sumergirse en las ondas del poderoso Plata tranquilo como toda la naturaleza en ese instante.

En seguida, Amalia reclinó de nuevo su cabeza sobre el hombro de su amado como una blanca azucena que se dobla al soplo de la brisa, y se reclina suavemente sobre el tallo de otra. Sus ojos luego quedaron fijos sobre el diáfano cendal del firmamento.

Eduardo la contemplaba embelesado. Y las olas continuaban desenvolviéndose y derramando su blanca espuma, como pliegues vaporosos de blanco tul que se agitan en derredor del talle de una hermosa, á los piés de esos amantes tan tiernos y tan combatidos de la fortuna, olas cuyo rumor asemejaba al cerrar de un abanico cuando con mano perezosa lo abre y cierra una beldad coqueta.

— ¿Por qué me separas tus ojos, luz de mi alma? la dijo Eduardo despues de un momento de silencio.

— Oh, no.... Yo te miro.... yo te miro en todas partes, Eduardo, respondióle la jóven mirándolo con una sonrisa encantadora.

— Pero tú has cambiado, alma mia.

— ¿Yo?

— Sí, tú.

— Te engañas, Eduardo, yo no cambio jamas.

— Esta vez, sí.... hace un momento que radiabas de felicidad y de amor.... y ahora....

— ¿Y ahora?

— El brillo de esa felicidad se ha ennublecido.

— Es porque la felicidad es un cristal que se empaña de repente con nuestro propio aliento.

— ¿Desconfías acaso de nuestra suerte?

— Sí.

— ¿Por qué, mi Amalia, por qué?

— No sé.... ¡qué quieres!..... han empezado tan tristemente nuestros amores.

— Y qué nos importa todo eso si vivimos el uno para el otro.

— ¿Y cuál es el instante que hemos tenido de tranquilidad desde que se cambiaron nuestras miradas?

— No importa, somos felices.

— ¡Felices! ¿No está pendiente la muerte sobre ti? ¡oh! ¿y sobre mí porque yo vivo en ti?

— Pero pronto seremos felices para siempre.

— ¡Quién sabe!

— ¿no dudas?

— Sí.

— ¿Por qué, mi Amalia?

— Aquí; aquí hay una voz que me habla no sé qué, pero que yo interpreto tristemente, dijo Amalia poniendo la mano sobre su corazon.

— ¡Supersticiosa! dijo Eduardo tomando aquella mano que habia estado sobre el corazon de su amada y llenándola de besos.

— ¿No es singular, continuó la jóven, no es singular que en el momento de hablar de una desgracia, en medio de esa aparente tranquilidad de la naturaleza, un trueno haya retumbado en el espacio como una fatídica confirmacion de mis palabras?

— ¿Y por qué hemos de complicar á la naturaleza con nuestra mala fortuna?

— No sé........ pero........ yo soy supersticiosa, Eduardo; tú lo has dicho.

Y una nueva sonrisa dulce y tierna pasó otra vez jugando por la preciosa boca de la tucumana, duscubriendo sus bellos y blanquísimos dientes.

En seguida levantóse, y dijo á Eduardo:

— Vamos.

— No todavía.

— Sí, vamos; es tarde, y Daniel puede haber llegado quizá.

Y Amalia, con esa superioridad régia que acompañaba todas sus maneras, atrajo á Eduardo suavemente hasta ellá. La mano del jóven rodeó la cintura de la bien amada de su

alma, miéntras el brazo de esta reposaba sobre el hombro: y, asidos de ese modo, los dos amantes empezaron á ascender la barranca, paso á paso, hablando con los labios y los ojos, hasta que llegaron á la aislada y desierta *casa sola*.

CAPÍTULO XIV.

Aparicion.

Segun las órdenes de Amalia ninguna luz se veia en la casa. Las puertas de las habitaciones estaban cerradas, á excepcion de las que daban al rio, porque por ese lado era seguro que no pasaba nadie de noche.

Á su entrada á la pequeña sala Luisa vino á recibir á su señora, y el viejo Pedro asomó su cabeza por una ventana interior para ver que volvia sin novedad la hija de su coronel.

— ¿No ha venido Daniel?

— No, señora: nadie ha venido despues del señor Don Eduardo.

Pocos momentos hacia que la linda viuda y su gallardo amante conversaban siempre de sus amores y de sus promesas para lo futuro, cuando Pedro, que vigilaba el camino desde una ventana de su cuarto á oscuras, se asomó á la puerta de la sala, y dijo:

— Ahí vienen.

— ¡Vienen! ¿Quiénes? preguntó Amalia sobresaltada.

— El señor Don Daniel y Fermin.

— ¡Ah! bien, cuidado con los caballos.

— Daniel es nuestro ángel custodio, Eduardo.

— ¡Oh, Daniel, Daniel no tiene semejante entre los hombres! dijo el jóven con cierto aire de vanidad, al tributar aquel homenaje de justicia al amigo de su infancia.

Vivo, alegre, desenvuelto como siempre, Daniel entró á la sala de su prima, cubierto con un pequeño poncho que le llegaba al muslo solamente, atada al cuello una cinta negra sobre la que caian los cuellos de su camisa, descubriendo su varonil garganta.

— Los amantes no comen ; y esta bobería es una felicidad para mí, dijo, haciendo desde la puerta una cortesía á su prima, otra á su amigo, y otra á la mesa en que, como sabe el lector, estaban prontos tres cubiertos.

— Te esperábamos, dijo la jóven sonriendo.

— ¿Á mí ?

— Con usted se habla, señor Don Daniel, dijo Eduardo.

— ¡ Ah! muchas gracias! son ustedes las criaturas mas amables del mundo. ¡ Y cómo se habrán cansado de esperarme! ¡Qué fastidiados habrán pasado el tiempo !

— Así, así, le respondió Eduardo meneando la cabeza.

— ¡ Ya ! ustedes no pueden estar solos un momento sin fastidiarse..... Pedro !

— ¿Qué quieres, loco?

— La comida, Pedro, dijo Daniel quitándose su poncho, sus guantes de castor, sentándose á la mesa y echando un poco de vino de Burdeos en un vaso.

— ¡Pero, señor, eso es una impolítica! se ha sentado usted á la mesa ántes que esta señora.

¡Ah! yo soy federal, señor Belgrano, y pues que nuestra santa causa se sentó sin cumplimiento en el banquete de nuestra revolucion, bien puedo yo sentarme sin ceremonia en una mesa que es otra perfecta revolucion : platos de un color, fuentes de otro ; vasos, sin copas de Champagne; la lámpara casi á oscuras, y una punta del mantel cayendo al suelo, como el pañuelo de mi íntima amiga la señora Doña Mercédes Rosas de Rivera.

Amalia y Eduardo, que sabian ya la aventura de Daniel, dieron libre curso á su risa y vinieron á sentarse á la mesa donde Pedro acababa de poner la comida, á las diez de la noche, en aquella casa en que todo era romanesco y extraño.

— Y bien; antenoche te comprometiste con esa señora á hercerla ayer una visita y oir sus memorias; segun nos lo dijiste anoche, ayer faltaste á tu palabra de caballero; pero supongo que hoy habrás reconquistado tu buen nombre.

— No, mi querida prima, dijo Daniel trinchando una ave.

— Has hecho mal.

— Puede ser; pero no iré á casa de mi entusiasta amiga, hasta no tener el honor de presentarme en ella con Eduardo.

— ¿Qué? preguntó Amalia frunciendo las cejas.

— ¡Conmigo! exclamó Eduardo.

— Pues no creo que haya aquí otro que se llame Eduardo.

— No pierda usted esa ocasion, señor Belgrano, dijo Amalia con ese tono y ese gestito que emplean las mujeres cuando quieren decir á su querido : « Dios lo libre á usted de hacer tal cosa. »

— Amalia, yo no he perdido el juicio todavía, le respondió Eduardo.

— Á fe de Daniel que es una desgracia : yo no he conocido mucho juicio acompañado de mucha suerte.

— ¡Ah! ahora me explico tu excesiva fortuna, dijo Amalia, queriendo vengarse de Daniel.

— ¡Cabal! como dice el respetable presidente Salomon; y si Eduardo tuviera ménos juicio sabria aprovechar la poderosa proteccion que se le presenta en la difícil situacion en que vive; es decir, haria una visita á la hermana del Restaurador de las Leyes; leeria con ella sus memorias; comeria con ella ántes que Rivera; se encerraria con ella en la sala miéntras Rivera comia, y despues......... y despues ya no habria que temer de Doña María Josefa, ni de nadie.

— Vamos, Eduardo, aproveche usted.

— Amalia, ¿no conoce usted á Daniel?

— ¡Quién sabe si él tiene motivos para hablar así!

— Eso es, prima mia, eso es : nunca se hacen aberturas sino cuando hay presuncion de que serán aceptadas.

— ¿Qué dice usted, Eduardo?

— Digo, Daniel, que me hagas el favor por todos los Santos del cielo de mudar de conversacion.

Amalia tenia una cara tan séria, y Eduardo habia encapotado su mirada cuando habló á Daniel, que este no pudo ménos que soltar una estrepitosa carcajada que desarmó á los jóvenes haciéndoles conocer que se burlaba de ellos.

— ¡Son impagables! exclamó Daniel riéndose todavía; Florencia es menor que tú, Amalia; yo soy menor que Eduardo, y sin embargo, Florencia y yo tenemos mas juicio que ustedes, sin comparacion; apénas nos enojamos tres veces por semana; pero eso es calculado por mí para tener tres reconciliaciones.

— ¿Pero la haces sufrir, entónces?

— Para hacerla gozar, Amalia; porque no hay felicidad comparable á la que sucede al enojo entre dos personas que se aman de corazon; y si yo consigo que ustedes se enojen tres veces por semana.........

— No, no, gracias, Daniel, gracias, dijo Eduardo con tal viveza que hizo sonreir de placer á aquella mujer querida, á quien queria ahorrarle la juguetona oferta de su amigo.

— Como quieras, yo no hago sino ofrecer.

— Y bien, Daniel, hablemos de cosas sérias.

— Lo que será un prodigio en esta casa.

— ¿Has sabido de Barrácas?

— Sí, todavía no han asaltado la casa, lo que es una cosa prodigiosa en tiempo de la santa causa de los federales.

— ¿Ha cesado el espionaje?

— Hace tres noches que no va nadie, lo que tambien es raro entre los federales; yo he estado esta mañana. Todo está en el mismo órden que lo hemos dejado hace quince dias. He hecho poner una nueva llave á la verja; y tus fieles negros que cuidan la quinta, duermen mucho de dia para vigilar de noche; y si álguien va se hacen los dormidos, pero ven y oyen, que es lo que yo quiero.

— ¡Oh, mis viejos criados, yo los compensaré alguna vez!

— Ayer los mandó llamar Doña María Josefa; estuvieron con ella esta mañana temprano, pero los pobres no han podido decirla sino lo que saben; es decir, que no estás en la casa, y que ignoran dónde te hallas.

— ¡Oh, qué mujer, qué mujer, Eduardo!

— No, no es de ella de quien debemos vengarnos.

— Una cosa, sin embargo, conspira en nuestro favor.

— ¿Cuál?

— ¿Cuál? preguntaron con prontitud.

— La situacion pública. El ejército libertador está aun sobre la guardia de Lujan, pero mañana 1.º de setiembre seguirá sus marchas; Rosas no puede dar su atencion sino á los grandes peligros, y nadie se atreveria á importunarlo con chismografía individual; la persecucion que se te hace, y la que continúa sobre Eduardo, es simplemente parcial, y en baja esfera; no hay órdenes de Rosas para ello; y la mashorca, y todos los corifeos de la federacion no quieren

tomar posicion mas determinativa hasta saber los resultados de la invasion. Así es, que desde el suceso del 23, no hemos tenido nada notable en los últimos quince dias; pero esa desgracia fué ordenada por Rosas.

— ¿Pero qué desgracia? preguntó Amalia llena de inquietud.

— Es un hecho horrible, característico de Rosas.

— Dílo, dílo, Daniel.

— Oye : un Rámos cordobes, hombre pacífico, abstraido é insignificante en política, llegó á nuestro Buenos Aires el 21 del corriente, trayendo una tropa de carretas desde la campaña del sur. Su mujer dió á luz, en la madrugada del 23, un niño muerto, quedando en un estado muy delicado. Rámos salió á la calle á hacer ias diligencias para el entierro. Un comisario de policía le detuvo en ella, fué con él á casa de Rámos, donde sin consideracion al estado de la familia, empezó el mas minucioso é indecente rebusco, descerrajando muebles, y sin perdonar los colchones de la enferma. Aunque nada halló, tuvo que cumplir sus órdenes. Intimó á Rámos que le siguiese; salió con él y su partida; le sacó de la ciudad y le condujo á San José de Flóres. Entónces le hizo saber que iba á morir, y que « Su Excelencia el Restaurador de las Leyes le concedia dos horas, para ponerse bien con Dios. » Las dos horas pasaron y Rámos fué muerto á pistoletazos por la partida.

— ¡Qué horror! exclamó la jóven cubriéndose los ojos con sus manos. ¿Pero, y la mujer? ¿Qué es de esa desgraciada, Daniel?

— ¿La mujer? Se ha enloquecido, prima mia.

— ¡Loca!

— Sí, loca, y morirá pronto.

Eduardo hizo señas á su amigo de que mudase de conversacion. Amalia se habia puesto excesivamente pálida.

— Cuando hayamos pasado esta época terrible, continuó Daniel, y vivamos juntos, tú y Eduardo, mi Florencia y yo entónces te diré, mi noble prima, cosas horribles que han pasado cerca de ti y que las ignoras. Es verdad que entónces seremos tan felices, que quizá no queramos hablar de desgracia ninguna. Vamos á beber por ese momento.

— Sí, sí.

— Sí, bebamos por nuestra dicha futura, contestaron Eduardo y Amalia acompañando á Daniel con una copa de vino.

— Apénas lo has probado, Amalia, pero yo y Eduardo hemos hecho tus veces, y hacemos bien, el vino vigoriza, y dentro de un momento vamos á correr tres leguas por la costa de nuestro rio.

— ¡Dios mio! esto me inquieta, exclamó Amalia, á esta hora.....

— Hasta ahora hemos salido bien, y bien, y saldremos en adelante, dijo Eduardo.

— ¿Y si esa confianza fuera demasiada?

— No, amiga mia, no. Los hombres de Rosas nunca andan solos, pero sus comitivas nunca pasan de seis ú ocho hombres.

— ¿Pero ustedes no son mas que tres?

— Justamente, Amalia, y es porque somos tres que los mashorqueros necesitarian juntarse hasta el número de doce; cuatro por uno; entónces la cosa podria ser dudosa, le contestó Eduardo con una confianza tal, que casi llegó á inspirársela á su amada; pero esto fué momentáneo: una mujer enamorada no duda nunca del valor de su amado, pero no quiere jamas que lo ponga á prueba, y Amalia le dijo prontamente:

— Sin embargo, ustedes evitarán todo encuentro, ¿no es cierto?

— Sí, á ménos que no se le ocurra á Eduardo recordar un poco su viejo frenesí por la esgrima. Por no soportar yo el peso de la espada que él trae todas las noches, me dejaria dar con otra igual.

— Yo no uso armas misteriosas, caballero, le contestó Eduardo sonriendo.

— Así será, pero son mas eficaces; sobre todo, mas cómodas.

— ¡Ah, ya sé! ¿Qué arma es esa, Daniel, que usas tú y con que has hecho á veces tanto daño?

— Y tanto bien, podrias agregar, prima mia.

— Cierto, cierto, perdona; pero respóndeme; mira que he tenido esta curiosidad muchas veces.

— Espera, déjame acabar este dulce.

— No te dejo ir esta noche, sin que me digas lo que quiero.

— Casi estoy por ocultártelo entónces.

— ¡ Cargoso !

— Vaya, pues, ahí esta el arma misteriosa, como la ha llamado Eduardo.

Y Daniel sacó del bolsillo de su levita y puso sobre la mesa una varilla de mimbre de un pié de largo, y delgada en el centro, y en cuyos extremos habia dos balas de fierro de seis onzas á lo ménos cada una, cubrierto todo por una red finísima de cuero de Rusia, sumamente espesa; arma que tomada por una de las balas, se blandia sin quebrarse el mimbre, y daba un peso y una fuerza triple al otro extremo, al mas leve movimiento de la mano.

Amalia la tomó al principio como un juguete, pero luego que comprendió todo su poder mortífero la separa de sus manos.

— ¿La has visto ya, mi Amalia?

— Sí, sí, guarda eso. Debe ser terrible un golpe dado con una de esas balas.

— Es mortal si se descarga sobre la cabeza, ó sobre el pecho. Ahora te diré su nombre: en inglés se llama *Life-preserver;* en frances *casse-tête;* y en español no tiene un nombre especial, pero le aplicaremos el del frances que es el mas expresivo, porque quiere decir, como tú sabes, *rompe-cabezas.* En Inglaterra esta arma es muy comun; en una provincia de Francia la usan tambien; y Napoleon la hacia llevar en varios regimientos de caballería. Para mí tiene dos méritos : el uno haber salvado á Eduardo con ella : el otro, estar pronta para salvarlo otra vez si llega el caso.

— ¡ Oh, no llegará ! ¿ No es verdad que no se expondrá usted, Eduardo ?

— No, no me expondré; yo temo demasiado el verme imposibilitado de volver á esta casa.

— Y dice bien, porque es la única de que no lo echan.

— ¿ Á él ?

— ¡ Toma ! ¿ Pues no lo sabes ya, mi querida prima ? Nuestro respetable maestro de primeras letras no lo echó á empujones, pero lo echó á discursos. Mi Florencia le dió hospedaje una noche, pero yo lo eché de allí. Un amigo nuestro quiso tenerlo dos dias, pero su respetable padre no quiso hospedarlo sino dia y medio; y por último, yo no he querido tenerlo sino dos veces, y con esta noche son tres.

— Pero he estado una en mi casa, dijo Eduardo con cierto énfasis.

— Sí, señor, es bastante.

Amalia se esforzaba en sonreirse, pero sus ojos estaban bañados de lágrimas. Daniel las percibió y dijo sacando su reloj :

— Las once y média : es preciso volvernos.

Todos se levantaron.

— ¿El poncho y la espada de usted, Eduardo?

— Se los di á Luisa, creo que los ha llevado á una pieza interior.

Amalia pasó de la sala á la habitacion contigua, y de esta á otra; ambas sin ninguna luz artificial, alumbradas apénas por la claridad de la luna que penetraba al traves de los cristales de las ventanas que daban hácia el camino de arriba, que pasaba entre los olivos y la *casa sola.*

Eduardo y Daniel se cambiaban algunas palabras cuando sintieron un grito de Amalia, y al mismo tiempo sus precipitados pasos hácia la sala.

Los dos jóvenes se precipitaban á las habitaciones, cuando las manos de la jóven los detuvieron en el dintel de la puerta de comunicacion.

— ¿Qué hay?

— ¿Qué hay? preguntaron los dos amigos.

— Nada..... no salgan todavía..... no salgan esta noche, les respondió Amalia excesivamente pálido y descompuesto su semblante.

— ¡ Por Dios, Amalia! ¿Qué hay? le preguntó Daniel con su impetuosidad natural, miéntras Eduardo se esforzaba por entrar á las habitaciones oscuras, cuya puerta habia cerrado Amalia y parádose delante de ella.

— Yo lo diré, yo lo diré; pero no entren.

— ¿Pero hay álguien en esas piezas?

— No, nadie hay en ellas.

— ¿Pero, prima mia, por qué has dado ese grito, por qué estás pálida?

— He visto un hombre arrimado á la ventana del cuarto de Luisa que da hácia el camino; creí al principio que seria Pedro ó Fermin, me aproximé para convencerme, y descubierta por ese hombre al acercarme á los vidrios, dió vuelta precipitadamente, se cubrió el rostro con el poncho

y se alejó casi á carrera, pero al separarse de la ventana los rayos de la luna alumbraron su cara y le conocí.

— ¿Y quién era, Amalia? preguntaron los dos jóvenes.

— ¡Mariño! exclamó Daniel, miéntras Eduardo se torcia los dedos.

— Sí, él era, no me he engañado. No pude contenerme y di un grito.

— Todo nuestro trabajo está perdido, exclamó Eduardo paseándose precipitadamente por la sala.

— No hay duda, he sido seguido por él al salir de lo de Arana, dijo Daniel reflexionando.

En seguida el jóven se asomó á la puerta que daba al rio, y llamó á Pedro que acababa de salir de la sala con el servicio de la mesa.

El veterano se presentó en el acto.

— Pedro, durante comíamos, ¿dónde estaba Fermin ?

— No se ha movido dela cocina despues que guardamos los caballos en el cuarto caido.

— ¿Y ni usted, ni él han sentido cosa alguna en el camino, ó cerca de la casa?

— Nada, señor.

— Sin embargo, un hombre ha estado largo rato, al parecer, contra las ventanas del aposento de Luisa.

El soldado llevó las manos á sus canos bigotes y, fingiendo retorcerlos, se dió un fuerte tiron de ellos.

— Usted no lo ha sentido, Pedro. Eso ha podido suceder, pero es necesario mayor vigilancia en adelante, llame usted á Fermin y entretanto ponga usted el freno al caballo que él monta.

Pedro salió sin responder una palabra, y al instante entró el criado de Daniel.

— Fermin, necesito saber si hay hombres á caballo entre los olivos; y si no están ahí, quiero saber qué direccion acaban de tomar, y cuántos eran; si de allí han salido, no hará cinco minutos cuando tú llegues.

Fermin se retiró, y en el acto Daniel, Amalia y Eduardo pasaron al aposento de Luisa, y abrieron la ventana, de donde se descubria el camino y los cuarenta ó cincuenta árboles que aparecian á tres cuadras de la casa, como otros tantos fantasmas que visitaban aquel solitario paraje.

Pocos minutos hacia que estaban observando el camino en la direccion á los árboles cuando Amalia dijo :

— ¿Pero por qué tarda en salir Fermin ?

— Oh, está ya muchas cuadras de nosotros, Amalia.

— Pero si no ha pasado y solo por aquí se va al camino.

— No, mi hija, no; Fermin es buen gaucho, y sabe que al animal que dispara no se le persigue de atras; estoy seguro que ha bajado la barranca, y que á tres ó cuatro cuadras ha subido y dado vuelta hácia los olivos por el camino de arriba..... Allí está, ¿lo ves?

En efecto, á dos cuadras de la *casa sola*, orillando el camino á la derecha y dejando un poco á la izquierda los olivos, se veia un hombre sobre un caballo oscuro que á galope corto seguia el camino; y un momento despues se oyó la voz de ese hombre que cantaba una de esas melancólicas y espirituosas canciones de nuestros gauchos, todas diferentes en la letra, y semejantes en la música.

Despues se le vió parar el golpe y tomar el trote hácia los olivos, siempre cantando. Perdióse luego entre los árboles, y pocos instantes despues se le vió salir de ellos como una exhalacion, repasando en un minuto el camino que habia andado.

— Corren á Fermin, Daniel.

— No, Amalia.

— Pero mira, ya no se ve.

— Comprendo todo.

— ¿Pero qué comprendes? preguntó Eduardo que carecia de ese talento de observacion que poseia Daniel en tan alto grado, y que le habia hecho conocer la ciencia del gaucho como la de la civilizacion.

— Lo que comprendo es que Fermin no ha encontrado á nadie entre los olivos, que se ha bajado, que ha buscado algun rastro, que ha encontrado frescas indicaciones de caballos que acaban de tomar la direccion que él lleva, y que sigue por ella á convencerse de su presuncion.

En seguida volvieron á la sala, y no haria diez minutos que estaban en la puerta de ella que daba hácia el rio, cuando divisaron á Fermin que venia volando por la playa. Subió la barranca á trote largo y vino á desmontarse delante de la puerta.

— Ahí van, señor, dijo con esa indolencia característica del gaucho.

— ¿Cuántos?

— Tres.

— ¿Por qué camino?

— Por el de arriba.

— ¿Has dintinguido los caballos?

— Sí, señor.

— ¿Conoces alguno?

— Sí, señor.

— Á ver.

— El que iba delante es el picazo de galope trabado, que monta el comandante Mariño.

Amalia miró sorprendida á Eduardo y á Daniel.

— Bien : baja los caballos á la orilla del rio.

Fermin se retiró llevando el suyo de la brida.

— ¡ Pero qué! ¿se van? preguntó Amalia.

— Sin perder un momento, la respondió su primo.

— ¿Y cómo la dejamos sola, Daniel?

— Fermin se quedará, y él y Pedro nos responderán de ella.

— Yo debo acompañar esta noche al jefe de dia; y tú dormirás en mi casa.

— ¡ Dios mio, nuevos trabajos! exclamó Amalia llevando sus manos á sus ojos, y oprimiendo sus párpados, como era su costumbre en los momentos en que sufria.

— Sí, nuevos trabajos, mi Amalia, ya esta casa no nos ofrece seguridad, será necesario buscar otra.

— Pero vamos pronto, Daniel, dijo Eduardo con una impaciencia tan marcada y una expresion tan dura en sus brillantes ojos de azabache, que Amalia creyó adivinar su pensamiento, y le cogió la mano diciéndole :

— Por mí, Eduardo, por mí, con tal dulcedumbre, con tal ternura en su mirada y en su voz, que Eduardo, por la primera vez, tuvo que desviar sus ojos de los de ella, para que el leon no fuera fascinado por la maga.

— Descansa en mí, mi Amalia, la dijo Daniel imprimiendo un beso sobre su frente, como tenia de habitud al despedirse de ella; de esa criatura tan bella, tan noble, generosa, y tan desgraciada al mismo tiempo.

Eduardo apretaba la mano de su amada, y al mismo

tiempo Pedro le daba su poncho y su espada, renegando entre sí mismo de no haber podido saludar con su tercerola al que vino á espiar las ventanas de la hija de su coronel.

La despedida fué casi silenciosa : cada uno allí estaba animado de distintos deseos, de distintas emociones : Amalia sufria por verlos partir; Eduardo, porque veia que cada momento se ganaba terreno Mariño ; y Daniel porque no podia volverse dos hombres y velar por Amalia en el camino de San Isidro y por Eduardo en la ciudad.

Al pié de la barranca saltaron sobre sus caballos, y Fermin recibió órden de permanecer cerca de Amalia, hasta la seis de la mañana.

En seguida partieron á gran galope por el camino del Bajo, miéntras Amalia los seguia con sus ojos, elevados al cielo cuando húbolos perdido de vista, buscando el propiciar á la divinidad con los sentidos ruegos de su purísima conciencia, bajo aquel magnífico y sagrado templo de la naturaleza, que pocas horas ántes habia escuchado la expresion de amor de dos almas formadas por Dios, la una para la otra, y en el peligro á cada instante de ser separadas para siempre por la mano del hombre.

CAPÍTULO XV.

El jefe de dia.

— ¡Es inútil, Eduardo! vamos á reventar los caballos sin conseguir lo que deseas, decia Daniel, miéntras que los caballos volaban.

— ¿Y sabes lo que deseo?

— Sí.

— ¿Qué?

— Alcanzar á Mariño.

— Sí.

— Pero no será.

— ¿No?

— No lo conseguirás; y hé ahí la razon por que me

presto á tu capricho de que corramos como dos demonios por este camino, á riesgo de rompernos la cabeza de una rodada.

— Veremos si lo alcanzo.

— Nos lleva veinte minutos.

— No tanto.

— Y mas.

— Al ménos, diez hemos reconquistado ya.

— ¿Y si lo alcanzáramos?

— Á Roma por todo.

— ¿Qué?

— Que le busco pendencia y lo atravieso de una estocada.

— ¡ Magnífica idea!

— Si no es magnífica, á lo ménos es terminante.

— ¿Olvidas que son cuatro?

— Aunque sean cinco; pero son tres solamente : él y sus dos ordeanzas.

— Son cuatro; Mariño, dos ordenanzas, y yo.

— ¿Tú?

— Yo.

— ¿Tú contra mí?

— Contra ti.

— En hora buena.

Tal era el diálogo de los jóvenes miéntras hacian volar sus poderosos corceles ; y ya habian andado legua y média de las tres que tenian que correr, cuando Daniel que empezaba á temer que á tal carrera saliérase Eduardo con su loca idea, que era preciso evitar á todo trance, se aprovechó de la aparicion de dos hombres á caballo que divisó hácia la derecha del camino, y que marchaban en la misma direccion que ellos.

— Ve ahí; allá van tres hombres, Eduardo..... á nuestra derecha......... como á dos cuadras..... ¿los ves?

— Pero no son tres, son dos solamente.

— No; he visto tres......... es que están en línea con nosotros.

Eduardo no oyó mas, y dió vuelta su caballo en direccion á los jinetes que distaban como quinientos pasos. Sesgaba, pues, el camino, perdia tiempo, y era cuanto queria Daniel, que siguió siempre al lado de su amigo.

Los desconocidos, al ver á aquellos hombres que se ve-

nian sobre ellos á carrera tendida, tiraron las riendas á sus caballos, y esperaron lo que ocurriera.

Los jóvenes sentaron sus caballos á cuatro pasos de ellos; y Eduardo se mordió los labios al ver que eran un pobre viejo y un muchacho, los que le habian hecho perder cuatro ó seis minutos de marcha recta; y sobre todo al comprender que habia sido un artificio de Daniel.

Salir de su error, dar vuelta su caballo, y volver á tomar de nuevo la carrera, todo fué obra de un segundo.

Daniel, por ese cálculo frio con que sabia clasificar la importancia de los sucesos, equivocándose rara vez en su vida, tenia la seguridad de que no alcanzarian á Mariño llevándoles veinte minutos de delantera, en el corto camino de tres leguas; confiado en que el redactor de la *Gaceta* no era hombre de ir contemplando la naturaleza, sino de correr aprisa para dejar cuanto ántes aquellos solitarios caminos; y ya casi sin temor ninguno dejaba correr á Eduardo, persuadido de que no habia otro inconveniente que el de dar una rodada, como lo habia dicho.

Los caballos de Daniel eran superiores; de él era el que montaba Eduardo; pero al fin los pobres animales no podian andar tres leguas á carrera tendida, y poco á poco fueron desobedeciendo á sus amos, y perdiendo su fuerza.

Seguian, sin embargo, incitándolos, cuando el ¡quién vive! de un centinela llegó súbito al oído de los jóvenes; estaban bajo las barrancas del Retiro, donde se hallaban acuartelados el general Rolon, un piquete de caballería, y média compañía del batallon de le marina que mandaba Maza, y que hacia la guardia del cuartel, pues que el batallon, como se sabe, habia marchado el 16 de Agosto para Santos Lugares.

— (¡Gracias á Dios!) ¡La patria! contestó Daniel sentando su caballo, al mismo tiempo que el de Eduardo, de cuya rienda dió un tan fuerte tiron, que al brusco y desigual movimiento del animal casi saltó el jinete de la silla.

— ¿Qué gente? continuó el centinela.

— Federales netos, respondió Daniel.

— Pasen de largo.

Y ya volvia Eduardo á tomar el galope cuando una ronca y vibrante voz les gritó :

— Alto.

Los jóvenes se pararon.

Una comitiva de diez jinetes descendia por la barranca del cuartel de Maza.

Tres de aquellos se adelantaron á reconocer los que venian por el camino del Bajo. Y examinándolos detenidamente estaban, cuando el resto de la comitiva llegó á ellos.

— Me debe usted un caballo, general, dijo Daniel con ese tono de confianza que sabia tomar en los momentos mas difíciles, y con el que desarmaba al mas malicioso y perspicaz, luego que conoció al general Mancilla, que hacia esa noche el servicio de jefe de dia.

— ¿Usted por aquí, Bello? contestó el general.

— Sí, señor; yo por aquí, despues de haber andado mas de una legua por la costa del rio á ver si daba con usted, pues que no lo he encontrado en las inmediaciones de ninguno de los cuarteles de la ciudad. No hay mas : me debe usted un caballo, pues que el mio ya no puede mas, despues de lo que he corrido en su busca.

— Pero quedó usted en ir á casa á las once, y he salido á las once y cuarto.

— ¿Entónces yo tengo la culpa?

— Por supuesto.

— Bien, me confieso culpado, y no reclamo el caballo.

— Convenido.

— ¿Y hay novedad, general?

— Ninguna.

— Pero yo le he pedido á usted que quiero ver nuestros soldados en sus cuarteles.

— He empezado por los del Retiro, y nos faltan todos los demas.

— ¿Y se dirige usted ahora?

— Al fuerte.

— Á que están dormidos.

— ¡Toma! alcaldes y jueces de paz, hágame usted el favor qué soldados!

— Bien, general, ¿qué camino va usted á llevar?

— El del Bajo, porque voy primero á la batería.

— Bien, nos encontraremos en la plazoleta del fuerte

— Pero, vamos juntos.

— No, general; voy á subir á la ciudad á acompañar á

este amigo mio que pensó pasar la noche con nosotros, pero que se ha indispuesto.

— ¡Toma! Si ustedes no sirven para maldita la cosa, los mozos de ahora.

— Eso es lo mismo que yo le decia á usted esta mañana.

— No pueden pasar una mala noche.

— Ya usted lo ve.

— Bueno, vaya ligero, y nos reuniremos en el fuerte; allí cenaremos.

— Hasta de aquí un momento, general.

— Ande pronto.

Eduardo hizo apénas un ligero saludo con la cabeza al general Mancilla, y subió con su amigo por la barranca del Retiro.

Diez minutos despues Daniel abria la puerta de su casa: entraba en ella con su amigo; y poco mas tarde, volvia á salir solo, cerraba la puerta y montaba de nuevo en su caballo; en su ágil, nuevo y brioso caballo, el mejor de cuantos habia en la poblada estancia de su padre.

Al pasar por el grande arco de la Recova vió al jefe de dia y su comitiva que subia á la plaza del 25 de Mayo; y volvieron á saludarse junto á los fosos de la fortaleza, donde entraron despues de las formalidades militares.

La noche seguia hermosa y apacible; y en el gran patio del fuerte, y en los corredores de lo que fué en otro tiempo departamentos ministeriales, apiñados estaban, fumando y conversando, todos los alcaldes y jueces de paz de la ciudad, con sus tenientes y ordenanzas; la mitad del cuerpo de serenos, y gran parte de la plana mayor; componiendo todos un número de cuatrocientos cincuenta á quinientos hombres.

Toda esa eterogénea guarnicion de la fortaleza era mandada esa noche por Mariño, segun las disposiciones del general Pinedo, inspector de armas.

Imposible es describir la sorpresa del comandante de serenos al ver á Daniel en compañía del general Mancilla, cuando lo creia en ese momento en la *casa sola*, á tres leguas de la ciudad.

Daniel no sabia que Mariño estaba esa noche á cargo de la fortaleza, pero ninguna sorpresa manifestó su semblante;

y comprendiendo la de Mariño, delante de él, dijo al jefe de dia :

— Esto es servir, general : el señor Mariño deja la pluma y toma la espada.

— Eso es cumplir los deberes, señor Bello, le contestó Mariño sin volver todavía de su sorpresa.

— Y esto es vigilancia. Todo el mundo está aquí despierto, dijo el jefe de dia.

— Lo que no hemos visto en parte alguna, agregó Daniel, acabando con esto de perturbar la imaginacion de Mariño, pues que si Daniel habia andado acompañando al jefe de dia, no podia ser él á quien habia seguido de léjos hasta la *casa sola*, tres horas ántes; y quizá no seria Amalia aquella mujer que dió un grito en un cuarto á oscuras de esa casa. Así, Mariño se perdia en conjeturas; y miéntras el general conversaba con varios jueces de paz, yendo con ellos á una de las habitaciones altas, donde habia una mesa con algunos fiambres y botellas, Mariño no pudo ménos de preguntar á Daniel, con esa indiscrecion que acompaña siempre á los espíritus perturbados de improviso :

— ¿Entónces usted no ha paseado esta noche solo, á caballo?

— Un poco.

— ¡Ah!

— Estuve hasta las siete en casa del señor gobernador delegado, y ántes de ir á juntarme con el general Mancilla di un paseo por esos lados del Retiro.

— ¿Por el Retiro, en direccion á San Isidro?

— Pues, en direccion á San Isidro. Pero me acordé que tenia que hacer una diligencia por el Socorro, y dejé de repente mi paseo envidiando la suerte de uno que iba delante de mí, y que siguió sin tener que hacer diligencias.

— ¿Adelante de usted ?

— Sí, en direccion á San Isidro, por el camino de arriba, contestó Daniel con una candidez tal, que Mariño acabó de perder la cabeza, empezando á convencerse de que él mismo se habia burlado á sí mismo.

— ¿Qué quiere usted? continuó Daniel, nosotros no tenemos un momento nuestro.

— Así es.

— ¡Oh, y si yo tuviera el talento de usted, señor Mariño!

si yo supiera escribir como usted sabe, mis desvelos entónces podrian ser útiles á nuestra causa; pero ando de aquí para allá todo el dia y toda la noche, y maldito lo que hago en beneficio del Restaurador.

— Coda uno hace lo que puede, señor Bello, contestó Mariño, en cuya alma mas torcida que sus ojos, ni la lisonja hacia impresion.

— ¡Cuándo estaremos en paz y veremos afianzados esos luminosos principios federales que usted propaga en la *Gaceta!*

— Cuando no haya ningun unitario descubierto, ni disfrazado, respondió el escritor federal.

— Eso es lo mismo que le decia yo esta tarde al señor gobernador delegado.

En ese momento un ayudante del jefe de dia vino á llamar á Bello y á Mariño de parte de aquel.

Subieron.

Parados en redor de una mesa doce ó catorce individuos tomaban una copa con el jefe de dia. Pero ¡cosa rara, era la tercera ó cuarta vez que vaciaban sus copas, y ningun entusiasta bríndis federal habia resonado bajo las bóvedas de aquel palacio, que escuchó en otros tiempos los bríndis á la libertad y á la patria! Mariño llegó á tiempo de beber con ellos, tampoco dijo una palabra.

— Vamos, Bello, ¿qué toma usted? dijo el general Mancilla.

— Nada, señor, nada de comer; pero beberé una copa por el pronto triunfo de nuestras armas federales.

— Y la gloria eterna del Restaurador de las Leyes, agregó Mancilla; y todos cuantos allí habia bebieron su copa, pero en silencio.

— ¡Comandante Mariño!

— Pronto, señor, contestó este acercándose al general Mancilla, que le dijo, separado de los demas :

— Haga usted que toda esta gente se acueste; la cosa puede ser larga, y no es bueno que se fatiguen tanto.

— ¿Hago levantar el puente?

— No hay para qué.

— ¿Cree usted, general, que esta noche no haya novedad?

— Ninguna.

— ¿Se retira usted ya?

— Sí; voy á visitar otros cuarteles, y me voy á dormir.

— Lleva usted un buen compañero.

— ¿Quién?

— Bello.

— ¡Ah, es una alhaja este muchacho!

— ¿De qué, general?

— No sé si es oro, ó cobre dorado, pero, brilla, dijo Mancilla, sonriendo, y dando la mano á Mariño.

En seguida, bajaron por la grande escalera, y miéntras Mancilla se reunia á su comitiva para montar á caballo, Daniel se acercó á Mariño y le dijo:

— Lo envidio á usted, comandante: yo quisiera tener tambien algun puesto don le poder distinguirme.

— ¿Y sufriria usted por la federacion los desvelos que sufro yo?

— Todo: hasta las murmuraciones.

— ¿Murmuraciones.

— Sí. Aquí mismo acabo de oir á algunos que criticaban algo de usted.

— ¿De mí?

— Decian que no ha venido usted á la fortaleza hasta las once de la noche, debiendo venir á las siete.

Mariño revolvió los ojos, y se puso colorado como un tomate.

— ¿Y quién decia eso, señor Bello? preguntó Mariño con voz trémula de rabia.

— Eso no se dice, señor Mariño: se cuentan los milagros sin nombrar los santos; pero hablaban de ello, y seria bien desagradable que esto llegase á oídos del Restaurador.

Mariño se puso pálido.

— Habladurías, dijo.

— Por supuesto. Habladurías.

— Sin embargo no repita usted esto á nadie, señor Bello.

— Palabra de honor, señor Mariño; yo soy uno de los hombres que mas admira el talento de usted; y que tengo especiales motivos para estarle á usted grato, por el servicio que quiso prestar á mi prima.

— ¿Y su prima de usted está buena?

— Muy buena, gracias.

— ¿La ha visto usted?

— Esta tarde he estado con ella.

— He oido que se ha mudado de Barrácas.

— No. Ha venido á pasar unos dias á la ciudad, pero se vuelve pronto.

— ¿Ah, se vuelve?

— De un dia á otro.

— Vamos, Bello, gritó el general Mancilla ya de á caballo.

— Vamos, general; buenas noches, señor Mariño.

— Recomiendo á usted el olvido de estas habladurías, señor Bello.

— Ya no me acuerdo de ellas; buenas noches.

Y Daniel saltó en su caballo y salió de la fortaleza con el jefe de dia; dejando á Mariño lleno de perplejidades y zozobra, sin poder clasificar bien á ese jóven que por todas partes se le escapaba, y por todas partes se le entraba en sus negocios privados; á quien odiaba por instinto; y de quien no podia tomar una sola prueba, una sola indiscrecion para perderlo.

CAPÍTULO XVI.

Continuacion del anterior.

La comitiva del jefe de dia tomó por la calle de la Reconquista, que conducia al cuartel del coronel Ravelo.

No eran mas que las doce de la noche, pero la ciudad estaba desierta, pues solo veíase en ella el bulto de los serenos en sus respectivos puestos, prontos á marchar á la fortaleza para reunirse con su jefe, á la señal de alarma; pero nada mas. De aquel alegre y bullicioso pueblo de Buenos Aires, cuya juventud en otro tiempo esperaba con impaciencia la noche para dar espandimiento á su espíritu ávido de aventuras y de placeres, no quedaba ya un solo vestigio. Cada familia encerraba desde el anochecer á los padres y á los hijos; y la simple accion de pasear las calles de Buenos Aires, en la época del terror, despues de las ocho de la noche, era lo bastante para hacer entender que habia

una gran seguridad federal en quien tal cosa hacia. Terrible escuela desde 1838, en que la juventud que permaneció en Buenos Aires, comenzó á aprender hábitos femeniles, aconsejados por esa falta de seguridad personal, que hacia buscar entre las paredes del domicilio la única garantía posible á los que temian á cada paso encontrarse con el puñal ó el chicote de la mashorca.

¿Pero el sueño venia siquiera en auxilio del inquieto y abrumado espíritu de los habitantes de esa infeliz ciudad? Los deseos eran demasiado vivos, y demasiado punzantes las impresiones del momento que atravesaban, para poder encontrar en el sueño el olvido de la vigilia. Y no bien las herraduras de la cabalgata del jefe de dia resonaban en el empedrado de las calles, cuando alguna sombra se proyectaba desde una azotea, ó algun postigo de una habitacion en tinieblas se entreabria para dar paso á una mirada inquieta y buscadora.

— Un caballo á galope daba orígen á imaginar un chasque que volaba á anunciar una traicion, una victoria, una derrota.

Un ruido cualquiera, cuya explicacion no se podia encontrar en el momento, era clasificado de cañoneo, ó de tropel de gente armada.

Y para mas de uno, la comitiva de Mancilla pareció acaso un escuadron del general Lavalle que se habia precipitado á la ciudad.

¿Era la causa política quien ponia á los espíritus en esta irritabilidad nerviosa? Era mas que esto : era la causa política y la causa individual quien los sujetaba á ese penoso modo de existencia, porque á las opiniones de la causa comun ligado estaba para cada individuo el azar de su destino propio.

Los federalistas, por principio, sabian bien que no habia que temer individualmente del triunfo del principio unitario, porque tal principio no venia campeando, ni el jefe de la cruzada libertadora venia á consumar venganzas de opiniones políticas. Mas ellos sabian que el caudillo llamado federal los habia precipitado á una vida de responsabilidades privadas, en las cuales ya no entraba la política sino la justicia : y temian.

Los hombres pertenecientes al club de la Mashorca,

manchados con cuanto género de crímen puede conducir al cadalso, comprendian bien que eran millares de familias las que tenian descargado sobre ellos el anatema justísimo á que se habian hecho acreedores; porque sus insultos individuales no podian traer sino venganzas y castigos individuales : y á su vez temblaban del triunfo de Lavalle.

Los que tenian un deudo en el ejército libertador, recordaban que era una cuestion de sangre la que se iba á resolver á sus ojos : y temian de los combates.

Los que no habian dado jamas pruebas prácticas de su entusiamo federal, motivo suficiente para la clasificacion de unitario, sufrian la inquietud consiguiente á la incertidumbre de los sucesos pendientes : y temblaban por la patria y por ellos, al imaginarse una desgracia en el ejército libertador.

Y hé ahí, pues, que toda la sociedad, de uno y de otro color político, sus clases, complicadas en la actualidad por las opiniones ó por las obras, por los parientes ó por los amigos, toda entera estaba conmovida, y pendiente su espíritu del mas leve incidente que ocurria.

Daniel, que marchaba al lado de Mancilla percibia á menudo el movimiento de las ventanas, ó las sombras en las azoteas, y comprendia perfectamente cuanto acabamos de decir.

— Nuestra buena ciudad no duerme, general, ¿no nota usted que es cierto lo que le digo?

— Todos esperan, amigo mio, contestó el general Mancilla, de cuyos labios rara vez salia una palabra sin malicia, sin doble sentido, ó sin sátira.

—¿Pero todos una misma cosa, general?

— Todos.

— ¡Es asombrosa la mancomunidad de opiniones que reina bajo nuestro sistema federal!

Mancilla dió vuelta y miró furtivamente á aquella *alhaja*, como él decia, y luego contestó :

— Especialmente en una cosa. ¿La adivina usted?

— Palabra de honor, que no.

— Hay una admirable mancomunidad de deseos, de que esto se acabe cuanto ántes.

— ¿Esto? ¿Y qué es *esto*, general?

Mancilla volvió á mirar á Daniel, porque la pregunta era una estocada á fondo sobre sus confianzas.

— La situacion, quiero decir.

— ¡Ah, la situacion! Pero para usted no pasará nunca la situacion política, general Mancilla.

— ¿Cómo así?

— Usted no es hombre para vivir en la vida doméstica; necesita usted los asuntos públicos, y sea en favor, sea e oposicion al gobierno, habrá usted siempre de figurar en nuestro país.

— ¿Aunque entrasen los unitarios?

— Aunque entrasen. Hay muchos de nuestros federales que figurarán entre ellos.

— Sí; y algunos estarán en un puesto muy eminente, por ejemplo, en la horca; pero, en fin, nosotros debemos estar siempre al lado del Restaurador.

El doble sentido de esa palabra no escapó á Daniel; pero prosiguió con una naturalidad infantil:

— Sí, él es digno de que ninguno lo abandonemos en este trance.

— No crea usted que es terrible, este hombre tiene mucha suerte.

— Es que representa la causa federal.

— Que es la mejor de todas, ¿no es verdad? dijo Mancilla, mirando á Daniel.

— Así lo he aprendido en las sesiones del congreso constituyente.

Mancilla se mordió los labios: él habia sido unitario en el congreso; pero Daniel tenia tal aspecto de sencillez, que el astuto viejo no pudo comprender bien, si aquellas palabras eran, ó no, un sarcasmo.

Daniel continuó:

— Causa que nunca habrá de ser destruida por los unitarios. No hay que equivocarse, solamente los federales podrán dar en tierra con el general Rosas.

— Parece que tuviera usted cincuenta años, señor Bello.

— Es que me fijo mucho en lo que oigo.

— ¿Y que es lo que usted oye?

— La popularidad de que gozan algunos federales; usted por ejemplo, general.

— ¿Yo?

— Sí, usted. Sin los lazos de parentesco que le unen al Señor Gobernador, este vigilaria mucho sobre usted, porque no debe ignorar la popularidad de que goza, y sobre todo, su talento y su valor. Á pesar de que he oido, que hablando de esto alguna vez, en 1835, dijo que usted no servia sino para revueltas de real y medio.

Mancilla acercó violentamente su caballo al de Daniel y le dijo con una voz nerviosa:

— Son propias de ese gaucho bruto estas palabras; ¿pero sabe usted por qué las ha dicho?

— Por broma quizá, general, contestó Daniel con la mayor sangre fria.

— Porque me tiene miedo, dijo Mancilla apretando el brazo de Daniel, y adjetivando el nombre de Rosas con aquella palabra que debia ser pronunciada bien claro, para poder ser rey de España, segun decian los españoles, en su última guerra con los franceses.

Aquella brusca declaracion era propia del carácter de Mancilla, mezcla de valor y de petulancia, de arrojo y de indiscrecion. Pero la situacion era tan grave, que no dejó de conocer pronto que se habia avanzado demasiado en sus confianzas con Daniel; mas era tarde ya para retroceder, y creyó que lo mejor seria arrancar iguales confianzas de su compañero de ronda, y le dijo con su astucia natural:

— Yo sé que si pegase un grito tendria toda la juventud en mi favor, porque ninguno de ustedes quiere este órden de cosas en que vivimos.

— ¿Sabe usted, general, que yo creo lo mismo? le contestó Daniel, como si por la primera vez de su vida le ocurriese tal idea.

— Y usted seria el primero en estar á mi lado.

— ¿En una revolucion?

— En... en cualquier cosa, dijo Mancilla no atreviéndose á pronunciar aquella palabra.

— Me parece que tendria usted muchos que lo siguieran.

— ¿Pero vendria usted? preguntó Mancilla insistiendo en arrancar alguna confidencia á aquel jóven que acababa de ser depositario de una enorme indiscrecion suya.

— ¿Yo? Mire usted, general, yo no podria por una sencilla razon.

— ¿Y cuál?

— Porque yo he jurado no asocirame á nada de lo que hagan los jóvenes de mi edad, desde que ellos en su mayor parte se han hecho unitarios, y yo sigo y profeso los principios de la federacion.

— ¡ Bah! bah! bah!

Y Mancilla separó su caballo, queriendo convecerse de que Daniel no era sino un muchacho hablantin, y sin peso ninguno en sus ideas, pues que aquel escrúpulo de amor propio no podia caber en un espíritu superior.

Daniel continuó, como si nada notase :

— Ademas, general, yo tengo horror á la política y me avengo mejor con la literatura y con las damas, como se lo decia esta tarde á Agustinita, cuando me pedia que le acompañase á usted esta noche.

— Así lo creo, contestó Mancilla con sequedad.

— Qué quiere usted, yo quiero ser tan buen porteño como el general Mancilla.

— ¿Qué?

— Es decir, quiero acreditarme como él en el concepto de las buenas mozas.

El amor habia sido siempre el flaco de Mancilla, como su fuerte habian sido siempre las tramoyas políticas; y Daniel le empezó á dar en el clavo.

— Pero esos tiempos ya se pasaron, dijo Mancilla sonriendo.

— No para la crónica.

— Bah, ¡la cronica! ¿y qué sacamos con eso?

— Ni para la actualidad, si usted quiere.

— Eso no es cierto.

— Cierto. Hay mil unitarios que odian al general Mancilla, de envidia por la mujer que tiene.

— ¿Es linda mi mujer, eh? ¡Es linda! dijo Mancilla casi parando su caballo, y mirando á su compañero con un semblante lleno de satisfecha vanidad.

— Es la reina de las bellas; así lo confiesan hasta los mismo unitarios, y me parece que si ha sido el último triunfo, ha valido por todos.

— Eso del último...

—Vamos, no quiero saber nada, general...yo quiero mucho á Agustinita, y no quiero oir que usted le hace infidelidades.

— Ah, mi amigo, si usted enoja y desenoja á las mujeres como á los hombres, usted tendrá en su vida mas aventuras que yo.

— ¡No entiendo, general! le contestó Daniel fingiendo la mas perfecta sorpresa.

— Dejemos esto, ya estamos en el cuartel de Ravelo.

En efecto, habian llegado al cuartel donde dormian cien negros viejos á las órdenes del coronel Ravelo, y hecha la inspeccion de ordenanza, siguieron luego á visitar el cuarto batallon de patricios, á las órdenes de Ximeno; y en seguida algunos otros retenes.

Pero ¡cosa singular! el champagne de la federacion parecia no *fermentar* ya en el pecho de sus entusiastas hijos; pues que salian sin espuma las preguntas, las respuestas, las conversaciones todas, que tenian con el jefe de dia los jefes á quienes se acercaba, y lo que allí pasaba, sucedia en todas partes y en todas las clases... Causa sin fe, sin conciencia, sin entusiasmo del corazon, que trepidaba y desmayaba al primer amago de sus adversarios políticos... sacerdotes sin religion, que besaban el suelo cuando el ídolo se columpiaba sobre su altar de cráneos.

Daniel veia y estudiaba todo, y se decia á sí mismo á cada paso :

— Doscientos hombres solamente, y toda esta gente se la entregaba atada de piés y manos al general Lavalle.

Eran ya las tres de la mañana cuando el general Mancilla tomó para su casa, en la calle del Potosí.

Daniel lo acompañó hasta ella. Pero él no queria que el cuñado de Rosas durmiese inquieto por sus confidencias, y le dijo, al llegar á la casa :

— ¡General, usted ha desconfiado de mí, y lo siento!

— ¿Yo, señor Bello?

— Si; conocedor de que toda nuestra juventud se ha dejado fascinar por los locos de Montevideo, ha querido sondearme diciéndome cosas que no siente, porque yo sé bien que el Restaurador no tiene mejor amigo que el general Mancilla; pero felizmente usted no ha visto en mí sino patriotismo federal. ¿No es cierto? preguntó Daniel fingiendo la expresion ma tímida del mundo.

— Cierto, cierto, le contestó Mancilla apretándole la mano

y sonriendo de aquel pobre y candido *muchacho*, como él lo clasificaba en ese momento.

— ¿ De manera que contaré con la proteccion de usted, general ?

— Siempre, á todas horas, Bello.

— Bien, entónces hasta mañana.

— Hasta mañana, gracias por la compañía.

Y Daniel dió vuelta á su caballo, riéndose y diciendo para sí mismo :

— No hubiera dado un diablo por mi vida, miéntras tú creyeses que yo tenia tu secreto; ahora me la has dejado rescatar, y no te he devuelto tu prenda : buenas noches, general Mancilla.

CAPÍTULO XVII.

Patria, amor y amistad.

Daniel entró á su casa y él mismo condujo su caballo al pesebre, porque no lo esperaba su fiel Fermin, y los otros criados nada sabian de las excursiones nocturnas de su señor : él despertó á uno sin embargo, y mandó estuviese pronto para recibir sus órdenes.

Eran las cuatro de la mañana, y cuando entró á sus habitaciones, alumbradas por una mustia lámpara, echó de ménos el fuego de su chimenea, porque el frio de la madrugada empezaba á hacerse sentir con el rigor con que montróse en el invierno de 1840. Pero no estaba Fermin, y ningun otro criado podia entrar á las habitaciones de Daniel.

El jóven encendió una bujía, y lo primero que hizo fué pasar al aposento en que dormia Eduardo, contiguo al suyo.

El sueño era agitado en aquella robusta organizacion, cuyo espíritu apasionado estaba combatido por tan distintas impresiones, despues de cuatro meses; y en su hermoso semblante grabado estaba un ceño duro, revelador

de las imágenes adustas que en aquel momento estaban quizá hiriendo su estimulada imaginacion.

Contemplóle Daniel un largo rato; conoció que no hacia mucho tiempo que dormia, por lo poco que quedaba de la vela á cuya luz habia estado leyendo un volúmen de la revolucion francesa. Vió en Eduardo la imágen palpitante y viva de la persecucion y la desgracia que sufria la juventud de la república; y elevándose mas su espíritu á medida que las ideas se sucedian en él, llegó á creer que tenia delante de sus ojos una personificacion de la actualidad, en cuya suerte podria estudiar el destino de la generacion á que pertenecia.

Pálido, ojeroso, abrumado su espíritu y su cuerpo por el trabajo, la labor y la ansiedad continua, Daniel pasó á su bufete y se echó en su sillon.

Pero de repente, separando de sus sienes sus lacios y descompuestos cabellos, sentóse á su escritorio, y, tranquilo con ese semblante sereno que se descubria en él cuando una alta idea le preocupaba, sacó algunas cartas de un secreto de su escritorio, leyólas, tomó la fecha de una de ellas, y escribió luego la siguiente, que leyó despues con completa calma:

« *Al Señor Bouchet Martigny, etc., etc.*

» Buenos Aires, 1.º de Setiembre de 1840.
» *A las cuatro de la mañana.*

» Muy señor mio:

» Están en mi poder sus cartas del 22 y 24 del pasado, y la última me ha confirmado la lisonjera idea de que la noble causa de mi patria encuentra prosélitos, no solo en sus hijos, sino tambien en los hombres de corazon, cualquiera que sea la tierra de su nacimiento: y las solicitudes que me avisa usted haber sido dirigidas por compatriotas suyos al gobierno frances, sobre los asuntos del Plata, y en favor de la causa argentina, son otros tantos títulos de reconocimiento hácia esas excepciones nobles de la Europa, que tan mal nos comprende y peor nos quiere.

» Pero al pagar mi parte en esta deuda de gratitud, debo decir á usted con lealtad, que á la altura á que han llegado

los acontecimientos, toda interposicion que deba venir de Europa, favorable ó adversa á nuestra causa, no llegará á tiempo de influir en los sucesos, porque las dos causas políticas deben resolverse al influjo de las armas, dentro de pocos dias.

» Para mí, la situacion encierra un dilema preciso y terminante á este respecto : ó la ciudad es tomada ántes de quince dias, y entónces Rosas está perdido para siempre, ó el ejército libertador se retira, y entónces todo se pierde por muchos años, de un modo que no ofrecerá posibilidad de nuevo incremento, ni aun con el auxilio de un poder extraño.

» Dar al general Lavalle todo cuanto elemento sea posible, es lo único que aconseja la situacion actual; pero dárselo sin pérdida de hora ; porque del efecto moral que produzca una violenta invasion á la ciudad, mas que un ataque á los reductos de Santos Lugares, puede resultar solamente el triunfo de un ejército que no cuenta tres mil hombres, con las dos terceras partes de caballería; que tiene por enemigo un poder fuerte doblemente en el número, y que no puede, ni debe contar con la mínima cooperacion de los habitantes de Buenos Aires, sino cuando haga sentir el ruido de sus armas y los vivas á la patria, dentro las calles mismas de la ciudad.

» Este aparente contrasentido en un pueblo, cuya mayoría maldice las cadenas que le oprimen, y espera con toda la efusion de su alma la regeneracion de la libertad patria, yo sé bien que los unitarios se empeñan en separarlo de su consideracion, porque ellos no quieren convenir con que el pueblo de Buenos Aires no sea, en 1840, lo que en 1810 : es un honroso error, pero es error al fin, y pues que los hechos que están ya bajo el dominio histórico, y que han acaecido en todo el norte de la provincia, destruyen la mitad de las ilusiones unitarias, y arguyen muy alto contra las que se tienen fundadas en la ciudad, yo creo de una innegable conveniencia el no contar con otros recursos que los que tiene propios el ejército.

» Es imposible, materialmente imposible, establecer hoy la asociacion de diez hombres en Buenos Aires : el individualismo es el cáncer que corroe las entrañas de este pueblo. Ese fenómeno se explica, se justifica, puedo decir, pero no es tiempo de averiguaciones filosóficas, sino de tomar

los hechos existentes, buenos ó malos, y basar sobre ellos el cálculo de operaciones fijas. Y es sobre el hecho de la no revolucion en Buenos Aires, que debe calcular sus operaciones el ejército libertador.

» ¿Sin mas auxilios que los suyos propios, debe, ó no, seguir sobre Rosas el general Lavalle? Tal es la cuestion que pueden proponerse algunos, especialmente la *comision argentina*, que discurre tanto, aunque con tan poco buen éxito, desgraciadamente.

» Antes de resolverla, sin embargo, yo querria hacer entender al general Lavalle, y á todo el mundo, que el poder de Rosas no está en los esteros, zanjas, cañones y soldados de Santos Lugares; que está en la capital; que está en el fuerte, puedo decir : Buenos Aires es la cabeza; todo lo demas no son sino miembros subordinados. Es de Buenos Aires que ha de partir la reaccion en la corriente revolucionaria, que debe descender de ella para surcar por toda la república. Y en este caso el problema por resolver no es otro, que el de si conviene ó no invadir la ciudad por alguno de los flancos de los acampamentos de Rosas, y tomar posesion de ella, dejándolo á él dueño de la campaña.

» En la posicion del general Lavalle, yo no trepidaria en aceptar el primer caso, porque me asiste la conviccion, que si el ejército se retira, la cuestion se pierde y se pierde el ejército; y en esta coyuntura yo preferiria arriesgar esa inmensa pérdida, sobre el único terreno que ofrece una posibilidad de triunfo.

» En la ciudad no puede haber resistencia; los federales están abatidos por la simple incertidumbre de los sucesos, y la mitad de ellos, cuando ménos, se pasaria de buen grado al general Lavalle, para buscar con su traicion á Rosas una garantía futura.

» Mi carta anterior lo ha impuesto á usted del pormenor de los acuartelamientos, tropa de línea, etc., que hay en la ciudad; y si esta otra puede contribuir á meditar sobre la idea que aconsejo, habré conseguido mis deseos, pues que no dudo que del exámen de ella resultaria su aprobacion.

» Quiera usted, señor Martigny, aceptar como siempre las seguridades de mi particular aprecio.

» B. »

Daniel puso á esta carta un sello especial; púsole luego una direccion para Mr. Douglas, y la guardó en el secreto de su escritorio.

Luego escribió la siguiente:

« AMALIA:

« La vision no era otra que Mariño. He conseguido intrigarle el espíritu. Cree y no cree que me ha seguido y que ha dado contigo. Pero esa misma duda le excitará mas, y querrá salir de ella.

» De hoy en adelante mis pasos serán seguidos mas que nunca.

» No hay remedio: para las dificultades que nos cercan, no hay otro camino que el de la temeridad, que es la prudencia de las situaciones difíciles.

» Es necesario volver á Barrácas, y pronto.

» Disponlo todo, y consérvate pronta á todas horas.

» Los sucesos se precipitan ya, y todo debe ser rápido como va á serlo el choque de nuestra desgracia ó nuestra fortuna.

» ¡Dios vele sobre los buenos! »

Terminada esta carta, el jóven escribió por último á su Florencia, y le decia:

« Alma de mi alma: todavía soy feliz en el mundo, muy feliz, desde que, abrumado y cansado de una lucha estéril pero terrible, que tú no conoces todavía, tengo tu coràzon para refugio de mi alma, tengo tu nombre para acercarme á Dios y á los ángeles, al escribirlo.

» Hoy he sufrido mucho, y mi único consuelo es la esperanza que tengo de que vas á prestarte á mis deseos: es necesario que persuadas á tu buena madre, que la decidas á su viaje á Montevideo; pero pronto, mañana si es posible. Yo facilitaré todo. Y si es necesario para la tranquilidad de su espíritu el que seas mi esposa ántes de la partida, mañana mismo nos unirá la Iglesia, como nos ha unido Dios: para siempre.

» Sobre el cielo que nos cubre, en el aire que respiramos está hoy la desgracia, y quizá..... Quién sabe!..... Todo es fatídico hoy..... Yo no quiero tu mano, es decir, mi fe-

licidad, mi orgullo, mi paraíso, en estos momentos. Pero lo haré, si es necesario para tu partida.

» No me preguntes nada. No puedo decirte, sino que quisiera alzarte sobre los astros, para que el aire de estos momentos no rozase tu frente. No me pidas que te siga.... No puedo..... Frio como un cálculo, mi destino está hecho. Estoy clavado á Buenos Aires, y..... pero nos hemos de ver pronto, dentro de ocho, dentro de quince dias á lo mas. Es un siglo, ¿no es verdad? No importa, en la nube, en el aire, en la luz, tú me conversarás, Florencia, y yo recogeré tus palabras en el adoratorio de tu imágen : en mi alma.

» ¿Me complacerás?

» Madama Dupasquier nada te niega.

» Y yo no te he pedido jamas nada, sino por tu felicidad y por la mia.

» DANIEL. »

El jóven cerró esta última carta, púsola en su pecho, y esperó al dia para darla direccion con las otras.

PARTE QUINTA.

CAPÍTULO I.

Setiembre.

El primer dia de Setiembre de 1840 se extendió sobre el cielo de Buenos Aires oscuro, triste, cargado de vapores, como si en su aparicion ese fatal mes quisiera ofrecerse á los ojos de los mortales tal como se ofreceria en la posteridad al estudio del historiador : triste, sombrío, cargado de errores y preñado de la tormenta de sangre que debia estrellarse, romperse, y diluviar sobre la frente argentina.

Todo era fatídico.

El ejército libertador habia pasado cerca de un mes en pequeñas operaciones, marchando lentamente, tratando de conquistar con buenas proclamas y acciones de indulgencia unas simpatías que no era posible hallar en la campaña, en el número en que las buscaba el general Lavalle para vencer á Rosas.

El general López, de Santa Fe, empezaba á obrar á retaguardia del ejército.

D. Vicente González, y otros jefes de Rosas, por el flanco derecho.

Y á su frente el dictador se atrincheraba en su acampamento de Santos Lugares. Y débil en los primeros dias de la invasion, se hacia fuerte, moral y materialmente, por la lentitud de su enemigo.

La vista se dilataba en todos los horizontes tormentosos de la república. Pero el rayo que debia herir la cabeza de la libertad ó de la tiranía, no fermentaba en círculos tan

lejanos, sino entre las nubes que se cernian sobre el espacio de Lujan á Buenos Aires.

El general Paz contaba ya en Corrientes un ejército de dos mil hombres, que disciplinaba con su pericia y habilidad exclusivas.

El gobernador Ferré juraba « sepultarse en las ruinas de su provincia ántes que consentirla esclava. »

Las provincias de Córdoba, de San Luis y San Juan se inclinaban á entrar en la gran liga, y se negaban ya á dar al fraile Aldao los auxilios que solicitaba.

El general La-Madrid pisaba ya el territorio de Córdoba.

Aldao escribia á Rosas, con fecha 8 de Agosto, desconfiando de todo el mundo, « hasta de su sombra. »

Pero ¿ qué importaba todo esto?

El gran problema estaba en Buenos Aires.

El triunfo, ó la derrota general estaban pendientes del resultado de la expedicion libertadora en la provincia de Buenos Aires.

Ante ese reto á muerte de los dos principios, de las dos espadas, en el estrecho palenque de Buenos Aires, la actitud de las provincias, cualquiera que fuese, y hasta la misma cuestion francesa, eran ya cosas secundarias é indiferentes para el resultado del duelo.

Lavalle y Rosas representaban los dos principios opuestos de la revolucion.

Ya estaban frente á frente.

Su voz se oia.

Sus armas se tocaban. Y el que cayese, debia arrastrar en su caída toda su causa con todas sus ramificaciones, mas ó ménos extensas que ellas fuesen.

Y ante esta verdad, que los sucesos debian justificar mas tarde, desgraciadamente, el genio de la política y de la guerra se manifestó rebelde, y se negó á inspirar en la cabeza del cruzado la idea de que el mundo no tenia mas límites para la libertad argentina, que los que marca el plano de la ciudad de Buenos Aires. Spártacus mató su caballo ántes de entrar á la batalla. Cortés quemó sus naves. Lavalle debió deshacerse de naves y caballo.

Pero no fué así.

Rozándose con Rosas, todavía se pensaba en las provin-

cias, todavía se pensaba en la Francia; sin calcular que si Lavalle retrocedia, Rosas se levantaba mas alto que la cuestion francesa y la liga provinciana; sin calcular que si Buenos Aires era tomado, ya no habia punto de apoyo al edificio de la tiranía en la república, ni trepidaciones en la cuestion internacional.

Entretanto, la pluma del romancista se resiste, dejando al historiador esta tristísima tarea, á describir la situacion de Buenos Aires, al comenzar los primeros dias de Setiembre.

Á medida que pasaban las horas, se iba enervando la impresion del miedo que causó á los rosistas la súbita aparicion de las armas libertadoras en la provincia. Y por un exceso brutal de cobardía, y de cuanto puede haber de infame en la historia de un partido político, ó de los instrumentos de un jefe de partido, la mujer comenzó á ser el blanco del encarnizamiento de bandas de forajidos, bautizados con el nombre de federales.

Sin disputa, sin duda histórica, la mujer porteña habia desplegado, durante esos fatales tiempos del terror, un valor moral, una firmeza y dignidad de carácter, y, puede decirse, una altanería y una audacia tal, que los hombres estaban muy léjos de ostentar, y que servia de punzante reproche á las damas exaltadas de la federacion, y á los hombres corrompidos sobre que se apoyaba la santa causa.

La linda cabeza de las gaditanas de la América paseaba alta, erguida; les parecia tan bien colocada sobre sus hombros, que creian ofenderle doblándola un poco al pasar por medio de los magnates de la época. Y el vestido modesto de la patriota parecia plegarse y contraerse por sí mismo al ir á rozarse con la crujiente y deslumbrante seda de la opulenta federal.

Sus cabellos, trono en otro tiempo de la flor-del-aire, se rebelaban al repugnante moño de la federacion; y apénas la punta de una pequeña cinta rosa se descubria entre sus rizos, ó bajo las flores de su sombrero.

Todo esto era un crímen. Y la misma moral que así lo clasificaba, debia inventar un castigo propio de ella, propio de sus jueces, propio de los verdugos.

Bandas de ellos, de distintas jerarquías y condiciones. empezaron á apostarse en las puertas de los templos, lles

vando cántaros con brea derretida, y moños de coco punzó.

Estcs trapos eran untados de brea, y á cuantas jóvenes salian del templo sin la gran mancha de la federacion en la cabeza, tomábanla brutalmente de la cintura, la arrastraban en medio de ellos, y sobre la cabeza linda y casta pegaban el parche embreado y la empujaban luego, entre algazara y risas federales; pues tenemos en todo que valernos de esta expresion que no caia de los labios en la época que describimos.

Á las puertas del colegio tiene lugar una de esas escenas á las once del dia.

Una niña salia con su madre; y es arrebatada por algunos de los que allí esperaban á las señoras.

La jóven comprende lo que se quiere hacer de ella; y en el acto se quita el chal que cubria su cabeza, y la presenta á las manos de sus profanadores.

La madre que estaba contenida por otros, grita desesperada :

— Ya no hay un hombre en Buenos Aires para proteger á las señoras.

— No, mamá, dice la jóven con la palidez de la muerte en su semblante, pero con una sonrisa del mas profundísimo desprecio, no, mamá, los hombres están en la guardia de Lujan, donde está mi hermano. Aquí no hemos quedado sino las mujeres y los tigres.

La comunidad de la mashorca, la gente del mercado, y sobre todo las negras y las mulatas que se habian dado ya carta de independencia absoluta para defender mejor su madre causa, comenzaban á pasear en grandes bandas la ciudad, y la clausura de las familias empezó á hacerse un hecho.

Empezó á temerse el salir á la vecindad.

Los barrios céntricos de la ciudad eran los mas atravesados en todas direcciones por aquellas bandas; y las confiterías, especialmente, eran el punto tácito de reunion.

Allí se bebia y no se pagaba, porque los bríndis que oia el confitero, era demasiado honor y demasiado precio por su vino.

Los cafés eran invadidos desde las cuatro de la tarde. Y ¡ay de aquel que se presentase en ellos con su barba cer-

rada ó su cabello partido! Un nuevo modo de afeitar, que no conoció Fígaro, se empleaba con él en ménos de un minuto.

El cuchillo de la Mashorca, que mas tarde debia servir de sierra en la garganta humana, hizo su aprendizaje como navaja de barba y tijeras de peluquería.

El último crepúsculo de la tarde no se habia apagado en los bordes del horizonte, cuando la ciudad era un desierto: todo el mundo en su casa; la atencion pendiente del menor ruido; las miradas cambiándose; el corazon latiendo.

Lavalle.

Rosas.

La Mashorca.

Eran ideas que cruzaban, como relámpagos súbitos del miedo, ó la esperanza, en la imaginacion de todos.

¡Ay de la madre que tenia un hijo fuera de su casa!

¡Ay de la amada que esperaba á su amante!

Un golpe en la puerta de calle, y todos se precipitaban á las interiores.

El corazon queria adivinar.

La imaginacion lo extraviaba.

La realidad arrancaba un suspiro y una sonrisa.

Era un momento de calma, de transicion á otro momento de inquietud, de zozobra, de miedo que debia durar toda la noche, todo el siguiente dia, y dias y semanas todavía.

¿De qué han sido las familias de Buenos Aires? ¿Cómo se ha podido vivir de esta agonía latente, sin que esos espasmos de la sangre, sin que esas contracciones del alma y las arterias no consumieran la vida, y no arrastrasen á la demencia ó al suicidio?

El sueño. Pero ni el sueño era permitido siquiera. Los serenos debian venir cada média hora á despertar á las gentes con un grito de muerte.

No. Ni Roma bajo los emperadoros militares.

Ni ántes en los excesos de sus mas brutales tiranos.

Ni en la historia moderna la Inglaterra durante sus despotismos religiosos; la Francia durante sus reinados criminales; la España durante la hoguera, ofrecen el cuadro de una sociedad entera en la horrible situacion de Buenos Aires, en los meses que describimos, en 1840.

Los tiranos en todas partes han perseguido un partido, una idea. Pero en ninguna han perseguido á la sociedad con una pequeñísima parte de la sociedad misma.

Las proscripciones pegadas en la puerta del senado romano hacian saber siquiera, quiénes eran los que estaban bajo el anatema del odio ó la venganza.

Pero en Buenos Aires ninguno era señalado, y todos estaban bajo el anatema.

La hoguera inglesa no hizo ménos estrago que la española. Pero cada hombre sabia, en las creencias religiosas que profesaba, cuál era el destino que le cabia.

En Buenos Aires no habia mas medio de poder conocer ese destino; no habia otro camino que condujese á la seguridad personal, que convertirse en asesino, para libertarse de ser víctima. Y no se crea que la palabra asesino es empleada como un concepto hiperbólico; sino que materialmente era preciso asociarse á lo mas corrompido de la Mashorca, y tener el cuchillo en la mano, matando ó pronto para matar.

En todas partes la adhesion moral á la causa del poder, por mas brutal y tiránico que fuese, ha sido, naturalmente, una salvaguardia.

En Buenos Aires, no.

El antiguo federalista de principios, siempre que fuese honrado y moderado; el extranjero mismo, que no era, ni unitario, ni federal; el hombre pacífico y laborioso que no habia sentido jamas una opinion política; la mujer, el jóven, el adolescente, puede decirse, todos, todos, todos estaban envueltos, estaban comprendidos en la misma sentencia universal : ó ser facinerosos ó ser víctimas.

CAPÍTULO II.

Santos Lugares.

Las primeras luces del alba se dibujaban sobre el oriente, y la vista se fatigaba por definir los objetos informes que, aquí y allá, se le ofrecian en grandes grupos, en el acampamento de Santos Lugares.

Eran centenares de carretas.

Montes de tierra á orillas de las zanjas que se habian abierto.

Cañones de batería.

Cerros de balas.

Cientos de carpas formadas de cueros, y esparramadas en el mayor desórden.

Caballadas, armas, soldados, mujeres, galeras, todo confundido y en el mas completo desarreglo.

Y el toque de diana en los batallones; la corneta de la caballería; la algazara del cuerpo de indios; la gritería de las negras; el movimiento de los caballos; el grito del gaucho enlazándolos, todo á la vez venia á formar un ruido indefinible, para que el oído, como la vista, se intrigase tambien.

El cuartel general estaba hácia el extremo derecho del campamento, en un grande rancho que sin embargo no hospedaba de noche al general en jefe.

¿Dónde dormia Rosas? En el cuartel general tenia su cama, pero allí no dormia.

En la alta noche se le veia llegar al campamento, y el héroe popular hacia tender su recado cerca de sus leales defensores.

Allí se le veia echarse; pero média hora despues, ya no estaba allí.

¿Dónde estaba? con el poncho y la gorra de su asistente tendido en cualquiera otra parte, donde nadie lo hallara ni lo conociera.

En el momento en que estamos, se desmontaba en el cuartel general, á cuya puerta tomaba mate multitud de jefes, oficiales y paisanos confundidos.

Aquel hombre, de una naturaleza de bronce, que acababa de pasar la noche con las mismas comodidades que su caballo, ó mas bien, con ménos comodidades que el animal, llegaba sin embargo fresco, lozano y fuerte como si saliese de un colchon de plumas y de un baño de leche.

La expresion de su semblante era adusta y siniestra como las pasiones que agitaban su alma.

De poncho, con una gorra de oficial, y sin espada, ni insignia alguna, pasó por medio á su corte, ó su estado mayor, ó lo que fuese, sin dignarse echarle una mirada.

Una gran mesa de pino estaba colocada en medio del rancho, y cubierta casi toda ella de papeles manuscritos é impresos.

Veíanse allí tres oficiales de secretaría pálidos, ojerosos, en un profundísimo silencio, y sin hacer nada; y al general Corvalan con un grueso paquete de pliegos cerrados en la mano, entreteniéndose en leer y releer los sobres de ellos.

Paráronse todos á la entrada de Rosas. Este quitóse su gorra y su poncho, tirólos sobre el catre, y comenzó á pasearse á lo largo de la habitacion; miéntras los escribientes y el edecan, á quienes no habia saludado, permanecian de pié junto á las sillas que un momento ántes ocupaban.

Inmediatamente apareció un soldado, y paróse en la puerta, con un mate en la mano. Ahí quedó clavado.

Rosas continuaba sus paseos.

Al volver de uno de ellos, estiró el brazo, cogió el mate tomó dos ó tres tragos, sin moverse, volviólo al soldado, y siguió sus paseos.

El soldado quedó en su mismo lugar con el mate en la mano.

Al cabo de dos ó tres minutos volvióse á repetir la misma escena; hasta que habiendo sonado el aire entre la bombilla, el autómata salió á renovar el agua.

Y los secretarios y el edecan permanecian parados.

Y Rosas continuaba sus paseos.

Y el cebador del mate iba y venia.

Y esta pantomima duró por tres largos cuartos de hora, cuando ménos.

En uno de esos paseos, paróse de repente junto á la mesa y dijo, con una cara muy alegre, á los escribientes, y como si recien reparase en ellos :

— Siéntense, no mas.

Los escribientes se sentaron.

Luego, volviéndose á Corvalan, preguntóle como admirado :

— ¿Que habia estado ahí?

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿Cuándo vino?

— Hará como una hora.

— ¿Qué ha ocurrido en la ciudad?

— Nada absolutamente, Excelentísimo Señor.

— ¿ Están alegres?

— Sí, señor.

— ¿ Y Victorica cómo está?

— Anoche lo he visto, está muy bueno, Excelentísimo Señor.

— Cuando lo vea déle memorias. Como ayer no ha venido en todo el dia, creia que se habia muerto el gallego. ¿ Y á Don Felipe lo ha visto?

— Sí, Excelentísimo Señor.

Y Rosas soltó una estrepitosa carcajada.

— ¡ Qué miedo tendrá el gobernador delegado! ¿ conque no hay nada?

— Hace dos horas que han llegado por agua estas comunicaciones.

— Á ver, traiga.

Rosas tomó los pliegos; los abrió, y luego de leer las firmas, se los tiró á uno de los escribientes.

— Lea, le dijo, y volvió á pasearse.

El escribiente leyó :

« *Señor Don Juan Manuel de Rosas.*

« Compamento general. Ambril, llanos de la Rioja, Agosto 8 de 1840.

» Mi apreciado gobernador y general.

» El 5 del corriente á las 4 de la tarde arribó á este destino Don Lúcas Llános con su apreciable correspondencia del 2 y 18 del pasado; por ella quedo impuesto que usted se ha dignado acceder á las indicaciones de mi carta de 30 de junio sobre el vestuario, sables, etc., cuya remision se activará desde Córdoba por el general Aleman, que con motivo de ir por unos dias á repararse de una enfermedad que le molesta.... »

— Buenos; que se muera; y que se muera el fraile tambien, ¿ no es esa la del fraile Aldao?

— Sí, Excelentísimo Señor.

— Extráctela luego. Á ver; lea otra. ¿ Cuál es esa?

— Del comandante Don Vicente González. Da cuenta de las marchas de.......

— No le pregunto de qué da cuenta. Lea.

— Da cuenta de las marchas que ha hecho el cabecilla Lavalle en los dias 30 y 31 de Agosto; 1 y 2 de Setiembre.

— Á ver; lea las marchas.

— « Dia 30. »

— ¿ De qué?

— De Agosto, dice ántes, contestó el escribiente tartamudeando.

— Pero ahí tambien debia decirlo. Á ver, póngale una nota á este viejo bruto, dijo Rosas á otro de los escribientes; diciéndole que otra vez ponga con mas claridad las marchas del ejército de los salvajes unitarios.

— ¿ Le dijo que escriba las fechas de las marchas?

— Váyase á un cuerno; escriba lo que le digo. Siga usted.

El primer escribiente continuó :

— « Dia 30; como á las ocho y média de la mañana carneó el ejército de los inmundos salvajes unitarios, y luego marchó hácia la Villa de Lujan y campó cerca del pueblo, á las cinco y média de la tarde, en la Quinta de Marcó.

» Dia 31; el cabecilla Lavalle ha dejado en la Villa de Lujan varias carretas y parte de la artillería, y lleva solo dos obuses y dos piezas ligeras. En este dia el cabecilla ha tenido junta de jefes y oficiales. No se sabe para qué.

» Dia 1; el cabecilla permanece en el mismo lugar. Han salido dos escuadrones, el uno hácia la Capilla del Señor, y el otro con direccion á Zárate.

» Dia 2; á las nueve de la mañana se puso en marcha el ejército de los salvajes unitarios.

» Á una legua hicieron alto.

» Á las doce volvieron á marchar los asquerosos unitarios.

» Á la una y média hicieron alto.

» Á las dos de la tarde volvieron á marchar.

» Á las tres hizo alto todo el ejército.

» Á las cuatro continuaron la marcha, y á las cinco y média pasaron el arroyo de la Chosa.

» Á las seis camparon en los dos puestos de Ramírez, con cuyos ranchos hicieron fuego los salvajes unitarios. »

— No hay mas, dijo el escribiente.

— Pasado mañana pueden estar en Merlo; mañana tambien, dijo Rosas y empezó á pesearse mas precipitadamente por el cuarto.

— ¿Qué dice esa comunicacion de López? preguntó parándose de repente, y despues de un largo rato de silencio.

— Que marcha sobre San Pedro

El cebador de mate volvió á aparecer en la puerta del rancho.

— ¿No hay una carta sin firma ahí?

— Sí, Excelentísimo Señor.

— A ver léala toda.

El escribiente leyó :

« Montevideo, 1º de Setiembre de 1840.

» Excelentísimo Señor :

» Despues de mi carta de anteayer no hay mas novedad sino la que ha traido ayer un buque de guerra inglés, que ha llegado del Janeiro, sobre la venida de un nuevo almirante frances, mandando la expedicion que debe venir en auxilio de los traidores y desnaturalizados unitarios, que venderian su patria al extranjero, si no fuera el brazo poderoso de V. E. que la está defendiendo solo contra tantos.

» Aquí los salvajes unitarios siguen en la mas completa anarquía.

» Unos hablan pestes de Lavalle porque no avanza tan pronto como quisieran. Otros.....

— Vea qué bulla es esa, Corvalan. No; espérese. Anda á ver, dijo Rosas al soldado del mate; porque en efecto se sentia cierta algazara en el campo.

El soldado salió y los escribientes y Corvalan quedaron en perplejidad.

— Siga no mas, dijo Rosas al escribiente.

Este prosiguió :

» Unos hablan pestes de Lavalle.....

— Ya leyó eso, no sea bruto.

El lector se puso pálido como la cera, y prosiguió :

» Otros gritan que no debe seguir adelante hasta que.....

— ¿Qué hay? preguntó Rosas al soldado que entraba, miéntras el escribiente rayaba con la uña la diccion en que habia quedado pendiente la lectura.

— Nada, señor.

— ¿Cómo nada?

— Es uno que vende dulces, y los compañeros dicen que es espía de Lavalle.

— Ha de ser, pues. ¿De dónde viene?

— No sé, señor; pero ha de ser de por ahí no mas.

— Bueno, á los compañeros que hagan lo que quieran.

El soldado salió. Y Rosas hizo señas al escribiente para que continuase su lectura.

Prosiguió :

» haya sublevado en su favor todas las simpatías del país. Y el cabecilla Lavalle debe estar sin saber qué hacer porque cada uno le aconseja de distinto modo. Por lo que hace á Rivera.....

El lector se paró de súbito á los horribles gritos, á los ayes que transian el alma y que se exhalaban á pocos pasos de allí, de Rosas : era que estaban degollando al vendedor de dulces, entre la grita y alegría salvaje de los soldados y la chusma, al ver la sangre y las agonías de la víctima.

Este infeliz se llamaba Antonio Fragueiro Calviño. Era viejo de sesenta y tantos años, y vendedor de masas por profesion, y que habia ido ese dia á Santos Lugares, á hacer comercio con su cajon de dulces, arrastrado fatalmente por su destino.

— Siga, pues, dijo Rosas con la mayor flema.

» Por lo que hace á Rivera no les ha de dar el mínimo auxilio, pues está deseando que se pierdan todos, no porque el pardejon no sea tan unitario como ellos, sino porque todos viven así en la mas completa anarquía.

» Todos los dias llegan fugados de esa. Me consta que la mayor parte se embarca por la costa de San Isidro en balleneras francesas que van á buscarlos; y me parece que ese punto es el que debe ser mas vigilado.

» Mañana volveré á escribir á Vuecelencia como lo hago en todas las ocasiones que me es posible.

» La letra de cien onzas me fué paga á la vista.

» Quedo haciendo votos por el triunfo de Vuecelencia. »

— No hay mas.

— Mire, dijo Rosas dirigiéndose á Corvalan, usted se va á la ciudad ¿no?

— Como Vuecelencia lo ordene.

— Tiene qué hacer. Busque á Cuitiño y dígale que me han escrito de Montevideo que está dejando escapar por plata á los unitarios que se embarcan por la costa de San Isidro; que yo no lo creo, pero que no deje que los salvajes unitarios le estén sacando el cuero de ese modo; y que yo he de ir una noche de estas á pasear por la costa.

— Muy bien, Excelentísimo Señor.

— Y cuente á los amigos, y á él tambien, todo lo que ha visto y oido por aquí..... ¿Me entiende?

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿No está Maza ahí en la puerta? preguntó Rosas al soldado que estaba con el mate, en que, de cuando en cuando, tomaba Rosas algunos tragos.

— Ahí está, respondió aquel.

— Que venga.

Un instante despues apareció Mariano Maza, jefe de un cuerpo llamado de la marina : hombre que mas tarde debia jugar un sangriento y repugante papel en las guerras de Rosas.

Era entónces como de treinta y cinco años, de estatura regular, rubio y de una fisonomía gatuna y siniestra, donde estaban dibujados francamente los instintos del mal y del vicio.

Presentóse con su gorra militar en la mano, delante del que tenia en su frente, tibias y en relieve, las manchas de sangre de su tio y de su primo hermano.

Rosas lo miró sin dignarse saludarlo, y le preguntó :

— ¿No están en su cuartel unos que trajeron ayer?

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿Cuántos son ?

— Son cuatro, Excelentísimo Señor.

— ¿Cómo se llaman?

Maza sacó un papel de su bolsillo y leyó :

— José Yera, español.

— Gallego, diga.

— José Yera, gallego, y su hijo.

— ¿Estos los mandaron de Lóbos, no?

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿Y los otros?

— Un tal Vélez, cordobes, y Mariano Álvarez, porteño.

— ¿Esos son todos?

— No han traido mas, Excelentísimo Señor.

— Bueno; fusílelos.

Maza hizo una profunda reverencia y salió; miéntras que Rosas volvió á sus paseos.

Al cabo de cinco minutos se paró y dijo:

— Vaya no mas, Corvalan.

El edecan se disponia á salir.

— Ah, lleguese á lo de María Josefa y dígale que haga lo que quiera. Que si son unitarios no le importe de nada.

— Muy bien, Excelentísimo Señor.

— Mire, véase á Mariño y dígale....... La voz de Rosas y la atencion de todos fué suspendida por la detonacion de dos descargas sucesivas.

¡Yera y su hijo, Álvarez y Vélez acababan de caer asesinados por el plomo de Rosas; como diez minutos ántes habia caido Calviño bajo el bárbaro cuchillo federal!

— Dígale, pues, á Mariño, continuó Rosas, con la mas inaudita tranquilidad, todo lo que hay por aquí; dígale tambien que parece unitario, porque están muy flojos sus artículos.

Esto decia Rosas en los momentos en que la *Gaceta Mercantil* chorreaba sangre, azuzando a los lebreles de la federacion al exterminio de todos los unitarios.

Y Corvalan así cargado de comisiones, cada una envolviendo una muerte ó una desgracia, montó á caballo con ménos seguridad que la que su nombre tenia de pasar tristísimamente á la posteridad, si no como un actor de crímenes, porque en efecto no lo fué el general Corvalan, á lo ménos como un modelo de sumision y de obediencia pasiva al tirano á quien sirvió por tantos años.

Pero no bien su caballo habia dado algunos pasos cuando el cebador de mate lo alcanzó, y llamó al edecan de parte de Rosas.

El viejecito se desmontó con trabajo, y tropezando con su espadin, y las charreteras bailándole, volvió á la presencia de Rosas, miéntras que el soldado iba á buscar un vaso de agua que habia pedido el dictador.

CAPÍTULO III.

Un vaso de sangre.

—¿Ya se iba?

— Ya, Excelentísimo, Señor.

— No; espérese. Siéntese.

Corvalan se sentó.

—Á ver, continuó Rosas dirigiéndose á uno de los secretarios; ¿cuál es el legajo que trajeron ayer?

— Aquel, Excelentísimo Señor, contestó el secretario señalando uno inmenso que estaba sobre una silla.

— Desátelo.

— Ya está, Excelentísimo Señor.

— Bueno, saque una clasificacion.

— ¿Cuál de ellas, Excelentísimo Señor?

— Empiece por la primera. Búsquela.

El escribiente se puso á recorrer los papeles.

Aquí está, Excelentísimo Señor.

— Lea.

Y Rosas volvió á sus paseos en la habitacion, miéntras que el ordenanza permanecia parado en la puerta con el vaso de agua en la mano.

El secretario leyó lo siguiente: *

* Entre los curiosos documentos inéditos, que poseemos hoy, de tiempo de la dictadura, se hallan las famosas *clasificaciones*, de que tanto se ha hablado, y que comprenden nueve mil cuatrocientos cuarenta y dos individuos; comenzadas en 1835, y concluidas, parece, en 1844.

Cuando escribimos la AMALIA, en el destierro, nos referimos á ellas, pero, como se comprende, no poseíamos los documentos. Hoy que están en nuestro poder, insertamos en el texto de la obra, que se conservaba inédito, una pequeñísima parte de ellos, para que se vea el órden y la prolijidad de esas tablas.

Buenos Aires, 1855.

CLASIFICACIONES DE 1835.

NUMERO 1.

General D. Juan José Viamont, enemigo de los restauradores.

General D. Nicolas de Vedia, sostuvo el gobierno de Balcarce, y proclamó al pueblo con entusiasmo en contra del ejército.

General D. Tomas Iriarte, este nunca fué federal; sostuvo con encarnizamiento á Balcarce.

General D. Gervasio Espinosa, este fué federal, y se convirtió enemigo por sostener al gobierno de Balcarce, de quien recibió especiales consideraciones.

Coronel D. Francisco Linch, desertó del partido federal, y fué agente del ministro de la Guerra Martínez, en buscar prosélitos que sostuvieron su causa inicua.

Coronel D. Juan Pedro Luna, desde que regresó del ejército del sud era un furioso en hablar con publicidad del general, y de todo individuo que sostenia el partido federal; solo una administracion tan corrompida como la de aquella época pudo permitir tanta audacia sin contenerlo; en consecuencia tomó las armas; últimamente fué comprendido en la reforma, pasándole al estado mayor inactivo, pero en el momento pidió su licencia absoluta, y se le concedió.

Coronel D. Paulino Rójas, unitario y lomo negro, está en el estado mayor inactivo.

Teniente Coronel D. Prudencio Tórres, fué unitario empecinado y despues federal y últimamente lomo negro.

Teniente Coronel D. Juan José Olléros, lomo negro empecinado; está reformado.

Sarjento Major D. Manuel Tórres, se singularizó en las elecciones de Abril, y ha estado en contra de los federales; es oriental y pariente de Martínez.

Teniente Coronel de milicias D. Epitacio del Campo, fué federal y despues lomo negro empecinado, se singularizó en las elecciones de Abril; esto el valió para ser jefe de

policía, en cuyo destino hostilizaba á todos los federales que no eran de su faccion.

D. Juan Manuel Canabery, lomo negro empecinado; tenia una proteccion decidida, y en consorcio de D. Epitacio del Campo hacian todos los remates del gobierno, en lo que ganaron gruesas cantidades.

D. Juan José Bosch, fué federal y se convirtió en lomo negro entusiasmado.

Teniente Coronel D. Manuel Gregorio Mons, español, lomo negro, y ciego agente del general Espinosa.

Coronel D. Bernardo Castañon, lomo negro, y espía del gobierno de Balcarce.

Coronel D. José María Echauri, en todo como el anterior.

Mayor D. Lorenzo Melgar, lomo negro empecinado, seducia á los paisanos: salia en todas las guerrillas, hasta que fué inutilizado por un lanzazo.

Mayor D. Casiano Aparicio, lomo negro empecinado.

D. Federico Obenr, este, siendo particular y extranjero, andaba con una partida hostilizando á los paisanos en los dias de la revolucion, fué comisionado por Balcarce para persuadir al general Izquierdo viniese con su fuerza á la ciudad, quien lo arrestó, y puesto á disposicion del general del ejército, fué remitido preso á la Guardia del Monte.

D. Matías Aberastegui, era oficial de abastecedores; tomó las armas contra sus compañeros y sirvió de ayudante del general Olazabal.

Mayor D. Martin Olazabal, lomo negro, tomó las armas.

Mayor D. Jerónimo Olazabal, unitarios y lomo negro.

D. Diego Vivar, este trabajó con empeño en seducir los milicianos del comandante Navarrete, por lo que fué arrestado y remitido á la Guardia del Monte.

D. Marcelino Carranza, unitario y lomo negro.

Teniente Coronel D. Benito Nazar, unitario y lomo negro.

Capitan D. Marino Bermúdez, está con el concepto de unitario, lomo negro, no ha servido en el ejército de la federacion; actualmente está causado por haber muerto á un músico de patricios.

Mayor D. José Gueselaga, lo fué del batallon de defensores, partidario del general Martínez, y lomo negro.

Mayor D. Rufino Guati, unitario y lomo negro.

Teniente Coronel D. Francisco Seguí, unitario y lomo negro.

Teniente Coronel D. Antonio Toll, en todo como el anterior.

Capitan de milicias D. Pablo López, era federal, se volvió lomo negro y tomó las armas.

Capitan de milicias D. Martin Amarilla, en todo como el anterior.

Capitan de milicias D. Luis Casar, idem, idem.

Teniente Coronel D. Mariano Moreno, lomo negro; sostuvo con ardor al gobierno de Balcarce.

Coronel D. Juan José Martínez Fóntes, en todo como el anterior.

Coronel D. Nicolas Martínez Fóntes, mandó el batallon « Rio de la Plata; » estaba tan entusiasmado que el dia de las elecciones de Abril formó la tropa en el cuartel y la proclamó diciendo : que murieran los absolutistas.

D. José María Zelaya, este era federal, lo trastornó el ministro de Guerra Martínez (se dice que por intereses), pero él era su agente y panegirista.

D. Demetrio Villarino, era juez de paz de San Fernando y lo sedujo el comandante D. Manuel Feliciano Fernández, por cuyo motivo lo depuso del cargo el general del ejército.

D. Juan José Maciel, era juez de paz de San Isidro, en todo como el anterior.

Coronel graduado D. José María Escobar, lomo negro, no es bueno ni para amigo, ni para enemigo.

D. Diego Piñero, fué juez de paz de las Conchas ; partidario entusiasta de Balcarce.

D. Plácido Viera, este de particular fué hecho en los dias de la revolucion de Octubre, sarjento mayor de caballería de línea y anduvo con partida ; se le recogieron los despachos por comprenderlo la revolucion de la Honorable Sala.

D. José María Grimau, era corredor de número y uno de los mas exaltados en la revolucion contra los federales.

Coronel D. Rafael Hortiguera, lomo negro, pero moderado.

D. Pedro Echenagusia, siendo paisano se ofertó al go-

bierno para formar una compañía para pelear contra los federales, no llenó su compromiso, pero recibió ocho mil pesos que se quedó con ellos.

Capitan D. Emilio Góngora, lomo negro, y estuvo hasta lo último con las armas en la mano.

D. Mariano Artayeta, era mayor de Lavalle, unitario empecinado y se presentó en los dias de la revolucion á tomar las armas contra nosotros.

D. Mariano Aquilino, era alcalde del cuartel 17; hizo primores en las elecciones á favor de la lista negra, y últimamente tomó las armas.

Coronel D. Juan Coé, yerno de Balcarce, en los momentos de la revolucion le dieron el mando del puerto.

D. Pedro Echagüe, lomo negro y espía del ministro Martínez.

Sarjento mayor D. Julian Martínez, hijo político del ministro Martínez, tomó las armas.

Coronel D. Manuel Rójas, unitario y lomo negro.

Coronel D. Roman R. Fernández, lomo negro, trabajó con calor en las eleciones en contra de los federales.

Capitan D. Mariano Quíntas, unitario y tomó las armas.

D. Antonio Martínez Fóntes, escribió contra los federales, actualmente está empleado en la aduana.

D. Dámaso del Campo, lomo negro y trabajó en las elecciones en contra nuestra.

Teniente Coronel D. Juan Santiago Wascalde, unitario acérrimo, actualmente está empleado en el parque.

Capitan D. Bartolo Herrera, peleó contra los federales, está en el estado mayor activo.

Teniente Coronel D. Ramon Lístas, unitario y lomo negro.

Mayor D. Bartolo Fernández, lomo negro completo; se hizo notar por su encarnizamiento en las elecciones y con las armas en los dias del movimiento.

Teniente Coronel D. Amadeo Ibarrola, cuando estalló el movimiento del 11 de Octubre se hallaba de comandante en Quílmes, donde lo habia mandado dias ántes el gobierno. Los patriotas lo sorprendieron esa misma noche y despues de arestado lo pusieron en libertad, juramentándolo en que no tomaria las armas. Correspondió á esta generosidad con bajeza, y lo que se vió libre las tomó de nuevo.

Sarjento mayor D. Félix Iriarte, unitario y lomo negro.

Sarjento mayor D. Ciriaco Otero, tomó las armas contra los federales.

Teniente Coronel D. Victorio Llorenti, estaba empleado en la inspeccion, y en los dias del movimiento de Octubre, como se habia dado á conocer por su exaltacion, lo colocó el general Olazabal de su segundo en el cuerpo de patricios.

Mayor D. Pedro Calderon, unitario y lomo negro.

D. Gregorio Silva, era juez de paz de la Concepcion, lomo negro empecinado y el agente del general Olazabal.

D. Eduardo Espinosa, era oficial de abastecedores, estuvo adentro con las armas en la mano, por esto fué arrojado del cuerpo.

Presbitero D. Mateo Vidal, enemigo acérrimo de los federales, era el que sostenia en la sala de representantes todas las disposiciones del gobierno en aquella época, y dirigia al ministro de la Guerra Martínez.

Goronel D. Ángel Salvadóres, lomo negro, estuvo con las armas en la mano al mando de un canton.

Mayor D. Ramon Carabajal, unitario y lomo negro.

BATALLON DE ARTILLERÍA.

Clasificacion d los jefes y oficiales de él.

Comandante D. Juan Cebállos, obtuvo este empleo por el gobernador Balcarce despues del 11 de Octubre; lo ratificó Viamont; estuvo con las armas en la mano. No ha hecho mas servicios á la federacion que la expedicion á Córdoba.

Capitan D. Martiniano Aparicio, unitario y lomo negro.

Capitan D. Luis Arguero, lomo negro.

Teniente D. Manuel Visetrez, unitario.

Ayudante D. José Revol, lomo negro.

Teniente D. Norberto Abrego, lomo negro.

Subteniente, D, Manuel Castañon, lomo negro.

Batallon Guardia Argentina. — Los jefes y oficiales sin excepcion son federales y de toda confianza.

Regimiento N.° 1.° de Campaña. — Los jefes y oficiales sean de línea como de milicias que actualmente tiene, son federales y de confianza.

Relacion de los lomos negros enemigos de los federales, y se hallan ausentes fuera de la provincia.

Brigadier D. Juan Ramon Balcarce; brigadier D. Enrique Martínez; general D. Félix Olazabal; coronel D. Manuel Olazabal; t. coronel D. Manuel Feliciano Fernández; t. coronel D. Ignacio Inarra; t. coronel D. Adriano Cardozo: mayor D. Benito Olazabal; mayor D. Marcelino Aguilar; capitan D. Casimirio Garmendia; capitan D. Marcelino Salínas; teniente de milicias de José Estanislao Bejarano, *paisano;* paisano Juan José Cano; guarda José Villoldo; guarda Pedro José Molina.

— No hay mas, Excelentísimo Señor.

— Bueno; lea la segunda, dijo Rosas continuando su paseo, y el escribiente leyó:

CLASIFICACION.

NUMERO 2.

Empleados civiles de todas clases que son muy marcados por sus opiniones.

Departamento de policía.

Comisarios. — D. Matías Róbles, *federal;* D. Ángel Herrero, *idem firme;* D. Pedro Romero, *idem firme;* D. Lorenzo Laguna, *idem, idem;* D. Pedro Chanteiro, *idem, idem;* D. Isidoro López, *idem, idem;* D. Hilario Abálos, *idem, idem;* D. Juan José Castro, *idem,idem;* D. Diego Ruiz, *federal;* D. Manuel García, *idem;* D. Manuel Insúa, *idem;* D. Juan Manuel Serrano, *idem;* D. Pedro C. Chavarria, *idem firme;* D. Ciriaco Cuitiño, *federal* firme *y sobresaliente;* D. Andres Parra, *idem, idem, idem.*

Comisario en comision. — D. Marcelo Aspitia, *federal firme.*

Oficial 2.o — D. Pedro Romero, *federal.*

Oficiales de mesa. — D. Juan Moreno, *idem;* D. Ramon Tórres, *idem;* D. José María Zamorano, *federal firme*, D. Francisco Plot, *idem, idem;* D. Baltasar Agüero, *insignificante é inasistente al servicio.*

Oficiales escribientes. — D. Francisco A. Maciel, *nuevo en el partido, con buena conducta;* D. Estéban Ojeda, *idem, idem;* D. Francisco Cámara, *idem, idem, fué unitario;* D. Juan Victorica, *demostró ser buen federal en la época de los renegados, y continúa;* D. Manuel Ovella, *español unitario;* D. Ángel M. Gómez, *se ignora su actual opinion y fué unitario.*

Administradores de los carros fúnebres y de policía. — 1.° D. Luciano Isla, *federal;* 2.° D. Pedro Obrego, *federal firme y neto.*

Alcaides del depósito de policía. — 1.° Gregorio Guzman, *federal;* 2.° Santiago Olivero, *idem.*

Tesorero de policía. — D. Francisco Eyzaga, *buen federal.*

Nota. Entre los vigilantes hay muchos buenos federales, pero otros son enteramente desconocidos respecto de su opinion, y será preciso el clasificarlos despacio, previos los informes convenientes.

Actuales jueces de paz en la ciudad. — Catedral al norte : D. Inocencio Escalada, *federal;* San Nicolas : D. Julian Gonzáles Salomon, *federal firme y sobresaliente;* Piedad : D. Antonio Viera, *federal;* Monserrat : D. Manuel Maestre, *idem;* Concepcion : D. José María Píntos, *idem;* Socorro : D. Gabriel Ferreyra, *idem;* San Telmo : Francisco Buzaco, *idem;* Pilar : D. Juan Ovalle, *idem;* San Miguel : D. José Moreno, *idem;* Balbaneda : D. Mariano Lorea, *renegado.*

Nota. Hay un alcalde en esta última parroquia llamado D. Eustaquio Giménez, que tiene actitudes, es hombre de bien y federal conocido.

Empleados del fuerte. — D. Pedro Salvadóres, *unitario y renegado;* D. Benedicto Maciel, *pasa por federal, pero lo pasaba bien con los renegados, y gobierno subsiguiente* D. Severo Belvis, *renegado;* D. Mariano Balcarce, *idem* D. Demetrio Peña, *idem y unitario;* D. José María Sagasta,

idem; D. Gregorio Alagon, *idem*, *idem*; D. Prudencio Gramajo, *idem*, *idem*; D. Avelino Balcarce, *renegado*.

Ministerio de Guerra. — Oficial mayor D. Mariano Moreno, *renegado*; D. Juan J. Martínez Fóntes, *idem*; D. José M. Agrelo, *idem*; D. Márcos Agrelo, *idem*; Luis Méndez, *idem*; D. Estéban Badlam, *renegado*; Dr. D. Mariano Herrera, *unitario*; D. Pedro Diaz de Vivar, *renegado*; D. Justo Balcarce, *idem*.

Contaduría general. — D. Tomas Usúa, *unitario y renegado*; D Antonio Marcó, *idem*, *idem*; D. Mariano Javelera, *idem*, *idem*.

Archiveros. — D. Jerónimo Lasala, *vive con todos*; D. Mariano Vega, *renegado exaltado*.

Colecturía. — D. Santiago Calzadilla, *unitario*; D. Márcos Sauvidet, *unitario*; D. Juan Araujo, *renegado malo*; D. Antonio Martínez Fóntes; *renegado*.

En el resguardo. — D. José M. Somalo, *renegado*; D. José A. Echevarría, *idem*; D. José Guerréros, *renegado exaltado y fué agente del gobierno de Balcarce*; unos Peñas, *renegados*; D. N. Perelló, *unitario y renegado*.

Debe haber en el resguardo otros muchos renegados, segun la opinion general.

Correos. — D. Manuel J. Albarracin, *unitario*; D. Bonifacio Salvadóres, *idem y renegado*; F. Olayo Pico, *unitario*.

Institucion de serenos. — Presidente D. José Olaguer, *renegado*, *vive con todos*.

Tesorero. — D. Felipe Botet, *unitario muy renegado*.

Ayudantes. — D. Juan Bautista Perichon, *unitario*; D. Pedro Botet, *renegado*; D. Antonio José Larrosa, *vive con todos*; D. José Álvarez, *federal*; D. Ambrosio Correa, *idem*; D. José Leon Gutiérrez, *idem muy comprometido*.

Serenos pertenicientes al partido de los renegados. — Pedro Espejo : Fermin Urain; José Pillao; Manuel Róxas; Juan Navea; Cosme Méndez; Vicente Gómez; Nicolas Martínez; José Alcolea, *y unitario*; Rufino Blanco; Manuel Sosa; Manuel Rubio; Gregorio Diaz, *y muy malo en la época pasada*; Domingo Lara, *y unitario malo*; Nicolas Blanco; Lorenzo Vose; José M. Cabot; Juan Ramon Diaz; José Rámos; Pedro Melo; Atanasio Romero; Luís Peredo; Francisco Rodríguez; Alberto Burañez; José Isla; Vicente Montillo; Francisco Tixera; José M. Ordóñez; Julian Muñoz.

Individuos de todas clases.

D. Luis Vega, *ex juez de paz el año* 33, *renegado exaltado.*

D. José M. Zelaya, *empleado en el parque, renegado.*

Un empleado del mismo destino apellidado Velázquez, *renegado.*

D. Matías Aberasteguy, *ex alcalde del cuartel número* 9, *renegado.*

D. Martin Troncoso, *idem del número* 13, *renegado exaltado.*

D. José Pico, *idem del* 52, *idem, idem.*

D. Demetrio Villarino, *ex juez de paz de San Fernando, renegado.*

D. Juan José Maciel, *ex juez de paz de San Pedro, renegado.*

D. Juan Barrenechea, R.te, *renegado.*

D. Vícente Arraga, *idem, idem.*

D. Irineo Portela, *idem, unitario.*

D. Ignacio Martínez, *idem, renegado.*

D. Pedro Trapani, *idem, idem.*

D. Baldomero García, *vividor con todos los partidos y muy relacionado con los unitarios.*

Dr. D. Mateo Vidal, *eclesiástico, renegado.*

D. Francisco Silveira, *canónigo, idem.*

D. Ramon Olavarrieta, *cura, idem.*

D. Manuel Nazar, *teniente cura, renegado y unitario.*

D. José Albarracin, *cura renegado.*

D. Mariano Brizuela, *presbítero, unitario.*

D. Bernado José Campos, *cura idem.*

Abogados. — Dr. D. Pedro José Agrelo, *renegado;* Dr. D. Valentin Alsina, *unitario;* Dr. D. Marcelo Gamboa, *moderado;* Dr. D. Pedro del Valle, *renegado;* Dr. D. Manuel Belgrano, *unitario;* Dr. D. Juan José Cernádas, *renegado;* Dr. D. Bernado Vélez, *unitario malo;* Dr. D. Florentino Castellano, *unitario renegado;* Dr. D. Paulino Ibarbás, *unitario;* Dr. D. Rafael Macedo Ferreira, *renegado;* Dr. D. José Tomas Aguiar, *idem.*

Escribanos. — D. Francisco Castellote, « *unitario él, su*

mujer, hijos é hijas » *); (« *Agregado auxiliar* ») Antonio Fausto Gómez; D. Manuel Covia, *unitario*, « *del consulado* »; D. Márcos José Agrelo, *unitario, escribano de número;* D. Teodoro Montaño, *renegado;* D. Luis Castañaga, *unitario incorregible;* D. Luis López, *federal*, « *buen sugeto;* » D. Laureano Silva, *idem*; D. Miguel Mogrovejo, *renegado;* D. José María Jordan, *unitario;* D. Juan José Canaberis, *procurador renegado*, « *malo, incapaz;* » José Joaquin Rubí, *federal firme.*

Médicos y Cirujanos.— Los dos Almeidas, *unitarios moderados;* D. Cosme Argerich, *renegado;* D. Pedro Carrasco, *unitario;* D José Fuéntes, *federal;* D. Fernando María Cordero, *idem firme;* D. Andres Dik, *extranjero federal;* D. Juan Antonio Fernández, *unitario;* D. James Leppar, *extranjero, no es unitario;* D. Pedro Martínez, *renegado;* D. Pedro Róxas, *unitario;* D. Manuel Salvadóres, *idem, renegado;* D. Justo García Valdes, *idem, idem;* D. Benjamin Vicites, *idem, idem.*

Particulares.

Unitarios, y federales renegados. — D. Mariano Fragueiro, *unitario;* D. José Pérez (comandante), *idem;* D. Manuel Arroyo y Pinedo, *muy unitario;* D. José Arroyo y Pinedo, *idem, idem;* D. Juan Fernández Molina, *unitario;* D. Ventura Arzac, *idem, malo;* D. José María Arzac (impresor), *renegado y malo;* D. Pablo García (vago), *idem, idem;* D. Francisco Lavalle, *unitario;* D. Francisco Seguí, *idem;* D. Joaquin Bel grano, *idem;* D. Pedro Berro, *idem;* D. Fidel Casati, *idem;* D. Miguel Fernández, hermano del Manuel Feliciano, *renegado;* D. Cárlos Lamarca, *unitario;* D. José María Maldonado, *idem;* D. Molino Tórres, Ángel, *idem;* D. Sebastian Ocampo, *unitario exaltado;* D. Cárlos Réyes, *idem;* D. Miguel Sánchez, *idem, muy exaltado;* D. Manuel Terri, empleado en el banco, *unitario;* D. Gregorio Terri, empleado en el banco, *idem;* D. Marcelino Carranza, *renegado;* D. Manuel Carranza, *uni-*

* Todas las palabras que en este documento van en bastardilla y con comillas, son anotaciones que en el original están escritas de puño y letra de D. Juan Manuel Rosas.

tario y renegado; un jóven Máximo Lara, *muy renegado,* D. Juan Manuel Canaveris, *idem, idem;* D. Benito Diaz (corredor), *unitario renegado;* D. Juan de Dios Padron, *idem;* D. Matías Aberastegui, *ex alcade del cuartel número* 9, *renegado;* D. Pedro Echenagusia, *renegado malo, espía pagado en el gobierno de Balcarce contra los federales;* D. Manuel Vega, *renegado malo y atropelló á algunos ciudadanos en la época malhadada de los renegados;* D. José María Laínes, *unitario malo y renegado;* D. Gervasio Armero, *renegado y no hace honor al empleo de oficíal de justicia que ejerce.*

Federales de varias clases que pertenecen á la Sociedad popular restauradora y son comprometidos.

D. Martin Santa Coloma, *sobresaliente;* D. Pablo Hernández, « *representante, fortuna* »; D. Sebastian Sárate; D. José M. Boneo, « *b.* »; D. José Aldao, « *b.* »; D. Ramon Bústos, « *edecan* »; D. Rafael Bárrios, « *bueno* », « *abastecedor* »; D. Hilario Rodríguez, *capitan de pardos,* « *empleado* » D. Miguel Plánes, « *b.* »; D. Manuel Alarcon, « *b.* », « *capitan* »; D. Laureano Almada, « *b.* », *puesto verdura* »; D. José Tomas Robledo, « *b.* », « *capitan del* 6 *ó de la partida de Cuitiño* »; D. Andres, Robledo, « *b.* », « *idem capitan* »; D. Bernado Fuéntes, « *b.* », « *mercado* »; D. Pedro Nolasco Contin; D. Andres Cabo, « *b.* », « *casa propia, en el puente, fortuna* »; D. Juan Merlo, « *b.* », « *capitan* »; D. Manuel Barbarin; D. Manuel Núñez; D. Julian de Leon; D. José Antonio Reynoso; D. Bernardino Orellana; D. Máximo Sosa (negro); D. Silvestre San Martin (negro); D. Francisco Molina; D. José María Yedros, capitan pardo, « *b* »; D. José Rodríguez (pardo), « *b.* »; D. Daniel Capdevila (negro), « *b.* »; D. Mariano, Castillo, « b. »; *capitan de milicia* »; D. Antonio Bonifas (marina), « *b.* », « *en el servicio de la marina* »; D. Evaristo Idalga; D. Antonino Réyes; D. Trifon Cárdenas (oficial); D. Francisco Isar; D. Antonio Reynoso; D. José Píntos, « *b.* »; D. Vicente Funes; D. José A. Limenez, « *hacendado del N.* »; D, José Domingo Montaño; D. Juan Baleyja, « *b,* », *cap.ⁿ M.*; D. Lorenzo García; D. Martin Farias (del resguardo); D. Mateo Castañon; D. Manuel Búrgos; D. Ángel Octan; D. Francisco Esquibando; D. José M. Pita; D. Ma-

uel Araoz de Parra; D. Ciriaco Gari (oficial de milicia); D. Felvo Briones (oficial militar); D. Mariano Soria; D. Diego Obirson; D. Antonio Miranda; D. Juan Molina; D. Pedro Santellan; D. Laureano Silva (escribano); D. Cayetano Laprida; D. Juan José Olivera; D. José Serapio Gaona; D. Máximo Taybo; D. José Tibursio Sánchez; D. José D. Farias; D. José Carrasco; D. Francisco Farias; « *b.* », « *capitan* »; D. Manuel Altolaguirre (pardo); D. Juan Balanzártegui (negro); D. Manuel Abrego; D. José Gabriel Romero; D. Pedro Aberastegui; D. Juan Fuéntes D. Félix Padin (*pardo*), « *b.* » « *verdulero* »; D. Roque Narbona (*negro*); D. Juan José Pérez de la Rosa, « *bueno*, *oficial rebajado* »; D. Gregorio Sufrategui.

Otros federales, aunque no son de la sociedad.

D. Bonifacio Huergo; D. Manuel Rábago; D. Miguel Oñederra; D. Anselmo Farias, *sobresaliente;* D. Domingo Eyzaga « *b.* »; D. Miguel Casal (*ex comisario*); D. Evaristo Pineda, (*corredor*); D. Simon Pereira; D. José Vari; *y otros muchos.*

Respecto á los negros de la última clase pueden considerarse federales prontos á sostener la causa mas de las nueve décimas partes de ellos, y la otra se compone de algunos oficiales del cuerpo de defensores (que pueden ser clasificados á su tiempo) y de otros pobres ignorantes, alucinados por ellos.

— Se ha concluido, Excelentísimo Señor.

— Entónces, deje ahí no mas; vaya separando las otras para leerlas luego; pero mire, cuando vea *unitarios* en esos papeles, léame *salvajes* unitarios. Tome, Corvalan. Llévele á María Josefa y dígale que vaya entresacando; que mañana le mandaré otras.

— ¿Nada mas, Excelentísimo Señor?

— Nada mas.

Corvalan salió.

En ese momento tomó Rosas el vaso de agua de manos del ordenanza.

La puerta vidriera del rancho daba al oriente, y los vidrios estaban cubiertos por cortinas de coco punzó. El sol estaba levantándose entre su radiante pabellon de grana; y

sus rayos quebrándose en los vidrios de la puerta, y su luz tomando el color de las cortinas, venia á reflejar con él en el agua del vaso un color de sangre y fuego.

Este fenómeno de óptica llevó el terror á la imaginacion de los secretarios, que, herida por la idea que acababan de comprender en Rosas al mandar las clasificaciones á su hermana política, les hizo creer que el agua se habia convertido en sangre, y súbitamente se pararon pálidos como la muerte.

La óptica y su imaginacion, sin embargo, se habian combinado para representar, bajo el prisma de una ilusion, la verdad terrible de ese momento. Sí; porque en ese momento bebia sangre, sudaba sangre y respiraba sangre : concertaba en su mente, y disponia los primeros pasos de las degollaciones que debian bien pronto bañar en sangre la infeliz Buenos Aires.

CAPÍTULO IV.

Donde aparece, como aparece siempre, nuestro Don Cándido Rodríguez.

Si los capítulos anteriores han podido dar una ligerísima idea de la ferocidad de Rosas, tambien habrán hecho reflexionar, es probable, sobre el modo cómo se ocupaba de la defensa de su causa, frente del enemigo que le invadia, y la amenazaba.

Hay resistencia en el espíritu para creer que en todo pensase Rosas, en los primeros dias de Setiembre de 1840, ménos en una formal organizacion de defensa, en un plan de campaña, tan serio siquiera, como la situacion que lo rodeaba. Y nada hay mas cierto, sin embargo.

Rosas jamas fué militar. Y en aquel conflicto no hizo otra cosa que amontonar hombres y cañones, carretas y caballos, en los estrechos reductos de Santos Lugares; esperándolo todo de la casualidad, del terror en sus enemigos, y del miedo en sus servidores, que parece haber sido la única táctica de ese hijo predilecto de una fortuna, la mas

siniestra para la humanidad, tanto en sus guerras de 1840 á 1842, como en la que sostiene en la época en que estos cuadros se delinean.

Alistados á sus banderas no faltaban algunos oficiales generales del tiempo de la independencia; y, como tales, viejos veteranos que habíanse criado entre los grandes planes militares y la disciplina severa, sirviendo á las órdenes de los primeros capitanes de aquella guerra gigantesca. Y las medidas de Rosas, como general en jefe del ejército, en aquellos momentos en que todos jugaban su porvenir, si no su vida, era la pesadilla diaria de aquellos soldados de la independencia, que no veian sino el absurdo y la ignorancia, ó la mas completa apatía en las disposiciones del dictador, que revelaba una completa ausencia de las nociones mas simples del arte de la guerra. Para ellos era incomprensible que solo con rondas, para ver si hallaban algun unitario con armas; con visitas á los cuarteles, para no encontrar sino montones de hombres sin disciplina ni espíritu de soldado; y con hacinar enjambres de hombres y de animales en un estrecho campamento, se pudiese a segurar el triunfo, ó siquiera una resistencia regularizada, llegado el caso de un ataque serio sobre aquel punto, ó de una sorpresa á la cuidad. Y ante semejantes planes militares renegaban de la suerte que los habia puesto bajo el mando de aquel *bruto*, como lo llamaban Mancilla, Soler, y otros que habian ceñido la espada desde los primeros dias de la revolucion de América.

¡Pero parece increíble! este mismo trastorno de la natural, esta misma vulgaridad é ignorancia de Rosas, servia para que la fanática plebe de su partido, y muchos tambien que no eran plebe, dijesen y creyesen, que todo aquello que veían y los sorprendia, era efecto del *genio* del Restaurador, que se escapaba á la penetracion de los demas.

— Él sabe lo que hace, decian.

Y sin embargo, la verdad es que el *genio* no sabia una palabra de lo que estaba haciendo, ó de lo que debia hacer, en órden á la defensa militar; y se lo llevaba en un trabajo asiduo y laborioso, dentro sí mismo, pensando y combinando los medios de satisfacer sus bárbaras venganzas en el caso de triunfar, que ya empezaba á ver como muy probable, sin mas ciencia que sus instintos y su sagacidad,

puramente orgánicos, puramente animales: ora combinando nombres para encontrar víctimas, sea combinando en su idea el medio de arrojar á la mendicidad la mitad de la poblacion; nuevo y el mas espantoso de sus delitos, que debia convertirse en ley dentro de pocos dias.

Entretanto, y á medida que los sucesos se precipitan, el lector tendrá que acompañarnos, con la misma prisa que esos sucesos, á todas partes y con toda clase de personas. Y al llegar mas pronto que Corvalan de Santos Lugares á la ciudad, y al correr sus calles, ora en largas longitudes, tristes, solitarias, lúgubres; sea teniendo que empujar y codear para abrirnos camino por medio de una oleada de negras viejas, jóvenes, sucias unas y andrajosas, vestidas otras con muy luciente seda, hablando, gritando y abrazándose con los negros, soldados de Rolon ó de Ravelo, miéntras otras se despedian á gritos, marchando á Santos Lugares; ya teniendo que ampararnos del umbral de una puerta, para que los caballos á galope, azuzados por el rebenque de la Mashorca que pasa en tropel, haciendo que hace en el gran plan de defensa de su *genio*, no invada la vereda y nos lleve por delante: ó ya en fin, andando mas de prisa para evitar la mirada curiosa que se escurre por la rendija de un postigo entreabierto donde se asoma una pupila inquieta y buscadora, queriendo interrogar hasta las piedras para saber qué pasa, qué fortuna se cierne en ese instante sobre la cabeza de todos, sobre el lecho del viejo, sobre la cuna del niño; para saber si el corazon ha de latir de miedo ó de esperanza todavía; si el sol ha de ponerse el último para ella, ó el postrero para la terrible ansiedad que devora el espíritu y el cuerpo. Y corriendo, deslizándonos con el lector sobre esa ciudad cuyo piso tiembla, cuyo aire tiene olor á sangre, donde sobre las nubes no parece haber Dios, donde sobre el suelo no parece haber hombres, de todo falta, ménos la agonía del alma, las creaciones asustadoras de la imaginacion, y la lucha terrible de la esperanza, que se escapa, ó se postra en el pecho, con la realidad, con la verdad, que subyuga y aniquila y mata esa esperanza misma; corriendo aquí y allí, de repente nos hallaremos con un personaje serio y tieso, que con su inseparable baston va pasando por la puerta de la sala de representantes, con un aplomo de piernas sorprendente, miéntras que la

vaguedad de sus miradas, y su semblante como bañado en agua de azafran, nos hará creer por un momento, que aquel hombre lleva una cabeza postiza, viendo en el rostro el antítesis de la seguridad que ostenta el cuerpo.

Era Don Cándido Rodríguez.

Frente á la sala de representantes habia en 1840 una pequeña fonda, que era el *Palais Royal* de toda la corte del *genio*, desde las ocho hasta las once de la mañana, desde las nueve hasta la una de la noche; en cuya puerta, un año ántes, habian tomado al jóven Alagon, para convertirlo en una de las mas tristes y lamentables víctimas de Rosas.

Eran las diez de la mañana.

Don Cándido llegaba ya á la puerta de la sala de representantes, cuando salia de la fonda una docena de personajes de la federacion, haciendo un ruido infernal con sus inmensas espuelas.

Don Cándido no los miró con los ojos. Los miró y conoció con el oído. Y, sin dar vuelta su cabeza, ni precipitar sus pasos, se entró muy serio á la sala de representantes, y empezó á subir por la escalera que conduce al archivo.

Él no iba á semejante casa, ni á tal archivo. Era el ruido de las espuelas federales lo que habia dado á sus piernas una nueva direccion, sin dar tiempo á su cabeza á la combinacion de ninguna idea. Así es que, cuando se halló frente á frente con un oficial de esa oficina, no sabiendo qué decirle, y no creyendo que debia pararse todavía, pasó por delante de él, y siguió andando.

— Señor ¿queria usted algo? le dijo aquel.

— ¿Yo?

— Sí, pues, usted que se entra, así no mas.

— Mire usted, jóven, esto es efecto de causas muy remotas y recónditas, que cuando el tiempo, ese amigo de la vejez é instructor de los jóvenes... el tiempo, ¡ si usted supiera lo que es el tiempo!

— Señor, yo lo que deseo saber, es qué busca usted, dijo el oficial que empezó á creer que Don Cándido era un loco, y no las tenia todas consigo al encontrarse solo, en tan peligrosa compañía.

— Mire usted; yo francamente no quiero nada. ¿De qué familia es usted, mi distinguido señor?

— Señor, yo tengo que cerrar la puerta : hágame el fa-

vor de retirarse, dijo el jóven retrocediendo algunos pasos y dando la espalda á la puerta de salida.

— Tiene usted en su fisonomía la expresion del talento, de la asiduidad, de la labor; ¿en qué forma de letra escribe usted?

— Señor, hágame usted el favor de irse.

— De todos mis discípulos; porque ha de saber usted que yo he sido maestro de primeras letras, de todo Buenos Aires. ¡Oh! y qué hombres he sacado! Unos son hoy diputados, comerciantes de primer órden, activos, hacendosos, infatigables; ¿conoce usted la casa de comercio que hay?..

Don Cándido alzó su caña de la India, como para apuntar en el aire la direccion á que iba á referirse, cuando el jóven, creyendo que la alzaba para darle un palo, corrió á la puerta y dió un grito al portero que felizmente no se hallaba en su puesto.

— ¿Qué hacéis, jóven imprudente, inconsiderado, ligero como todos los jóvenes?

— Señor, si usted no se va, yo empiezo á gritar.

— Bien; ya me voy, jóven inexperto y alucinado.

Pero en lugar de dirigirse á la puerta, Don Cándido se dirigió á uno de los balcones, que quedaba frente á frente con la fonda; y el alma le volvió al cuerpo, al ver que nadie habia en la puerta de ella.

Volvióse entónces y extendió su mano para despedirse del oficial del archivo, quien, no teniendo la mínima duda de que Don Cándido acababa de escaparse de la Residencia, se guardó muy bien de poner su mano entre las suyas.

— A Dios, jóven bisoño y nuevo en la escuela del mundo. Ojalá pueda pagar á usted y á su respetabilísima familia el eminente é inolvidable servicio que acabo de recibir.

Y Don Cándido bajó con toda su estudiada gravedad las escaleras, miéntras el jóven quedóse mirándole y riéndose.

Pero no bien el maestro de primeras letras habia llegado á la esquina de esa cuadra, andando siempre en direccion al Retiro, cuando otra comitiva federal doblaba del Colegio hácia la fonda, y se encontró de manos á boca con Don Cándido

Este no bajó, saltó de la vereda, y, con el sombrero en la mano, empezó á hacer profundas reverencias.

Los otros que tenian mas ganas de almorzar que de saludar, y muy habituados que estaban á esa clase de cumplimientos, siguieron su camino, miéntras Don Cándido se quedó saludándolos hasta por la espalda.

Vertiginoso, latiéndole las sienes terriblemente, y sudando á rios, dobló al fin por la calle de la Victoria en direccion al campo, y fué á entrar por aquella puerta donde lo conocieron nuestros lectores por la primera vez, y que no era otra que la de Daniel, como es probable que lo recuerden.

Un momento despues, nuestro desgraciado secretario entraba á la sala de su antiguo discípulo, á quien halló sentado en una cómoda silla de balanza, leyendo muy tranquilamente la elocuente *Gaceta Mercantil.*

— ¡Daniel!

— ¿Señor?

— ¡Daniel! ¡Daniel!

— ¡Señor! señor!

— Nos perdemos.

— Ya lo sé.

— ¿Lo sabes y no nos salvas?

— De eso se trata.

— No, Daniel, no, no tendremos tiempo.

— Tanto mejor.

— ¿Cómo? interrogó Don Cándido, abriendo tamaños ojos, y sentándose en un sofá al lado de Daniel.

— Digo, señor, que en las situaciones difíciles lo mejor es acabar pronto.

— Pero acabar bien, querrás decir.

— Ó acabar mal.

— ¿Mal?

— Sí, pues, mal ó bien, siempre es mejor que vivir dando un brazo al bien y el otro al mal.

— ¿Y ese mal será?.....

— Que nos corten la cabeza, por ejemplo.

— Que te la corten á ti y á todos los conspiradores. Pero no á mí, un hombre tranquilo, inocente, manso, incapaz de hacer el mal con intencion, con premeditacion, con....

— Siéntese usted, mi querido maestro, dijo Daniel cortando el discurso de aquel, que á medida que hablaba habia ido parándose.

— ¿Qué he hecho yo, ni qué he pensado hacer para encontrarme, como me hallo, semejante á un débil barquichuelo en medio de las ondas y las tempestades del Océano?

— ¿Qué ha hecho usted?

— ¿Sí, yo?

— ¡Toma! Pues no es nada lo que usted ha hecho.

— Yo no he hecho nada, señor D. Daniel, y ya es tiempo de que nuestra sociabilidad se separe, se rasgue, se rompa para siempre. Yo soy un acérrimo defensor del mas ilustre de los restauradores de este mundo. Quiero hasta el último de la respetabilísima familia de Su Excelencia, como quiero y soy defensor del otro señor gobernador Doctor D. Felipe, de sus antepasados, y de todos sus hijos. Yo he querido...

— Usted ha querido emigrar, señor Don Cándido.

— ¿Yo?

— Usted; y este es delito de lesa federacion que se paga con la cabeza.

— Las pruebas.

— Señor Don Cándido, usted está empeñado en que álguien lo ahorque.

— ¿Yo?

— Y solo espero que me diga usted si quiere serlo por la mano de Rosas ó por la mano de Lavalle. Si lo primero, le complaceré á usted en el momento, haciendo una visita al coronel Salomon. Si lo segundo, esperaré tres ó cuatro dias á que entre el general Lavalle, y en primera oportunidad le hablaré del secretario del señor Don Felipe.

— ¿Conque entónces yo soy hombre al agua?

— No, señor, hombre al aire será usted, si persiste en hablar tanta tontería como lo ha estado haciendo.

— Pero, Daniel, hijo mio, ¿no ves mi cara?

— Sí, señor.

— ¿Y qué notas en ella?

— Miedo.

— No, miedo no, desconfianza, efecto de las terríficas impresiones que me acaban de dominar.

— ¿Y qué hay?

— De lo del Señor Gobernador aquí, me he encontrado dos veces con esos hombres que parecen... que parecen...

— ¿Qué?

— Que parecen diablos vestidos de hombre.

— U hombres vestidos de diablo, ¿no es eso.

— ¡Qué caras, Daniel! ¡qué caras! Y sobre todo esos cuchillos que llevan. ¿Crees que uno de esos hombres seria capaz de matarme, Daniel?

— No, me parece. ¿Qué les ha hecho usted?

— Nada, nada. Pero imagínate que me confunden con otro, y....

— Bah, dejemos eso, mi querido amigo. Usted me ha dicho que salió de lo de Arana para venir aquí ¿no es eso?

— Sí, sí, Daniel.

— Luego usted traia un objeto en su venida.

— Sí.

— ¿Y cuál era, mi amigo?

— No sé; no quiero decirlo ya. No quiero mas política, ní confidencias

— Ah, ¿luego era una confidencia política lo que venia usted á hacerme?

— No he dicho tal.

— Y apostaria á que trae usted en el bolsillo de su leviton algun papel importante.

— No traigo nada.

— Y apostaria á que si algun hermano federal se le antoja registrarlo á usted al salir de acá, por ver si lleva armas, y le encuentra el tal papel, se lo despacha á usted en un abrir y cerrar de ojos.

— ¡Daniel!...

— Señor, ¿me da usted los documentos que me trae ó no?

— Bajo de una condicion.

— Veamos.

— Que no me exigirás que continúe faltando á mis deberes.

— Tanto peor para usted, porque Lavalle no pasa cuatro dias sin que esté en Buenos Aires.

— ¡Y qué! ¿tú no responderias de los inmensos servicios que he prestado á la libertad?

— No, si usted se pára en la mitad del camino.

— ¿Y crees que entre Lavalle?

— Para eso ha venido.

— Mira; aquí entre los dos, yo tambien lo creo; y es por eso que venia á verte. Ha habido un contraste.

— ¿En quién? preguntó Daniel con viveza, sonrosándo-

sele un poco el semblante, donde en pocos dias habian hecho un notable estrago las diferentes impresiones que invadian su alma. Pálido, ojeroso, desencajado, se parecia mas ese dia á un jóven libertino que echa la vida y la salud por la puerta de los sentidos, que á un jóven que vive la vida, el corazon y la inteligencia.

— Toma, lee.

Daniel desdobló un papel que le daba Don Cándido y leyó :

« San Pedro, 1º de Setiembre.

» Hace dos dias que se presentó Mascarilla con mil hombres, á tomarnos el pueblo, que mostró una decision extraordinaria, rechazándolo vigorosamente. Traia una pieza de cañon, ciento cincuenta infantes y como seiscientos jinetes. Atacó por dos puntos. Penetraron un momento hasta la plaza; pero fueron repelidos por nuestro vivísimo fuego. La pérdida pasa de cien hombres.

» Adjunto á usted copia de la comunicacion que he recibido del general.

» Mañana le escribiré detalladamente.

» Juan Camelino.

» *Señor D...* »

— Á ver el documento á que se refiere, dijo Daniel despues de un silencio de mas de diez minutos fijos sus ojos en el papel que tenia en la mano, miéntras pasaban por su expresiva fisonomía visibles nubes de tristeza y desconsuelo.

— Toma, dijo Don Cándido, son los dos documentos de importancia, y que se han encontrado en una ballenera tomada anoche. Volando he sacado una copia para traértela.

Daniel tomó el papel sin oir á Don Cándido, y leyó :

« Ejército libertador, cuartel general en marcha,
» Agosto 29 de 1840.

» *Al Señor D. Juan Camelino, comandante militar de San Pedro.*

» El generale en jefe tiene la satisfaccion de comunicar á usted, para que lo haga saber en el partido de su mando, que por comunicaciones que se han interceptado de Don Félix Aldao al tirano Rosas, se sabe que el estado de la opinion de los pueblos del interior es el mas favorable á la causa de la libertad. Las provincias de Córdoba, San Luis y San Juan se han negado á dar á Aldao los auxilios que habia solicitado. La provincia de la Rioja se ha alzado en masa contra la tiranía de Rosas y ha armado una gruesa columna de caballería y ochocientos infantes. El general La-Madrid que pisó el territorio de Córdoba al frente de un ejército de bravos amigos de la libertad, vendrá pronto á apoyar las operaciones del ejército libertador.

» La division Vega dispersó completamente en Navarro las fuerzas de milicias que habia reunido Chirino. El ejército cuenta con un escuadron de aquellas milicias.

» El general en jefe ha sabido que las milicias de la Magdalena se han sublevado abandonando á sus jefes en el momento que les dieron la órden de incorporarse al ejército de Rosas. La causa de la libertad hace rápidos progresos, y el general en jefe espera que bien prunto serán premiados los esfuerzos de los soldados de la patria entre los que ocuparán un lugar distinguido los bravos defensores de San Pedro.

» Hará usted saber las noticias que le comunico en el partido de su mando, con la seguridad de que el ejército libertador no imita el sistema de mentir con que el tirano intenta ocultar su crítica situacion.

» Enviará usted una copia de esta nota al juez de paz del Baradero.

» Dios guarde á usted.

» Juan LAVALLE. »

— ¿Qué te parece? preguntó Don Cándido luego que Daniel hubo concluido la lectura del documento.

El jóven no contestó.

— Se vienen, Daniel, se vienen.

— No, señor, se van, repuso este; y estrujando el papel entre sus manos, se levantó y empezó á pasearse en el salon, marcando en su rostro la impaciencia y el disgusto.

— ¿Te has enloquecido, Daniel?

— Son otros los que se han enloquecido, no yo.

— ¡Pero si han derrotado á López, mi estimado y querido Daniel!

— No vale nada.

— Si ya están en la Guardia de Lujan.

— No vale nada.

— ¿No ves el entusiasmo ardiente, fogoso, tremebundo de que están animados?

— No vale nada.

— ¿Estás en ti, Daniel?

— Sí, señor; los que no están en sí son los que están pensando en las provincias, revelando con eso que no confían en sus propios medios, ni ven la fortuna que se les presenta á dos pasos. ¡Fatalidad, raro destino el que persigue á este partido, y con él á la patria! exclamó el jóven paseándose siempre precipitadamente por el salon, miéntras Don Cándido lo miraba estupefacto.

— Bien decimos entónces los federales...

— Que los unitarios no sirven para un diablo; tiene usted razon, señor Don Cándido.

En ese momento dos fuertes aldabazos se sintieron en la puerta de calle.

CAPÍTULO V.

Pílades enojado.

Don Cándido se estremeció.

Daniel cambió de fisonomía como si le hubiesen quitado una cara y puesto otra: ántes visiblemente alterada y descompuesta, ahora tranquila y casi risueña.

Un criado apareció, y anunció á una señora.

Daniel dió órden de que entrase.

— ¿Me iré, hijo mio?

— No hay necesidad, señor.

— Es verdad que yo no quisiera irme, sino esperar á que tú salieras para acompañarte.

Daniel sonrióse. Y en ese momento una mujer que sonaba como si estuviese vestida de papel picado, con un moño federal de média vara, y unos rulos negros, duros y lustrosos, sobre una cara redonda, morena y gorda, tal como si el médico Rivera, marido de la rubia Merceditas, se hubiese vestido de mujer, apareció en la puerta de la sala.

— ¡ Oh ! exclamó Don Cándido.

— Adelante, Misía Marcelina, dijo Daniel.

— ¿Ah, sois vosotros?

— Los mismos.

— Pílades y Oréstes.

— Exactamente.

— Aqueste es Pílades, dijo Doña Marcelina extendiendo la mano á Don Cándido.

— Señora, usted es una mujer fatídica, contestó retirándose de Doña Marcelina.

— « No cabe en tus entrañas
Ni el amor ni la amistad, pecho de bronce. »

— ¡ Ojalá fuese yo de bronce todo entero ! repuso Don Cándido suspirando.

— Especialmente el cuello, ¿no es verdad, amigo mio? observó Daniel.

— ¡Qué! ¿Está sentenciada al sacrificio la cabeza de Pílades?

— No, señora; ni usted se meta á repetir semejantes barbaridades; yo no soy unitario, ni nunca lo he sido, ¿entiende usted?

— ¿Y que importa la cabeza?

— No importa la cabeza de usted, que es... pero la mia.

— Y la vuestra, ¿qué importa ante las hecatombes que ha presenciado el mundo? ¿La cabeza de Antonio y de Ciceron no fueron tiradas en el Capitolio, como me leia el inmortal Juan Cruz? ¿No os llevaria la posteridad en sus alas?

— El diablo debia llevársela á usted en sus cuernos.

— ¿Veinte y tres puñaladas, no acabaron con César?

— Daniel, si esta mujer no es mensajera de Satanas, poco le falta. Es una mujer fatídica, es bruja, ó hija de bruja. Cada vez que nos hemos acercado á ella, ó á su casa, nos ha sucedido una desgracia. Como tu antiguo maestro, como tu viejo amigo, que tiene por ti estimacion, cariño, simpatías, te pido, te mando que despaches á esta mujer, que parece que anda con el diablo prendido del vestido.

— « Calla esa lengua con que en rudo alarde
Al sexo bello difamáis, cobarde. »

— ¿Bello? ¿Usted bella? y Don Cándido apuntaba con el dedo á Doña Marcelina.

— Señor Don Daniel, ¿qué es esto?

— Échala, Daniel.

— « En qué horrible celada caen mis pasos? »

— Todo esto no es mas, sino que el señor es un poco excéntrico, dijo Daniel mirando á Doña Marcelina, sin poder ya disimelar la risa que le saltaba en el alma y en la cara.

— ¡Ah, debe haber hecho sus estudios en la literatura inglesa! exclamó aquella, paseando una mirada despreciativa por toda la figura de Don Cándido, que permanecia parado á una buena distancia de su antagonista. Si hubiera, como yo, educádose en la literatura griega y latina, otra cosa seria. Lo perdono.

— ¿Usted sabe el latin y el griego? usted?

— No, pero conozco el fondo de esas lenguas muertas.

— ¿Usted?

— Yo, hombre prosáico.

— Daniel, échala, hijo mio, mira que un loco hace ciento.

— ¿Cómo, señor Don Daniel, un hombre de la altura literaria de usted, en relacion con seres tan vulgares, cuya muerte es como su vida, oscura y silenciosa?... Pero no; vivamos en constante y lírica armonía. Los tres hemos pasado por terribles peripecias dramáticas. Vivamos juntos, y muramos juntos. Hé aquí mi mano, y Doña Marcelina se adelentó hácia Don Cándido.

— No quiero, déjeme usted, repuso Don Cándido retrocediendo.

— « Venid y ante las aras de la patria
Juremos en union salvar á Roma. »

— No quiero.

— Doña Marcelina, dijo Daniel, que ya no podia tenerse de risa, y que sentia profanar con ella el tristísimo estado de su espíritu, Doña Marcelina, usted tiene algo que decirme; pasaremos á mi escritorio.

— Sí, entremos.

« Misterios son de otro mundo,
Cosas secretas de Dios. »

— ¡Cruz, diablo! exclamó Don Cándido haciéndole la señal de la cruz, cuando Doña Marcelina pasó con Daniel al escritorio.

— Ha llegado Douglas, dijo aquella despues de haber cerrado la puerta del escritorio.

— ¿Cuándo?

— Esta madrugada.

— ¿Y salió?

— Anteayer. Hé aquí la carta.

Daniel leyó la que le entregaba Doña Marcelina, uno de sus correos secretos, como se sabe, y quedó pensativo en su silla por mas de diez minutos; tiempo que empleó aquella en reconocer los títulos de las obras que habia en los estantes, sonriendo y meneando la cabeza, como si saludase á antiguas conocidas.

— ¿Podria usted dar con Douglas, ántes de las tres de la tarde?

— Sí.

— ¿Con seguridad?

— En este momento está durmiendo el intrépido marino.

— Bien, pues, necesito que usted le hable.

— Ahora mismo.

— Y le diga que tengo necesidad de él ántes de la noche.

— ¿Aquí?

— Sí, aquí.

— Así lo haré.

— Fijemos hora : lo espero de las cuatro á las cinco de la tarde.

— Bien.

— No pierda usted el tiempo, Doña Marcelina.

— Iré volando en alas del destino.

— No, vaya usted caminando, nada mas; no es bueno en esta época hacerse notable, ni por andar muy de prisa, ni por andar muy despacio.

— Seguiré el vuelo de sus ideas.

— Á Dios, pues, Doña Marcelina.

— Los dioses sean con vos, señor.

— ¡Ah! ¿cómo se halla Gaete?

— El hado lo ha salvado.

— ¿Se levanta?

— Todavía yace en su lecho.

— Tanto mejor para mi amigo Don Cándido. Á Dios, pues, Doña Marcelina.

Y miéntras esta salia del escritorio por la puerta que conducia á la sala, Daniel pasaba por otra, en el extremo opuesto, que conducia á su aposento, llevando en su mano la carta que habia recibido.

Don Cándido se paseaba en la sala, cuando volvió Doña Marcelina; y súbitamente la dió la espalda, y se puso á mirar un retrato del padre de Daniel.

Doña Marcelina acercóse hasta él, y le dijo, poniéndole la mano en el hombro al mismo tiempo:

— ¿Sabes tú padecer?

— No, señora, ni quiero saberlo.

— ¡Gaete vive! continuó Doña Marcelina ahuecando la voz.

La trompeta del juicio no hubiera hecho la impresion que esas dos palabras en el tímpano donde se estrellaron.

— Y me ha dado memorias para vos, prosiguió aquella, siempre con la mano sobre el hombro de su Pílades.

— Señora, usted ha hecho pacto con el diablo para perder mi alma. Déjeme usted; déjeme usted por amor de Dios.

— Os busca.

— Pues yo no lo busco á él, ni á usted.

— Está celoso como un tigre.

— Que reviente.

— Vos le habéis arrebatado el corazon de Gertrúdis.

— ¿Yo?

— Vos.

— Señora, usted está loca de atar; déjeme usted.

— Y moriréis bajo el puñal de Bruto.

— Si usted no se va, doy voces para que vengan y la echen.

— Y chorreará del fierro la sangre de vuestro protervo corazon.

— ¡ Santa Bárbara! Daniel.

— Silencio.

— Usted es un espía de ese malvado fraile. ¡ Ahora lo comprendo ! Daniel !

— ¡ Silencio! no llaméis á Daniel.

— Y voy á hacer que la aten á usted con la soga del pozo. Daniel !

— ¡ Silencio !

— No quiero callarme, no quiero; usted ha venido de espía.

Daniel entró á la sala, atraido por los descompasados gritos de Don Cándido, y comprendiendo, poco mas ó ménos, lo que estaba pasando, preguntó con una cara muy séria :

— ¿Qué víctima se inmola en sacrificio?

— Viene de espía, Daniel, viene de espía, dijo Don Cándido señalando á Doña Marcelina.

— ¡ Delira con las sombras de su crímen ! exclamó aquella sonriendo, saludando con la mano á Daniel, y saliendo de la sala; miéntras su Pílades se esforzaba en persuadir á Daniel que aquella era una mujer espía de Gaete.

— Trataremos de eso, amigo mio, pero por ahora no vuelva usted á gritar tan descompasadamente, á lo ménos por un cuarto de hora. Y el jóven volvió á las habitaciones interiores.

— No es nada; era una escena entre dos personajes los mas originales que he visto en mi vida, y que en otra circunstancia me harian gozar mucho, dijo Daniel al volver á su alcoba, y dirigiéndose al Doctor Alcorta y á Eduardo, que estaban allí hacia largo tiempo.

Daniel, al separarse de Doña Marcelina la primera vez, era á ellos á quienes habia venido á buscar en su dormitorio, con la carta que habia conducido Mr. Douglas, el contrabandista de unitarios, como se sabe ya.

Al entrar la primera vez, Daniel se habia dirigido al Doctor Alcorta diciéndole :

— Hé aquí lo que acabo de recibir por Montevideo.

El Doctor Alcorta tomó el papel y leyó :

« Paris, 11 de Julio de 1840.

» El vicealmirante Mackau ha sido nombrado para mandar la expedicion del Rio de la Plata, en lugar del vicealmirante Baudin. Partirá inmediamente. El señor Mackau, perteneciente á una familia distinguida de Francia, tiene la gloria de haber terminado las cuestionss que tuvo Francia con Santo Domingo y Cartagena.

» Es notable por su intrepidez, y los que hayan leido la historia marítima de Francia, recordarán su bella accion de armas con la *Critie*, un buque de guerra inglés. En la guerra que desgraciadamente existió últimamente entre la Francia y la Inglaterra, el señor Mackau, que apénas tenia 17 años, se hallaba á bordo de un bergantin de guerra frances en clase de guardia-marina. La peste diezmó la tripulacion del buque frances, y no sobrevivió á sus estragos otro oficial que el guardia-marina Mackau. Lleno de una noble satisfaccion por hallarse mandando un buque de guerra frances, determinó confirmar la eleccion de la suerte por un ilustre hecho de armas. Pronto se encontró con un buque de guerra inglés : era la *Critie*. Despues de un combate prodigioso Mackau rindió al buque enemigo que estaba mandado por un antiguo teniente de marina. Este pundonoroso marino fué á la presencia de su vencedor ; y al considerar que este no era sino un jóven guardia-marina de 17 años al mando de una tripulacion diezmada por la peste, fué tan grande su pesar que rindió la vida á la fuerza de su tormento.

» Su afectísimo, etc. »

— Todo se combina para que los sucesos marchen á su fin, amigos mios, dijo el Doctor Alcorta, despues de leer.

— Sí; á su fin, ¿pero cuál?

— ¿ No oyes que viene una expedicion, Daniel ?

— Que llegará tarde, y que entretanto inspira las cartas que escriben al general desde Montevideo para que no exponga su ejército y espere esa expedicion, que, ó no vendrá,

ó si viene hará que Rosas trance con los franceses, ántes de llegar las fuerzas al Janeiro.

— ¡ Pero seria una infamia de parte de la Francia! repuso Eduardo.

— En política no se miden las acciones por la moral individual de los hombres, Eduardo.

— ¿ Y es positivo que le dan esos consejos al general Lavalle? preguntó el Doctor Alcorta.

— Sí, señor; se los dan los mas de la comision argentina que no quieren esperar nada sino de un grande ejército.

— ¡ Ah! si yo fuera Lavalle! exclamó Eduardo.

— Si tú fueras Lavalle estarias ya loco. El general está contrariado por todos y por todo. La resistencia del comandante Penau á desembarcar el ejército en el Baradero, en vez de llevarlo á San Pedro, ha hecho que el general pierda tiempo, y caballos que lo esperaban en el primer punto. La hostilidad de Rivera le traba todas sus medidas desde hace un año. El alucinamiento de los doctores unitarios le hace concebir un mundo de esperanzas risueñas, de facilidades deslumbrantes sobre las simpatías que hallará en la provincia, y el general viene, y toca la realidad, y no halla tales simpatías. Un centenar de cartas contradictorias le llegan todos los dias de Montevideo, á él, á sus jefes, á sus oficiales, que avance, que no avance, que espere, que no espere. Diez hombres no piensan del mismo modo. Y el general duda, vacila, teme marchar contra opiniones, respetables por el nombre que llevan, y marcha con lentitud, hoy distrayendo sus fuerzas en perseguir á un caudillejo, mañana á otro, y somos 3 de Setiembre y no está á una legua de Lujan; y entretanto Rosas se repone moralmente, sus hombres van volviendo en si del primer momento, y se acercará á la ciudad, quizá para verla y volverse; ó quizá para que corra mucha sangre, que hace quince dias, ocho dias se hubiera podido evitar, dijo Daniel con un acento desconsolador y triste que impresionó visiblemente á sus amigos.

— Todo eso es la verdad, y este pueblo sufrirá toda la ira de Rosas, como la ha empezado á sufrir ya, repuso el Doctor Alcorta.

— Sí, el pueblo, señor, el pueblo, cómplice hasta cierto punto de la bárbara tiranía que le oprime, ha de pagar

con su sangre, con su libertad y con su nombre, las trepidaciones de los enemigos armados del tirano, y el egoísmo de los ciudadanos, indolentes á la suerte de su patria y á la suya propia. Correrá sangre, mucha sangre si Lavalle se retira, y no habrá por muchos años que pensar en la caída de Rosas.

— Pero estamos hablando sobre conjeturas, repuso Eduardo. Hasta ahora el ejército sigue sus marchas. Ya veremos mañana, pasado mañana cuando mas. Entretanto nuestro buen amigo cree como tú y como yo que nuestro plan particular es excelente. ¿No es cierto?

— Sí; lo creo muy prudente, á lo ménos, contestó el Doctor Alcorta, á quien Eduardo habia dirigido su pregunta.

— Eran dos ideas que debias comunicarle, observó Daniel.

— Lo sé todo ya. De lo primero, dudo.

— No, señor, no dude usted; verdad es que somos pocos: apénas he podido reunir quince; pero seremos quince hombres bien resueltos. La azotea que debemos ocupar, al mismo tiempo que servirá de punto de reunion, servirá eficazmente para despejar toda la calle del Colegio, si el general, como se lo ruego, invade por Barrácas, y suben sus fuerzas por la Barranca de Marcó, que es el punto mas señalado. La posicion que he elegido es la mejor de toda esa larga y recta calle; y con veinte y cinco hombres mas que me deje el general, yo le respondo de la retirada, si llega á haber necesidad de ello.

— ¿Armas?

— Tengo cuarenta y seis fusiles, y tres mil cartuchos que he hecho comprar en Montevideo, y están ya bien seguros en Buenos Aires.

— ¿La señal?

— La que me avisen del ejército, si se deciden á atacar.

— ¿Las comunicaciones son seguras?

— Muy seguras.

— Bien, entónces apruebo con mas razon la segunda idea, porque es preciso que estén ustedes desembarazados de asuntos domésticos, para toda eventualidad. Solo temo el momento del embarque.

— Eso es lo de ménos, Doctor; no habrá riesgo. Acabo de mandar llamar un agente mio para remitir con él una

carta al comandante de un buque bloqueador, previniéndole y pidiéndole una ballenera armada, porque el único peligro seria encontrar alguna de las embarcaciones de la capitanía que suelen correr la costas.

—Bien pensado.

— Le diré tambien que él mismo determine la noche, y la hora, y la señal con que me avisará desde abordo.

— ¿El embarque será por San Isidro?

— Sí, señor. Eduardo le habrá dicho á usted todo á ese respecto.

— Sí, ya.

— ¿Y cree usted que Madama Dupasquier resista al viaje?

— Lo que creo es que no resistirá quince dias mas de Buenos Aires. Es una de esas enfermedades que no residen en ningun órgano, que están esparramadas en la misma vida, y que la secan y la extinguen por horas. Es tan profunda la afeccion moral de esa señora, que ha enfermado ya el corazon y los pulmones, y la consuncion la mata. Pero el aire libre la va á volver á la vida, con la misma rapidez que la falta de él la está asesinando en Buenos Aires.

— ¿Y ella está bien decidida? preguntó Eduardo.

—Anoche se convino á todo, contestó Daniel.

—Y hoy lo desea con ansiedad, agregó el Doctor Alcorta, y está conforme en que Daniel se quede. Lo ama á usted ya, amigo mio, como si fuera su hijo.

— Lo seré, señor, y no lo soy mañana, ahora mismo, porque ella se resiste. Es supersticiosa como toda mujer de corazon, y teme de un enlace contraido en estos tristísimos momentos.

— Sí, sí, es mejor que así sea. ¡Quién sabe cuál es la suerte que vamos á correr! Que se salven siquiera las mujeres, dijo el Doctor Alcorta.

— Ménos mi prima, señor. No hay medio de hacerla decidir.

— ¿Ni Belgrano?

— Nadie, señor, contestó este, sobre cuyo corazon habia ido á fondo la interrogacion del Doctor Alcorta.

— Son las dos de la tarde, amigos mios. ¿Van ustedes hoy á San Isidro?

— Sí, señor, á la noche y regresaremos ántes del dia.

— ¡Cuidado, mucho cuidado, por Dios!

— Son ya nuestros últimos viajes, señor, dijo Eduardo, tan pronto como se embarque madama Dupasquier quedará vacía la casa de los olivos.

— Hasta mañana, pues.

— Hasta mañana, señor.

— Hasta mañana, mi querido amigo.

Y los dos jóvenes abrazaron á su antiguo catedrático de filosofía, á quien Daniel acompañó hasta la puerta de la calle.

CAPÍTULO VI.

El contrabandista de hombres.

Apénas se habia retirado el Doctor Alcorta cuando sintiéronse dos palmadás en el escritorio de Daniel, contiguo al aposento, como se sabe.

— Espera, dijo Daniel á Eduardo; y pasó al escritorio, algo sorprendido de aquella llamada en una pieza donde nadie entraba sin su órden.

— ¿Ah, es usted, mi querido maestro? dijo el jóven encontrándose con Don Cándido.

— Yo, Daniel, yo soy. Perdóname; pero es que viendo que tardabas, entré á sospechar que te habrias salido por alguna puerta secreta, excusada, que me fuese desconocida; y como de algun tiempo á esta parte huyo de la soledad... Porque has de saber, mi estimado Daniel, que la soledad afecta la imaginacion; facultad que, segun dicen los filósofos, sirve para el bien, y sive para el mal; razon por la cual yo prefiero la facultad de recordar, que segun la opinion de Quintiliano.....

— ¡Eduardo!

— ¿Qué hay? contestó este entrando.

— ¡Cómo! ¿Belgrano aquí!

— Sí, señor, y á quien llamo para que me ayude á oir la disertacion de usted.

— ¿De manera que esta casa es un horno de peligros para mí?

— ¿Cómo así, mi respetable maestro? le preguntó Eduardo sentándose á su lado.

-- ¿Qué es esto, Daniel? Quiero una explicacion franca, terminante, clara, prosiguió Don Cándido dirigiéndose á Daniel y separando su silla de la de Eduardo. Quiero saber una cosa que fije y determine, y establezca mi posicion; quiero saber qué casa es esta.

— ¿Qué casa es esta?

— Sí.

— ¡Toma! Una casa como cualquiera otra, mi querido maestro.

— Eso no es contestarme. Esta casa no es como cualquiera otra. Porque aquí conspiran los unitarios, y conspiracion los federales.

— ¿ Cómo así, señor?

— Hace un cuarto de hora que has recibido en tu casa á una mujer espía de ese fraile endemoniado que ha jurado mi ruina y mi exterminio, y ahora se me aparece en tus habitaciones interiores y recónditas este jóven misterioso que huye de su hogar, y anda de casa en casa con toda la apariencia de un conspirador emboscado y sigiloso.

— ¿ Acabó usted, mi querido maestro?

— No, ni quiero acabar sin decirte una, dos y tres veces que de mi posicion oficial tan encumbrada y delicada yo no puedo conservar relaciones con una casa á que no se le halla una perfecta definicion gramatical. Y desde que no sé qué casa es esta, quiero absternerme de su mancomunidad y trato.

— Señor, usted ha almorzado con el diputado García, dijo Eduardo.

— No, señor, no he tedido el honor de almorzar con el señor Don Baldomero.

— Entónces, con Garrigós.

— Tampoco, ni esto me parece del caso.

— Entónces la inspiracion de ese estupendo discurso es puramente suya.

— Cortemos toda sociabilidad, señor Belgrano.

— Pero es, señor Don Cándido, repuso Daniel, que usted ha llamado conspirador á mi amigo y esto me parece poco cortés entre colegas.

— ¡ Colegas! Yo he sido maestro del señor cuando era niño, inocente, tierno. Pero, despues...

— Despues le ha tenido usted oculto en su casa, mi querido maestro.

— Fué accion sin voluntad.

— Cómo quiera.

— Pero nunca he sido colega de usted para nada.

— Pero lo es usted ahora, señor Don Cándido, replicó Daniel. No es usted secretario del señor Arana?

Lo soy.

— Pues bien, el señor es secretario en comision del general Lavalle.

— ¡Secretario en comision del general Lavalle! exclamó Don Cándido, parándose gradualmente y mirando á Eduardo con ojos que querian salirse de las órbitas.

— ¡Pues! prosiguió Daniel, y como usted es secretario de Arana, y el señor secretario de Lavalle, resulta que son ustedes colegas.

— ¡Secretario de Lavalle! ¡y conversando conmigo!

— Y huésped de usted hace pocos dias.

— ¡Y huésped mio!...

— Y agradecidísimo por otra parte. Y tanto que mi primera visita será para usted dentro de dos ó tres dias, mi querido colega.

— ¿Usted en mi casa? No, señor, ni estoy ni puedo estar en mi casa para usted.

— Ah, eso es otra cosa. Yo esperaba ir á visitar á mi antiguo maestro con algunos discípulos suyos que vienen en el ejército libertador, y que podrian servirle de garantía en las muy justas represalias que pensamos tomar con todos los servidores de Rosas y Arana. Pero si usted no quiere, cada uno es dueño de dejarse ahorcar.

— Pero, señor secretario, repuso Don Cándido que verdaderamente se hallaba en una perplejidad lastimosa, si yo no hablo en el caso de que estén aquí los bravos é impertérritos defensores de Su Excelencia el Señor General Lavalle; sino... Daniel... habla por mí, hijo mio... yo tengo mi cabeza como un horno.

— No hay nada que hablar, señor, repuso aquel, todo lo ha comprendido su colega de usted. Todos nos entendemos, ó mas bien, todos nos hemos de entender.

— Ménos yo, mi querido Daniel; que bajaré al sepulcro sin entender, sin comprender, sin saber lo que he he-

cho, ni lo que he sido en esta época calamitosa y nefanda.

— Usted es de los nuestros, señor Don Candido, repuso Eduardo.

Yo soy de todos, sí, señor, de todos. Anoche mismo se me caian las lágrimas de los ojos cuando el señor Don Felipe me dictaba ese tremendo preámbulo que va á dejar á todo el mundo en la miseria.

—Ah, sí, el preámbulo, dijo Daniel, picada su curiosidad, pero sin querer que Don Cándido lo conociera.

— ¡Pues! ya tú has de saber de lo que se trata.

— ¿Cómo no? ¿desde ayer á la tarde? ¿y no ha acabado todavía el preámbulo el señor Don Felipe?

— No, hijo mio. Deben ser muchos los considerandos, segun me dijo; pero no me dictó sino el primero; y eso quedó en limpio despues del décimo ó undécimo borrador que me dictó Su Excelencia.

— ¡ Santa Bárbara ! Casi se podria apostar á que lo sabe usted de memoria con tanto escribirlo.

—Poco mas ó ménos. Pero en sustancia, se trata de quitarles á todos los unitarios sus bienes despues que se haya triunfado de Su Excelencia el Señor General Lavalle, de quien es digno secretario mi ilustre discípulo. Y por órden de Su Excelencia el Senor Restaurador, se ha puesto á trabajar el preámbulo de la ley el Excelentísimo Señor Gobernador Don Felipe Arana, para cuando llegue aquel caso, que no llegará segun las convicciones profundas que acabo de oir en mi honorable colega.

Daniel y Eduardo se miraban, se hablaban en las miradas, y la expresion del horror quedó en relieve sobre sus expresivos semblantes

— Así es, prosiguió Don Cándido, que las lágrimas me corrian de hilo en hilo al considerar tanta familia que va á quedar en la miseria, si por una casualidad, por un evento, por un azar, las armas refulgentes de la libertad no dan en tierra con estas cosas en que nadie mejor que tú, Daniel, sabe, y puede decir que yo no tengo ninguna parte activa, hija de mi voluntad, de......

Dos golpes á la puerta de la calle cortaron la palabra en los labios de Don Cándido y miéntras los dos secretarios quedaban en el escritorio, Daniel pasó á la sala y abrió él mismo la puerta que daba al patio, para ver quién era, sin

poder todavía dominar en su espíritu, ni en su semblante la terrible impresion que acababan de hacerle las palabras de Don Cándido. Pues que al traves de sus mal expresadas ideas, ambos jóvenes habian penetrado hasta el pensamiento de Rosas y comprendido con horror el fin que se proponia el tirano, elaborando en secreto la medida con que pensaba arrojar á la última desgracia, al hambre, á todos sus enemigos, si triunfaba.

— ¡Ah! ¿es usted Mr. Douglas? dijo el jóven á un individuo que ya estaba en el patio.

— Sí, señor, contestó aquel. Me acaba de hablar Doña Marcelina y.......

— ¿Y le ha dicho á usted que yo lo necesito?

— Sí, señor.

— Es cierto. Entre usted, Douglas. ¿Salió usted de Montevideo anteayer?

— Sí, señor. Antenoche.

— Mucho alboroto, ¿eh?

— Todo el mundo se está alistando para venirse, y de aquí todos quieren irse, contestó el inglés, haciendo un movimiento con los hombros.

— ¿De manera que se gana plata?

— No mucha. En el mes pasado he hecho siete viajes, y he llevado sesenta y dos personas, á diez onzas cada una.

— Ah, no es poco.

— ¡Bah! Mas vale mi cabeza, señor Don Daniel.

— Sí, cierto. Pero es mas fácil agarrar al diablo que agarrarlo á usted.

El inglés soltó una carcajada.

— Mire usted, señor, dijo, tengo muchas ganas de que me sientan, por ver si me asusto. Porque para mí todo esto es una diversion. En España hacia el contrabando de tabaco; y aquí hago el contrabando de hombres.

Y el inglés se reia como un muchacho.

— Pero no pagan mucho, continuó. Mas me ha dado usted por los cajones que traje de Montevideo, que lo que otros por salvarles la vida.

— Bien, pues, Mr. Douglas, dijo Daniel, necesito nuevamente sus servicios.

— Á la órden, señor Don Daniel: mi ballenera cuatro

hombres que saben hacer fuego y remar, y yo que valgo por los cuatro.

— Gracias.

— Si hay que embarcar á alguno, he descubierto otro lugar que ni el diablo da con los que allí se escondan.

— No, no hay que llevar á personas. Primeramente, ¿cuándo piensa usted volver á Montevideo?

— Pasado mañana, si completo el número.

— Bien. No se irá usted hasta que yo se lo avise.

— Bueno.

— Esta noche me llevará usted una carta á la escuadra bloqueadora.

— Muy bien.

— Me traerá usted la contestacion mañana ántes de las diez.

— Y ántes tambien, si usted quiere.

— Mañana á la oracion estará usted en su casa para recibir dos pequeños baúles que guardará usted en el sótano donde están dos cajones de armas. En esos baúles irán alhajas y objetos de señoras, que usted mismo embarcará y llevará á bordo del buque que yo le designe, cuando me haya traido la contestacion de la carta.

— Todo se hará así

— ¿Conoce usted bien la costa de los *Olivos?*

— Como esto, contestó el contrabandista abriendo su grande mano y mostrándosela á Daniel.

— ¿Puede atracar una ballenera con facilidad?

— Segun esté el rio. Pero hay un puertito que llaman el *Sauce*, que, aunque haya poca agua, puede entrar una ballenera y esconderse entre las toscas, sin peligro ninguno. Pero ese está mas allá de los *Olivos*, como á una milla.

— ¿Y por los *Olivos?*

— Si el rio está alto. Pero hay un peligro.

— ¿Y cuál?

— Que las dos falúas de la capitanía recorren toda esa costa desde las diez de la noche.

— ¿Las dos juntas?

— No. Generalmente se separan.

— ¿Qué tripulacion montan?

— La una ocho, y la otra diez hombres; y andan bien.

— Bueno, Mr. Douglas. Todo eso me era importante saber. Recapitulemos:

Que usted no se irá, hasta que yo se lo avise.

Que irá usted á la escuadra esta noche, y traerá la respuesta de la carta que voy á entregarle, de las ocho á las diez de la mañana.

Que recibirá usted dos baúles mañana á la oracion en su casa, y los embarcará y lleva usted mismo á la escuadra cuando yo se lo avise.

Precio convenido el que usted ponga.

— Eso es lo mejor, respondió el inglés frotándose las manos, eso es lo mejor. Así hablan los hombres. Ahorá no me hace falta sino la carta.

— Va usted á tenerla, repuso Daniel levantándose y pasando á su escritorio; miéntras quedaba calculando el precio que pondria á todas sus comisiones el contrabandista de tabaco en España y de hombres en Buenos Aires.

Y no era él solo. Muchos eran los que se ocupaban de ese tráfico desde 1838 hasta 1842 en Buenos Aires. Y en hora buena que ellos obrasen por el interes que les producia su arrojo, no es ménos cierto que á ellos se debe la vida de centenares de buenos y patriotas ciudadanos, que sin la proteccion de ese inusitado contrabando habrian caido bajo el plomo ó el puñal de Rosas.

Los mas notables personajes de la emigracion activa fueron salvados de Buenos Aires en las balleneras contrabandistas; y la juventud casi toda no salió de otro modo que como salió Paz, Agrelo, etc.; es decir, bajo la proteccion de hombres como Mr. Douglas. Y hay que recordar un hecho bien explicativo por cierto; y es que cuando la delacion era tan pródigamente correspondida, y cuando no pasaba un dia sin que las autoridades de Rosas la recibiesen de hijos del país en todos esos extranjeros, italianos, ingleses norte-americanos, poseedores del secreto y de la persona de los que emigraban, sin ignorar la alta posicion que muchos de ellos tenian en la sociedad, lo que habria importádoles una altísima recompensa de parte de Rosas, no hubo uno solo que vendiese el secreto ó la confianza que se depositaba en él.

CAPÍTULO VII.

El jefe de ronda.

Dos dias despues de aquel en que Pílades habia pasado por tanta agitacion de espíritu y de cuerpo, en las calles, y en la casa de su amigo Oreste, es decir el 5 de Setiembre, Buenos Aires era toda confusion y anarquía en las ideas, en los temores, y en las esperanzas; todo silencio y reconcentracion en los enemigos de la dictadura, miéntras los federales se hallaban en una agitacion nerviosa que los ponia en continuo movimiento : era que desde las once se sabia que el ejército libertador estaba á una legua de la Capilla de Merlo ; y por consiguiente que al otro dia podia estar sobre Santos Lugares ó en la ciudad misma.

No se puede decir que la aproximacion de los enemigos de Dios y de los hombres aumentó el personal de las fuerzas amontonadas en la fortaleza, en el cuartel de serenos, en el de Ravela, etc. Pero sí puede decirse que los religiosos y humanitarios partidarios de Rosas se movian cada uno como cuatro, corriendo á galope de un lado al otro de la ciudad anunciándose recíprocamente la aproximacion de Lavalle, y haciendo espléndidos juramentos federales. Y aun cuando la crónica contemporánea no alcanzó á averiguar, hasta qué punto tomaba parte el valor en aquella estrepitosa y movediza decision, y hasta qué punto el miedo, porque todos los extremos se tocan en la naturaleza, y suelen aparecer aparentemente de causas contrarias, los mismos resultados, lo que hay de cierto es, que muchos se movian y que gritaban mucho, siendo su punto de reunion general, despues de fatigar sus caballos y sus pulmones, la casa del héroe vivo y la heroína muerta; donde á falta del uno, que se hallaba en Santos Lugares, y de la otra cuyo paradero Dios lo sabe, estaba la que debia pagar por todos : esa pobre hija de Rosas, destinada á presenciar todo lo mas repugnante de un sistema perfecto de relajacion y de sangre, y á rozarse con cuanto habia de repulsivo, de inmoral y de cínico en un sistema de cosas que habia subvertido el órden natural de la sociedad, y alzado

el barro de su fondo á la superficie, donde se sostenia en nata el crímen y la degradacion de la especie humana.

Toda la cuadra de la casa de Rosas estaba obstruida por los caballos federales. Y como á ningun federal de esa especie podia faltarle cola, y como un recio viento del S. E. enfilaba la calle, sucedia que las cintas de las colas federales, y las plumas que coronaban sus frentes, agitadas por el viento, y alumbradas por el sol clarísimo de Setiembre, parecian de léjos espirales de llamas enrojecidas, saliendo de las puertas del infierno.

El gran corralon, los patios, la *oficina*, toda la casa, á excepcion de las habitaciones del dictador, representaban un verdadero hormiguero.

Todo el mundo federal entraba y salia en aquella casa. ¿Á qué? Á cualquier cosa. Allí se habia de saber primero que en ninguna otra casa, el triunfo ó la derrota de Lavalle.

Habia, sin embargo, una clase de vivientes, que entraba á casa de Rosas, y buscaba la presencia de Manuela con un objeto ex profeso, sincero y real; las negras.

Uno de los fenómenos sociales mas dignos de estudiarse en la época del terror, es el que ofreció la raza africana, conservada apénas en su sangre originaria, y modificada notablemente por el idioma, el clima y los hábitos americanos. Raza africana por el color. Plebe de Buenos Aires por todo lo demas.

Desde los primeros dias de nuestra revolucion, la magnífica ley de libertad de vientres vino en amparo de aquella parte desgraciada de la humanidad, que habia sido arrastrada tambien al vireinato de Buenos Aires por la codicia y crueldad del hombre europeo.

Fué Buenos Aires la primera que en el continente de Colon cubrió con la mano de la libertad la frente del africano, pues donde estaba el agua del bautismo no queria ver la degradacion de la especie humana. Y la libertad que así la regeneró y rompió de sus brazos la cadena de siervo, no tuvo en la época del terror ni mas acérrimo, ni mas ingenuo enemigo que esa raza africana.

Nada seria que hubiese sido partidaria de Rosas; hasta natural seria que hubiese soportado por él todo género de privaciones y sacrificios; desde que ninguno como él lison-

jeó sus instintos, estimuló sentimientos de vanidad hasta entónces desconocidos para esa clase, que ocupaba por su condicion y por su misma naturaleza el último escalon de la gradería social.

Á las promesas, á las consideraciones, Rosas agregaba los hechos; y las personas de su familia, los principales de su partido, su hija misma, por decirlo todo, se rozaban federalmente y hasta bailaban con los negros.

Náda seria, pues, en el estudio de esta época curiosa, ver esa parte de la plebe porteña entusiasta y fanática por aquel gobierno, que así la protegia y consideraba.

Pero lo que llama, sí, la atencion y concentracion del espíritu, y que deberá preocupar mas tarde á los regeneradores de esa tierra infeliz, son los instintos perversos que se revelaron en aquella clase de la sociedad, con una rapidez y una franqueza inauditas.

Los negros, pero con especialidad las mujeres de ese color, fueron los principales órganos de delacion que tuvo Rosas.

El sentimiento de la gratitud apareció secó, sin raíces en su corazon.

Allí donde se daba el pan á sus hijos, donde ellas mismas habian recibido su salario, y las prodigalidades de una sociedad cuyas familias pecan por la generosidad, por la indulgencia, y por la comunidad, puede decirse, con el domestico, allí llevaban la calumnia, la desgracia y la muerte.

Una carta insignificante, un vestido, una cinta con un es tambre azul ó celeste, era ya un arma; y una mala mirada, una pasajera reconvencion de los dueños de casa ó de sus hijos, era lo suficiente para emplear esa arma. La policía, Dona María Josefa, cualquier juez de paz, ó comisario, ó corifeo de la Mashorca, recibia una delacion, en que figuraban comunicaciones con Lavalle, ó cosas semejantes, que importaban la ruina y el luto de una familia; porque el ser clasificado de unitario en Buenos Aires importaba estar puesto fuera de toda ley, y bajo el imperio de todo insulto, de toda desgracia, de todo crímen.

El odio á las clases honestas y acomodadas de la sociedad era sincero y profundo en esa clase de color; sus propensiones á ejecutar el mal eran á la vez francas é ingenuas; y su adhesion á Rosas leal y robusta.

Desde que el dictador marchó á Santos Lugares, y con él los batallones de negros que habia en la plaza, las negras empezaron tambien, por su cuenta, á marchar al campamento, abandonando el servicio de las familias que quedaron entregadas á su propia asistencia.

Pero ántes de salir de la ciudad se presentaban en bandas en casa de Manuela ó en la de Doña María Josefa Ezcurra, anunciando que iban á pelear tambien por el Restaurador de las Leyes. Y en el dia que describimos, no era pequeño el número de ellas que cuajaba los patios y zaguanes de la casa de Rosas, haciendo estrepitosa algazara al despedirse de Manuela y de cuantos allí habia.

Era un dia de jubileo en aquella casa, tan célebre en los fastos de la tiranía.

Doña María Josefa se habia trasportado á ella desde las once; y á las ocho de la noche todavía estaban allí esperando algun otro chasque de Santos Lugares que hiciese saber si Lavalle habia pasado mas acá de la Capilla de Merlo ó si el ejército federal habia salídole al encuentro y pulverizádolo bajo sus tremendas armas, y á los rayos del *genio.*

Ya era de noche.

De repente, el eco de un cañonazo lejano vino á herir el espíritu de todos.

Manuela se inmutó visiblemente. No era la causa política, era la vida de su padre lo que inspiró un cúmulo de sentimientos penosos en su corazon.

Por un largo rato la atencion de todos se concentró en el oído; pero en vano.

Manuela buscaba con sus miradas álguien que pudiera decirla la verdad. Pero la jóven conocia tanto á los que la rodeaban, que no se atrevió á interrogar á ninguno.

De improviso, un movimiento cuya impulsion venia del patio, se comunica hasta la sala, y todos vuelven sus miradas hácia la puerta en donde, al traves de las nubes densas de humo de cigarro, se pudo distinguir la figura del jefe de policía, y pudo percibirse su voz, que decia á cuantos le preguntaban :

— No es nada, no es nada, es el cañonazo de las ocho, que tiran los franceses.

Manuela alivió con un suspiro á su oprimido corazon, y

preguntó impaciente á Victorica, que se acercaba á saludarla:

— ¿ Nadie ha venido ?

— Nadie, señorita.

— Por Dios; ¡ desde las once no sé una palabra!

— Pero es probable que ántes de una hora sepamos algo.

— ¿ Ántes de una hora?

— ¿Sí.

— ¿ Y por qué, Victorica?

— Porque á las seis mandé un comisario de policía con el parte del dia al Señor Gobernador.

— Bien, gracias.

— Estará aquí á las nueve, cuando mas.

— ¡ Ojalá! ¿ Y cree usted, que estén muy cerca ya de Santos Lugares?

— No es probable. Anoche acampó Lavalle en la estancia de Bravo. Á las diez y média de la mañana de hoy estaban á tres leguas de Merlo; y á estas horas se hallarán, cuando mas, á una legua de ese punto; es decir á dos leguas de nuestro acampamento.

— ¿ Y esta noche?

— ¿ Cómo?

— ¿ Si no marcharán esta noche? repuso Manuela pendiente de las palabras de Victorica.

— ¡ Oh, no! contestó este, esta noche no marcharán, ni tal vez mañana. Lavalle trae poca gente, señorita, y tendrá que prepararla muy bien.

— ¿ Y á qué número ascienden las fuerzas de Lavalle? Dígame usted la verdad, yo se lo ruego, prosiguió Manuela que hablaba casi al oído del jefe de policía.

— ¿ La verdad?

— Sí, sí, la verdad.

— Es que no se puede preguntar así no mas por esa señora; porque hoy es muy difícil encontrarla. Pero segun los datos que me parecen mas seguros, Lavalle trae tres mil hombres.

— ¡ Tres mil hombres, y me dicen que apénas tiene mil! exclamó la jóven.

— ¿ No dije á usted que no se encuentra á la verdad?

— ¡ Oh, es terrible!

— La engañan á usted en muchas cosas.

— Ya lo sé. En todo, y todos me engañan.

— ¿Todos?

— Ménos usted, Victorica.

— ¿Y para qué engañar ahora? repuso el jeje de policía con un brusco movimiento de hombros, que parecia decir : « Estamos jugando el todo, la hora ha llegado, y no tenemos á quien engañar, si no es á nosotros mismos. »

— Y tatita, ¿ qué fuerza tiene? La verdad tambien.

— ¡ Oh, eso es fácil ! El Señor Gobernador tiene en Santos Lugares de siete á ocho mil hombres.

— ¿ Y aquí ?

— ¿ Aquí ?

— ¿ Sí, en la ciudad, pues?

— Todos y ninguno.

— ¿ Cómo ?

— Que segun las noticias que nos lleguen del campamento mañana, ó pasado mañana, hemos de tener un mundo de soldados, ó hallaremos que no tenemos ninguno.

— ¡ Ah ! sí ; sí, ya lo sé, repuso Manuela con viveza, al comprender lo que le pareció al principio una paradoja de Victorica. Ella sabia mejor que nadie el crédito que debia dar á las palabras de los seres envilecidos que la rodeaban; que solo eran bravos con el puñal, sobre la víctima inerme.

— ¿ Y me dará usted las noticias, prosiguió, en cuanto las reciba esta noche, si tatita no me escribe ?

— No lo sé, señorita, porque ahora mismo parto para la Boca, y he dado órden para que el comisario vaya en mi busca por ese lado.

— ¡ Á la Boca ! ¿ Y no hace usted mas falta en la ciudad ?

— Yo creo, señorita, que no hago falta en ninguna parte, contestó Victorica con cierta expresion en el rostro, que hubiera parecido una sonrisa y que sin duda quiso serlo, si lo hubieran permitido aquellos músculos duros y rígidos que no se prestaban á otro movimiento que al de la expresion de las pasiones recias y profundas.

— ¿ Qué quiere usted decir, señor Don Bernardo? preguntóle Manuela algo séria; porque el carácter de aquella jóven ya empezaba, naturalmente, á resentirse un poco de la

régia autoridad de su padre, y á disgustarse al notar síntomas de desagrado en sus servidores.

— Quiero decir, contestó Victorica, y lo mejor es decirlo con franqueza, que ántes recibia las órdenes directamente del Señor Gobernador; y despues de algun tiempo las estoy recibiendo de otros, á nombre de Su Excelencia.

— ¿Y cree usted que álguien se atreveria á tomar el nombre de mi padre?

— Lo que creo, señorita, es que no se puede ir á Santos Lugares y volver, en média hora.

— ¿Y bien?

— Y esta tarde, por ejemplo, recibí, á nombre de Su Excelencia, la órden de vigilar esta noche la costa hasta San Isidro; y un cuarto de hora, ó média hora despues, recibí contraórden, á nombre tambien del Restaurador, de hacer la ronda por la Boca.

— ¡Ah!

— Y ya usted ve, Manuelita, que alguna de las dos órdenes no es del Señor Gobernador.

— Cierto. ¡Es bien singular!

— Para mí no ha habido épocas buenas ni malas en servicio del general Rosas, ni las habrá nunca. Pero no siento la misma voluntad en servir á otras personas, que obren por intereses particulares, y no de la causa.

— Créame usted, Victorica, que he de hablar á tatita sobre esto la primera vez que me sea posible.

— Esta señora me da mas que hacer que el Señor Gobernador.

— ¡Esta señora! ¿Qué señora?

— ¿No ha comprendido usted que me estoy refiriendo á Doña María Josefa?

— Ah, sí, y sin embargo, Manuela no habia comprendido tal cosa, porque poca atencion prestaba, en efecto, á todo cuanto no fuera relativo á la situacion que rodeaba á su padre en esos momentos.

— Esa señora, prosiguió Victorica, tiene un especial interes en que se vigilen las costas para que no se vayan los unitarios; y si por mí fuera, los dejaria ir á todos.

— Y yo tambien, agregó Manuela con prontitud.

— Hoy me mandó órden de hacer espiar de nuevo una casa, donde yo sé muy bien que hasta las paredes son uni-

tarias. ¿ Pero qué sacamos con espiarla ? Ni se me dice lo que se debe vigilar, ni qué haré si encuentro tal ó tal cosa.

— Ya.

— En seguida, órden, á nombre de Su Excelencia, de andar tras los pasos de un muchacho alocado.

— ¡ Es ocurrencia!

— Un muchacho que anda de aquí para allí como un saltimbanqui, y que, en realidad, no se le conocen mas relaciones, que federales.

— ¿ Y quién es, señor Victorica ?

— Una visita de aquí mismo.

— ¿ De aquí? ¿ Y órden de perseguirlo ?

— Sí, señorita.

— ¿ Pero, quién es?

— Bello.

— ¡ Bello! exclamó Manuela, que sentia una sincera amistad por el jóven.

— Sí; á nombre del Señor Gobernador, prosiguió Victorica.

— Oh, no puede ser.

— Sin embargo, así me lo ha dicho personalmente Doña María Josefa.

— ¿ Prender á Bello? repuso Manuela, vamos, repito que es imposible. Tatita no puede haber dado semejante órden. Bello es un excelente jóven; es un buen federal, y su padre es uno de los amigos mas antiguos del mio.

— No se me ha dicho que lo prenda, sino qne lo vigile.

— Es quizá uno de los pocos hombres sinceros que nos rodean, agregó Manuela.

— Á mí no me parece malo. Pero debo decir, que tiene muchos enemigos, ó enemigos muy poderosos.

— Señor Victorica, no dé usted paso alguno contra ese señor, si no recibe órden expresa de tatita.

— Si usted lo dispone así.....

— Así lo dispongo, no siendo dada la órden por Corvalan.

— Muy bien.

— Yo sé algo de esto, poco mas ó ménos. No hagamos que tatita sirva de pantalla.

— Bien, bien, repuso Victorica contentísimo de haberse vengado de Doña María Josefa; y cual si quisiese recom-

pensar á Manuela del buen rato que acababa de darle, la ofreció mandarle al comisario en el acto que llegase con las noticias del campamento.

— Pero pido á usted, agregó, que, buenas ó malas las noticias que traiga, no pasen de usted, hasta que yo se las repita como es mi obligacion.

— Se lo prometo á usted.

— Entónces, buenas noches, Manuelita.

Y el jefe de policía volvió á pasar por entre los grupos que poblaban la sala y el patio, sin que nadie se atreviese á detenerlo para pedir noticias, como se hacian todos recíprocamente.

El asiento que dejó, no quedó vacío ni un minuto, pues un nuevo personaje de la época vino á dar á la jóven anticipadas felicitaciones por el próximo triunfo federal.

Y miéntras Manuela suplicaba á su nuevo interlocutor, que saliese á pedir á las negras que no gritasen tanto en el patio, y las dijese que su padre las recibiria con mucho gusto en el campamento; Doña María Josefa daba la mano, despidiendo á un personaje de gallarda estatura, como de treinta y ocho ó cuarenta años, de hermosos ojos, moreno, de espeso y negro bigote, y vestido con chaqueta de paño grana, pantalon negro con franja punzó, chaleco y corbata de este último color, y que ostentaba una enorme divisa, y un no ménos grande puñal á la cintura.

— Conque, temprano, le decia la cuñada de Rosas.

— Sí, señora, ántes de las siete estoy en casa de usted á darle cuenta.

— ¿Pero si ántes hay novedad, me manda avisar en el momento?

— Sí, señora.

— Yo he de estar aquí toda la noche, ó hasta que sepamos de Juan Manuel. Pero, mire, no le dé cuartel á ninguno. Ya sabe que todos los que se fugan se van á Lavalle.

— No hay cuidado, contestó aquel con una sonrisita que parecia decir : « No necesito de esa recomendacion. »

— Victorica va á correr la costa desde el fuerte hasta la Boca, prosiguió Doña María Josefa.

— Ya lo sé, señora; y yo voy á relevar á Cuitiño que está haciendo la ronda desde la Batería hasta San Isidro.

— Eso es. Hay un raton que ya una vez se escapó de la jaula, pero se me ha puesto que lo hemos de hacer caer tarde ó temprano. Váyase de una vez. Ya sabe que para estas cosas yo hago las veces de Juan Manuel. Vaya, despídase de Manuelita, y hasta mañana.

Y el personaje que iba á relevar á Cuitiño se separó de la hermana política del dictador: ese individuo era Martin Santa Coloma, uno de los principales corifeos de la Mashorca, cuyas manos quedaron, en 1840, bañadas en la sangre de sus indefensos compatriotas.

CAPÍTULO VIII.

La ballenera.

La noche estaba nebulosa pero suave; el rio tranquilo; una brisa fresca, pero suave, picaba ligerísimamente las aguas que, en alta marea, cubrian las peñas de las costas y se derramaban sin rumor en las pequeñas ensenadas de sus orillas. Apénas, de vez en cuando se dejaba ver una que otra estrella en el firmamento al traves de los pardos celajes, como aparece una que otra esperanza en el cristal empañado de una alma desgraciada.

Á las nueve de esa noche una embarcacion habia desprendídose del costado de una de las corbetas bloqueadoras, con un jóven oficial frances, el patron y ocho marineros.

En la primera hora la ballenera corrió al largo con su proa al oeste cuarta al norte, con su vela englobada, ligera y graciosa como una creacion de la noche posada en el ala de la brisa, miéntras que el jóven oficial, envuelto en su capa, y tendido sobre el banco de popa, con esa indolencia característica del marino, solo bajaba su vista de rato en rato, á ver una pequeña carta abierta á sus piés, y alumbrado por una linterna á cuya luz echaba una mirada de vez en cuando á una rosa náutica que sujetaba el pequeño plano, mostrando luego con la mano, y sin hablar una palabra, la direccion que debia dar á la ballenera el patron

que dirigia el timon. Y á la luz tambien de esa linterna colocada en el fondo de la ballenera, se distinguian los fusiles de los marineros, colocados de babor á estribor.

Como al cabo de una hora el oficial vió su reloj, é hizo en seguida un exámen mas detenido de la aguja, del plano, y de la direccion de la ballenera; y mandó luego arriar la vela, y seguir á remo en la direccion que indicó, despues de colocar bajo un banco de popa la linterna. La parte superior de los remos estaba envuelta en lona; y apénas se percibia el débil rumor de la pala en el agua.

Las luces de la ciudad se habian perdido completamente á la vista; y apénas, hácia la izquierda, se percibia la forma de la costa indefinible y negra, y que aparecia mas y mas elevada, á medida que la ballenera avanzaba con mas rapidez al impulso de los remos, que ántes á la fuerza del paño.

Al cabo, el oficial dijo una palabra al timonero, y la ballenera viró un tercio mas hácia la costa; y, á otra palabra del patron, los marineros empezaron á tocar apénas con la punta del remo la superficie del agua, y la embarcacion perdió mas de la mitad de su marcha.

Entónces el jóven oficial se sentó en el piso de popa, tomó la linterna, observó con mucha atencion la aguja y las indicaciones del plano, y despues de un rato levantó su brazo, sin quitar los ojos de la aguja y la carta.

Á esta accion los marineros dieron, por una sola vez, una impulsion inversa á los remos, y la ballenera quedó como clavada sobre las aguas en medio del silencio y de las sombras.

Estaban á una cuadra de la costa.

Entónces el oficial pidió dos sombreros á los marineros. Colocó la linterna entre los dos sombreros de hule, uno de cada lado, de manera á que la luz se proyectase en línea recta, sín esparcir claridad en redor suyo; y tomándola de este modo entre sus manos, se paró y la levantó á la altura de su cabeza, con la luz en direccion á la costa.

Permaneció de este modo algunos minutos, miéntras que la mirada de todos buscaba en tierra la correspondencia de aquel telégrafo misterioso. Pero inútilmente.

El jóven meneó la cabeza, y colocando la linterna en su lugar anterior dió órden de seguir.

Cinco minutos despues volvió á repetirse la misma operacion con las mismas precauciones. Pero inútilmente tambien.

El oficial, ya con un poco de mal humor, volvió de nuevo á examinar la direccion que se habia dado, y confirmado de que estaba en ella, de que estaba en el mismo paraje, al mismo rumbo que se marcaba en el plano, dió órden de marchar un poco mas á tierra para salir de la sombra que formaba la barranca inmediata.

En efecto, á pocos minutos de marcha, la ballenera pasó por frente á un pequeño cabo, y como á dos cuadras de su anterior estacion, volvió á funcionar el telégrafo entre las manos del oficial.

No habria pasado un minuto que aquella luz flotante despedia su rayo sigiloso en direccion á la tierra únicamente, cuando sobre la barranca inmediata brilló una luz, algo mas viva que la que parecia requerirse por la luz marítima, que se rodeaba de tantas precauciones.

— Allí está, exclamaron todos los de la ballenera, pero con una voz apénas perceptible de ellos mismos.

La linterna subió y bajó entónces, por dos veces, en las manos del oficial, y la luz de tierra extinguióse en el acto.

Eran las once de la noche.

II.

Como á las siete de esa misma noche, un carruaje conducido por Fermin, habia parado á la puerta de la casa de madama Dupasquier; y poco despues subia á él aquella noble señora, pero subia pálida, macilenta, con la expresion de esas enfermedades, de esas tísis del alma que hacen mayores estragos, y mas pronto, que las mas crueles dolencias de los órganos; y á su lado subia su hija, linda como una promesa de amor, y pura y delicada como un jazmin del aire : eran dos mujeres del tipo perfecto de 1820, que podemos hacer llegar, si se quiere, hasta 1830. Porque la generacion, que desenvolvióse durante la revolucion, tanto en hombres como en mujeres, en lo moral como en lo físico, ha tenido un sello especial que ha desaparecido con la época. Es curiosa, pero seria muy larga esa demostracion. Y solo diremos que

de aquellas mujeres, que hoy se perpetúan en los retratos, ó en las tradiciones, no quedan sino los retratos y las tradiciones.

Inmediatamente el coche habia tomado hácia la plaza, doblando por bajo el arco de la recoba, atravesando la plaza del 25 de Mayo, descendido al Bajo, y tomado á gran trote con direccion al norte.

Al pasar por el bajo de la Recoleta, ya muy de noche, dos jinetes habian salido al encuentro del carruaje, y luego de reconocerlo siguieron su marcha á pocos pasos de él.

Mas allá de Palermo de San Benito, lugar casi desierto en esa época y que muy pronto debia convertirse en la espléndida y bulliciosa morada del tirano, se vieron cuatro hombres venir en direccion opuesta.

En el acto los dos jinetes que lo escoltaban prepararon las armas que traian bajo sus ponchos, y se dispusieron á lo que pudiera ocurrir. Pero felizmente no era gente de la Masborca, y léjos de detener el carruaje, aquellos cuatro hombres pasaron haciendo grandes cortesías á los que iban dentro y á los que cabalgaban á su lado. Porque uno de los rasgos característicos de la época de Rosas era el afan de los hombres por saludarse unos á otros, aun cuando en su vida se hubieran visto la cara : originalidad que no puede explicarse de otro modo, que por el miedo que recíprocamente se tenian todos.

De cuando en cuando, y á pesar del aire de la noche, la misma madama Dupasquier mandaba á su hija que abriese uno de los postigos del coche para ver si venian sus amigos. Y cada vez que la jóven cumplia esta órden, bien poco pesada para ella, como se comprende, unos ojos llenos de amor y vigilancia divisaban su preciosa cabeza, y en el rápido vuelo de un segundo, uno de los jinetes estaba al lado del estribo, y un brevísimo diálogo de las mas tiernas interrogaciones tenia lugar entre la niña y el jóven, entre la madre y su hijo, porque el jóven bien se entiende, no era otro que Daniel, el prometido esposo de Florencia.

En una de estas idas y venidas, Daniel al llegar á su amigo, acercando mucho su caballo, y poniéndole la mano en el hombro, le dijo :

— ¿Quieres que te haga una revelacion que á cualquiera otro le daria rubor el hacerla?

— ¿Acaso vas á decirme que estás enamorado? ¡qué diablos! Yo tambien lo estoy y no me avergonzaria de contarlo.

— No, no es eso.

— Veamos, pues.

— Que tengo miedo.

— ¡Miedo!

— Sí, Eduardo, miedo. Pero es en este momento. En esta solitaria travesía. En el paso arriesgado que vamos á dar. Yo que juego mi vida á todas horas; que desde niño, puedo decirlo, he buscado la noche, las aventuras peligrosas, los pasos arriesgados; que he aprendido á domar el potro por el placer de correr un peligro; que he surcado las olas de nuestro rio, mas bravas y poderosas que el Océano, en un débil bote, sin motivo, sin interes, por solo la satisfaccion de verme frente á frente con la naturaleza, en los momentos de su salvaje jactancia; yo que tengo fuerte el corazon y diestro el brazo, temblaria como una criatura si tuviésemos en este momento un accidente cualquiera que nos pusiese en peligro.

— ¡Pues es un lindo modo de ser valiente! ¿Para cuándo quieres el valor sino para los peligros?

— Sí; pero peligros para mí; pero no para Florencia, no para su madre. No es el miedo de perder mi vida. Es miedo de hacerla derramar una lágrima, de hacerla sufrir los tormentos horribles por que pasaria su corazon, si nos rodease de repente un conflicto. Es miedo de que quedase sola, con su padre ausente, con su madre casi espirando, y sin mi apoyo en esta tormenta de crímenes que se cierne sobre nuestras cabezas. Es ese miedo por la desgracia del ser amado, que solo sienten ciertos corazones, ciertos caractéres en la vida. ¿Me comprendes ahora?

— Sí, y lo peor es que me has inoculado ese miedo en que no habia pensado, á fe mia : miedo de morir, no por morir, sino por los que quedan vivos. ¿No es eso?

— Sí, Eduardo; cuando uno tiene la conciencia de que es amado, cuando uno ama de véras, la vida se reparte, se encarna con otra vida, y al morir queda un pedazo de uno mismo en la tierra, y esto es lo que se siente.

— Pero en fin, ya estamos cerca, Daniel, dentro de diez

minutos estaremos allí. ¡Pobrecita! Tu Florencia siquiera viene con nosotros; pero ella, ella está sola desde ayer. Ah! ¡pensar que pasado mañana, que mañana tal vez puede cesar esta horrible vida que llevamos! ¡Prófugos, párias en nuestro propio país, en nuestra misma casa!... Mira, Daniel, creo que cuando respire el olor á la pólvora, cuando sienta el primer escuadron de Lavalle, y salgamos los veinte que ya somos, con nuestros fusiles, creo, te digo, que voy á empezar á tirar tiros al aire, por respirar pólvora, si esa canalla de Rosas no quiere que se los tiremos al pecho. ¿Crees que estén aquí pasado mañana?

— Sí, repuso Daniel, ese es el órden de las marchas. Puede emprenderse el ataque pasado mañana; y es esa la razon por que he instado tanto por el viaje que se va á efectuar esta noche. Me conozco. No valdria, con Florencia en Buenos Aires, ni la mitad de lo que valdré solo en aquel trance.

— ¡Y esta Amalia, esta Amalia no querer seguirlas! exclamó Eduardo.

— Amalia tiene mas valor que Florencia, y otro carácter tambien. No habria poder humano que la separase de tu destino. Aquí estás tú, y aquí está ella; es tu sombra.

— No, es la luz, es la estrella de mi vida, repuso Eduardo con un acento de vanidad que parecia decir: « Así es el carácter que quiero en la mujer amada de mi corazon. »

— Ahí está la casa, dijo Daniel y se adelantó á dar órden á Fermin de poner el carruaje en la parte opuesta del edificio, luego que bajasen las señoras.

Un minuto despues estaba aquel en la puerta de la *casa sola*. Pero ni una luz, ni una voz, y solo el rumor de los árboles cercanos.

Sin embargo, no bien el carruaje y los caballeros pararon á la puerta, cuándo esta abrióse, y los ojos de los viajeros, habituados á la oscuridad despues de dos horas, pudieron distinguir las figuras de Amalia y de Luisa paradas en la puerta; miéntras que por el postigo de una ventana asomaba la cabeza de Pedro, el viejo veterano, que custodiaba á la hija de su coronel, con la misma vigilancia con que veinte años ántes guardaba su puesto y su consigna, en las centinelas avanzadas de los viejos ejércitos de la patria.

Madama Dupasquier bajó casi exánime, pues el viaje la

habia molestado terriblemente. Pero todo estaba preparado por la prolija y delicada Amalia; y despues de tomar algunos confortativos y reposar un rato, la enferma volvió á hallarse mejor. Ademas, la idea de que pronto iba á dejar de respirar aquel aire que la asfixiaba, y salvar á su hija, era el mejor tónico para su debilidad presente.

Segun las instrucciones de Daniel, solo habia luz en el aposento de Amalia, cuya única ventana daba al pequeño patio de la casa. La sala, que servia de aposento á Luisa, y el comedor, cuyas ventanas daban hácia el rio, y sus puertas hácia el camino, estaban completamente oscuras.

Florencia estaba mas pálida que de costumbre; y su corazon latia con esa irregularidad que acompaña á las situaciones inmediatamente precursoras de un desenlace que se anhela y se teme. Un peligro inminente iba á correrse. Pero en el blando espíritu de la mujer no cabe el recuerdo de sí misma cuando peligra tambien la vida de su madre, la vida de su amante.

La jóven sonreia á aquella. Miraba tierna y amorosamente á su Daniel; y en el cristal bellísimo de sus ojos, una humedad celestial se esparramaba.

Daniel salió; habló un buen rato con Fermin, y volvió luego diciendo :

— Van á dar las diez de la noche. Es necesario que vayamos á las ventanas del comedor, á esperar la señal de la ballenera, que no debe tardar. Pero es preciso que Luisa se quede aquí y que lleve la luz á la sala en el momento en que yo se la pida. ¿Entiendes, Luisa, lo que tienes que hacer?

— Sí, sí, señor, contestó la vivísima criatura.

— Vamos, pues, mamá, dijo Daniel tomando la mano de madama Dupasquier. Usted tambien nos ayudará á observar el rio.

— Sí, vamos, contestó la aristocrática porteña con una sonrisa que mal pegaba con su cadavérico semblante, y hé aquí lo que no se me habia ocurrido jamas.

— ¿Qué cosa, mamá? la preguntó con prontitud Florencia.

— Que yo tuviera que hacerme federal por un momento, empleando mis ojos en espiar entre las sombras. Y sobre

todo, no se me habia ocurrido que tuviese alguna vez que embarcarme por estos parajes y á estas horas.

— Pero se desembarcará usted en su coche dentro de ocho dias, señora.

— ¿Ocho? ¡y qué! ¿costará tanto echar á esta canalla de Buenos Aires?

— No, señora, repuso Eduardo, pero usted no vendrá de Montevideo hasta que vayamos todos á buscarla.

— Y será el mismo dia que no haya Rosas, agregó Daniel, que fué compensado por una leve presion de la mano de su Florencia, que no se habia desprendido de la suya, desde que salieron del aposento de Amalia, pues que ya estaban en el comedor, sin mas luz que la escasísima de la noche que entraba por los vidrios que daban hácia el rio, en cuya direccion estába fija la mirada de todos.

Á medida que pasaban los minutos por la rueda del tiempo, la conversacion se cortaba y se anudaba con dificultad, porque una misma idea absorbia la atencion de todos : era ya la hora, y la ballenera no venia. Madama Dupasquier no podia permanecer allí. El conflicto de armas podia tener lugar al otro dia. Y se necesitaban tres por lo ménos para combinarse de nuevo con la estacion francesa.

— Tardan, dijo Amalia, que era quien conservaba mas sereno su espíritu, porque no habia nada que agitase, ni la felicidad, ni el peligro, ni la muerte, aquella naturaleza dulce, tierna y melancólica.

— El viento quizá, repuso Daniel buscando un pretexto que algo calmase la inquietud general, y en la que tomaba él la mayor parte.

De repente, Amalia, que estaba parada con Eduardo, exclamó :

— Allí está, extendiendo su mano en direccion al rio.

— ¿Es? preguntó Florencia levantándose y dirigiéndose á Daniel.

El jóven abrió entónces la ventana, calculó la distancia de la casa á la orilla del agua, que se dejaba conocer por el rumor de la ola, y conociendo que la luz estaba en el agua cerró la ventana y gritó :

— ¿Luisa?

El corazon de todos latia con violencia.

Luisa, que habia estado con su manecita en el candelero desde que recibió la órden, llegó con la luz ántes que el eco de su nombre se extinguiese en el aposento.

Daniel puso la luz contra el vidrio, y despues de haber percibido el movimiento convenido en la luz marítima, cerró los postigos y dijo :

— Vamos.

Florencia estaba trémula, y pálida como el marfil.

Madama Dupasquier, tranquila y serena.

Al salir fuera de la casa, Daniel las hizo parar un momento.

— ¿Qué se espera? preguntó Eduardo que daba el brazo á Florencia, miéntras madama Dupasquier se apoyaba en el de Daniel.

— Esto, dijo Daniel señalando un bulto qué se veia subir por la barranca.

Daniel dejó el brazo de madama Dupasquier y se adelantó.

— ¿Hay álguien, Fermin?

— Nadie, señor.

— ¿En qué distancia?

— Como á cuatro cuadras de un lado á otro.

— ¿Se ve de tierra la ballenera?

— Ahora, señor, porque acaba de atracar á las toscas, el rio está muy crecido, y se puede subir sin mojarse.

— Bien, pues. ¿Recuerdas todo?

— Sí, señor.

— Mi caballo desde ahora mismo, en la peña blanca, como á tres cuartos de legua de aquí. Bastante adentro del agua, para quedar cubiertos por la peña grande. Allí he de desembarcar dentro de dos horas. Pero por toda precaucion monta á caballo ya y véte á esperarme.

— Bien, señor.

La comitiva ya estaba impaciente é intrigada por la demora de Daniel. Pero este los tranquilizó luego y descendieron la barranca.

El aire de la noche parecia vigorizar á la enferma, pues que caminaba con una notable serenidad, apoyada en el brazo de su futuro hijo.

Adelante de ellos iba Florencia con Eduardo.

Y abriendo la marcha de la comitiva iba Amalia con la pequeña Luisa de la mano.

Por dos veces la habia rogado Eduardo que tomase su otro brazo. Pero ella, queriendo dar valor á todos, contestaba que no; que era la señora feudal de aquellos parajes, y debia siempre marchar delante de todos.

Cubierta su espléndida cabeza con un pequeño pañuelo de seda negro cuyas puntas estaban prendidas bajo la barba, solo se distinguia el perfil de su hechicero rostro, y sus ojos en los que no faltaba una luz, ni entre les densas sombras de la noche.

En pocos minutos llegaron á la orilla del rio donde la ballenera estaba atracada y contenida por dos robustos marineros que habian saltado á tierra con ese objeto.

La embarcacion habia dado por casualidad con una pequeña abra del rio.

Al acercarse las señoras, el oficial frances saltó á tierra con toda la galantería de su nacion, para ayudarlas á embarcarse.

Habia un no sé qué de solemnidad religiosa en ese momento, en medio de las sombras de la noche, y en esas costas desiertas y solitarias.

Madama Dupasquier se despidió con estas solas palabras:

— Hasta muy pronto, Amalia.

Un unitario jamas se atrevia á decir, ni aun á creer, que Rosas se conservase ocho dias mas.

Pero Florencia, organizacion en que pocas veces habia el consuelo de las lágrimas, sintió rotas al fin las fuentes de su corazon, y bañó con ellas los hombros y el semblante de su amiga.

Amalia lloraba dentro su alma miéntras que las imágenes mas tristes y fatídicas cruzaban por su rica y desgraciada imaginacion.

— Vamos, dijo al fin Daniel, y tomando á su Florencia de la mano la separó de Luisa que lloraba tambien, y alzándola por su cintura de sílfide, la puso de un salto en la ballenera, donde ya estaba madama Dupasquier al lado del oficial.

Todavía un ¡á Dios! se cambió Florencia con Amalia y Eduardo; y á una voz del oficial la ballenera se desprendió de tierra, viró luego hácia el sud, y enfiló la costa, con su vela tiriana desplegada, y sin las precauciones con que se habia acercado un cuarto de hora ántes. Seguia la costa con

la intencion de tomar mas abajo un cuarto mas de viento en su bordada al este.

Amalia, Eduardo y Luisa la siguieron con sus ojos hasta que se perdió entre las sombras.

Entónces posó Amalia su brazo en el hombro del bien querido de su alma, y alzó sus lindos y tranquilos ojos á contemplar los fragmentos de nubes que volaban entre las alas de la brisa, y que dejaban de vez en vez aparecer los astros, miéntras que Eduardo la contemplaba embelesado, rodeando con su brazo derecho su cintura.

Ocho minutos habrian pasado apénas, cuando una súbita claridad y la detonacion de una descarga de mosquetería, en la costa, y hácia el lado en que navegaba la ballenera, vino á herir de súbito, y como un golpe eléctrico, el corazon de Amalia, de Eduardo y de la tierna Luisa.

CAPÍTULO IX.

La ronda federal.

Todavía Eduardo tenia vuelta su gallarda cabeza hácia la direccion de la descarga, y las manos llevadas instintivamente á los bolsillos donde tenia sus pistolas, cuando la voz de Amalia interrumpió el silencio de aquel lúgubre recinto, exclamando:

— ¡Sube, sube, por Dios! oprimiendo el brazo de su amado y queriendo arrastrarlo con sus débiles manos.

— Eduardo, comprendiéndolo todo, y el peligro de que permaneciese Amalia un minuto mas en aquel lugar, la tomó por la cintura con su robusto brazo, diciéndola:

— Sí, pronto, no hay que perder un momento, miéntras que Luisa, prendida del vestido de su señora, queria darla apoyo tambien para subir ligero.

Apénas habrian caminado dos minutos cuando una segunda descarga los paró maquinalmente á todos, haciéndoles volver la vista á la direccion que traia el sonido, y entónces percibieron claro, aunque á larga distancia, una súbita claridad en el rio, y el sonido de otra descarga.

— ¡Dios mio! exclamó Amalia.

— No, esa última es de la ballenera, que les contesta, repuso Eduardo, dejando ver sus dientes de alabastro en una sonrisa, mezcla de contentamiento y de rabia.

— ¿Pero las habrán herido, Eduardo?

— No, no; es muy difícil; sube, hay otro peligro que evitar.

— ¿Otro?

— Sube, sube.

Á pocos pasos estaban ya en la casa cuando se encontraron con Pedro, que venia atacando otra bala en su tercerola, y con su sable debajo del brazo.

— Ah, ya están aquí, dijo al verlos.

— Pedro.

— Señora, yo soy. Pero estas no son horas para que ande usted por estos lugares. Es esta la primera vez quizá que el buen viejo dirigia una reconvencion á la hija de su coronel.

— Pedro, ¿ha oido usted? le preguntó Eduardo.

— Si, señor, todo lo he oido. Pero estas no son horas de que la señora.....

— Bien, bien, ya no lo haré mas, Pedro, dijo Amalia que comprendia todo el interes que sentia por ella aquel fiel servidor de su familia.

— Queria preguntar á usted, Pedro, prosiguió Eduardo, entrando ya en la casa, si ha podido distinguir de ¿qué armas son los primeros y los segundos tiros?

— ¡Bah! exclamó el veterano, cerrando la puerta y sonriéndose.

— ¿Veamos, pues?

— La primera y la segunda descarga han sido de tercerola; y la última de fusil.

— Esa es mi misma idea.

— Á cualquiera que tenga oídos se le ocurre lo mismo, repuso Pedro, que parecia estar de malísimo humor con todos por el peligro que acababa de correr su señora, y, como para evitar mas preguntas, se fué á encender luz en el aposento en que dormian Eduardo y Daniel cuando se quedaban en la *casa sola*, y que se hallaba en el otro extremo de las tres habitaciones de Amalia.

Cuando esta entró á la sala, y se quitó de la cabeza el pa-

ñuelo de seda que la cubria, Eduardo no pudo ménos que sorprenderse al mirar la excesiva palidez de su semblante.

La jóven se sentó en una silla, afirmó el codo en una mesa y posó su frente sobre su blanca y delicada mano, miéntras Eduardo habia pasado al comedor, á oscuras, y abriendo la ventana, ponia toda su alma en el oído, porque la densidad de las sombras era cada vez mayor y no se podia distinguir cosa alguna.

Nada se oia.

No parecia que la vida acabase de enviar tanta muerte un momento ántes.

Cuando volvió á la sala todavía permanecia Amalia en la misma actitud.

— Basta, mi Amalia, basta; ya ha pasado todo, y Daniel irá riéndose en este momento, la dijo sentándose á su lado y arreglando unas hebras de los lacios cabellos de su amada, que se habian descompuesto con la presion de la mano.

— ¡Pero tanta bala! Es imposible que no hayan herido á alguno.

— Por el contrario; lo que es imposible es que haya llegado una bala de tercerola, ni á cincuenta varas de la balle nera. Han visto su sombra en el agua y han tirado al acaso.

— ¿Pero toda la costa está vigilada? ¿y Daniel? ¡cómo desembarca Daniel! Dios mio!

— Bajará á la madrugada, en que se retiran las patrullas.

— ¿Y Fermin le ha llevado el caballo?

— Sí, señora, respondió Luisa que entraba con una taza de té para Amalia.

En ese momento Eduardo volvió á levantarse y pasar al comedor para escuchar de nuevo por la ventana. Una idea hacia rato que estaba cruzando por su cabeza, y que era lo único que lo inquietaba.

Apénas haria tres minutos que estaba recostado contra la reja, cuando creyó percibir cierto ruido por el Bajo.

Un momento despues ese ruido era bien perceptible, y no podia dudarse que lo originaba la marcha de muchos caballos.

De repente el rumor de la marcha de la cabalgata cesó, pero pudo distinguirse el eco confuso de algunas voces al

pié de la barranca. En seguida volvió á sentirse la marcha de los caballos.

— No hay duda, se dijo Eduardo, esta es la patrulla que ha hecho fuego. Se ha parado al pié de la barranca, y probablemente han hablado de esta casa. No hay duda; van á dar la vuelta para venir por el camino de arriba. ¡Fatalidad, fatalidad! y el jóven se mordió los labios hasta sacarse sangre.

Al entrar á la sala, Amalia que leia tan bien en el semblante de su amado, comprendió que alguna emocion profunda lo agitaba, y ella misma le abrió el camino diciéndole, en el estilo que usaba con él, y el único que le consentia, cuando no estaban en ciertos momentos en que la poesía del amor les inspiraba un tratamiento mas dulce y mas íntimo :

— Hable usted, Eduardo: yo siempre tengo en mi alma la resignacion, esperando á la desgracia.

— No; desgracia no, repuso aquel como avergonzado de que su amada hubiera apercibido en su semblante alguna expresion pasajera de temor.

— ¿Y qué es, pues?

— Quizá..... Quizá nada..... una tontería mia, dijo el jóven, sonriendo, sacudiendo su cabeza y tomando el té que habia dejado Amalia en su taza.

— No, no, algo hay, y yo quiero saberlo.

— Pues bien; lo que hay es, que acaba de pasar una patrulla por bajo la barranca, y que será probablemente la misma que ha hecho fuego sobre la ballenera. Hé ahí todo.

— ¿Todo? bien; ya verá usted si he comprendido lo que usted ha callado. Luisa, llama á Pedro.

— ¿Y para qué? preguntó Eduardo.

— Va usted á oirlo.

El veterano apareció.

— Pedro, le dijo Amalia, es posible que intenten asaltarnos esta noche, querer registrar la casa, ó alguna cosa así, cierre usted bien las puertas y prepare sus armas.

Eduardo quedó atónito de aquel valor y serenidad de su amada, admirándola en el santuario de su alma, conociendo que no era el valor de la organizacion, sino el valor del amor, elevado al grado de sacrificio. Porque en aquellos momentos una resistencia a mada, una resistencia cual-

quira á la voz de los agentes de Rosas era una sentencia infalible de muerte, ó de desgracias de todo género, y Amalia se lanzaba á afrontarlas, tentando salvar al bien amado de su corazon.

— Ya está todo hecho, señora; tengo veinte tiros y mi sable, respondió Pedro.

— Y yo cuatro y el mio, dijo Eduardo parándose súbitamente; pero mas súbito todavía y como si hubiesen cambiado un hombre por otro, volvió á sentarse y dijo:

— No, aqu no correrá sangre.

— ¿Cómo?

— Digo, Amalia, que en último caso no merece mi vida el que usted presencie una escena como la que hemos querido preparar imprudentemente, y que no daria, por último, sino la pérdida de todos.

— Pedro, haga usted lo que se le ha mandado, repuso Amalia.

— ¡Amalia! exclamó Eduardo, tomándole la mano.

— Eduardo, replicó la jóven, yo no tengo nada en mi vida que no esté en la vida del ser que amo, y cuando el destino de él fuese de prisa á la desgracia, yo precipitaria el mio para que fuésemos juntos.

La jóven no habia acabado estas palabras melancólicas, expresion de su triste y enamorado corazon, cuando el galope de muchos caballos se sintió por el camino de arriba.

Eduardo se levantó sereno, pasó al patio donde se paseaba Pedro, y entró á su aposento. Se quitó tranquilamente el pequeño poncho que lo cubria aun; sacó sus pistolas de dos tiros que tenia en los bolsillos de sus pantalones, examinó los cebos, y tomando luego su espada dió al patio y colocóla desnuda en un rincon.

En ese momento Amalia llegaba tambien al patio con la inocente Luisa pegada á su vestido, que por segunda vez la repetia:

— Señora, ¿quiere usted que rece?

— Sí, hija mia, anda á la sala y reza.

La noche habia cubiértose con todo su ropaje de sombras y la tormenta se cernia sobre la tierra.

No bien habia cambiado Amalia algunas palabras con Eduardo y Pedro, cuando sintióse el rumor de voces cerca de la puerta, y luego los sables y las espuelas de algunos

que se desmontaban; y entónces pasaron á la sala, cuya puerta daba al pequeño zaguan.

Al entrar, un espectáculo tierno y sublime los detuvo á la puerta : la vista de Luisa, hincada, con sus manecitas juntas en actitud de súplica, rezando delante al crucifijo de Amalia.

Parecia que se esperaba la última palabra de esa oracion de la inocencia elevada á Dios, en medio de la noche y los peligros, para comenzar la primera escena de aquel drama que presagiaba un terrible desenlace; pues que en el acto de levantarse la niña, y de entrar los que la observaban, una docena de recios golpes fueron dados en la puerta de la calle.

— Nuestro plan está ya concebido con Pedro, dijo Eduardo dirigiéndose á Amalia, no abriremos, ni responderemos. Si se cansan y se van, tanto mejor. Si intentan echar la puerta abajo, tendrán que trabajar mucho, pues es gruesa y bien sostenida; y si lo logran, cuando los recibamos estarán fatigados.

Los golpes se repitieron en la puerta, y en seguida empezaron á darlos en las ventanas de la sala y del comedor.

— Échenla abajo, dijo una voz ronca y fuerte que habia sobresalido varias veces entre aquellas que acompañaban con un coro de palabras obscenas los golpes que daban en vano sobre la puerta y las ventanas.

Pedro se sonrió, recostándose tranquilamente en la puerta de la sala.

— No se puede, dijeron muchas voces á la vez, despues de haberse hecho grandes esfuerzos, que se conocia por el crujimiento de los tablones que descansaban sobre dos gruesas trancas.

— Tiren sobre la cerradura, dijo la misma voz que se hacia notable entre todas.

Pedro se sonrió, dió vuelta la cabeza y miró á Eduardo parado con Amalia de la mano en el medio de la sala.

En aquel momento cuatro tiros de tercerola se dispararon en la parte exterior, y la cerradura vino á caer á los piés de Pedro, que con una serenidad admirable dióse vuelta, acercóse á Amalia y la dijo :

— Estos pícaros pueden tirar por las ventanas, y usted no está bien aquí.

— Es cierto, repuso Eduardo, al aposento de Luisa.

— No; yo estaré donde estén ustedes.

— Niña, si usted no entra, yo la cargo y la encierro, replicó Pedro con una voz tan tranquila pero tan resuelta, que Amalia, aunque sorprendida, no se atrevió á replicarle y entró con Luisa al aposento. Miéntras Pedro y Eduardo fueron á colocarse entre las dos ventanas, quedando cubiertos por la pared.

Estas precauciones no fueron inútiles, pues apénas habian ocupado aquel lugar, cuando los vidrios saltaron en mil pedazos y algunas balas atravesaron la sala.

Pero afuera tambien tomaban sus medidas. Conocian bien que habia gente en la casa, pues que la puerta estaba cerrada por dentro, y se veia luz por los agujeros que habian hecho las balas. Y esta resistencia á abrir los exasperaba mas, á ellos que traian sable y tercerola, y que por consiguiente eran agentes de la autoridad todopoderosa del Restaurador.

De repente, un golpe tremendo, un empuje casi irresistible hizo rechinar los goznes y crujir los marcos de la puerta que parecia pronta á saltar toda entera, pues hasta las paredes se conmovieron cual si las sacudiese un terremoto.

— ¡Ah, ya sé; y para esto no hay remedio! dijo Pedro saliendo del lugar en que estaba, amartillando su tercerola y dirigiéndose al zaguan; miéntras que Eduardo preparando tambien sus pistolas, iba á su lado con los ojos chispeantes, la boca entreabierta, y aprentando convulsivamente sus armas.

Amalia que sintió y vió todo esto, ocurrido en ménos de un segundo, iba á precipitarse del aposento, cuando Luisa se echó á sus piés y le abrazó las rodillas.

Un segundo golpe sin vibracion, pero pujante, á plomo, hizo estremecer de nuevo toda la casa, y multitud de cascotes saltaron de los marcos de la puerta.

— No resiste otro, dijo Pedro.

— ¿Y con qué demonios dan? preguntó Eduardo trémulo de rabia y deseando que cayese la puerta de una vez.

— Con el anca de dos ó tres caballos á un mismo tiempo, contestó Pedro, así echamos abajo la puerta de un cuartel en el Perú.

En ese momento, porque toda esta escena era rápida como el pensamiento, Luisa, abrazada de las rodillas de Amalia, sin dejarla salir, la decia llorando:

— Señora, la Vírgen me ha hecho recordar una cosa; la carta; yo sé donde está. con ella nos salvamos, señora.

— ¿Qué carta. Luisa?

— Aquella que...

— Ah, sí. ¡Providencia divina! es el único medio de salvarlo. Tráela. tráela.

Y Luisa voló, sacó de una cajita una carta y se la dió.

Amalia entónces pasó corriendo á la puerta de la sala y dijo á Eduardo y Pedro que estaban en el zaguan esperando por momentos ver caer la de la calle:

— No se muevan, por Dios; oigan todo pero no hablen ni entren á la sala, y sin esperar respuesta, corrió las hojas de la puerta, y volando á una de las ventanas, tiró los pasadores y abrió.

Á este ruido, dejaron la puerta y se precipitaron á la ventana diez ó doce de los que estaban desmontados; y por instinto, por instinto federal, abocaron sus tercerolas á las rejas.

Amalia no retrocedió, no se inmutó siquiera, y con una voz entera y digna se dirigió á ellos:

— ¿Por qué se asalta de este modo la casa de una mujer, señores? Aquí no hay hombres, ni riquezas.

— ¡Eh, que no somos ladrones! contestó uno que se abrió camino por medio de los demas, hasta llegar á la ventana.

— Pues si es esta una patrulla militar, no debia tratar de echar abajo los puertas de *esta casa.*

— ¿Y de quién es *esta casa?* preguntó aquel que se habia acercado, parodiando la acentuacion con que habia marcado Amalia aquellas dos palabras.

— Lea usted y lo sabrá. Luisa! alcanza la luz.

El tono de Amalia, su juventud, su belleza, y el misterio de esa especie de seguridad y de amenaza que envolvia en sus últimas palabras, acompañada del papel que entregaba, en aquella época en que todos temian caer, por equivocacion, ó por cualquier cosa, en el enojo de Rosas, llevó sin esfuerzo la perplejidad á toda aquella gente, en cuyas cabezas no habia entrado la sospecha de que en esa casa, por

tantos años desierta, hubiese una mujer como la que veian.

— Pero, señora, abra usted, le dijo entrecortado el personaje que recibió la carta, y que no era otro en cuerpo y alma que Martin Santa-Coloma al frente de su partida.

— Lea usted primero y despues abriré si todavía lo quiere, repuso Amalia dando mayor firmeza y aire de reproche á la entonacion de su voz; al mismo tiempo que Luisa, fingiendo valor como su señora, acercaba la luz á la reja, entre una bomba de cristal.

Santa-Coloma desdobló la carta sin quitar sus ojos de aquella mujer que á la luz del fanal le heria la imaginacion, como algo de encantamiento en aquel lúgubre y solitario lugar. Miró luego la firma de la carta, y la sorpresa se pintó en su rostro, que no dejaba de ser varonil é interesante.

— Tenga usted la bondad de leer fuerte para que todos oigan, dijo Amalia.

— Señora, yo soy el jefe de esta partida, y con que yo lea es bastante, contestó aquel, y se impuso del contenido de esta carta, que el lector debe conocer tambien y que decia :

« *Señora Doña Amalia Sáenz de Olabarrieta*

» Mi distinguida compatriota : He sabido con mucho disgusto que se han atrevido á incomodar á usted en su soledad, sin motivos, y sin órden de tatita, lo que es un grande abuso que él reprenderia si lo supiese. La vida que usted lleva no puede inspirar sospechas á nadie, sino á los que toman el nombre del gobierno para sus fines particulares: usted está en el número de las personas que mas distingo, y le ruego, como una amiga, que me comunique al momento, si otra vez fuese usted molestada; porque si es sin órden de tatita, como no lo dudo, yo se lo avisaré á él en el acto, para que no se abuse de su nombre otra vez.

» Crea usted que será un momento muy feliz para mí aquel en que pueda serle útil su obsecuente servidora y amiga.

» Manuela Rosas.

» Agosto 23 de 1840 »

— Señora, dijo Santa-Coloma quitándose su sombrero, yo no he tenido la intencion de hacer á usted ningun mal, ni sabia quién vivia aquí. He creido que podrian haber salido de esta casa algunos de los que se han embarcado hace poco por esta costa, pues acabo de batirme con una ballenera enemiga muy cerca de aquí, y como no hay mas casa que esta.....

— Vino usted á echarme las puertas abajo, ¿no es eso? le interrumpió Amalia para acabar de dominar el espíritu de Santa-Coloma.

— Señora, como no me abrian, y veia luz..... pero, díspénseme usted. Yo ignoraba que aquí viviera una amiga de Doña Manuelita.

— Está bien, ¿quiere usted entrar ahora y registrar la casa? y Amalia hizo un movimiento como para salir á abrir.

— No, señora, no. Solo le pido á usted el favor de permitirme que vengan mañana á componer la puerta que quizá se ha estropeado.

— Mil gracias, señor. Mañana pienso irme á mi casa del pueblo, y esto no es nada.

— Yo mismo, prosiguió Santa-Coloma, voy á pedirle disculpas á Doña Manuelita. Créame usted que ha sido sin intencion.

— Todo lo creo á usted, y no hay necesidad de disculpas; porque por mi boca nadie sabrá lo que ha ocurrido, usted se ha equivocado y eso es todo lo que hay, repuso Amalia endulzando su voz todo cuanto le era posible en su situacion.

— Señores, á caballo; esta es una casa federal, gritó Santa-Coloma á los suyos. Vuelvo á pedir á usted perdon, continuó volviéndose á Amalia. Buenos noches, señora.

— ¿No quiere usted descansar ni un momento?

— No, señora, mil gracias; usted es la que debe descansar del mal rato que la he dado.

Y retirándose Santa-Coloma, todavía no se ponia el sombrero.

— Buenas noches, dijo Amalia y cerró su ventana.

Un minuto despues estaba desmayada sobre el sofá.

CAPITULO X.

Primavera de sangre.

Ya los pájaros cantaban al asomar el dia el himno misterioso de la naturaleza á su creador.

La golondrina volvia de sus calientes climas, y cruzaba rápida y sin destino, como las imágenes del delirio.

El duraznero ostentaba todo el lujo de sus estrellas color de rosas y violentas; y entre los glóbulos dorados de su flor se cuajaba el gérmen de su exquisito fruto.

El nardo se levantaba altivo, como la palmera del desierto; y á su pié la tímida violeta se escondia entre sus pabellones de esmeralda, lastimada de su punzante aroma.

El jacinto asomaba gracioso á respirar el aire primaveral que lo rizaba. Y la espléndida reina de las flores abria su globo de púrpura para beber el llanto de la aurora, dejando herir su seno por el rayo del matutino sol, á cuyo influjo fermentaba el ámbar que encerraba; como la vírgen que deja penetrar por su pupila la mirada ardiente que va hasta el corazon, y roba y bebe el primer soplo de amor, que un suspiro de la divinidad puso en su seno.

Y sobre las hojas punzóes de la rosa, ó sobre la frente pálida de la azucena, la mariposa esparcia el polvo de oro de sus alas, y remontaba luego á embriagarse de luz y de colores : imágen delicada y tierna de la mujer, cuando se abre la flor de su inocente vida, y vuela en el jardin de las ilusiones, derramando el oro de su imaginacion sobre las flores fragantes de sus deseos.

Las olas comenzaban á descansar ya de su agitacion en el rígido invierno que acababa, y se dormian sobre sí mismas, como reposan las pasiones sobre el mismo corazon que les dió vida. Los vientos de la Pampa plegaban su ala poderosa; y las templadas brisas de los trópicos se escurrian á la region del Plata, á conquistar el desierto palacio del invierno.

Toda la naturaleza se regeneraba, se cubria de galas, respiraba esperanzas, y reflejaba poesía, como la amante abandonada vuelve á la radiantez de su bellaza rebosando pro-

mesas y alegría, cuando el aliento del amante ausente viene de improviso á entibiar la frente marchitada por el frio glacial del abandono.

Al invierno yermador, árido y triste, sucedia la creadora y alegre primavera. Y para toda la naturaleza habia una caricia, una sonrisa, una promesa....... ménos para el hombre.

La flor, el campo, el agua, las nubes y los astros que tachonan el manto celestino de Dios, todos recibian una mirada vivificadora, al abrirse el reinado de la opulenta primavera en las regiones del Plata..... ménos el hombre.

Su destino, frio como una cifra, adherido á su vida como el mármol al sepulcro, é incontrastable como el paso del tiempo, lo empujaba de desgracia en desgracia, y sin otra esperanza que en Dios, cuya mirada aparecia envuelta entre las nubes, sin llegar al alma, y alumbrarla, en la terrible noche de su infortunio.

La primavera comenzaba para la naturaleza. Pero ¡ay! el ámbar de la flor iba á extinguirse entre el olor de la sangre.

El campo iba á perder su manto de esmeralda con las manchas de sangre, que ni el pié de los años borraria.

El arroyo iba á llevar sangre en su corriente. La luz del dia á encapotarse entre vapor de sangre. Y los astros que tachonan el manto celestino de Dios, iban á quebrar su tenue rayo sobre charcas de sangre.

Jugado estaba ya el destino de los pueblos del Plata. Su vida amarrada al potro de la tiranía, nuevo Mazeppa, iba á desangrarse por largos años, rotas las carnes de la libertad, en las espinas de un bosque de delitos y desgracias. Las tradiciones de la revolucion, el destino de 1810, las promesas risueñas de 1825, los progresos intelectivos de la sociedad, la moral de educacion y de raza, el carácter de los pueblos, su índole y su imaginacion misma, todo iba á acabar de subvertirse bajo el mas disolvente de los gobiernos, bajo la mas inmoral de las escuelas públicas : bajo el gobierno personal y tiránico, bajo el ejemplo de sus medios bárbaros. Un gobierno tanto mas funesto, cuanto que debia dejar inoculados en la sangre de una generacion que se levantaba á la vida, los malos hábitos de los pueblos que nacen y se educan bajo el imperio de los déspotas, en que l dignidad humana es escarnecida; la obediencia irreflexiv

y ciega, una condicion de la existencia individual; y las ideas y los intereses sociales, plantas exóticas en el tereno de ese gobierno.

La ausencia de todo espíritu de comunidad y asociacion habia conservado hasta entónces el mal gobierno de Don Juan Manuel Rosas, como habia servido en gran parte á la anarquía que lo produjo. Y la prolongacion de aquel gobierno iba á acabar de ahondar ese mal generador, en la tierra vírgen de una sociedad sin hábitos ni creencias todavía. De este modo se preparaban para el futuro, funestos y terribles síntomas de resistencia á la reaccion que apareciese contra ese órden de cosas, en que ya no habria que luchar contra el tirano, sino contra los resabios de la tiranía.

Rosas habia triunfado sin vencer. Y desde entónces, todas las cuestiones lejanas que rodeaban el horizonte de su gobierno, iban á ceder poco á poco, y por sí solas, en la pendiente de su fortuna, ó mas bien, en el terreno de la fatalidad histórica; porque los cuadros históricos que ofrece al estudio la vida de los pueblos, ni quedan, ni se presentan incompletos nunca.

La república argentina, como pueblo nuevo, habia completado ya, en quince años, su epopeya de combates y glorias; y puesto con su lanza el sello de su fuerza militar en la América, y de su destino en el mundo, como pueblo. Con su último cañonazo habia dicho la última palabra de sus primeras aspiraciones de 1810, y completado con el fuego de su pólvora la última luz del gran cuadro de su primera vida.

Le faltaba el segundo período de su revolucion. Y aquí se chocaron entónces los grandes extremos del pensamiento: la innovacion que creaba, la reaccion que destruia.

Triunfante la última en sus primeros pasos, la lógica de la historia no podia fallar, y era necesario que se completase el gran cuadro de esa otra faz de la nueva nacion. Y el crímen, el vicio, la relajacion de todas las nociones del cristianismo, la subversion de todos los príncipios conservadores de la sociedad, el atraso, la estagnacion y la indolencia, la inaccion y la impotencia del pensamiento, el olvido de la tradicion, y una índole acomodaticia al nuevo órden de vida, todo debia contribuir á llenar el cuadro de

la tiranía de Rosas, que no debia quedar incompleto, como no lo queda ninguna de las perspectivas históricas, que nacen sin esfuerzo de situaciones dadas y francas en la vida de las sociedades.

Y allá en los futuros tiempos, cuando el pensador argentino separe la yedra que cubra la tumba de los primeros años de la patria, para encontrar las inscriciones sangrientas de sucesos y generaciones que rodaron en la tormenta de su juventud, y busque frio y tranquilo la ingenua filosofía de nuestra historia, no se pasmará, por cierto, de nuestra larga y pesada tiranía, expresion franca y candorosa del estado social en que nos encontró la revolucion. Pero sí bajará su frente, avergonzado de que la alta figura que haya que dibujarse en el gran cuadro de ese episodio lúgubre de nuestra vida, sea la figura de Don Juan Manuel Rosas. Porque lo mas sensible para la historia argentina no será, por cierto, el tener que referir la existencia de un tirano, sino el que ese tirano fuese Rosas.

Rosas fué un tirano ignorante y vulgar. Á ningun fin político iban sus pasos. Ninguna alta idea formaba el centro de sus acciones. Y tras su vida política no debia quedar sino un recuerdo repugnante de ella.

Solo el crímen fué sistemático en ese hombre. Pues ese tan ponderado sistema de su americanismo para repeler toda ingerencia europea entre nosotros, defendiendo constantemente la dignidad de la bandera azul y blanca, fué una larga mentira del dictador, inventada para despertar en favor suyo las susceptibilidades nacionales : á lo ménos la historia de sus propios actos así lo proclama.

Mucho ántes de su jactancioso patriotismo americano, y en la edad en que el hombre es mas susceptible á la ebullicion de los sentimientos patrióticos, exagerados con frecuencia por el calor de la sangre, y los arranques impetuosos del carácter personal, Rosas habíase puesto de parte de los extranjeros y aplaudido un acto de piratería ejercido contra el pabellon nacional.

Despues de la revolucion de 1.º de Diciembre de 1828, un hecho escandaloso fué cometido por el comandante Mr. de Venancourt, al mando de las fuerzas francesas en estas aguas, contra nuestra pequeña escuadra, asaltada en medio de la noche por las tripulaciones francesas. Don Juan Ma-

nuel Rosas, en armas ya contra la revolucion, se dirigió á Mr. de Venancourt aprobando su conducta, y pidiéndole que retuviese la escuadra *.

Sin altura ni dignidad personal, confiaba su pequeñez y su miseria á sus mismos subalternos; ordenando á los je-

* El infrascripto tiene el honor de dirigirse al Sr. comandante de la escuadra francesa, para expresarle en su nombre y en el de todos los ciudadanos de la nacion argentina el mas sincero y justo homenaje de reconocimiento por los sucesos que han tenido lugar en estos últimos dias respecto de la escuadra nacional que, á consecuencia de la insurreccion del 1.º de Diciembre, habia caido en poder de dichos insurgentes, por haber puesto en libertad á los prisioneros detenidos á bordo, y otros pasos que demuestran claramente que los agentes públicos de la nacion francesa han sabido reconocer al gobierno legítimo de la república argentina, y obrar en conformidad á las relaciones de estrecha amistad que la república argentina conservaba hasta el 1.º de Diciembre con la nacion francesa.

El abajo firmado ha tenido comunicaciones interesantes del Señor cónsul general de Francia, y le ha respondido de una manera satisfactoria. En definitiva, y hallándose el infrascripto general suficientemente autorizado por el poder soberano de la nacion, para arreglar y disponer todo lo que se mire como necesario al restablecimiento de las leyes y de las autoridades legítimas de la provincia de Buenos Aires, requiere del comandante á quien se dirige :

En primer lugar, que la escuadra nacional tomada á los insurgentes no sea devuelta, sino que sea guardada á la vista y en seguridad ; que se tomen los buques nacionales que se hallan en el Paraná ; que se haga toda especie de hostilidades contra los que hoy mandan ilegalmente en Buenos Aires ; que se permita al general infrascripto una entrevista que podrá tener lugar en la Ensenada ; que se haga comunicacion de todas estas resoluciones al cónsul general, y para abrir una comunicacion frecuente con el susodicho cónsul general, el comandante de la escuadra facilitará los medios de comunicacion necesarios á la Ensenada, donde el que firma pondrá á la disposicion del comandante frances tanta carne fresca cuanta necesite diariamente para sus buques y para todos los demas que quiera proveer de ella y que pueda desear el susodicho comandante.

El comandante general Don Prudencio Rosas (hermano del general), se halla en la Ensenada encargado de proporcionar al señor comandante de la escuadra todo cuanto necesite, y la misma ór-

fes militares, de oficio, que mintiesen en sus comunicaciones, aumentando el número de sus fuerzas *.

Pero mas que esto. El cinismo del dictador llegaba á tal punto, que él mismo, de su puño y letra, escribia las instrucciones para los correos que partian de Buenos Aires para las provincias y Bolivia; ordenándoles que por todo su camino fuesen diciendo que : « S. E. trabajaba dia y noche en sosten de la causa americana : que hasta las potencias extranjeras le tributaban respeto y admiracion por su valor y por su genio : que todo el mundo estaba pronto á sacrificarse por él : que en todos los paquetes recibia cartas y regalos de los reyes : y que dentro de poco se iba á saber todo lo que él valia, etc., etc., »

Capitaneó una de las épocas de la vida social, que con él, ó sin él, tenia por fuerza que desenvolverse en el naciente pueblo; y no se hizo célebre por haber organizado esa época, sino por haberla ultrapasado en sus impulsos reaccionarios; y no se hizo espectable, individualmente, sino por la ferocidad de su alma, y por las infinitas circunstancias que los sucesos fueron eslabonando en torno suyo, debidos en su mayor parte á causas que no

den se ha dado desde Quilmes hasta el Tuyú, y por todas las costas y puertos donde se hallen sus tropas; ellas están prontas á ejecutarlo.

El infrascripto tiene el honor de saludar, etc.

Juan Manuel Rosas.

(Esta carta fué conocida recien el 29 de Diciembre de 1849; presentada á la cámara de diputados por Mr. Larrochejaquelein.)

* « El general edecan de S. E. D. Manuel Corvalan, al comandante en jefe del número 2, coronel D. Antonio Ramírez.

» S. E. encarga á V. S. que al comunicar noticias del número de que se compone la division, diga siempre el doble, y que la mitad es de línea, y que esta noticia con especialidad la haga correr hácia el sur de la campaña, y hácia esta ciudad, y por último para todas partes, para donde se le porporcione oportunidad de escribir sea para donde fuere, aun cuando sea al norte, debe ahora V. S. hacer correr que tiene consigo mil hombres incluso quinientos de línea, y que viene en alcance suyo la division de Barráncas compuesta de quinientas plazas de las tres armas de línea y milicia, ardiendo todos por volar á acabar con los salvajes unitarios sublevados, viles esclavos de los asquerosos franceses. »

recibieran creacion, ni impulsion de la cabeza de Rosas: como sucedió con la contramarcha repentina del ejército libertador, que dejaba abierto el camino por donde la tiranía reaccionaria debia marchar hasta su última expresion en la república.

Sobre las tablas del tiempo fué Setiembre de 1840 quien jugó el destino de los pueblos del Plata; y en pérdida la libertad, la primavera de la naturaleza no fué sino la prímavera de sangre de los argentinos.

Los sucesos que se precipitan, anudándolos con los sucesos anteriores que se conocen ya, nos van á dar á comprender todo lo que tiene de terrible y de lúgubre esa verdad.

CAPÍTULO XI.

De cuarenta solo diez.

En la noche siguiente á aquella en que la policía federal comenzó á hacer de las suyas en la *casa sola*, y en que Luisa recibió por premio de su oracion una inspiracion que salvó á todos, varios hombres se habian ido reuniendo, desde las ocho de la noche en un largo almacen de efectos por mayor, contiguo á una hermosa casa de altos que dominaba casi toda la calle de la Universidad *.

Los que llegaban, llamaban de un modo especial, y la puerta del almacen se abria para cerrarse en el acto.

Apénas allá en el fondo se distinguia la débil claridad de una luz, colocada tras una pila de cajones de vino, y en redor de la cual iban juntándose los que llegaban. Y á pesar de la distancia que mediaba entre la calle y el fondo del almacen, en que se hallaban, la conversacion, aunque animada, se sostenia, sin embargo, en voz baja. Pero esta precaucion se explicaba por la circunstancia de que la casa de altos, á que pertenecia el almacen, y con la cual se co-

* En toda esta obra se usa, como es natural, de la nomenclatura que tenian las calles en 1840, en que tienén lugar los acontecimientos que refiere.

municaba por una puerta al patio, era habitada en esa época por una familia federal. Pero lo que sí sorprendia, era ver que habian quitado de la parte interior de la puerta los efectos que habia amontonados contra ella y desclavado una gruesa tabla que cruzaba las hojas, y, por último, llamaba la atencion mas que todo cuanto se ha descrito, una hilera de fusiles, puesta cerca de la puerta del patio, entre unos barriles de vino y la pared.

Todo este aparato, en aquel lugar, bajo tal misterio, á semejantes horas y en aquellos tiempos, era mas que suficiente para que la muerte se dejara de andar revolviendo los cabellos de cuantas cabezas allí habia.

— Las diez, dijo uno, acercando su reloj á la vela de sebo que ardia sobre un candelero de metal, puesto en el suelo.

— Mejor, repuso otro, levantándose y dando algunos pasos.

— Sí, cierto, agregó un tercero, si no hubiera nada, ya lo sabríamos á estas horas.

— Yo creo que la entrada no será hasta la madrugada, observó otro levántandose tambien, pues que todos estaban sentados sobre cajones de vino, en redor de la vela.

— ¿Pero, cómo es que no vienen los demas?

— Pero es que no sabemos cuántos somos.

— ¿Te lo ha dicho Belgrano?

— No.

— Tampoco me ha dicho Bello el número de los que debíamos reunirnos.

— ¿Y qué importa el número?

— ¡Toma, si importa! ¿Cree usted que con los que estamos aquí podemos hacer gran cosa? repuso el que allí parecia el mayor de todos, no obstante que apénas representaba treinta y cinco años; teniendo en toda su figura un no sé qué de aire militar.

— Yo sé lo que ha de ser, dijo otro.

— ¿Qué? preguntaron varios.

— Que Bello y Belgrano han de haber señalado varios puntos de reunion en esta misma manzana, ó en la misma cuadra, tal vez; y concertado la seña para el momento en que nos hagamos dueños de esta casa, y nos subamos á la azotea como á casa nuestra, á pesar de los gritos que quie-

ran dar sus dueños, si es que los federales tienen fuerzas para gritar dentro de algunas horas.

— Eso parece una explicacion, repuso el personaje de aire marcial. Porque, continuó, no es que con diez ó doce hombres no podamos apagar los fuegos de todas las azoteas de esta calle, desde el lugar en que nos vamos á colocar, en caso que haya quien quiera hacer fuego sobre Lavalle, sino que si tenemos que salir á operar fuera de aquí, por cualquier accidente, entónces no bastan los que somos.

— Yo por ejemplo, haya ó no combate, me voy, con cuatro mas que ya estamos convenidos, en cuanto pase la fuerza por esta calle.

— ¿Ve usted? ya quedamos ménos. ¿Y dónde diablos va usted?

— Á casa de Rosas.

— ¿Quiere usted prender á Manuela?

— No, por el contrario, trataria de defenderla si álguien quisiera insultarla.

— Y yo tambien.

— Y yo, dijeron algunos jóvenes.

— ¿Pero entónces qué quiere usted hacer con la casa de Rosas? repuso aquel el mas grave de todos, cree usted que los rosinos se irán á esconder allí?

— No, no creo tal zonzería.

— ¿Y entónces?

— Los papeles.

— ¡Ah!

— Los papeles; eso es lo que yo quiero.

— Muy buen provecho le hagan á usted, amiguito mio; pero me parece que ellos, y la carabina de Ambrosio, han de valer lo mismo.

— Para los militares, puede ser; para los escritores, no, contestó el jóven de los papeles algo picado.

— ¡Pues! y como vamos á deber á los escritores la caída de Rosas, justo es que ellos continúen la obra, repuso con aire burlon el que lo tenia de militar.

— Puede ser que no se equivoque usted.

— ¡Por supuesto, un cañonazo de gacetas haria un estrago terrible en el campamento de Rosas!

— Eso ya es personal, caballero.

— Pero, señores, por amor de Dios, dijo otro que no

habia hablado todavía ; ¿es posible que no podamos estar juntos cuatro argentinos, sin que nos pongamos en anarquía? ¿Todavía no hemos vencido á Rosas, y ya nos ponemos á disputar sobre si el elemento militar ha sido mas poderoso, para derrocarlo, que la propaganda literaria?

— Es que.....

Un golpe en la puerta interrumpió la respuesta, y llamó la atencion de todos, miéntras se fué á abrir porque se habia llamado del modo convenido.

Un instante despues, Daniel y Eduardo estaban rodeados de los diez personajes que allí habia.

Los dos jóvenes venian de poncho, y con grandes divisas federales en el sombrero. Pero ambos, y mas especialmeute Daniel, tenian en su rostro una expresion de dolor y de despecho, marcada por el pincel de la naturaleza, con toda la verdad y la elocuencia de sus obras maestras. Se leia, puede decirse, en la cara de aquellos jóvenes todo cuanto pasaba en su alma en ese instante. Y tanto, que el presunto invasor á los papeles de Rosas no pudo contenerse y les dijo :

— La cara de cada uno de ustedes es un boletin de Rosas, en que nos da cuenta de la derrota de Lavalle.

— No, contestó Daniel. No, Lavalle no ha sido derrotado. Es mas que esto.

— ¡ Diablo ! El *mas* no se me habia ocurrido hasta ahora, repuso otro.

— Y sin embargo, así es, replicó Daniel.

— Pero explicaos, con mil santos, exclamó el defensor de los militares.

— Nada mas fácil, amigo mio, contestó Daniel, y prosiguió :

Lavalle ha emprendido su retirada á las seis de la tarde de hoy, desde Merlo. Y á mi juicio esto importa la derrota de nuestra causa por muchos años, cosa que es de mas importancia sin duda, que la derrota de un ejército.

Un largo silencio sucedió á aquella declaracion. Un frio glacial heló la sangre en el corazon de todos. Esa noticia era precisamente la que ménos se esperaba.

Eduardo rompió el silencio.

— Sin embargo, dijo, Bello no ha dicho todo. Es cierto que Lavalle ha contramarchado. Pero entiendo, segun las

mismas noticias de Daniel, que va á dar un golpe á López que le está incomodando su retaguardia, para volver despues, libre de ese inconveniente, á operar sobre Rosas.

— Claro está, repuso otro. Ahora ya entiendo. Quiere decir que todo el susto que nos ha dado Bello, no tiene mas fundamento, que la demora del triunfo por algunos dias.

— Indudable, dijeron todos.

— Cierto.

— Pensád como gustéis, señores, replicó Daniel. Para mí esto es concluido. La empresa del general Lavalle, para tener éxito, debia obrar, mas sobre la moral, que sobre la fuerza material de Rosas. El momento se ha perdido. La reaccion del espíritu vendrá en el numeroso partido federal, y repuesto de su primera impresion, será diez veces mas fuerte que nosotros. Dentro de dos horas, en este momento mismo, el general Lavalle podia tomar á Buenos Aires. Mañana ya será impotente. López lo sacará de la provincia. Y entretanto, Rosas levantará otro ejército sobre su retaguardia.

— ¿Pero cómo se sabe su retirada? preguntó uno.

— ¿Me creéis, ó no? Si me creéis, evitad preguntas cuya respuesta á nada conducirá, contestó Daniel con sequedad, básteos saber que hoy 6 de Setiembre ha emprendido su retirada, despues de haber llegado hasta Merlo ; y que la reretirada la he recibido hace média hora.

— Bien, es preciso comunicársela á los otros.

— ¿Á cuáles otros? preguntó Eduardo.

— ¡Pues qué! ¿no hay en el barrio alguna otra reunion de nuestros amigos?

Daniel se sonrió de un modo cruel, puede decirse, pues que la ironía y el desprecio se dibujaron en su expresivo rostro.

— No, señores, contestó, no hay mas reunion que la presente. Hace quince dias que tuve la palabra de cuarenta hombres para este caso. Despues se me redujo á treinta. Ayer á veinte. Ahora os cuento y no hallo sino diez. ¿Y sabéis lo que es esto? la filosofía de la dictadura de Rosas. Nuestros hábitos de desunion, en la parte mas culta de la sociedad ; nuestra falta de asociacion en todo y para todo; nuestra vida de individualismo; nuestra apatía; nuestro abandono; nuestro egoísmo; nuestra ignorancia so-

bre lo que importa la fuerza colectiva de los hombres, nos conserva á Rosas en el poder, y hará que mañana corte en detal la cabeza de todos nosotros, sin que haya cuatro hombres que se den la mano para protegerse recíprocamente. Será siempre mentira la libertad; mentira la justicia; mentira la dignidad humana; y el progreso y la civilizacion, mentiras tambien, allí donde los hombres no liguen su pensamiento y su voluntad para hacerse todos solidarios del mal de cada uno, para congratularse todos del bien de cada uno, para vivir todos, en fin, en la libertad y en los derechos de cada uno. Pero donde no hay veinte hombres que unan su vida y su destino el dia en que se juega la libertad y la suerte de su patria, la libertad y la suerte de ellos mismos, allí debe haber por fuerza un gobierno como el de Rosas, y allí está bien y en su lugar ese gobierno..... Gracias, amigos mios, honrosas excepciones de nuestra raquítica generacion, que tiene de sus padres todos los defectos sin ninguna de las virtudes. Gracias otra vez. Ahora ya no hay patria para mañana, como la esperábamos. Pero es preciso que la haya para dentro de un año, de dos, de diez, quién sabe! Es preciso que haya patria para nuestros hijos siquiera. Y para esto, tenemos desde hoy que comenzar bajo otro programa de trabajo incesante, fatigoso, de resultados lentos, pero que darán su fruto con el tiempo. El trabajo de la emigracion. El trabajo de la propaganda en todas partes, á todas horas, sin descanso. El trabajo del sable en los movimientos militantes. El trabajo de la palabra y de la pluma donde haya cuatro hombres que nos escuchen en el exterior, porque alguna de esas palabras ha de venir á la patria en el aire, en la luz, en la ola. Mi presencia todavía es necesaria en Buenos Aires por algunas semanas; pero la vuestra, no. Hasta ahora he tratado de ser el dique de la emigracion. Ahora la escena ha cambiado, y seré su puente. Al extranjero, pues. Pero siempre rondando las puertas de la patria. Siempre golpeando en ellas. Siempre haciendo sentir al bárbaro que la libertad aun tiene un eco; teniéndolo siempre en lucha para gastarle su fuerza, sus medios, su terror mismo. Hé ahí nuestro programa por muchos años. Es un combate de sangre, de espíritu, de vida al que vamos á entrar. Aquel que sobreviva de nosotros, cuando la libertad sea conquistada, enseñe á nuestros hijos que esa libertad

durará poco, si la sociedad no es un solo hombre para defenderla, ni tendrán patria, libertad, ni leyes, ni religion, ni virtud pública, miéntras el espíritu de asociacion no mate al cáncer del individualismo, que ha hecho y hace la desgracia de nuestra generacion. Abracémonos y despidámonos hasta el extranjero.

Las lágrimas corrian por el semblante de todos, pocos momentos ántes tan llenos de esperanzas y sueños de libertad y triunfo, y un momento despues solo quedaba en aquel lugar de tan tristísimo desengaño el encargado de cerrar las puertas y guardar las armas.

Al cerrar este capítulo, en que la *novela* ha sido una verdadera *historia;* pues que tal reunion tuvo lugar en efecto en la noche del 6 de Setiembre de 1840, con algunos de los incidentes que se han referido, queremos apoyar las palabras del héroe del romance sobre su gran tema de *asociacion*, con lo que existe en Inglaterra en un solo ramo de las asociaciones inglesas; en ese imperio cuyo poder y grandeza no tiene otra base que la asociacion en todo y para todo.

Solo con espíritu y tendencias religiosas y humanitarias, existen en Inglaterra las siguientes sociedades :

Sociedad para preservar la vida de los hombres contra toda clase de accidentes, el agua, el fuego, etc. Sociedad para garantir del incendio las vidas de las personas sorprendidas por esta calamidad. Sociedad para recoger los náufragos. Sociedad para prevenir los malos tratamientos á los animales, brutalidades que hacen feroces á los hombres, y que hacen á los animales, nuestros auxiliares en la vida, un suplicio de los servicios que nos prestan. Sociedad de mejora de la suerte de los labradores. Sociedad para propagar la instruccion en las clases industriosas. Sociedad para mejorar el estado sanitario del pueblo en la capital. Sociedad para inspirar el gusto del aseo al pueblo, abriéndole en los cuarteles populosos y pobres casas de baños gratuitos, ó casi gratuitos, con lavaderías, secadores calientes, en donde la mujer indiferente, y el hombre sin ropa blanca de remuda, pueden por dos sueldos bañarse en agua tibia, lavar, secar su ropa ó la de su familia. Sociedad para facilitar á los obreros y á los mercaderes de menudeo los medios de cerrar temprano sus talleres ó sus bodegones, y pasar la prima

noche entretenidos en lecturas sanas, y entretenimientos domésticos útiles á sus costumbres y á su salud. Sociedad de templanza para prevenir en el pueblo el abuso de los licores embriagantes, y suprimir así la miseria y el embrutecimiento, consecuencia de la borrachera. Los miembros de esta sociedad, para dar el ejemplo al pueblo, se abstienen ellos mismos de vino y de cerveza, sujetándose á privaciones que solo el sentimiento religioso puede explicar. Sociedad para la extincion del vicio, fundada por *Wilberforce*, el emancipador de los negros. Gasta sumas considerables para la propagacion por la prensa de la moral y del sentimiento religioso en las clases pobres ó ricas de la Gran Bretaña. Sociedad para la tutela moral y religiosa de los hijos de los sentenciados y de las mujeres perdidas. Sociedad con un inmenso capital para la educacion, mantenimiento y colocacion de los hijos ilegítimos. Sociedad para recoger las mujeres enfermas ó desechadas de las casas sospechosas. Sociedad para la conversion de las prostitutas. Sociedad para el asilo de mujeres que, habiendo cometido faltas, quieren volver á la mejor vida y á prácticas religiosas. Sociedad para ofrecer refugio á mujeres ó niñas expuestas, por su edad y su escasez, á las tentaciones del vicio. Sociedad para la supresion de las casas infames. Sociedad para suministrar un hogar y trabajo á las mujeres virtuosas, y á los sirvientes sin colocacion. Sociedad para enseñar su religion y un oficio á las mujeres arrepentidas. Sociedad para la proteccion gratuita por las leyes de las mujeres perseguidas ó maltratadas por los que tienen autoridad sobre ellas, y que abusan. Sociedad de aprendizaje gratuito para los presos jóvenes castigados por delitos correccionales. Sociedad para la extincion del crímen por medio de la instruccion y de la propiedad, propagadas en las clases mas habitualmente criminales. Sociedad para la reforma de las prisiones, y la construccion por suscripcion de prisiones correctivas y casas de trabajo. Cinco ó séis sociedades para la reforma de las costumbres de las mujeres presas. Sociedad para apoderarse, á la espiracion de la condena, de las personas castigadas por una primera falta, á fin de impedir las reincidencias, y ponerlas en el camino de las buenas costumbres y del trabajo. Sociedad para prevenir la mendicidad por medio de socorros inmediatos y

continuos á docimilio. Sociedad para visitar regularmente las familias menesterosas de cada parroquia ó de cada barrio. Sociedad de informe para ilustrar la caridad privada sobre las personas que por medio de cartas solicitan limosnas. Sociedad para abrir asilo de noche á los individuos que se encuentran desprovistos de alojamiento y de fuego durante el invierno. Sociedad para establecer dormitorios y cocinas económicas, para los obreros que momentáneamente se hallan sin hogar. Sociedad para suministrar á las familias pobres de obreros el pan y el carbon á precio mas bajo y sin ganancia para el vendedor al menudeo, en todos los barrios de Lóndres. Sociedad de servicio de sopa sustanciosa para los que mueren de hambre. Sociedad para buscar y visitar á todos los extranjeros de cualquiera religion que sean, y á cualquier país que pertenezcan para socorrerlos en su abandono. Sociedad para leer al pueblo la santa escritura. Para las viudas sin apoyo y sin recursos. Para los presos por deudas. Para los marineros estropeados ó inválidos, etc., como cien sociedades mas.

CAPÍTULO XII.

La ley de hambre

Imposible es dar á conocer en los rasgos fugitivos del romance la situacion pública de Buenos Aíres, despues de la retirada del ejército libertador.

El espíritu no volvia en sí del pasmo que le habia causado tal noticia; y una lucha febriciente de la esperanza y el desengaño lo agitaba terriblemente. Todavía se esperaba, en cada semana, en cada dia que pasaba, la vuelta del general Lavalle sobre Buenos Aires, despues de haber triunfado sobre López. Y esta esperanza era sostenida por los periódicos y las cartas de Montevideo, que llegaban de contrabando dos ó tres veces por semana.

Esos periódicos escritos con una pasion y un entusiasmo, con una perseverancia y una imaginacion que solo se hallan en rarísimas épocas de la vida de un pueblo, caian como

fierro candente en el espíritu que se enfriaba. Y sobre hechos falsos, sobre detalles inventados, sobre conjeturas irracionales, se formaba, sin embargo, en muchos una fe positiva, una esperanza robusta.

Pero todo caia vencido por el terrorismo.

Rosas, poseedor del secreto de su triunfo real, ya no pensaba sino en vengarse de sus enemigos, y en acabar de enfermar y postrar el espíritu público á golpes de terror. El dique habia sido roto por su mano, y la Mashorca se desbordaba como un rio de sangre.

La sociedad estaba atónita; y en su pánico, buscaba en las mas pueriles exterioridades un refugio, una salvacion cualquiera.

En ménos de ocho dias, la ciudad entera de Buenos Aires quedó pintada de colorado. Hombres, mujeres, niños, todo el mundo estaba con el pincel en la mano pintando las puertas, las ventanas, las rejas, los frisos exteriores, de dia, y muchas veces hasta en alta noche. Y miéntras parte de una familia se ocupaba de aquello, la otra envolvia, ocultaba, borraba ó rompia cuanto en el interior de la casa tenia una lista azul ó verde. Era un trabajo del alma y del cuerpo, sostenido de sol á sol, y que no daba á nadie, sin embargo, la seguridad salvadora que buscaba.

La mayor parte de las casas habia quedado sin sirvientes.

La ciudad se habia convertido en una especie de cementerio de vivos. Y por encima de las azoteas, ó por salidas de carrera, los vecinos se comunicaban las noticias que sabian de la Mashorca.

Este famoso club de asesinos corria las calles dia y noche, aterrando, asesinando y robando, á la vez que en Santos Lugares, en la cárcel y en los cuarteles de Mariño y de Cuitiño, se le hacia coro con la agonía de las víctimas.

La entrada de la Mashorca á una casa representaba una combinacion infernal de ruido, de brutalidad, de crímen, que no tiene ejemplo en la historia de los mas bárbaros tiranos.

Entraba en partidas de ocho, diez, doce ó mas forajidos.

Unos empezaban á romper todos los vidrios, dando gritos.

Otros se ocupaban en tirar á los patios la loza y los cristales, dando gritos tambien.

Unos descerrajaban á golpes las cómodas y los estantes. Otros corrian de cuarto en cuarto, de patio en patio á las indefensas mujeres, dándoles con sus grandes rebenques, postrándolas y cortándoles con sus cuchillos el cabello; miéntras otros buscaban como perros furiosos, por bajo las camas y cuanto rincon habia, el hombre ó los hombres dueños de aquella casa, y si allí se estaban, allí se les mataba, ó de allí eran arrastrados á ser asesinados en las calles; y todo esto en medio de un ruido y una grita infernal, confundida con el llanto de los niños, los ayes de la mujer, y la agonía de la víctima.

En la vecindad el pánico cundia; ¡y solo Dios sabe las oraciones que se elevaban hasta su trono por madres abrazadas de sus pequeños hijos, por vírgenes de rodillas pidiéndole amparo para su pudor, misericordia para sus padres, misericordia para las víctimas!

El terror ya no tenia límites. El espíritu estaba postrado, enfermo, muerto. La naturaleza se habia divorciado de la naturaleza. La humanidad, la sociedad, la familia, todo se habia desoldado y roto.

No habia asilo para nadie.

Las puertas se cerraban al prójimo, al pariente, al amigo. Y la víctima corria las calles; golpeaba las casas, los conventos, las legaciones extranjeras, y una mano convulsiva y pálida se le ponia en el pecho, y una voz trémula le decia :

— No, no, por Dios; vendrán aquí y moriremos todos. No. Atras! atras! y el infeliz salia, corria, imploraba, y ni la tierra le abria sus entrañas para guardarlo.

Los mas leales y antiguos federales, ministros unos, diputados otros, generales, magistrados, todos temblaban. Nadie sabia si las cabezas estaban botadas al azar, ó si era un martirologio escrito, pasado á las manos de la Mashorca. El golpe no era súbito é instantáneo como las *vísperas* en Sicilia, como la San Bartolomé en Paris. No; duraba, se reproducia á sí mismo con una exuberancia de ferocidad espantosa, y el espíritu se aterraba y postrábase mas, pendiente la vida en el martillo de cada hora, en el sol de cada dia.

Pero el cuchillo no podia herir á toda la familia. La madre, el niño, la vírgen, no morian. Centenares de hombres

escapaban á la muerte, y todo esto dejaba incompleta la venganza de Rosas, y no podia ser así. Era necesario un golpe que diese sobre todas las vidas, sobre todos los destinos, y que hiriese el presente y el porvenir de todos.

Y en medio al llanto, al susto y á la muerte, á los reflejos del puñal de la Mashorca, leyó él pueblo de Buenos Aires el bárbaro decreto de 16 de Setiembre de 1840, que arrojaba á la miseria, al hambre, á cuantos eran, ó queria Rosas que fuesen unitarios.

De un momento á otro, millares de familias pasaron de la opulencia á la miseria, quedando á mendigar un albergue, y un pedazo de pan, arrojadas de sus casas, y robadas hasta de sus muebles y los objetos mas necesarios á la vida. Pues todos « los bienes muebles é inmuebles, derechos y acciones de cualquiera clase, en la ciudad y campaña, » pertenecientes, no digamos á los unitarios, á los que no eran sostenedores ardientes del tirano, cayeron bajo el imperio de la confiscacion *.

* Hablando de esto mismo el Sr. D. Valentin Alsina, redactor del *Comercio del Plata*, en sus importantísimas efemérides, dice así :

« Qué otra cosa son esas confiscaciones que un verdadero *salteamiento*, con la diferencia de que Rosas ni soporta las fatigas que el salteador soporta, ni se expone á los peligros á que este se expone.

» La Convencion nacional de Francia, amenazada por una coalicion de reyes, y despues de tentar inútilmente otros arbitrios para contener la emigracion, decretó la confiscacion ; pero la decretó con mesura : reglamentó su disposicion y la ciñó á los emigrados, y especialmente á la nobleza, que corria á engrosar la amenazante reunion de Coblentza. Del mismo modo, cuando en un país es ella aplicada, lo es á solo los culpables, lo es con arreglo á una ley preexistente, por los tribunales, y previa la mas amplia audiencia y el mas solemne juicio, en que esa culpabilidad es declarada. Aun así la confiscacion penal en muy pocos países subsiste : mas la confiscacion política, la aplicada indistintamente á los miembros de un partido, por solo pertenecer á tal ó cual comunion política, ¡en ninguno! Eso no es confiscacion : eso es latrocinio neto, salteamiento puro.

» En principios de Agosto de 1840, invadió el general Lavalle la provincia de Buenos Aires; y en principios de Setiembre, ya emprendió su retirada, y entónces alegando esa invasion, dispuso

Ese solo decreto estaba destinado á envolver mas desgracia y mas lágrimas, que toda la serie de los delitos de Rosas.

Rosas, el dia 16, las confiscaciones; así como en Octubre siguiente, dispuso las inolvidables matanzas y degollaciones de aquel *mes de Rosas*.

» Todos los bienes, muebles é inmuebles, derechos y acciones de cualquiera clase, en la ciudad y campaña, pertenecientes á unitarios, es decir, á sus enemigos, sea cual sea su color político, son destinados por su decreto para premiar á sus soldados y reembolsar al tesoro de los gastos hechos con motivo de la invasion : como si desde ántes de esta esos soldados no estuvieran en pié, y esos gastos no hubieran sido los mismos. Tambien son destinados con una desvergüenza que asombra á indemnizar *á los buenos federales* de los quebrantos ó perjuicios que supone haberles causado el general Lavalle. ¡Calumnia indigna! Lavalle respetó completamente las personas y las propiedades; y aun la mayor parte de las caballadas de que dispuso y de los animales que alimentaron su ejército, le fueron llevados espontáneamente por la multitud de patriotas que en la campaña habia. Provocamos á los impostores rosistas á la justificacion de aquella imputacion ingrata. ¿Acaso Lavalle forzó á nadie á reunírsele? ¿Acaso se ensañó contra algun enemigo armado, y ménos aun contra los desarmados? ¿Prendió, persiguió, ni fusiló á alguno? ¿Ejerció algun acto de ferocidad ó de crueldad? ¿Confiscó tampoco la propiedad de nadie? ¿Incendió ó destruyó? ¿Hizo exacciones forzadas ó impuso contribuciones? ¿Cuáles fueron, pues, esos supuestos perjuicios?

» Lo cierto es que todo eso no fué sino pretextos y palabreo del decreto, y que Rosas, sin dar tales premios á sus soldados, ni tales indemnizaciones á sus buenos federales, hizo entrar en sus arcas el producto de las confiscaciones, y le dió á su antojo el destino que mejor le plugo. Uno de ellos fué el pago á ciudadanos franceses de las indemnizaciones que la Francia le obligó á reconocer en el tratado de Mackau, de 29 de Octubre. Con el sudor de los enemigos de Rosas, vió la Francia indemnizados á aquellos de sus nacionales que le fueron por perjuicios resultivos de los excesos y locuras del mismo Rosas.

» Tanto ménos puede justificarse el expoliatario decreto con la invasion de Lavalle, cuanto qué él comprende y se aplicó á *todos* los enemigos de Rosas, y no meramente á los que la ejercieron, promovieron ó ayudaron dentro ó fuera del país, como en todo caso debió ser. Él condenó á la indigencia á los unitarios en masa, por solo el hecho de serlo, aunque nada hubiesen intentado contra

En presencia de la muerte, la sociedad no pudo darse cuenta inmediatamente de toda la importancia de aquel estudiado acto de venganza.

Y miéntras así temblaba y se sacudia convulsiva entre el puñal, el hambre, la desesperacian y el terror, el ejército libertador, persiguiendo á López, se alejaba, y se alejaba para siempre; y el pueblo emigrado en la orilla oriental del Plata se echaba en los brazos de una nueva esperanza, con la llegada á Montevideo del vicealmirante Mackau, l 25 de Setiembre, y que bien pronto debia disiparse.

Al llegar el señor Mackau á Montevideo, manifestó deseos de instruirse á fondo de la cuestion y de su estado;

Rosas, ni en el país ni fuera de él, es decir, el decreto se dirigia á penar una opinion. Así es que él se aplicó no solamente á los que invadieron ó se unieron á los invasores, no solamente á los emigrados, sino tambien á innumerables individuos pacíficos, sumisos, inofensivos, que no se habian movido de sus casas, contra los cuales no se invocaba ningun hecho determinado, sino el general — es unitario. Él se aplicó á extranjeros que en nada se habian ingerido. ¡Él se aplicó aun á señoras!

» Por otra parte: no se salvaron ni se tuvieron en cuenta los derechos de acreedores, socios, ó de cualquier otro tercero. Fué una verdadera expoliacion general *de bienes* ejecutada del modo mas arbitrario y brutal. ¿Cuál juez ó autoridad decidia quiénes fuesen los enemigos de Rosas ó estuviesen incursos en el decreto? Rosas y solo Rosas. ¿Cuáles diligencias ó esclarecimientos precedian? Ningunos. ¿Qué se dejaba á los robados para sus necesarios alimentos? Absolutamente nada. Aunque los bienes perteneciesen á sus mujeres, hijos, etc., todo se les arrebataba; millares de seres inculpables é inocentes se vieron de una hora á otra hundidos en una miseria horrible. ¡Y cuántos desórdenes, cuánta desmoralizacion de todo género no han nacido de aquí! ¡Cuántas violencias personales no se ejecutaron! Señoras hubo á quienes, sin hibérpole ni exageracion alguna, se las tomó materialmente del brazo y se las arrojó á la calle sin mas auxilio que el vestido que las cubría. Y felices si ademas no eran golpeadas ni azotadas.

» Así han acatado el derecho de propiedad esos salteadores que, no obstante, tienen la audacia de apellidarse á sí mismos restauradores y defensores de las leyes. Montesquieu, Daunou, Constant, Rossi, Thiers, Guizot y tantos otros publicistas venerados, bien pudieron excusar sus inmortales lecciones. Los restauradores del Plata son los destinados para iluminar al mundo sobre la verdadera doctrina social. »

recibió prolijos informes, apoyados en documentos verídicos, del señor Buchet Martigny; oyó los de multitud de personas particulares, que aparentaba escuchar con interes y atencion; recibió en un documento, revestido de multitud de firmas, la expresion de los deseos é ideas de la poblacion francesa de estos países; pero con el pretexto de una prudente reserva, exigida por su posicion, jamas manifestó abiertamente la menor de sus ideas, ni al ministro de Estado del gobierno oriental. Las palabras del almirante se redujeron siempre á estas, ó parecidas : « Mi posicion es muy delicada : mis simpatías por la causa oriental y argentina son muy vivas : seria preciso no tener corazon para no sentirlas : haré por esa causa cuanto sea compatible con mis deberes. » Á estas frases solia con frecuencia agregarse un medio no comun en la diplomacia, la emocion y las lágrimas del almirante*.

Sin embargo de esta sensibilidad, el plenipotenciario frances dejaba entrever que, segun sus instrucciones, ni á la república oriental, ni á las tropas que estaban á las órdenes del general Lavalle, habia reconocido la Francia por aliados, sino como auxiliares que la casualidad le habia proporcionado.

Pero la emigracion decia bien alto, que los orientales y argentinos tenian derecho á ser ayudados por la Francia hasta terminar su cuestion con Rosas, invocando la justicia, el honor y la conveniencia.

Ántes de adoptar la Francia, decian, el medio de las alianzas locales contra Rosas, ántes que su gobierno y sus cámaras aprobasen, tan solemnemente como lo han hecho, el sistema adoptado por sus agentes, debió ella misma prever las consecuencias del compromiso en que entraba. Pero, despues de formadas las alianzas, despues de comprometidos los pueblos del Plata, sobre la fe de la Francia, el tiempo de retroceder habia pasado irrevocablemente;

* Muchos ejemplos hubo de esto : lágrimas y emocion al recibir la visita del jóven hijo del general Lavalle, á nombre de su madre ; emocion muy notable al oir á uno de los señores encargados de presentarle la peticion de los franceses; emocion tambien, en una conferencia con el coronel argentino D. F. Velasco. (Documentos de la época.)

alta barrera de bronce quedaba levantada entre la Francia y Rosas.

En esta alianza, como en muchas otras, los poderes que la contrajeron iban á un fin comun, aunque por diversos motivos é intereses. Buscaba la Francia un tratamiento justo para sus nacionales, é indemnizaciones por daños á ellos causados : querian los orientales la destruccion de un poder, que habia atacado sus libertades y derechos, que los amenaza constantemente, y que, desde muy atras, hizo causa comun con los enemigos de su tranquilidad interna: los argentinos, por último, buscaban el aniquilamiento, en su patria, de un sistema de expoliacion y de sangre ; la destruccion perdurable del sistema dictatorial, *ó de facultades extraordinarias :* reaccion vergonzosa y mortal contra la revolucion americana ; querian, por fin, asentar el imperio de la civilizacion y de las leyes sobre el sitial que manchan hoy la barbarie y la voluntad sangrienta de un solo hombre. En esto último tenian tambien interes, aunque indirecto, la Francia y el Estado oriental ; porque le tienen la humanidad y la razon.

Pero el tiempo de las apreciaciones históricas que debieran medir los procedimientos de la Francia en su política con estas regiones del nuevo mundo, no era aquel, por cierto. Y si las instrucciones del gabinete frances venian calcadas sobre aquello que entendia por su conveniencia en el Plata, todas las demostracciones y los llamamientos al honor y al deber eran fuerzas impotentes para estorbarlo. Aquel tiempo era de hechos únicamente; y los hechos empezaban á encaminarse favorablemente á Rosas de parte de la Francia.

El almirante debia partir para Buenos Aires en los primeros dias de Octubre. Y allí se iba á jugar la última esperanza de la época contra un nuevo triunfo para Rosas.

Pero aun cuando la última expresion de esa negociacion fuese desfavorable al tirano, ella era impotente á su vez para estancar la sangre en las venas abiertas de ese pueblo infeliz.

Los negocios franceses ya eran solo esperanzas de los emigrados. Para el pueblo de Buenos Aires no habia esperanza sino en Dios.

Las cárceles se llenaban de ciudadanos.

Las calles se teñian de sangre

El hogar doméstico era invadido.

Las madres querian volver á sus entrañas á sus hijos.

Cada mirada del padre sobre ellos era un adios del alma, era una bendicion que les echaba, esperando á cada instante el ser asesinado en medio á ellos.

Y el aire y la luz llevaban hasta Dios la oracion íntima de todo un pueblo, que no tenia, sino la muerte sobre su cabeza.

CAPÍTULO XIII.

El traje de boda.

Era el 5 de Octubre.

La ciudad, pintada toda de colorado, estaba vestida de banderas : invencion del dictador para cada festejo federal. Ese dia era el aniversario de un dolor de muelas que le privó, el año de 1820, entrar á la plaza con el cuerpo de milicia que mandaba en el ejército del general Rodríguez; y que Rosas festejaba, sin embargo, como un gran hecho militar, el que su cuerpo se hubiese batido sin él.

Pero dejemos la ciudad un momento; y desde la barranca de Balcarce, ántes de descender contemplemos la naturaleza un momento tambien.

La luz es un océano de oro en el espacio.

El firmamento está trasparente como la inocencia.

El aire es suave y acariciador como el aliento de una madre.

Los prados están risueños y matizados con todos los colores, bajo la luz clarísima que los baña : es el manto de la esperanza extendido sobre la tierra, con toda su riqueza, con todos sus caprichos, como el cendal de las ilusiones, sobre el alma enamorada de la mujer en su primera vida.

Todo allí es bello, suave y amoroso; es el contraste vivo de la naturaleza moral de la ciudad vecina.

Pero bajemos.

Hay una cosa mas bella y amorosa todavía. Hay un con

raste mas vivo y mas latente; una mistificacion de la fortuna ó de la desgracia; ó mas bien, una bellísima ironía de cuanto está sucediendo en esos momentos : Amalia.

Amalia mintiendo felicidad, sin creerla ella misma.

Amalia bella como nunca. Apasionada como el alma del poeta. Tierna como la tórtola en su nido. Derramando una lágrima del corazon sobre su propia felicidad, y feliz con su llanto. Misterio de Dios y del destino. Presa disputada por la desgracia y por la dicha, por la vida y la muerte.

Entremos.

El sallon de la encantada quinta ha recobrado su elegancia y su brillo. La luz del sol, bañando, amortiguada por las celosías y cortinas, el lujo de los tapices y los muebles; las nubes de ámbar que exhalaban las rosas y violetas entre canastas de filigrana, jacintos y alelíes entre pequeñas copas de porcelana dorada, y el silencio interrumpido apénas por el murmullo cercano del viento entre los árboles, todo hacia el salon de Amalia una mansion, al parecer destinada á las citas del amor, de la poesía y la elegancia.

Allí no estaba la diosa de aquella gruta. Con su cabello destrenzado pero rodeando en desórden su espléndida cabeza, vestida con un baton de merino azul oscuro con guarniciones de terciopelo negro, sujeto á su cintura por un cordon de seda, que hacia traicion al seno de alabastro, y al pequeño pié, oculto entre unas chinelas colchadas de raso negro, la jóven estaba en su tocador, con su pequeña Luisa. Y estaba allí entre un mundo de encajes, de riquísimas telas y de trajes extendidos, unos sobre los sofás, otros sobre las sillas, y otros colgados en los espejos de los roperos.

Bella siempre, bella de todos modos, su fisonomía estaba mas animada que de costumbre. El cabello de sus sienes levantado, la naturaleza parecia hacer alarde de las perfecciones de aquella cabeza, de quien la imaginacion no halla modelo sino en las imágenes bíblicas. Sus ojos, que parecian siempre alumbrados por una luz celestial, que se escurria por la sombra aterciopelada de sus pestañas, como el primer rayo del alba por las sombras que aun bordan el oriente, participaban tambien de la animacion de su rostro.

Todo era extraño en ella.

En el momento en que nos acercamos estaba parada delante á uno de sus guardaropas, en cuya puerta de espejo habia colgado un magnífico vestido de blondas, con lazos de ancha cinta, blanca tambien, á la cintura y á las mangas.

Lo miraba. Tomaba la halda con sus dedos de rosa, y la alzaba un poco, como examinando mejor aquella nube, aquel vapor de un precio y de un gusto inestimables; miéntras que la niña seguia todos sus movimientos tocando y examinando tambien, cuanto miraba y tocaba su señora.

— Este, Luisa. Ese es el mas elegante, dijo al fin Amalia mirando por todos lados el precioso vestido.

— Sí, yo creo que sí, señora. ¿Quiere usted probárselo?

— Sí, pues. Dáme un viso, y al pedir esto, desató el cordon de seda de su cintura y se quitó el baton, descubriendo sus hombros y sus brazos, como tentaciones del amor, como prodigios de un artífice que debió enamorarse de su propia obra.

En dos minutos un crujiente viso de raso blanco cubria aquellas formas encantadoras, y era prendido sin dificultad á su leve cintura por las manos de la graciosa Luisa.

— El vestido ahora, dijo Amalia pasando ligera como una fantasía á pararse en frente de un espejo de siete piés de altura, colocado en el suelo; y el vestido pasó luego por su cabeza como una blanca nube abrillantada por el sol. Y era una verdadera diosa entre una nube, cuando los encajes cayeron sobre sus brazos y su seno, y el trasparente traje se dilató sobre el viso de joyante seda.

Una vez prendido á su cintura, Amalia ya no era Amalia, era una jóven enamorada de las puerilidades del lujo y del buen gusto. Se miraba, se oprimia la cintura con sus manos, daba vuelta su preciosa cabeza para mirar su espalda en el grande espejo, ó se colocaba entre los dos de sus roperos.

Luisa, entretanto, tocaba el vestido, lo englobaba, y sus ojos estaban en un movimiento continuo, de la cintura al pié de su señora, de la cintura á los hombros, de los hombros al rostro.

— ¡Magnífico, señora, magnífico! exclamó al fin la niña, separándose algunos pasos como para verla de mas léjos

Pero, de repente, Amalia meneó su cabeza, hizo un gesto con sus labios, y dijo :

—No; no me gusta.

—Pero, señora.....

—No; no me gusta, Luisa. Este es mas bien un vestido de baile. Además, está corto de talle.

— No, señora, al contrario, está largo.

—Y grande de cintura.

— Le mudaré lós broches en un momento.

—No; no me gusta. Despréndelo.

—Pues, señora, no hay otro mas lindo, dijo Luisa desprendiendo el vestido.

— No importa, pero habrá otro mas á mi gusto.

— Va usted á elegir el peor.

— No importa; déjame. Esto es un delirio como otro cualquiera, y hoy quiero tenerlo por la primera vez de mi vida, y sin duda, por la última.

— ¡Válgame Dios, señora, siempre pensando cosas tristes! Verá usted como en Montevideo va á todos los bailes, al teatro, á todas partes, y hemos de tener todos los dos dias que hacer lo mismo que hoy, repuso Luisa, colocando el vestido sobre una silla.

— No, Luisa, me basta con hoy. Hoy por todos los dias de mi vida. Dáme aquel otro vestido.

Y Luisa tomó de sobre un sofá un traje de moaré blanco, con tres guarniciones de fleco, formado del mismo género, con anchos encajes de Inglaterra en el pecho y las mangas; tela de los mas ricos tejidos de Francia, y de un valor mayor aun que el vestido de blondas.

Este traje, mas regio, y mas ajustado al seno y á los hombros, dibujaba con mas coquetería las formas encantadoras de Amalia, y mereció los honores de la contemplacion por mas largo rato que el primero.

Pero despues, el mismo movimiento de cabeza y el mismo gestito le dieron su pase, con satisfaccion de Luisa, que no pudo ménos de decir :

— Ve usted, señora; si no hay otro como el de encajes.

— No, Luisa; ninguno de los dos.

— Mire usted, señora, yo estoy segura que él querria ver á usted con el primero.

— Me verá alguna vez, pero no hoy.

— Hoy, hoy.

— ¿ Y por qué?

— Porque es el mas rico.

— ¡Bah!

— Y porque es el que mejor le sienta.

— Eso es lo que no creo; y si lo creyese...

— ¿Qué, señora?

— Me lo pondria.

— Pues ese es.

— Me lo pondria, porque hoy es la primera vez de mi vida que tengo la vanidad de querer estar bien, muy bien, Luisa.

— ¿Nada mas que muy bien?

— Y...

— ¿Y?

— Y muy linda, dijo Amalia poniendo sus manos sobre la cabeza de Luisa, cubriéndose de carmin sus mejillas, pasando relámpagos de sonrisa por sus labios, radiante de felicidad, y abochornada de su confesion.

— ¿Y cuándo no lo está usted, señora? dijo la niña tomándola las manos.

— Nunca.

— Siempre.

— Pero hoy quiero estarlo, Luisa, para él, para él solo. Es el dia de su destino y del mio. ¡El dia de nuestra felicidad y de nuestra separacion! ¡De nuestra separacion, Dios mio! exclamó Amalia, cubriéndose los ojos con sus manos.

— Pero separacion de ocho ó quince dias, señora. Vamos si usted va á llorar como esta mañana cuando se despertó, va usted á estar muy mal para la noche.

— No, no, Luisa, no es nada, exclamó Amalia abriendo sus magníficos ojos y sacudiendo su cabeza, como para despejarla de las ideas que acababan de cruzar por ella, no es nada; dáme otro vestido.

— ¿Cuál?

— Aquel.

— ¿El del sofá?

— Sí.

— ¡Ah! tambien es muy lindo; pero como el de encajes, no.

— ¿Volvemos?

— Hasta la noche le he de estar á usted diciendo que es el mejor.

— Eres porfiada, Luisa.

— Ya se ve que lo soy, pero es cuando yo sé que hago bien. Y verá usted; yo se lo he de contar mañana al señor Don Eduardo; y...

— ¿ Mañana?

— ¡Ah, sí, es verdad!

— Mañana cuando salga el sol ya estaremos separados.

— Pero, señora, ¿y no seria mejor que esperase unos dias á ver si esto pasa?

— No, Luisa, ni un minuto mas. Por su viaje he anticipado todo, he preparado todo en mi alma, en mis aprehensiones, y afronto hasta la profanacion que se hace hablando de felicidad, en estos momentos de duelo y sangre para tantos. Que parta hoy mismo. Es á esa condicion que me caso. Yo iré despues, cuando sea posible salir de este sepulcro de vivos.

— ¡Ah, qué dia, aquel que estemos todos juntos en Montevideo!

—Sí, en Montevideo, dijo Amalia doblando su cintura para que Luisa le prendiese el nuevo traje.

— Vea usted, prosiguió Luisa, como se ha puesto buena la madre de Doña Florencia, en tan pocos dias.

— ¡Oh, cuán contentas estarán pasado mañana!

— Pero aquí... vea usted, señora, ni los pajaritos cantan, y Luisa señalaba con su manecita las jaulas doradas de los jilgueros de Amalia que habian vuelto á su primera colocacion despues que se dejó la *casa sola* y se volvió á Barrácas.

— ¡Sí! ¿has notado, Luisa? ¡los pájaros no han cantado hoy! exclamó Amalia volviendo súbitamente sus ojos á las jaulas, y como fijándose en una circunstancia que no habia recordado.

— ¡Válgame Dios! ¡para qué le diria á usted tal cosa!

— Sí, bien... hablemos del traje... hoy no quiero creer otra cosa, sino que soy feliz... ¿te parece bien, Luisa?

— Espléndido, señora; pero no como el de encajes.

— ¿Ves? Este, este es el que elijo.

— Y tiene usted razon. Despues del de encajes no hay otro como este, y Luisa se iba hasta el fin del tocador para ver

de léjos á Amalia que se miraba, ora en el grande espejo, ora entre los dos de sus roperos, no mintiendo en su rostro la satisfaccion que sentia al haber hallado el traje que buscaba, y con el cual se presentará al lector algunas horas mas tarde.

— Este, sin duda. Despréndelo, Luisa, pero con cuidado.

— Está ya, señora.

— Ahora otra cosa, Luisa, prosiguió Amalia volviendo á ponerse su baton de merino.

— Ahora veremos las alhajas, ¿no, señora?

— No, Luisa, alhajas, no.

— ¿Pero un collár, siquiera?

— No, en este acto no se ponen alhajas, Luisa.

— Pues, señora; yo si me caso alguna vez, y tengo tan lindas cosas como usted....

— No te las pondrás. Anda á la sala y tráeme todas las rosas.

Un minuto despues volvia Luisa con la canasta de rosas que vimos al entrar á la sala.

Las flores eran el encanto, el tesoro de Amalia. Y cuando tomó en sus manos la canasta y aspiró una rosa que recien se abria, sus ojos se entrecerraron, empalideció su semblante, y palpitó su seno : era que el aroma de la flor estimulaba al aroma poético de su alma, y aquella organizacion sensible y armoniosa languidecia de placer y de amor al aspirar la fresca y purísima esencia de la rosa.

Puso luego el canastillo de filigrana sobre sus faldas y á medida que tomaba y aspiraba y examinaba las rosas, una mezcla de porvenir y de pasado, de felicidad y de melancolía, conmovia su corazon, sin duda, pues que su rostro ántes radiante, habia vuelto súbitamente á su habitual expresion de dulcísima tristeza.

Las flores, eran el campo, el mar, y la luz en la horas crepusculares, ejercen sobre las almas poéticas y sensibles una influencia que se escapa al mecanismo de los sentidos, que el alma misma no se la puede definir, pero que la siente y se avasalla ante ella. Es la religion verdadera de Dios, ejercida en el templo de la naturaleza, por el sacerdocio del corazon humano.

Al fin Amalia pareció contenta de una de las rosas en que

escogia, y la colocó en una copa de cristal dorado, sobre el mármol de su elegante tocador.

— Ahí están mis diamantes, Luisa, dijo al colocar la rosa.

Pero en ese instante, fuese por el demasiado diámetro del vaso, ó por la demasiada inclinacion de la flor, esta cayó sobre el mármol, y del mármol rodó al suelo.

Amalia se inclinó con rapidez para alzarla; pero mas rápida todavía cruzó una sombra por su imaginacion.

— ¡Es singular! dijo volviendo á colocar la rosa, dos veces me ha sucedido esto, y las dos con una rosa blanca: el dia en que le di mi corazon, y el dia en que voy á darle mi mano... pero... veamos otra cosa, Luisa, dijo aquella mujer que sostenia visiblemente una lucha tenaz en ese dia con sus preocupaciones y su espíritu; y ella misma tomó un carton de sus roperos; se acercó á un sofá, y vació sobre él varios juegos de botines y zapatos que hacia traer expresamente de Paris, todos de una delicadeza dignos de la preciosa obra de la naturaleza á que estaban destinados. Escogió unos botines delicadísimos que parecian cortados para una niña de doce años; y luego de separar algunos otros objetos destinados á su traje de boda, se acercó á sus pájaros, como arrepentida de haber estado tanto tiempo cerca de ellos sin tributarles una caricia.

Al acercarse y mover sus dedos entre los alambres dorados, uno de los jilgueros hizo vibrar una nota en su poderosa garganta, con un acento extraño, parecido mas bien á un gemido que á las modulaciones naturales de esos coristas de la naturaleza.

Amalia se impresionó visiblemente, y en vano agitaba sus manos y movia las jaulas, accion á que sus pájaros correspondian siempre con su canto; en vano. Los jilgueros saltaban por todos los círculos de alambre pero sin cantar, y perezosos.

— ¿Qué tienen los pajaritos, señora? preguntó Luisa sorprendida de lo que veia por primera vez.

— ¡Están tristes! contestó Amalia dando vuelta su cabeza hácia Luisa y empañado el cristal purísimo de sus ojos con una lágrima levantada por la imaginacion de la fuente misteriosa de la sensibilidad de aquella alma, tan tierna y combatida por la suerte, y por ella misma; están tristes! prosiguió, y repentinamente mas triste que el acento con que

acababa de pronunciar sus ultimas palabras, se acercó á la ventana que daba al patio, descorrió las cortinas y alzó sus ojos al firmamento azul, siguiendo por largo rato una nube blanquecina que, como una pluma de las alas del céfiro, se deslizaba graciosa entre la luz del espacio.

— ¡ No puede darse un dia mas bello! exclamó Amalia, todo está tranquilo, ménos mi alma. ¿Qué horas son?

— Las tres de la tarde acaban de dar, señora.

— ¡Faltan cinco horas todavía!... Arregla todo eso, Luisa.

Y al pronunciar esas palabras, Amalia dejó caer las cortinas, sacudió su cabeza, como era su costumbre cuando queria desechar ciertas ideas, y pasó de su tocador á su aposento, cerrando la puerta en pos de sí.

Con el movimiento de su cabeza, su cabello destrenzado y apénas sujeto por una pequeña peineta, resbaló, y sus hebras se extendieron como un espléndido manto sobre su espalda. La alcoba estaba apénas alumbrada por la escasa luz que venia de la antesala, pues las ventanas al patio estaban cerradas. Y así, bajo esa débil claridad, y entre el ambiente perfumado que se respiraba en aquellas solitarias habitaciones, Amalia se acercó á la pequeña mesa colocada junto á su lecho, y se arrodilló delante del crucifijo de oro incrustado en ébano, que otra vez hemos visto en ese mismo lugar.

De rodillas, suelto el cabello, descansando sus brazos sobre el borde de la mesa, y sus manos oprimiendo la cruz, bella como una Magdalena, solo el hijo de Dios que la escuchaba, solo la mirada de Dios derramada en el aire y la luz del universo pudieron oir las palabras sentidas de aquella alma, y leer la verdad del sentimiento, de la fe y la esperanza en aquella purísima conciencia.

CAPÍTULO XIV.

Asilo inglés.

Tenemos que retroceder con el lector para recoger ciertos personajes de esta historia, pocos dias despues de aquella noche de esperanzas y desengaños para los diez jóvenes reunidos en el almacen de la calle de la Universidad.

En efecto, pocos dias despues de aquella noche, un coche tirado por dos briosos caballos enfilaba la calle de la Reconquista, con direccion á Barrácas, y á poco rato paraba en la quinta del señor ministro de S. M. B., caballero Mandeville.

El carruaje no habia dejado de llamar en su tránsito la atencion de los que lo veian ó sentian; porque, en esos dias de republicanismo federal, los coches se habian guardado, y la mayor parte de los caballos ofrecida al Restaurador, ó arreada federalmente. Y al parar el carruaje en la casa del ministro inglés, no faltaron curiosos y curiosas que abrieran los ojos para ver aquella novedad.

El cochero abrió la portezuela, y dos hombres bajaron.

Uno de ellos, sin embargo, quedó parado en el estribo vuelto el cuerpo hácia adentro, y empezó á cambiarse este ligero diálogo con otro individuo que no habia movídose del asiento delantero en que venia.

— ¿Recuerda usted bien todo, mi querido maestro? preguntó el que se habia quedado medio afuera y medio adentro.

— Sí, Daniel, pero...

— ¿Pero qué?

— ¿Y no seria mejor saber si está el señor ministro, ántes de que partiera aislado y solo por estas lugubres calles, á estas horas, y encerrado en este vehículo?

— Nada importa eso, si no está, lo esperaremos: y cuando usted vuelva, aquí nos hallará.

— ¿Y si el Padre Guardian me preguntase?...

— Ya se lo he dicho á usted cien veces. No debe usted contestar directamente á ninguna pregunta. Si quieren, ó no, prestarse á lo que se le pide, cueste el dinero que cueste: eso es todo.

— ¿Y por fuerza ha de ser sobrino mio?

— Ó hijo.

— ¡Hijos yo, Daniel!

— Ó primo.

— ¡Vaya!

— Ó ahijado, ó lo que usted quiera.

— ¡Dios ponga tiento en mis manos!

— Y en su boca, mi querido maestro. Ántes de una hora tiene usted tiempo de volver.

—¡Á Dios, Daniel, á Dios!

— Hasta de aquí un momento, mi querido amigo, y el jóven cerró la portezuela, é hizo una seña al cochero, que no era otro que Fermin, y que partió al momento.

El señor Mandeville estaba en su casa, y Daniel y su compañero, en quien ya el lector habrá creido reconocer á Eduardo, fueron introducidos al salon, donde encendian luces en ese momento.

El señor Mandeville no se hizo esperar mucho rato, porque nunca Buenos Aires hospedó un ministro europeo mas afable y democrático que aquel, con cuantos se acercaban á su casa con las insignias de la época.

El ministro llegó con su cara distinguida y fresca, á pesar de los años, su levita abontanada, sus puños de batista cayendo sobre sus blancas y bien cuidadas manos, y con esa difícil facilidad de maneras que solo se adquiere en el roce continuo de la alta sociedad, dió la mano á Daniel, y exclamó :

— ¡Oh, qué felicidad ! Nunca podrá usted imaginarse, señor Bello, cuánto es para mí un honor y un placer el verlo á usted en mi casa.

— Señor Mandeville, contestó el jóven apretando la mano que le extendia el diplomático, yo nunca doy honor ni placer, sino á cambio de una gran ganancia en las mismas especies. Tengo la satisfaccion de presentar á usted á mi íntimo amigo el señor Belgrano.

— ¡Ah! el señor Belgrano. ¡Cuántos deseos tenia hace tiempo de conocer á este caballero! Es una noche completa la que usted me da, señor Bello.

— Es una dicha para mí, repuso Eduardo, que mi nombre fuese conocido del señor Mandeville.

— ¡Qué quiere usted, mi joven amigo! ya yo soy viejo, y como me gusta tanto la sociedad de las bellas damas de Buenos Aires, allí aprendo de memoria todos los nombres distinguidos de la juventud.

— Cada palabra de usted es una amabilidad, señor Mandeville, contestó Eduardo, que buscaba inútilmente como entrar á ese juego exquisito de palabras galantes, que forman uno de los atributos especiales de la sociedad culta y de la diplomacia europea, y que no entraba en el carácter ni en los hábitos del jóven.

— No, no, justicia nada mas, señor Belgrano. Los viejos estamos siempre próximos á dar cuenta á Dios de nuestras acciones, y debemos esmerarnos en ser siempre justos y verídicos. Y, vamos á ver, ¿ha visto usted á Manuelita, señor Bello?

— Hoy no, señor Mandeville.

— ¡Ah, qué criatura tan encantadora! Yo no me canso de hablar con ella y admirarla. Muchos creerán que mis visitas llevan un fin político cerca de Su Excelencia; y nada ménos que eso; yo voy á buscar cerca de esa espirituosa criatura algo que alegre á mi espíritu tan aburrido de los negocios. En Lóndres, Misía Manuelita haria furor.

— ¿Y su padre? preguntó Eduardo, sobre quien cayó como un palmetazo una mirada de Daniel.

— Su padre..... el señor general Rosas..... vea usted, en Lóndres.....

— En Lóndres no gozaria de salud el Señor Gobernador, dijo Daniel para salvar al ministro del aprieto en que lo acababa de poner su amigo.

— Oh, el clima de Lóndres es detestable, ¿ha estado usted en Europa, señor Belgrano?

— No, señor, pero pienso viajar algunos años por ella.

— ¿Y pronto?

— No tan pronto como se nos ha venido el señor de Mackau, repuso Daniel queriendo darle ya otro giro á aquella insustancial conversacion.

— ¡Cómo! ¿ha llegado ya el vicealmirante Mackau?

— ¿No lo sabia usted, señor Mandeville?

— Á fe mia.

— Pues ha llegado.

— ¿Aquí?

— No; á Montevideo, anteayer á la una.

— ¿Y lo sabe ya Su Excelencia?

— ¿Y cómo cree usted que sabiéndolo yo no lo sepa el Señor Gobernador?

— Ah, cierto, cierto. Pero es extraño que el comodoro no me haya comunicado nada.

— Á la oracion quedaba á la vista un bergantin inglés.

— ¡Ah!

— El viento ha sido malo, señor Mandeville, observó

Eduardo, y recien á las cinco de la tarde se ha recibido la noticia por una ballenera.

— ¿De suerte que estamos en la crísis? dijo Mandeville jugando con sus uñas, como era su costumbre cuando se preocupaba de algo.

— Y no es eso lo mejor.

— ¿Hay mas?

— ¡Friolera, señor Mandeville! sabe usted que hasta ahora todos esperábamos ver llegar en actitud hostil al enviado frances, ¿no es así?

— Sí, sí, ¿y bien?

— Pues nada ménos que llega con las mas sanas y pacíficas intenciones.

— ¡Ah, qué felicidad!

— Para nosotros.

— Para todos, señor Bello.

— Ménos para la cuestion de Oriente.

— Sí, algo puede haber de eso.

— Un embarazo ménos para la Francia es un embarazo mas para la paz europea en estos momentos. Felizmente las relaciones hoy existentes entre la Inglaterra y la Francia nos garanten, hasta cierto punto, del resultado de la mision Mackau.

— El gobierno británico no trepidaria, observó Mandeville, en ofrecer todos sus buenos oficios en esta cuestion.

— No quise decir eso, replicó Bello. Quise decir, que si la Inglaterra tuviese interes en distraer algo la atencion de la Francia con su cuestion del Plata, hoy se le ofreceria una brillante oportunidad. Precisamente veníamos hablando de eso con el señor Belgrano.

— Sin embargo..... si las instrucciones del baron de Mackau son de arreglar á todo trance este negocio, confieso á usted que no veo cómo la Inglaterra podria estorbar el arreglo, la hipótesis, puramente caprichosa, de que tuviere interes en ello.

— Aquí, no, pero en Francia podia estorbar la ratificacion del tratado, desde que llevará un vicio de nulidad que felizmente no lo echarán de ver en Francia, y que echaria á perder todo si el gabinete inglés lo hiciese conocer á la oposicion francesa, y la trabajase en ese sentido. De ese temor precisamente veníamos hablando con Bello, dijo

Eduardo, miéntras que el señor Mandeville volvia sus inteligentes ojos de uno á otro de aquellos jóvenes, cuyo pensamiento verdadero queria agarrar, y se le escapaba á cada momento.

— ¿Y en qué estaria ese vicio? preguntó Mandeville con ingenuidad.

— Nada ménos que en la firma del Señor Gobernador, contestó Daniel.

— ¿Cómo?

— Que los unitarios que están en Montevideo han preparado una demostracion al señor Mackau, que hasta cierto punto no deja de ser un fuerte argumento.

— ¿Y es, señor Bello?

— Que la firma del Señor Gobernador es falsa, mi querido señor Mandeville. Figúrese usted que ellos raciocinan de este modo : que aun cuando el señor Mackau traiga instrucciones para tratar á todo trance, no hay autoridad con quién tratar en la república argentina; porque el general Rosas no tiene poder, ni representacion alguna, para ajustar tratados, á nombre de la nacion argentina.

— Pero, es un poder de hecho, replicó el señor Mandeville, y el plenipotenciario no tiene que investigar su legalidad, sino reconocerle y tratar con él.

— Pero á ese argumento contestan los unitarios, prosiguió Bello, que si el almirante viniese á tratar con el señor general Rosas, como simple gobernador de Buenos Aires, y con relacion á esta sola provincia, entónces podia tratar con él, como el almirante Le-Blanc y el señor Martigny se habian entendido con el gobierno de Corrientes. Pero que viniendo á tratar con un gobierno que represente en el exterior la soberanía nacional, se encontraba con que este gobierno no existia.

— Algo hay de eso, en efecto, contestó Mandeville con aire distraido.

— Los unitarios sostienen, prosiguió Daniel, que las provincias argentinas nunca han delegado la facultad de entender en las relaciones exteriores, celebrar tratados, etc., en el gobierno de Buenos Aires, una vez para siempre, sino especialmente en el gobernador, cada vez que se elige uno en los períodos legales. Que el general Rosas, nombrado gobernador por cinco años, el 7 de Marzo de 1835, se reci-

bió del mando el 13 de Abril, y su término espiró en igual dia de 1840; y que con él espiró tambien la delegacion que tenia de las provincias; que reelecto por igual período, solo aceptó por seis meses; pero su reeleccion no producia *ipso jure* la continuacion de aquel especial mandato; y que era indispensable que le fuese renovado. Pero que léjos de serlo, le fué retirado explícitamente por los que se le habian conferido.

— He leido algo de eso en los periódicos de Montevideo, replicó Mandeville, cada vez mas pensativo.

— Es decir, habrá leido usted en los periódicos los documentos oficiales.

— No precisamente los documentos; á lo ménos, no lo recuerdo bien.

— Yo tampoco; pero creo que la sala de representantes de la provincia de Tucuman sancionó, el 7 de Abril, una ley por la que retiraba la autorizacion que por parte de aquella provincia se habia dado al general Rosas, para mantener y conservar las relaciones con las potencias extranjeras. La legislatura de Salta sancionó una ley igual en 13 de Abril. El 5 de Mayo, la provincia de la Rioja declaró por ley, que ella reasumia las facultades que tenia conferidas al general Rosas, para intervenir en las relaciones con las potencias extranjeras. Igual ley dictó la provincia de Catamarca, el 7 de Mayo. En términos igualmente positivos se pronunció la provincia de Jujui, el 18 de Abril. Y por lo que hace á la provincia de Corrientes, no se necesita otro documento que la misma posicion que ha asumido. Así, pues, los unitarios demuestran, que de las catorce provincias que forman la república, siete han retirado al general Rosas la facultad de tratar en su nombre.

— ¿Y el almirante Mackau estará en posesion de esos hechos?

— ¿Y cómo dudarlo? Y si sus instrucciones lo conducen al extremo de tratar con el señor general Rosas, á pesar de su incapacidad legal, fácil es prever que en manos de la oposicion francesa, ese vicio radical en la negociacion, ó el tratado recibiria una repulsa, ó el ministro se hallaria en una posicion muy embarazosa. Y yo estoy cierto que si en la política franca del gobierno británico pudiese caber el sacrificio de un amigo leal como la república argentina,

por el interes de embarazar la marcha del gobierno frances, poco adelantaríamos, señor Mandeville, con el tratado á que probablemente arribará el baron de Mackau. Pero yo estoy seguro que el gobierno británico no sacrificará las simpatías argentinas, ni por hostilizar al gobierno frances, ni por corresponder á la reaccion que en el estado oriental va á operarse en favor de la Inglaterra.

— ¿Cómo, cómo, señor Bello?

— Quiero decir, que abandonada por la Francia la república oriental, y la numerosa emigracion argentina que hay allí, despues los compromisos anteriores, tan solemnes, es muy probable que obrándose en el espíritu público una reaccion muy desventajosa para la influencia francesa en estos países, por un movimiento consiguiente y lógico, las simpatías públicas se vuelvan hácia la Inglaterra, que fué, tan leal en otra época, en sus trabajos por la independencia oriental.

— Ah, sí, cierto. La independencia oriental es debida, hasta cierto punto, á los buenos oficios de la Inglaterra.

— Así es que, continuó Daniel, perdida la influencia francesa en estos países, y llegado el caso en que peligrase la independencia oriental, la accion de la Inglaterra no solo seria eficaz, sino tambien un golpe habilísimo para conquistar á favor suyo todo el terreno perdido por la Francia, en países tan llenos de porvenir como los del Plata.

— Señor Bello, usted seria un embajador peligroso por el general Rosas, dijo Mandeville que no habia perdido una sola palabra de cuantas pronunciara su interlocutor.

— Creo que mi amigo no ha emitido ideas suyas, ni tenido tal intencion, observó Eduardo mirando al señor Mandeville, sonriendo y mostrando sus blanquísimos dientes.

— Y tan no he hablado á mi nombre, que estoy por creer que habré dicho una porcion de desatinos, al referir de memoria lo que dicen en Montevideo, y que suelo leer en los periódicos.

— Señor Bello, dijo el astuto inglés, ya no agradezco á usted tanto su visita, porque esta noche me quitará usted un par de horas de sueño, haciendo algunos apuntes para mí solo. Y para ir desterrando el sueño tomaremos un poco de vino, y él mismo sirvió de unas botellas colocadas en una mesa, y los tres, despues de tomar un poco de jerez, se pu-

sieron á pasear de uno á otro extremo de la sala, con esa respetuosa familiaridad de los hombres de buen tono, que ni se queda atras, ni va mas adelante de lo que es debido.

— Yo acepto el vino, pero no los apuntes, le habia contestado Daniel.

— ¿Me explica usted eso, mi querido señor Bello?

— Nada mas fácil, señor Mandeville : en esta época no pueden hacer apuntes, sino los ministros extranjeros. Nadie está libre de un enemigo, de una calumnia, qué sé yo. ¡Qué feliz es usted, señor Mandeville! Vivir en esta casa es como estar en Inglaterra.

— Son inmunidades recíprocas. La legacion argentina es la república argentina en Londres.

— ¿Y sabe usted que me sorprende una cosa, señor Mandeville? dijo Daniel parando sus pasos y mirando al ministro con una fisonomía la mas sorprendida posible.

— ¿Qué cosa, señor Bello?

— Que estando en Buenos Aires la Inglaterra, y habiendo tantos que caminarian mil leguas por alejarse del país en estos momentos, no hayan caminado algunas cuadras y llegádose á esta casa.

— Ah, sí, pero.....

— Perdonme usted; no quiero saber nada. Si hay algunos desgraciados, cubiertos por la bandera inglesa en esta casa, es un deber y una humanidad de parte de usted, señor Mandeville, y yo no cometeria la indiscrecion de querer saberlo.

— No hay nadie : doy á usted mi palabra de honor, de que no hay nadie refugiado en mi casa. Mi posicion es excepcional. Mis instrucciones son terminantes para observar la mas completa circunspeccion. Con la mejor voluntad, yo no podria faltar á mis instrucciones.

— ¿Entónces esta no es mas que una casa como otra cualquiera? le preguntó Eduardo con un tono de impertinencia que Daniel tuvo que barajar volando.

— Todos comprendemos su posicion de usted, señor Mandeville. En estos momentos de efervescencia popular, nuestro mismo gobierno no podria hacer efectivas las inmunidades de esta casa; y usted quiere evitar los conflictos diplomáticos que necesariamente tendrian lugar, si el pueblo olvidase los respetos de la legacion.

— Exactamente, contestó Mandeville con un contentamiento sincero, al oir que su mismo interlocutor lo salvaba del embarazo en que lo puso la brusca interrogacion de Eduardo, exactamente; y me he visto en la necesidad, en la dura necesidad de negar al asilo de mi casa á varios que lo han solicitado, porque ni puedo responderles de su seguridad, ni me es permitido obrar de modo que pueda traer mas conflictos á este país, por cuyos habitantes tengo la mas profunda simpatía, y con el cual mi gobierno se esmera en mantener las mas estrechas relaciones de amistad.

— Me parece, Daniel, que he sentido parar el coche á la puerta, y que ya es tiempo de dejar al señor Mandeville, que querrá salir á sus visitas de costumbre, dijo Eduardo que tenia punzóes hasta las orejas.

— No hay nada comparable, señor Belgrano, al placer que tengo en estar con ustedes.

— Sin embargo, mi amigo tiene razon, y es preciso que hagamos el sacrificio de separarnos del señor Mandeville y de su exquisito jerez, dijo Daniel llenando dos copas, presentando una al señor Mandeville y saludándolo al tomar su vino, con una sonrisa las mas cortesana de este mundo.

Un minuto despues se despedian en la antesala, quedando el señor Mandeville sin saber á qué habian venido aquellos jóvenes, qué eran positivamente, ni qué pensaban de él al retirarse.

CAPÍTULO XV.

M. Slade.

Á pesar que el mal humor que dominaba á Eduardo lo habia descompuesto á tal punto, que su despedida del caballero Mandeville habia sido mas bien una impertinencia que un saludo, su oído, sin embargo, no lo habia engañado cuando anunció á su amigo la llegada del coche.

En efecto, allí estaba, y dentro de él nuestro Don Cándido Rodríguez, que espiró una gran cantidad de aire de su

oprimido pecho, al verse de nuevo en compañía de Daniel y Eduardo, cuando el coche partió, volviendo á tomar el mismo camino que habia traido, segun la instruccion que, al subir, habia dado Daniel á su fiel criado.

Y no bien el carruaje comenzó á balancearse en el maldito empedrado de la calle de la Reconquista, cuando Daniel preguntó á Don Cándido :

— ¿Á cuál de los dos?

— ¿Cómo, Daniel?

— ¿Á Santo Domingo, ó á San Francisco?

— Ántes, es preciso que te imponga de todo, despacio, con pormenores, con.....

— Todo quiero saberlo; pero debemos empezar por el fin, para dar órdenes al cochero.

— ¿Absolutamente lo quieres?

— ¡Sí, con mil bombas!

— Pues bien..... ¿pero no te eñojarás?

— Acaba usted, ó lo echamos del coche, dijo Eduardo con una mirada que aterró á Don Cándido.

— ¡Qué genios, qué genios! Bien, jóvenes fogosos, mi mision diplomática no ha tenido éxito.

— ¿Quiere decir, prosiguió Daniel, que ni en Santo Domingo, ni en San Francisco lo admiten?

— En ninguna parte.

Daniel se inclinó, abrió el vidrio delantero, dijo dos palabras á Fermin, y los caballos tomaron un trote mas largo, siempre por la calle de la Reconquista, en direccion á la plaza.

— Te diré, pues, prosiguió Don Cándido, hice parar el carruaje en Santo Domingo, bajé, entré, me persigué, y caminé por el lóbrego y solitario claustro; me paré, batí las manos, y un lego que encendia un farol vino á mi encuentro. Le interrogué por la salud de todos, y pregunté por el reverendo padre que me habias indicado. Me introdujo á su celda, y luego de los saludos y cumplimientos de costumbre, no pude ménos de felicitarlo por aquella vida tranquila, feliz y santa que disfrutaba en aquella mansion de sosiego y de paz; porque habéis de saber vosotros, que desde mis primeros años tuve aficion, tendencia, vocacion al claustro; y cuando hoy me imagino que podia estar tranquilo bajo las bóvedas sagradas de un convento, libre de

las agitaciones políticas, y con la puerta cerrada desde la oracion, no puedo perdonarme mi descuido, mi negligencia, mi abandono. En fin.....

— Sí, el fin; siempre el fin es lo mejor, mi querido maestro.

— Decia, pues, que en el acto establecí mis primeras proposiciones.

— En lo que ya hizo usted mal.

— ¿Pues no iba á eso?

— Sí; pero nunca se comienza por lo que se quiere obtener.

— Déjale que hable, repuso Eduardo arrellanándose en un ángulo del coche, como si se tratase de dormir.

— Prosiga usted, dijo Daniel.

— Prosigo. Le dije clara y terminantemente la posicion de un sobrino mio, que siendo un excelente federal, era perseguido por emulaciones individuales, por envidia, por celos de algunos malos servidores de la causa, que no respetaban como debian la ínclita fama y honra del patriarcal gobierno de nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, y de su respetabilísima familia. Hice con elocuencia y entusiasmo la biografía de todos los miembros de las ilustres familias del Excelentísimo Señor Gobernador propietario, y de Su Excelencia el señor gobernador delegado; concluyendo, que por honor de estas ilustres ramas del tronco federal, la religion y la política estaban interesadas en evitar que se cometiese una tropelía contra el sobrino de un tio como yo, que habia dado clásicas pruebas de valor y perseverancia federal; y que por no distraer la atencion de los señores gobernadores y demas altos y conspicuos personajes, ocupados actualmente en la independencia de la América, pedia al convento de Santo Domingo asilo, proteccion y albergue para mi inocente sobrino, ofreciendo donar para limosnas una suma crecida, en oro ó en papel moneda, segun lo que dispusieran los RR. PP. Tal fué, en muy ligero extracto, el discurso con que abrí mi conferencia. Pero, y contra todas mis previsiones y perspicacia, el reverendo padre me dijo :

— Señor, yo quisiera poder ser útil á usted, pero no podemos mezclarnos en los asuntos políticos, y algo ha de haber cuando persiguen á su sobrino de usted.

— Protesto una, dos y tres veces, le respondí, contra todo lo que pueda decirse de mi inocente sobrino.

— No importa, replicó. Nosotros no podemos comprometernos con el señor Don Juan Manuel; y lo único que podemos hacer es rogar á Dios por que proteja la inocencia de su sobrino de usted, si en verdad es inocente.

— Amen, dijo Eduardo.

— Así contesté yo tambien, prosiguió Don Cándido, levantándome y pidiéndole mil perdones por el tiempo que le habia robado á Su Paternidad. Y paso ahora á mi conferencia en San Francisco.

— ¡No, no, no, basta de frailes, por amor de Dios; y basta de todo, y basta de la vida, porque esto no es vida, sino un infierno! exclamó Eduardo pegándose una recia palmada en la frente.

— Todo esto, mi querido amigo, repuso Daniel, no es sino un acto, una escena del drama de la vida, de esta vida nuestra y de nuestra época, que es un drama especial en este mundo. Pero solo los corazones débiles se dejan dominar por la desesperacion en los trances difíciles de la suerte. Acuérdate que estas son las últimas palabras de Amalia. Ella es mujer, y, vive Dios, que tiene mas serenidad que tú.

— Serenidad para morir, es lo de ménos. Pero esto es peor que la muerte, porque es la humillacion. Desde ayer no se hace otra cosa que echárseme de todas partes. Mis criados me huyen; mis pocos parientes me desconocen; el extranjero, y hasta la casa de Dios, me cierran sus puertas, y esto es cien veces, un millon de veces peor que una puñalada.

— Pero tienes una mujer, como ninguna, un hombre, como nadie. Todavía el amor y la amistad velan por ti, y no todos cuentan con esto en Buenos Aires. Hace tres dias que no tienes casa, ni tienes nada. Te han roto, saqueado y confiscado cuanto tienes, segun ellos. Y, sin embargo, he conseguido salvarte mas de un millon de pesos. Y con una novia linda como un sol, con un amigo como yo, y con una buena fortuna, no hay todavía motivos por que quejarse tanto de la suerte

— Pero ando como un mendigo.

— Dejemos de hablar tonterías, Eduardo.

— ¿Dónde vamos, Daniel? observo que nos acercamos al Retiro.

— Justamente, mi querido maestro.

— ¡Pero estás en tu juicio!

— Sí, señor.

— ¿No sabes que en el Retiro está el regimiento del general Rolon, y parte de la fuerza de Maza?

— Ya lo sé.

— ¿Y entónces? ¿quieres que nos prendan?

— Como usted quiera.

— Daniel, lo que yo quiero es que no nos sacrifiquemos tan pronto. Quién sabe qué dias felices nos esperan en el porvenir. Volvámonos, hijo, volvámonos. Mira que ya nos acercamos al cuartel. Volvámonos.

Daniel volvió á sacar la cabeza por el vidrio delantero, dijo unas palabras á Fermin, y el coche dobló á la derecha, y en dos minutos estuvo á la puerta de la hermosa casa del señor Laprida, donde habitaba el cónsul de los Estados Unidos, el señor Slade. El gran porton de fierro estaba cerrado y en el edificio, como á cien pasos de la verja, apénas se percibia una luz en las habitaciones del primer piso.

Daniel dió dos fuertes golpes con el llamador; esperó un rato, pero en vano.

— Vámonos, Daniel, decia Don Cándido á cada momento, sin bajar del coche, y sin quitar los ojos de los cuarteles, que á esas horas, cerca de las diez de la noche, estaban en el mas profundo silencio.

Daniel volvió á llamar mas fuerte aun; y al poco rato se vió venir, paso á paso, á un individuo hácia la puerta. Se acercó, miró con mucha flema, y luego preguntó en inglés :

— ¿Qué hay?

Con el mismo laconismo le contestó Daniel :

— ¿Mr. Slade?

El criado, entónces, sacó una llave del bolsillo, y abrió la gran puerta, sin decir una palabra.

Don Cándido bajó inmediatamente, y colocándose entre Daniel y Eduardo, siguió con ellos los pasos del sirviente. Este los introdujo á una pequeña antesala donde les hizo señas de esperar, y pasó á otra habitacion.

Dos minutos despues volvió, y empleando el mismo lenguaje de las señas, los hizo entrar.

El salon no tenia mas luz que la que despedian dos velas de sebo.

El señor Slade estaba acostado en un sofá de cerda, en mangas de camisa, sin chaleco, sin corbata, y sin botas; y en una silla, al lado del sofá, habia una botella de coñac, otra de agua, y un vaso.

Daniel no conocia, sino de vista, al cónsul de los Estados Unidos. Pero conocia muy bien á su nacion.

El señor Slade se sentó con mucha flema, dió las buenas noches, hizo seña al criado de poner sillas, y se puso las botas y la levita, como si estuviera solo en su aposento.

— Nuestra visita no será larga, ciudadano Slade, le dijo Daniel en inglés.

— ¿Ustedes son argentinos? preguntó el cónsul, hombre como de cincuenta años de edad, alto, de una fisonomía abierta y llana, y de un tipo mas bien ordinario que distinguido.

— Sí, señor, los tres, contestó Daniel.

— Bueno. Yo quiero mucho á los argentinos, é hizo señas á su criado de servirles coñac.

—Lo creo bien, señor, y vengo á dar á usted una ocasion de manifestarnos sus simpatías.

— Ya lo sé.

— ¿Sabe usted á lo que venia, señor Slade?

— Sí. Ustedes vienen á refugiarse á la legacion de los Estados Unidos, ¿no es eso?

Daniel se encontró perplejo ante aquella extraña franqueza; pero comprendió que debia marchar en el mismo camino que se le abria, y contestó muy tranquilamente, despues de tomarse medio vaso de agua con coñac :

— Sí, á eso venimos.

— Bueno. Ya están ustedes aquí.

— Pero el señor Slade no sabe aun nuestros nombres, repuso Eduardo.

— ¿Qué me importan vuestros nombres? Aquí está la bandera de los Estados Unidos, y aquí se protege á todos los hombres, como quiera que se llamen, contestó el cónsul, volviéndose á acostar muy familiarmente en el sofá, sin incomodarse, cuando Daniel se levantó, y tomando y apretando fuertemente su mano, le dijo :

— Es usted el tipo mas perfecto de la nacion mas libre y mas democrática del siglo XIX.

— Y mas fuerte, dijo Slade.

— Sí, y la mas fuerte, agregó Eduardo, porque no puede dejar de serlo con ciudadanos como los que tiene, y el jóven tuvo que irse al balcon que daba al rio, para no hacer notable á los demas la expresion de su sensibilidad y su dolor comprimidos, que brotó súbitamente de sus ojos.

— Bien, Mr. Slade, continuó Daniel, no somos los tres los que veníamos á pedir asilo, sino únicamente aquel caballero que se ha levantado, y que es uno de los jóvenes mas distinguidos de nuestro país, y que se ve actualmente perseguido. No sé si yo tambien tendré que buscar mas tarde esta proteccion, pero, por ahora, solo la buscábamos para el señor Belgrano, sobrino de uno de los primeros hombres de la guerra de nuestra independencia.

— Ah, bueno. Aquí están los Estados Unidos.

— ¿Y no se atreverian á entrar aquí? preguntó Don Cándido.

— ¿Quién? y al hacer esta interrogacion el señor Slade frunció las cejas, miró á Don Cándido, y luego se rió. Yo soy muy amigo del general Rosas, continuó. Si él me pregunta quiénes están aquí, yo se lo diré. Pero si manda sacarlos por fuerza, yo tengo aquello, y señaló una mesa donde habia un rifle, dos pistolas de tiro, y un gran cuchillo, y allí tengo la bandera de los Estados Unidos, y levantó su mano señalando el techo de la casa.

— Y á mí para ayudar á usted, dijo Eduardo que volvia de la ventana.

— Bueno, gracias. Con usted son veinte.

— ¿Tiene usted veinte hombres en su casa?

— Sí, veinte refugiados.

— ¿Aquí?

— Sí, en las otras piezas y en el piso de arriba, y me han hablado por mas de cien.

— ¡Ah!

— Que vengan todos. Yo no tengo camas ni con que mantener á tanta gente. Pero aquí está la casa y la bandera de los Estados Unidos *.

* En algunas de las publicaciones de la época se encuentra la

— Bien, nada, nada nos faltará. Nos basta solo la proteccion de usted, noble, franco y leal descendiente de Washington, porque yo tambien aquí me quedo, dijo Don Cándido alzando su cabeza y dando con el baston en el suelo, y con tal seriedad y tal decision que Daniel y Eduardo se miraron y no pudieron contener una carcajada ; lo que obligó á Daniel á dirigirse en inglés al señor Slade, para darle una idea de la persona y del carácter de su maestro. Y esta ligera relacion llevó de tal modo el buen humor al espíritu del sencillo Slade, que no pudo ménos de echar él mismo un poco de coñac, y beber con Don Cándido, diciéndole:

— Desde hoy está usted bajo la proteccion de los Estados Unidos y si lo matan á usted, he de hacer que arda Buenos Aires.

— Yo no acepto esa hipótesis, señor cónsul ; y preferiria que Buenos Aires ardiese primero, no que primero me matasen y despues ardiese.

— Vamos, dijo Daniel, todo esto no es sino broma, mi querido señor Don Cándido : usted tiene que volverse conmigo.

— No, no iré, ni tienes ya derecho ninguno sobre mí, pues estoy en territorio extrano. Aquí pasaré mi vida, cuidando de la importante salud de este hombre benemérito, y á quien amo ya entrañablemente.

— No, señor Don Cándido, vaya usted con Daniel, repuso Eduardo, recuerde usted que tiene que hacer mañana.

— Es inútil, no me voy. Y desde este momento quedan cortadas todas nuestras relaciones.

orpe y calumniosa acusacion á este noble ciudadano de los Estados Unidos, de que *vendia* la proteccion que daba. Esto es falso é ingrato. El señor Slade era pobre. Acababa de enviar su familia á los Estados Unidos por no poder sostenerla en Buenos Aires; y se encontró de repente con ciento y tantos huéspedes en los meses de Setiembre y Octubre. Y como absolutamente no tenia como mantenerlos en mas de cuarenta dias que allí estuvieron, se hizo suscripcion entre los asilados para dar al mayordomo lo necesario para la comida de tanta gente. Y muchos habia allí que nada dieron porque nada tenian que dar. El señor Slade no recogió un real de la proteccion que dispensaba, y en todo el cuerpo diplomático y consular nadie hubo que fuese una sombra, siquiera, del noble y generoso proceder del cónsul de los Estados Unidos.

Daniel se levantó, y llamando aparte á Don Cándido, tuvo con él un diálogo vivísimo, para reducirlo á volver al coche. Pero todo habria sido inútil si el jóven no hubiese mezclado á las amenazas la promesa de dejarlo en completa libertad para volver á los Estados Unidos, tan pronto como le hiciese conocer algo que necesitaba saber de casa del gobernador delegado.

— Por último, decia Don Cándido al terminar sus condiciones, será condicion expresa que dormiré esta noche en tu casa, y mañana, si mañana mismo no me vengo á esta hospitalaria y garantida mansion.

— Convenido.

— Señor cónsul, prosiguió Don Cándido volviéndose á Mr. Slade, no puedo tener desde esta noche el honor, el placer, la satisfaccion de ver sobre mi cabeza el ínclito pabellon norte-americano. Pero voy á hacer cuanto de mí dependa por estar aquí mañana.

— Bueno, contestó Slade. Yo no lo he de entregar á usted, sino muerto.

— ¡ Qué demonio de franqueza tiene este hombre! dijo Don Cándido mirando á Eduardo.

— Vamos, amigo mio, dijo Daniel.

— Vamos, Daniel.

Mr. Slade se levantó con pereza, se despidió en inglés de Daniel, y dándole un abrazo á Don Cándido, le dijo :

— Si no nos vemos mas, espero que nos conoceremos en la otra vida.

— ¿Sí? pues no me voy, señor cónsul, y Don Cándido hizo un movimiento para volverse á sentar.

— Son bromas, mi querido maestro, repuso Eduardo.

— Vamos, vamos que es tarde.

— Sí, pero son bromas que....

— Vamos. Hasta mañana, Eduardo.

Y los dos jóvenes se dijeron elocuentes discursos en el largo y estrecho abrazo que se dieron.

— Para ella, fué la última palabra de Eduardo al oprimir á su amigo y separarse de él.

El mismo criado que los habia introducido, los condujo hasta la puerta de la calle; y al abrirla le preguntó Don Cándido :

— ¿Y siempre está cerrada está puerta de calle?

— Sí, le contestó el criado.
— ¿ Y no seria mejor tenerla abierta ?
— No.
— ¡ Qué demonio de laconismo ! Conózcame usted bien, amigo mio, ¿ me conocerá usted para otra vez ?
— Sí.
— Vamos, señor Don Cándido, dijo Daniel montando al coche.
— Vamos. Buenas noches, honrado criado del mas ilustre de los cónsules.
— Buenas noches, contestó el criado, y cerró el porton.

CAPÍTULO XVI.

De cómo Don Cándido Rodríguez era pariente de Cuitiño.

Á las ocho de la mañana de uno de los últimos dias de Setiembre, el maestro de primeras letras de Daniel sorbia á grandes tragos espumoso é hirviente chocolate en una enorme taza de porcelana, miéntras que su discípulo arreglaba, doblaba y sellaba papeles, teniendo ambos en sus rostros las señales de haberse pasado en vela toda la noche.
— Daniel, hijo, ¿ no seria bueno que nos recostásemos un rato, un momento, algun tiempo ?
— Ahora no, señor ; mas tarde. Todavía necesito de usted un momento.
— Pero que sea el último, Daniel; porque decididamente hoy me voy á los Estados Unidos. Sabes que hace cinco dias que le he dado mi palabra á ese honrado y benemérito cónsul, de pasar á residir en su territorio.
— Es porque no sabe usted lo que hay, dijo Daniel sellando un paquete.
— ¿Lo que hay ?
— Ó lo que puede haber en el territorio.
— No, á mí no me engañas. Todavía anoche, miéntras escribias, me he leido cinco tratados de derecho de gentes, y dos manuales diplomáticos, en los capítulos que tratan de las inmunidades de los agentes públicos, y las casas de su

residencia. Y sabe, Daniel, que hasta los coches son inviolables, de lo que he deducido que podré pasear, seguro, en el coche del benemérito cónsul, sin temor, sin zozabra, sin peligro, sin...

— Vamos á ver, mi querido maestro. Oiga usted bien lo que yo leo, y lea usted bien el original que me ha traido, y Daniel dió un papel á Don Cándido y tomo otro.

— Este es el mio, dijo Don Cándido.

— Ó mas bien, el de Don Felipe.

— ¡Pues! pero pertenece á mi secretaría privada.

— Vamos á ver, dijo Daniel, y leyó como sigue:

« *Individuos que han entrado á la cárcel desde el dia* 15 *del presente mes de Setiembre.*

Dia	15.	Eustaquio Diaz Vélez, remitido por la policía.		
»	17.	Pedro Longinoti,	id.	id.
»	»	Lúcas González, se ignora por quién.		

(Se entregó á las doce y média de la noche del dia 18 á Don Nicolás Mariño, por órden verbal, y fué fusilado en su cuartel.)

Al acabar estas palabras de la copia del diario que leia, Daniel sacudió su cabeza y llevó su mano derecha á los ojos, permaneciendo así largo rato.

— ¡ Ah, Daniel, hasta el mismo Don Felipe ha llorado al saber esta sensible pérdida !

— Al saber este horrendo asesinato, diga usted.... pero sigamos.

« Dia	18.	Ramon Carmona.........	por la	policía.
»	19.	José María Ganaveri......	id.	id.
»	»	Ventura Ocampo.........	id.	id.
»	21.	Ezequiel Serna...........	id.	id.
»	22.	Luis Fernando Otero......	id.	id.
»	»	José Rico................	id.	id.
»	»	Bernardo Testas..........	id.	id.
»	»	Gregorio Collazo.........	id.	id.
»	»	Luciano Lizarreaga.......	id.	id.
»	»	Juan Manuel Cháves......	id.	id.
»	»	Santiago Eleisa..........	id.	id.

» Dia	22.	Bonifacio Araoz...........	por la policía
»	»	Mateo Vidal..............	id. id
»	»	Bernabé Márquez.........	id. id.
»	»	Miguel Rodríguez Machado.	id. id.
»	»	Antonio Saldarriaga......	id. id.
»	»	Alejo Menchaca...........	id. id.
»	23.	Pedro Paulino Gaete......	id. id.
»	»	Ventura Buteler...........	id. id.
»	»	Juan Lúcas Thebes........	id. id.
»	»	Francisco Rodríguez...... remitido por la policía y preso por el presidente de la Sociedad popular restauradora á la disposicion del superior gobierno.	
»	»	Demetrio Villarino....... policía, etc., preso por el presidente de los serenos.	
»	24.	Segundo Benavente.	por la policía.
»	26.	Ignacio Fuéntes.........	id. id.
»	»	Sandalio González........	id. id.
»	»	Francisco Araoz.........	id. id.

— Veamos los muertos, dijo Daniel doblando el papel que habia leido y tomando otro.

— Detente, espera, mi querido y estimado Daniel; dejemos á los muertos en paz.

— No, es la suma la que quiero ver.

— La suma está aquí, Daniel, son cincuenta y ocho, en veintes y dos dias.

— Eso es; cincuenta y ocho en veinte y dos dias.

Y Daniel dobló estos papeles como los anteriores, y les puso su sello.

— Mira que se te quedan las marchas del ejercito en Santa Fe.

— Hago esto de ellas, mi querido maestro, y Daniel acercó el papel á la vela y lo quemó; y en seguida guardó todos los paquetes en un secreto del escritorio.

Luego tomó la pluma y escribió.

« Mi querido Eduardo: He estado ayer con Amalia desde » la oracion hasta las once de la noche; y está enferma. La » sorpresa de nuestra visita antenoche, y la ansiedad con » que quedó al retirarnos, la han hecho mal. Y cuando yo

» mismo he reflexionado sobre mi condescendencia contigo,
» te confieso que me he criticado á mí mismo.

» La Mashorca continúa ensangrentándose. La cárcel, los » cuarteles, y el campamento son teatros de muerte que se » agrandan por momentos; y tengo motivos para creer » que todo esto no son sino preparativos de los crímenes » en escala mayor que se preparan para Octubre.

» Todos hablan de esa casa, y se susurra que la ataca» rán. No creo, pero es necesario ponerse en todos los ca» sos. Esta novedad ha llegado hasta oídos de Amalia. Que» ria, absolutamente, que tuviese lugar el matrimonio el » primero de Octubre, ya que tienes la resolucion de no de» jar el país hasta conquistar esa felicidad que tanto anhelas. » Pero yo le he hecho ver, que Mr. Douglas no puede estar » aquí hasta el dia 5, y ha tenido que resignarse á esperar.

» Todo está concluido, mi querido amigo. El resultado » de las conferencias con Mackau será la paz. Yo esperaré, » sin embargo, hasta el último momento, y entónces te lle» varé á tu Amalia como hemos convenido.

» He hecho ya todos mis arreglos, y espero á mi buen » padre por momentos.

» No iré á verte hasta pasado mañana.

» Esta carta te la conduce nuestro querido maestro, que » va determinado á no moverse de ahí; déjalo á tu lado.

» Te abraza

» DANIEL. »

— Se ha dormido usted, señor Don Cándido, dijo el jóven cerrando la carta que se acaba de leer.

— No; pensaba, mi querido Daniel.

— Ah, pensaba usted.

— Pensaba que si la señora madre de nuestro Señor Gobernador propietario no se hubiese casado con su digno esposo, es muy probable que no hubiese tenido á su ilustre hijo, y que hoy no estaríamos pagando el amor conyugal de aquella mal embarazada señora.

— Amigo mio, juro á usted que no se me habia ocurrido tal raciocinio, repuso Daniel poniendo su sello en la carta y dándosela á su maestro.

— Esta carta no tiene sobre, Daniel.

— No importa. Esa carta es para Eduardo, guárdela usted bien.

— ¿La llevo ahora mismo?

— Cuando usted quiera. Pero va usted á ir en mi coche, y todavía no está pronto.

— ¡Ah, bien, bien pensado!

Daniel iba á tocar un timbre, cuando llamaron á la puerta de calle, y al momento se presentó un criado, diciendo con una voz muy poco tranquila:

— El comandante Cuitiño.

Don Cándido se echó para atras en el sillon y cerró los ojos.

— Que entre, dijo Daniel. Serenidad, mi querido maestro, prosiguió, esto no es nada.

— Ya estoy muerto, Daniel, respondió Don Cándido sin abrir los ojos.

— Adelante, mi comandante, dijo Daniel parándose y recibiendo á Cuitiño, miéntras Don Cándido, al sentirlo en el escritorio, por una reaccion puramente mecánica, se paró, abrió sus labios con una sonrisa convulsiva, y extendió sus dos manos, para coger la de Cuitiño, que se sentó en el ángulo de la mesa en que maestro y discípulo habian pasado largas horas.

— ¿Á qué hora recibió mi recado, comandante?

— Hará dos horas, señor Don Daniel.

— ¿Y qué, está enfermo, que ha tardado tanto?

— No, señor, estaba en comision.

— ¡Ah, ya yo decia! ¡Cuando se trata del servicio de la causa, ojalá todos fuesen como usted! Y eso mismo le decia ayer al presidente; porque si hemos de andar paso á paso, como el jefe de policía, es mejor que lo digamos claro, y no andemos engañando al Restaurador. Por mi parte, comandante, yo ya ni sé lo que es dormir. Toda la noche me he pasado con este hombre cerrando *Gacetas* para mandar á todas partes, porque el Restaurador quiere que se sepa en todas partes el entusiasmo de los federales. Y hace poco el señor, y Daniel señalaba á Don Cándido, quien, poco á poco, iba volviendo en sí al saber que Cuitiño habia venido por llamado de Daniel, me observaba una cosa en que ya ha de haber usted caido, comandante.

— ¿Qué cosa, Don Daniel?

— Que vea si la *Gaceta* dice una palabra de usted, ni de los federales que exponen su vida á todas horas, por sostener la causa.

— ¡Conque ni ponen los partes, siquiera!

— ¿Á quién los dirige, comandante?

— Ahora los dirijo á la policía, desde que el Restaurador está en el campamento. Demasiado que me fijo, señor Don Daniel, y este hombre tiene mucha razon.

— Oh, señor comandante, dijo Don Cándido, ¿y quién no ha de extrañar el silencio que se guarda con un hombre de los antecedentes de usted?

— Y que no son de ahora.

— ¡Por supuesto que no son de ahora! repuso Don Cándido. Desde ántes de nacer ya era usted acreedor al aprecio del público, porque el señor Cuitiño, padre de usted, pertenece á uno de los troncos mas antiguos de nuestras respetables familias. Uno de los ilustres tios de usted, mi benemérito señor comandante, fué casado, segun lo he oido á mis mayores, con una de las primas de mi señora madre; por lo cual, siempre he tenido por usted simpatías de pariente, á la vez que nos ligan los estrechos y federales lazos de nuestra causa comun.

— ¿Entónces usted es mi pariente? le preguntó Cuitiño.

— Pariente, y muy cercano, le respondió Don Cándido. Una misma sangre corre por nuestras venas, y nos debemos cariño, estimacion y proteccion recíproca, por la conservacion de nuestra sangre.

— Vaya, pues, si en algo puedo servirlo...

— ¿Conque, comandante, dijo Daniel, interrumpiéndolo para que Don Cándido no acabara por revelarse mas, conque ni los partes le publican.

— No, señor. Ahora mismo acabo de pasar el parte sobre salvaje unitario Sálces, y no lo han de publicar.

— ¿Sálces?

— Sí, pues; el viejo Sálces. Ahora mismo lo acabamos de degollar.

Don Cándido cerró los ojos.

— Estaba en la cama, continuó Cuitiño, pero de ahí no mas lo sacamos, y lo degollamos en la calle. El otro dia pasé el parte, tambien, cuando degollamos al tucumano La-Madrid. El juéves pasado, degollamos á Zañudo, y siete mas,

y tampoco han públicado esos partes. Por lo que hace á mí, tiene razon mi primo... ¿cómo se llama?

— Cándido, contestó Daniel, viendo que el dueño de ese nombre no parecia estar dueño de su vida.

— Pues decia, que tiene razon mi primo Cándido; y que ahora cuando empiece la cosa en grande, no voy á dar cuenta á nadie.

— ¡Y qué! ¿recien está por empezar? preguntó Don Cándido con una voz que parecia salida, no de un pecho, sino de un sepulcro.

— Sí, pues. Ahora va á empezar lo bueno. Ya tenemos la órden.

— ¿Directamente la ha recibido, comandante?

— Sí, señor Don Daniel. Yo ya no me entiendo, sino con el Restaurador. No quiero saber nada con Doña María Josefa.

— ¡Mire que lo ha molido!

Ahora se ha agarrado con Gaetan, y Badia y Troncoso; y siempre dále con Barrácas; y siempre con aquel salvaje que se escapó, como si ya no estuviera con Lavalle.

— ¡Conque hasta á mí me aborrece esa señora!

— No, de usted no me ha hablado nada. Es á su prima á la que no quiere.

— Yo le he de contar algun dia por qué, comandante.

— Hoy estaba encerrada con Troncoso, y una negrita de por ahí por la quinta.

— ¡Miéntras usted, comandante, se ocupa de los verdaderos servicios á la federacion, vea de lo que se ocupa Doña María Josefa!

— ¡Pues! haciendo espiar mujeres.

— Por supuesto. La negrita ha de ser espía. ¿Qué quiere tomar, comandante?

— Nada, Don Daniel, acabo de almorzar.

— ¿Y no ha oido nada?

— ¿De qué?

— ¿Todavía no ha recibido cierta órden?

— No sé, pues.

— Por el Retiro.

— ¿Por el Retiro?

— Sí, pues, la casa grande.

— ¿La del cónsul?

— Sí.

— Ah, no. Órden, no, pero ya sabemos.

— ¡Así! y Daniel juntó todos los dedos de su mano derecho y los alzó á la altura de los ojos de Cuitiño; miéntras que á Don Cándido se le erizaron los cabellos, y los ojos se le saltaban de las órbitas, creyendo ver en Daniel al mismo Júdas.

— Ya sé, contestó Cuitiño.

— ¿Pero no hay órden?

— No.

— Mejor, comandante.

— ¿Cómo mejor?

— Sí, yo sé lo que le digo, y para eso lo he llamado. Su primo es de confianza, y está en todos estos secretos.

— ¿Y qué hay, pues?

— Que no conviene todavía.

— ¡Ah!

— Todavía hay pocos. Pero lo que empiece la buena, se ha de llenar la casa. Y allá para el 8 ó el 9........ ¿me entiende?

— Sí, Don Daniel, contestó Cuitiño radiante de una feroz alegría al comprender á Daniel.

— ¡Pues! juntitos.

— Don Cándido creia que estaba loco, pues no podia creer lo que estaba oyendo.

— ¡Cabal! contestó Cuitiño, eso seria lo mejor. Pero falta la órden, Don Daniel.

— ¡Ah, sí, sin la órden, Dios nos libre! Pero yo ando en eso.

— Y Santa Coloma.

— Ya sé.

— Le tiene muchas ganas al griego.

— Ya sé, comandante.

— Tuvo no sé qué pelotera con él.

— Sí, pues. De manera que si yo consigo la órden, ¿ya sabe?

— Con toda mi partida, Don Daniel.

— Y si Santa Coloma la consigue, ¿usted me lo avisa?

— ¿Cómo no?

— Porque hay esto. Es necesario que yo vaya, para evitar que, en medio del entusiasmo federal, vayan á tocar los papeles del consulado.

— ¡Ah!

— Porque entónces sí, el Restaurador se enojaria por los compromisos que eso traeria al país, ¿entiende?

— Sí, Don Daniel.

— Pero aunque Santa Coloma reciba la órden, yo soy de opinion que esperemos á que hayan mas; allá para el 8 ó el 9.

— Cabal, que es mejor.

— ¡Qué golpe, comandante!

— Todos lo estamos deseando.

— ¿De manera que todos lo saben?

— Todos; pero miéntras no haya órden, no nos atrevemos á nada.

— Hacen bien, eso es ser federal.

— ¿Pero sabe lo que hemos pensado?

— Diga, comandante.

— Vamos á poner emboscadas por el rededor de la casa, desde esta noche.

— Bien pensado; pero tengan cuidado de una cosa.

— ¿Qué?

— No vayan á parar ningun coche. Paren no mas á los que vayan á pié.

— ¿Y por qué no á los coches?

— Porque pueden ser los del cónsul, y á estos no se pueden tocar.

— ¿Y por qué?

— Porque son de él, y todo lo del cónsul está bajo la proteccion del Restaurador.

— ¡Ah!

— De manera que tocar al coche, es como tocar al cónsul.

— Yo no sabia.

— ¿Ve? si siempre es bueno conversar. ¡Vea el disgusto que tendria el Restaurador, si hiciéramos una barbaridad que lo comprometiese en nuevas guerras!

— Ahora mismo voy á avisárselo á los compañeros.

— Sí, no pierda tiempo; estas cosas son muy delicadas.

— Por supuesto.

— Así es que, nada sin órden.

— Dios nos libre, señor Don Daniel..

— Y en cuanto haya la órden, hacemos por esperar á que se junten mas.

— Eso es.

— Entónces, quedamos entendidos, comandante.

— Bueno, Don Daniel. Y yo me voy, no sea que vayan á atajar algun coche.

— Sí, véalos á todos.

— Conque, Cándido, si en algo puedo servirte, ya sabes que soy tu primo.

— Gracias, mi querido y estimado primo, contestó don Cándido, mas muerto que vivo, levantándose y tomando la mano que le estiraba Cuitiño.

— ¿Dónde vives?

— Hombre, yo vivo... yo vivo aquí.

— Bueno, te he de venir á ver.

— Gracias, gracias.

— À Dios, pues.

Y Cuitiño salió con Daniel, quien al despedirlo en la sala metió la mano al bolsillo, y le dijo :

— Comandante, esto es para usted, son cinco mil pesos, que me he mandado mi padre, con órden de repartirlos entre los federales pobres, y yo le pido á usted que lo haga por mí.

— Vengan, Don Daniel. ¿Y cuándo viene el señor Don Antonio?

— Lo espero de un momento á otro.

— Mándeme avisar en cuanto llegue.

— Así lo haré, comandante; vaya con Dios y sirva á la causa.

Y Daniel volvió á su escritorio, tomó papel y se puso á escribir, sin reparar en Don Cándido que lo miraba de hito en hito, con unos ojos en que el enojo hacia cierta mezcolanza con la estupefaccion, y trazó estas líneas :

« Eduardo, sé positivamente que todo lo que corre sobre
» asalto á la casa de Slade, no son sino palabras, pues no
» hay órden ninguna á este respecto. Pero es necesario que
» el cónsul haga avisar á los que han solicitado asilo, que
» por ningun motivo vayan á pié, porque la casa va á estar
» vigilada; pero que pueden ir en coche, sin inconveniente
» alguno; siendo mucho mejor que vayan en el mismo co-
» che del señor Slade. » À Dios. »

— Ahora, mi querido maestro, en vez de una carta, son dos; y Daniel alzó su mano para darle el billete. Pero aquel le contestó :

— No, ¿ó acaso quieres envolverme en tu negra traicion?

— ¡Á Dios mi plata! ¿ha perdido usted el juicio, mi respetable primo de Cuitiño?

— Primo del gran demonio deberá ser ese facineroso.

— ¿Pero usted se lo ha dicho?

— ¡Qué sé yo lo que dígo; si yo creo que estoy loco, en ese laberinto en que me encuentro, rodeado del crímen, de la traicion, de la falsía! ¿Quién eres, dí? Define tu posicion. ¿Cómo hablas en mi presencia de atacar la casa donde voy á asilarme, donde está ese jóven á quien llamas tu amigo, donde.....

— ¡Por amor de Dios, señor Don Cándido! ¡que todo tenga que explicárselo á usted!

— ¿Pero qué explicacion cabe en lo que yo mismo he oido?

— Esto, dijo Daniel abriendo el último billete, que no habia lacrado, y dándoselo á Don Cándido, cuya cara y cuyos ojos asustaban realmente.

— ¡Ah! exclamó despues de leerlo dos veces.

— Esto, Señor Don Cándido, es trabajar sobre el trabajo ajeno, es envolver á los hombres en sus propias redes, es hacerlos perder dentro sus propios planes, es hacerse servir de sus propios enemigos, es, en fin, la ciencia toda de Richelieu, aplicada á pequeñísimas cosas, porque no hay Rochelas ni Inglaterras entre nosotros, que si las hubiera, tambien la aplicaria. Ahora, vaya usted y repose tranquilo en el territorio norte-americano.

— Ven á mis brazos, jóven admirable, que me has hecho pasar el mas cruel momento de mi vida.

— Venga el abrazo, y váyase usted en mi coche, ilustre primo de Cuitiño.

— No me insultes, Daniel.

— Bueno, hasta mañana; no, hasta pasado mañana. El coche está en la puerta.

— Á Dios, Daniel.

Y el pobre Don Cándido volvió á abrazar á su discípulo, que média hora despues trataba de dormir, miéntras Don

Cándido se paseaba, con la cabeza erguida, en el territorio de los Estados Unidos, como él decia, en tanto que Eduardo leia las cartas de su amigo.

CAPÍTULO XVII.

El reloj del alma.

El lector tendrá á bien recordar ahora aquel lindísimo dia, 5 de Octubre, en que dejamos á Amalia arrodillada, conversando con Dios, despues de haberla visto entre sus riquísimos trajes, tratando de elegir el que debia ponerse esa noche, en que iba á dar su mano al bien amado de su corazon. Y es en la noche de ese dia que volvemos á Barrácas, despues de tener conocimiento de los sucesos descritos en los capítulos anteriores.

Pero ántes, nos fijaremos en un coche que pára á la puerta de una casa de pobre apariencia en la calle de Corrientes, y de donde sale, al momento, un sacerdote anciano que sube al carruaje y saluda á dos individuos que parecian esperarlo en él. Los caballos partieron en el acto, doblaron por la calle de Suipacha, con direccion al sur, y al cortar la calle de la Federacion, el cochero tuvo que sofrenarlos para no atropellar á tres jinetes que venian de la parte del campo, sus caballos sin herrar, y con la apariencia de haber galopado buenas leguas. Uno de los caballeros parecia de alguna edad, y ser el jefe ó el patron de los otros, por la distancia respetuosa que guardaban de él, y por el lujo gaucho de su caballo.

Acababan de dar las ocho.

La calle Larga de Barrácas era un desierto.

La mirada se sumergia en ella, y no hallaba un ser viviente, ni una luz, ni un indicio de vida; ni se percibia otro ruido que el de la brisa entre las hojas de los árboles. Parecia uno de esos parajes que escogen los espíritus de otro mundo, para bajar al nuestro, envueltos en sus chales de sombra; y donde corren, se deslizan, se chocan, rien,

lloran, cantan, tocan en los cristales, y se dilatan y se escurren, y sin forma ni color rozan la frente, revuelven los caballos, y con su soplo volcanizan la imaginacion y se escapan: lugares rodeados de soledad y de misterio, en que el alma se sobrecoge y reconcentra, y un no sé qué de vago la oprime, imprimiéndose en el aire y en la sombra las mismas fantasías de la mente; espíritus que se ven; almas que corren, se alejan y se acercan ; fantasmas que se levantan como la espiral del humo, y se rarifican en el vacío, como la bruna, como el aire mismo; luces que súbitas se inflaman y se apagan; risas, gemidos que el aire trae, y cuyo eco cree conocer el alma, y mas se sobrecoge, y mas la oprime algo que no es propiamente el miedo vulgar, sino una especie de sueño en la vigilia, con algo que se acerca mas á la muerte que á la vida, mas á la oscura eternidad con sus arcanos, que al presente con sus peligros reales: ilusion del alma, y no de los sentidos; percepciones de la imaginacion, en ciertos parajes, en horas especiales, y en circunstancias dadas...

Pero en medio de aquella soledad, habia una animacion escondida; y entre esas tinieblas, un torrente de luz, oculto por los muros de la quinta de Amalia.

En el salon, los rayos de cincuenta luces se reflejaban en los espejos, en los bruñidos muebles, y en el cristal de los jarrones que rebosaban flores, y en cuyas labores, á los rayos de la luz y la sombra de las flores, se descubria el brillo azul del diamante, la luz enrojecida del rubí, los desmayos del zafiro, la esplendidez de la esmeralda, y las coqueterías del ópalo.

El gabinete y el tocador estaban iluminados del mismo modo; y solo el dormitorio de aquella solitaria beldad no tenia mas luz que la de una pequeña lámpara de bronce velada por un globo de alabastro; porque el amor huye del ruido y de la luz. Hijo de los misterios de Dios, vaciados en el molde del corazon humano, busca tambien el secreto y el misterio en la tierra. La tarde en el mar, y el rayo de la luna al traves de las hojas de los árboles, son los modelos de silencio y de luz, que la adivinacion del sentimiento, mas que el arte, sabe imitar para esconder al amor, cuando es esperado por los que arden en su celeste llama; y la alcoba de Amalia lo esperaba como el crepúsculo en el mar tran-

quilo, como la luna entre el bosque, como el corazon en el misterioso seno de la mujer.

Pero como un contraste de la melancólica claridad del aposento, la belleza de Amalia, entre el torrente de luz de su tocador, resplandecia como la Vespertina entre el millon de estrellas de la noche.

Radiante de hermosura, de juventud y de salud, tipo perfecto del gusto y la elegancia, acababa sus últimos adornos, parada en medio de sus magníficos espejos.

Habia algo en aquella mujer, que remontaba la imaginacion en el ala misteriosa de las edades, y la trasportaba á las creaturas de Israel. Y aquí un perfil de María, la hermana de Moises; allí el ojo y la mirada de la tímida Ruth; allá el talle y las formas de la gentil Rahab; el cuello y la piel trasparente de Abigail; las cejas como el arco del amor, y los cabellos como el manto de la noche, que daban sombra al rostro y á la espalda de Bethsabé; la gentileza y el lujo de la reina de Sabá; y la noble frente de la esposa de Abraham. Y en medio á este conjunto de bellezas, trasparente en el rostro la lágrima del alma, como Sara, la bellísima esposa de Tobías.

Luisa la comptemplaba como enajenada.

Vestia un traje de gro color lila claro, con dos anchos y blanquísimos encajes, recogidos por ramos de pequeñas rosas blancas, con tal arte trabajadas que rivalizaban con las mas frescas y lozanas de la naturaleza. Su cuello no tenia mas adorno que un hilo de perlas que se perdia entre los encajes del seno mal velado, y suspendia un medallon con el retrato de su madre. Sus cabellos rodeaban, en una doble trenza, la parte posterior de su cabeza; y de allí, hasta cerca de las sienes, se abrian en rizos que besaban los hombros; y unas bandas de encaje de Inglaterra caian hácia la espalda, sostenidas por la rosa blanca que ella misma habia elegido esa mañana. Un chal del mismo encaje que las bandas caia como una tenue neblina sobre sus hombros, rebelde á su objeto, descubriendo el seno y la espalda que queria ocultar. Y la única alhaja que, á ruegos de Luisa, se habia decidido á ponerse, era, en su brazo derecho, un brazalete de perlas con un broche de zafiros.

No era tal ó cual cosa, era el todo; era ella misma la que absorbia la mirada, la que abstraia el alma y la fascinaba.

Sus ojos, sin rivales en el mundo, estaban mas animados que de costumbre; y sus labios, como la flor del granado, tenian el brillo del rubí, miéntras que el tenue colorido de las rosas de Mayo habia desterrado la palidez habitual de su semblante. ¿Era todo esto el efecto natural de esa fiebre insensible que agita la sangre en las situaciones definitivas de la vida humana; ó era solamente la animacion que obran en la mujer la luz y los espejos de un tocador, el resplandor de su belleza misma, y las imágenes caprichosas de la mente? quién sabe! ¡La fisiología del corazon de una mujer es toda arcanos, donde la mirada de la razon se pierde!... Un reloj dió las ocho de la noche: y desde el primer martillazo se habrian podido contar los siguientes, en los latidos del corazon de Amalia, al traves de los encajes que cubrian su seno: y, súbitamente, el granado de sus labios, y la rosa de Mayo de su rostro, tomaron los colores de la perla y el jazmin.

— ¡Se vuelve usted á poner pálida, señora, y tan luego ahora que acaban de dar las ocho!

— Es por eso precisamente, contestó Amalia, pasándose la mano por la frente, y sentándose.

— ¿Porque son las ocho?

— Sí. No sé qué es esto: desde las seis de la tarde, cada vez que siento dar horas, sufro horriblemente.

— Sí, tres veces lo he notado. Eso es, desde la seis, ¿y sabe usted lo que voy á hacer?

— ¿Qué, Luisa?

— Voy á hacer parar el reloj, para que cuando den las nueve no se vuelva usted á enfermar.

— No, Luisa, no. Á las nueve ya estarán aquí, y todo estará concluido. Ya se ha pasado, no es nada, repuso Amalia levantándose y volviendo á sus colores anteriores.

— Es verdad, es verdad, ya vuelve usted á estar tan linda como ántes; tan linda como nunca la he visto á usted, señora.

— Calla, lano; anda y llama á Pedro.

Y entretanto, Amalia desprendió de su seno el medallon con el retrato de su madre, y lo llenó de besos. Y apénas acababa de prenderlo de nuevo sobre el seno de su vestido, cuando volvió Luisa con Pedro, tan bien afeitado y peinado, con una levita abotocada hasta el cuello, y con aire tan

marcial, que pareció tener veinte años ménos, en aquel dia en que iba á casarse la hija de su coronel.

— Pedro, mi buen amigo, le dijo Amalia, nada va á cambiarse en esta casa. Yo quiero ser siempre para usted lo que he sido hasta hoy; quiero que me cuide usted siempre como á una hija; y la primera prueba de cariño que quiero recibir de usted en mi nuevo estado, es la promesa de que nunca se separará usted de mí.

— Señora, yo.... yo no puedo hablar, señora, dijo el viejo sacudiendo como con rabia su cabeza, ó como si con ese movimiento quisiera castigar las lágrimas que le inundaban los ojos, y le entorpecian la palabra.

— Bien, me dirá usted un *sí*, solamente. Quiero que me acompañe usted á Montevideo la semana que viene, porque el que va á ser mi marido debe emigrar esta misma noche, y mi obligacion es seguirlo en su destino; ¿vendrá usted, Pedro?

— Sí, pues, sí, señora, sí, contestó, dándose aires de que estaba muy entero y podia decir muchas palabras.

Amalia se acercó á una mesa, abrió una caja de ébano, llena de alhajas, tomó un anillo y se volvió al antiguo camarada de su padre.

— Este anillo, le dijo, es formado con cabellos mios, de cuando era niña. No tiene mas valor que ese, y por eso se lo doy á usted para que lo conserve siempre; mi padre lo usaba en el ejército.

— ¡Toma! este es, lo conozco, vaya si lo conozco! dijo el soldado inclinando la cabeza y besando el anillo que habia estado en las manos de su coronel, como si fuese una reliquia santa.

Los ojos de Amalia y de Luisa se anublaron de lágrimas en ese momento, en presencia de aquella sensibilidad sin arte, sin esfuerzo, hija del corazon y los recuerdos.

— Otra cosa, Pedro, prosiguió Amalia.

— Diga usted, señora.

— Quiero que sea usted testigo de mi casamiento. No habrá nadie mas que usted y Daniel.

El soldado, por toda contestacion se acercó á Amalia, tomóle la mano entre las suyas convulsivas de emocion, é imprimió en ella un respetuoso beso.

— ¿Se han ido ya los dos criados de la quinta?

— Desde la oracion los despaché, como me lo previno usted.

— ¿Entónces está usted solo?

— Solo.

— Bien. Mañana repartirá usted estos billetes entre los criados, sin decirles por qué, y Amalia tomó de sobre la mesa un puñado de papeles de banco, y se los dió.

— Señora, dijo Luisa, me parece que siento ruido en el camino.

— ¿Está todo cerrado, Pedro?

— Sí, señora. Pero esta puerta de fierro que da á la quinta, yo no sé cómo es eso..... van dos veces, ya se lo he dicho á usted, que la he encontrado abierta por las mañana, cuando yo mismo la cierro y guardo la llave bajo mi almohada.

— Bien, no hablemos de eso esta noche.

— Señora, repitió Luisa, siento ruido, y me parece que es un coche.

— Sí, yo tambien.

— Y ha parado, prosiguió Luisa.

— Es cierto. Ellos serán. Vaya usted, Pedro, pero no abra sin conocer.

— No hay cuidado, señora. Estoy solo, pero..... no hay cuidado.

Y el veterano pasó del tocador al cuarto de Luisa, y atravesó el patio para ver quién llegaba á la casa de la hija de su coronel.

CAPÍTULO XVIII.

El velo de la novia.

I.

Amalia no se habia equivocado, porque eran en efecto las personas que ella habia esperado por tantas horas y con tanta angustia.

Desde su tocador sintió abrir la puerta de la sala, y al

momento conoció los pasos de Daniel que venia por el gabinete y su dormitorio.

— ¡Ah, señora, dijo el jóven parándose en la puerta del tocador, y mirando á Amalia, yo esperaba tener el placer de encontrarme aquí con una linda mujer, y me sorprende la felicidad de hallarme con una diosa!

— ¿De véras? fué la respuesta de Amalia, con una sonrisa encantadora, acabando de calzarse un guante de cabritilla blanco, que parecia dibujado en su preciosa mano.

— Sí, muy cierto, repuso Daniel acercándose poco á poco á su prima, y contemplándola con ojos verdaderamente admirados, y tan cierto que creo ser esta la primera vez que he mirado á una mujer, como miro á cierta otra, á quien.....

— Á quien yo escribiré tal novedad esta misma noche.

— Bien, y yo... yo... yo hago esto, y á medida que hablaba fuése acercando hasta que, tomando de súbito á su prima, le imprimió un beso en la frente, y saltando como un niño á cuatro pasos de ella, le dijo : ahora hablemos con seriedad.

— Sí, ya es tiempo, atrevido, le contestó Amalia con su sonrisa celestial.

— Eduardo está ahí.

— Y yo aquí.

— Y yo tambien : porque ya no me falta, sino casarme por ustedes.

— No seria conmigo.

— Y harias bien. Está el cura, y es necesario que no esté, ni diez minutos.

— ¿Y por qué?

— Porque para estar él, es necesario que esté el coche á la puerta.

— ¿Y bien?

— ¿Y bien? Una partida puede pasar; el coche le llamará la atencion ; espiará; y.....

— Ah, sí, sí... comprendo todo... vamos, Daniel... pero, y Amalia apoyó su mano en una mesa.

— ¿Pero qué?

— No sé... quisiera reirme de mí misma, y tampoco puedo... no sé lo que tiene mi corazon... pero...

— Vamos, Amalia.

— Vamos, Daniel.

Y el jóven tomó la mano de su prima, la enlazó de su brazo; pasaron por la alcoba y la antesala, y llegaron al salon donde estaban de pié, mirando un cuadro, el sacerdote y Eduardo.

Este último vestia todo de negro y guantes blancos. Sobre su semblante pálido resaltaban mas sus cabellos negros como el ébano, y sus hermosos ojos, rodeados de una sombra aterciopelada, que daba á su varonil fisonomía un tinte de poesía y pesadumbre, que establecia un contraste de artista.

Por bien templada que fuese el alma de aquel hombre, era imposible que donde hubiese corazon, hubiese indolencia para los grandes juegos á que se arrojaba su vida en esa noche. El matrimonio, que corta la vida del hombre, que separa el pasado del porvenir, que fija la suerte, ó la desgracia del resto de la existencia; la separacion del objeto amado al libar la primera gota de la felicidad apetecida; y, por último, la emigracion, con la muerte cerniéndose sobre la cabeza, á cada paso que se diera en los bordes de la patria, para decirla á Dios, eran circunstancias capaces de dominar y oprimir al alma mas acostumbrada á los golpes de fierro del destino, cuando todas ellas debian tener lugar en el pequeño círculo de pocas horas.

Él y su Amalia se dirigieron un millar de palabras en su primera mirada.

Y el sacerdote, que estaba instruido por Daniel de la necesidad de terminar brevemente aquella ceremonia, cuyos requisitos habian sido allanados de antemano por el jóven, se preparó en el momento para el acto mas serio, quizá, de su mision en la tierra; el que liga dos vidas y dos almas; el que santifica en el mundo una inspiracion que solo viene de Dios, y mezcla el nombre de Dios, y el respeto de Dios, á lo mas santo y mas sublime del corazon humano, á la hebra imperceptible de luz que liga al ángel caido con la esencia de la divinidad que lo hizo : al amor.

El sacerdote acabó una oracion, hizo esa pregunta, en cuya respuesta se sella el destino que va mas allá, mas allá de la tumba, y que no hay labio humano que la pronuncie sin sentir el calor del corazon latiendo apresurado.

¡ Y luego, en nombre del Trino indivisible y eterno, Eduardo

y Amalia quedaron unidos para la tierra, y para el cielo, porque las almas que Dios junta en la tierra, por la inspiracion purísima de su divino soplo, si aquí se separan un momento, allí se juntan en el seno inefable de la inmortalidad!

Un suspiro desahogó el oprimido pecho, y en la presion de sus manos, en el rayo profundo de sus miradas, y en la sonrisa ingenua de sus labios, Amalia y Eduardo nadaron en espacios de ventura, atravesaron siglos de felicidad, y por primera vez el cristal de sus ojos fué empañado por una lágrima de ventura; y sus rostros, un momento ántes tan pálidos, se sonrosaron de improviso con los relámpagos de su propia dicha.

No bien se hubo concluido la ceremonia, y miéntras Amalia daba un beso á Luisa que lloraba, cuando Daniel se acercó á Pedro y le preguntó al oído :

— ¿Su caballo de usted está en el pesebre?

— Está.

— Lo necesito por una hora.

— Bien.

Luego tomando de la mano á Amalia y llevándola á un sofá de la antesala, miéntras Eduardo daba las gracias al sacerdote, la dijo :

— El cura sa va, y yo tambien.

— ¿Tú?

— Sí, Madama Belgrano, yo; porque estoy destinado á no estar quieto en un solo lugar, por que llegúe á estar quieto en Montevideo su marido de usted.

— Pero ¿qué hay? ¡Dios mio! ¿qué hay? ¿no nos has dicho que estarias con nosotros hasta el momento de embarcarse?

— Sí, pero es por eso mismo que tengo que salir un momento. Óyeme : sabes que el punto de embarque es en la Boca, por lo mismo que nadie puede pensarlo; pero hemos quedado con Douglas en vernos de las nueve á las diez en una de las casillas de madera que hay en el puerto, por si acaso hubiese ocurrido alguna novedad que hiciera necesario mudar algo del plan; y como el inglés es mas puntual que un inglés, estoy seguro que ántes de un cuarto de hora está en la casilla, porque ya van á dar las nueve. Dentro de una hora estaré de vuelta; y, entretanto, Fermin, que

hace de cochero, va á llevar al cura, y volverá á caballo con el mio de diestro para mi vuelta.

—¿Y para ir á la Boca? preguntó Amalia que estaba pendiente de los labios de Daniel.

— No, cuando vayamos con Eduardo iremos á pié.

— ¿Á pié?

— Sí, porque pasaremos por entre las quintas de Somellera y de Brown, y despues iremos por el bañado, tan seguros como si estuviéramos en Lóndres.

— Sí, sí, me parece mejor, respondió Amalia, pero irás con Fermin y con Pedro.

— No, iremos los dos, déjame hacer. Ahora es necesario separarnos, porque no estoy tranquilo hasta que salga el coche de la puerta de tu casa.

— ¿Llevas armas?

— Sí; ven á despedirte del cura.

Los dos volvieron al salon, y un momento despues Amalia y Eduardo acompañaban hasta la puerta del zaguan al ministro de la Iglesia, que se exponia por su ministerio á todos los inconvenientes que en esos tiempos tenian esas horas y esos lugares solitarios.

Y á la vez que los caballos del coche partian para la ciudad, y que Eduardo cerraba la puerta de la calle, salia Daniel por el porton, tarareando una de nuestras canciones de guitarra, ó mas bien de esos tristes, cuyo aire es, poco mas ó ménos, el mismo para todas las letras; cubierto con su poncho, y á galope corto, como el mejor y mas indolente gaucho.

II.

Al volver al salon, y cuando las luces iluminaron de nuevo la figura de Amalia, Eduardo no pudo ménos de pararse, con las dos manos de su esposa y amante entre las suyas, contemplándola embriagado de amor y encantamiento. Y luego la atrajo contra su seno, y, sin hablarla, sin poder hablar, la oprimió largo rato y bebió de su boca las sonrisas radiantes de felicidad que la inundaban, y de sus ojos los rayos del amor que se escapaban. Pero, de repente, un estremecimiento súbito, como el que produce el golpe eléc-

trico, agitó á la jóven que se desprendió de los brazos de Eduardo, y, con la cabeza inclinada al pecho, y lentamente, atravesó la sala, el gabinete, entró á su dormitorio, y se paró delante del crucifijo, interrogándole, ú orando con el alma en los labios.

Eduardo la habia seguido sin volver en sí de su sorpresa, ó mas bien, de su profunda perturbacion, al notar el estremecimiento y la repentina palidez de su esposa.

— Pero ¡Dios mio! ¿qué es esto? ¿qué tienes, mi Amalia? la preguntó al fin, tomándola de la mano y sentándola en el pequeño sofá del dormitorio.

— ¡Nada, nada, Eduardo, nada, ya pasó..... he sufrido tanto..... supersticiones..... los nervios; qué sé yo! pero ya pasó.

— No, no, Amalia; ha habido algo especial; algo que no sé, pero que quiero saber, porque sufro mas que tú en este momento.

— No sufras, pues: ha sido la campana del reloj; hé ahí todo.

— Pero.....

— No me preguntes, no me hagas reflexiones; sé cuanto me dirias; pero no lo he podido remediar; y toda la tarde he sufrido iguales impresiones al oir las horas.

— ¿Nada mas?

— Te lo juro.

Eduardo respiró como si se aliviase su alma de un enorme peso.

— Mi Amalia, la dijo, cuando te sentí estremecer, huir de mis brazos, y te vi venir á refugiarte en Dios, una idea horrible cruzó por mi cabeza, y he sufrido en un minuto un siglo de tormento. Pensé ver en todo aquello una sensacion de disgusto, una protesta de tu alma contra el lazo que acababa de ligarnos para siempre.

— ¡Eduardo! ¿y lo has creido? ¡tambien esto, Dios mio!

Perdon, mi Amalia, encanto angelicado de mi alma, perdon..... mi vida tan combatida, mi amor tan entrañable, la misma felicidad de este momento, precursora de la vida encantada que me espera á tu lado, todo conspiró é intrigó mi espíritu..... perdon, perdon.

Y atrayéndola hácia su seno, levantando los rizos que

vagaban desordenados sobre su frente, apagaba con sus besos las luces de sus ojos y contaba con sus labios los latidos de sus sienes.

Ella, entretanto, decia al bien amado de su alma:

— Es esta la primera vez de mi vida que yo he amado. Es esta mi primera pasion, mi primer himeneo, mi primer dia, mi primera dicha.

— ¡Amalia!

— Desgracias, el silencio y la horfandad de mi vida, todo lo olvido, Eduardo. Hoy comienza mi vida por ti, para ti, en ti. Y si algo temia, si algo me retraia, era el miedo, esa vision terrible que me persigue siempre, haciéndome ver que en mi destino hay el veneno del infortunio, que mata, ó hace la desgracia de cuantos me aman; y si he cerrado mis ojos á mi estrella, es porque solo con mi mano puedo comprar tu alejamiento de aquí. Sin ello, yo habria sacrificado esta felicidad que ahora me abruma, estos siglos de ventura que vivo este momento, por no tener el temor siquiera de originarte un minuto de mal..... mira si te amo!

— ¡Oh! ¡es mucha, es mucha felicidad para un solo corazon!.....

¡Y la luz de la lámpara se amortiguaba; las hojas de la rosa blanca se desprendian y caian entre los rizos de la jóven, y el chal de encajes, envuelto al acaso entre los brazos de ella y él, cubrió la frente de los dos..... y era el velo de la novia..... y era el cendal del amor y del misterio!.....

CAPÍTULO XIX.

El tálamo nupcial.

Cuando el reloj de la quinta daba las diez de la noche, Pedro abria el porton para que entrase Daniel, despues de haber oido y conocido su canto en la lóbrega y solitaria calle Larga.

Y en ese momento tambien, una escena bien diferente tenia lugar á pocos pasos: era Amalia, que, desde la primera vibracion del reloj, habia estremecídose con mas vio-

lencia aun, que en las veces anteriores, y refugiado su cabeza en el seno de su esposo, abrazándose de él instintivamente, como si el eco del metal fuese la voz fatídica del dolor, que la viniese á anunciar una desgracia en esa mitad de su vida, en esa su vida entera, que se llamaba Eduardo.

— ¿Qué es esto, amado mio, esposo mio? le preguntó al fin, derramándose de su mirada rayos de luz y de amor, sombras de pesadumbre y de inquietud, ¿qué es esto? ¡Es la primera vez de mi vida que se obra en mi alma tal misterio, y á medida que pasan las horas, es mas violenta y fuerte la impresion que siento! Qué! ¿ni á tu lado puedo yo ser feliz?

— Ángel de mi alma, es tu imaginacion y nada mas. Opreso de disgustos, tu espíritu se ha llenado de sombras, que se disiparán pronto al rayo de mi amor, á la adoracion á que se consagrará mi vida, velando tu felicidad y tu calma. Es el aire, la luz de Buenos Aires, lo que enferma el espíritu y el cuerpo. Pero pronto estarás á mi lado, léjos de aquí.

— Sí, pronto, muy pronto, Eduardo. Yo no puedo vivir aquí, y en ninguna parte podré vivir sin ti.

— Viajaremos juntos.

— ¿Y por qué no desde esta noche?

— Es imposible.

— Dejaré todo. Luisa y Pedro me seguirán despues.

— Es imposible.

— Llévame, llévame, Eduardo, ¿no soy tu esposa? ¿no debo seguirte á todas partes?

— Sí, pero no debo exponerte, luz de mis ojos.

— ¿Exponerme?

— Cualquier incidente.....

— ¿Luego tú te expones? Por qué me engañan! ¿no me han dicho que hay la mayor seguridad posible?

— Es cierto, no hay peligro, pero quizá tengamos que permanecer en el rio, dos, tres, ó cuatro dias.

— ¿Y qué me importa si los paso contigo?

— Amalia, no alteremos en nada nuestro plan. Respetemos de casados todas nuestras promesas de solteros. Si no vas con Daniel ántes de quince dias, irás sin él; porque á esa fecha, se habrá concluido la paz con la Francia, y no habrá inconveniente ninguno para tu embarque. Acuér-

date, bien mio, que voy á dejarte porque tú me lo mandas, y que tú debes quedarte porque yo te lo ruego... Pero... siento álguien en la sala.

— ¿Será Luisa?

— No, creo que es Daniel.

Y el jóven besó la frente de su esposa y pasó al salon, donde se halló en efecto con su amigo.

Amalia, entretanto, llamó á Luisa y dispuso que Pedro trajese el té al gabinete, donde pasó á reunirse con su esposo y su primo.

— Dios nos protege, hija mia, todo está completamente listo y arreglado. Solamente que en vez de esperar á la madrugada, Douglas fija la hora del embarque para las doce de la noche, es decir, dentro de dos horas.

— ¿Y por qué ese cambio? preguntó Amalia.

— Es lo que yo mismo no puedo explicarte; porque tengo tal confianza en la prevision y sagacidad de mi famoso contrabandista, que desde que él ha señalado esa hora, nada le pregunté, porque estoy cierto que es la que mas ha de convenir al embarque.

Eduardo tomó la mano de su Amalia y parecia querer trasmitirle su alma en su contacto.

Daniel los miró con ternura y les dijo :

— El destino no ha querido corresponder á mis mas vivísimos deseos : yo habia deseado ver vuestra felicidad, á la luz de la mia al mismo tiempo. Envueltos en unas mismas desgracias, yo habia deseado que en una misma hora arrebatásemos á la suerte un momento para nuestra comun felicidad, y si Florencia estuviese á mi lado en este instante, yo seria el ser mas venturoso de la tierra... pero en fin, he conquistado ya la mitad de mis aspiraciones. La otra... Dios dispondrá.

Era tan profunda, tan exquisita la sensibilidad de aquellos tres jóvenes, y se armonizaba tanto en cada uno la suerte de los otros, que sus impresiones de felicidad, ó de dolor, de ansiedad, ó de melancolía, se comunicaban con un magnetismo sorprendente; y en ese instante una lágrima fugitiva, pero brotada del fondo del corazon, empañó la pupila de todos. Pero Daniel, ese carácter especial para la dominacion de sí mismo, esa alma de abnegacion y generosidad, que sacrificaba todo á la felicidad de los que ama

ba, concibió que era una crueldad echar una gota de pesadumbre en la copa de felicidad, que apénas llegaba á los labios de aquellos dos seres tan combatidos de la suerte, y levantándose, y abrazándolos sucesivamente, les dijo :

— Vamos, vamos, estemos contentos estos instantes que nos deja el destino, y no pensemos sino en los dias que vamos á pasar dentro de poco en Montevideo, ni hablemos de otra cosa que de ellos.

Pocos momentos despues entró Pedro con la bandeja del té y fué á colocarla en una mesa del gabinete de lectura, que como se sabe, estaba entre el salon y el aposento, adonde pasó Amalia con su esposo y su primo, habiendo ántes dichole á Pedro que se retirase, pues nunca consentia que él la sirviese.

Ántes de diez minutos Daniel habia vuelto la alegría á sus amigos.

Fugaz, animador, espirituoso, voluble y gracioso en los giros de la conversacion, era imposible resistir al sello que él le imprimiera.

Por último, solo le faltaba hacerlos enojar, para darles el placer de que se reconciliasen luego. Porque no hay nada mas en armonía con las necesidades del corazon enamorado, que esos pasajeros enojos que preparan la reconciliacion, y en ella, mas impetuosa, la reaccion de los efectos. Y así fué, que con una gran seriedad, tomando su segunda taza de té, dijo á su amigo :

— Ah, Eduardo, una cosa se me ha olvidado preguntarte : ¿qué hago de la cajita de cartas?

— ¡La cajita de cartas! contestó Eduardo, miéntras Amalia se puso á mirarlo fijamente.

— ¡Sí, pues! repuso Daniel con la misma gravedad, la cajita de cartas, donde creo que hay tambien cabellos de Amalia, por el color.

— ¿Te has vuelto loco, Daniel?

— No, gracias á Dios.

— ¿Y por qué disimula usted, caballero? ¿Qué cosa mas natural que tener esos recuerdos y querer conservarlos?

— Te juro, Amalia mia, que en mi vida he tenido semejante caja, ni sé de qué cartas me está hablando Daniel. Ó está jugando, ó repito que se ha vuelto loco.

— Pero, ¿por qué negarlo? repuso Amalia rosada y fingiendo una sonrisa que abrumaba á Eduardo.

— ¿Ves, Daniel, lo que sacas con tus bromas? repuso Eduardo que empezó á comprender el capricho de su amigo.

— De modo que...

— De modo que haces mal porque ¿lo ves?

— ¿Qué?

— Que Amalia ha retirado muy insensiblemente su silla del lado de la mia.

Daniel entónces soltó una carcajada, se levantó, tomó la mano de su prima, y poniéndola entre la de Eduardo, exclamó :

— ¡Están impagables! Mi Florencia tendria mas circunspeccion.

— No, no, es cierto, tú no has mentido, repuso Amalia sin retirar su mano, y esperando y deseando que la acabaran de convencer.

Pero una nueva risa de Daniel, y una mirada de Eduardo, concluyeron por hacerla conocer la chanza caprichosa del primero; y la presion de su mano, y el rayo enamorado de su tiernísima mirada, le dijeron á Eduardo que la nube de celos se habia evaporado. En ese instante ella y él se cambiaban el alma en las miradas, y en el calor de sus manos se trasmitian la vida.

Pero en ese instante tambien la voz de Luisa vino á caer como un rayo en medio de los tres.

Era un grito agudo, horrible y estridente, al mismo tiempo que se vió á la niña venir despavorida por las piezas interiores, y al mismo tiempo tambien, que se oyó un tiro en el patio, y una especie de tormenta de gritos y de pasos precipitados.

Y ántes que Luisa hubiese podido decir una palabra, y ántes que nadie se la preguntase, todos adivinaron lo que habia, y junto con la adivinacion del instinto, la verdad se prensentó ante ellos, á traves de los vidrios del gabinete, en el fondo de las habitaciones por donde habia venido la niña; pues una porcion de figuras siniestras se precipitaban por el cuarto de Luisa al tocador de Amalia. Y todo esto desde el grito, hasta la vista de aquellos hombres, ocurria en un instante tan fugitivo como el de un relámpago.

Pero con la misma rapidez tambien, Eduardo arrastró á su

esposa hasta la sala, y cogió sus pistolas de sobre el marco de la chimenea.

Inmediatamente, porque todo era simultáneo y rápido como la luz, Daniel arrastró la mesa y la tumbó con lámpara, bandeja y cuanto tenia, junto á la puerta que separaba el gabinete de la alcoba.

— ¡ Sálvanos, Daniel! gritó Amalia precipitándose á Eduardo cuando tomaba las pistolas.

— Sí, mi Amalia, pero solo peleando; ya no es tiempo de hablar.

Y estas últimas palabras perdiéronse á la detonacion de las pistolas de Eduardo, que hizo fuego á cuatro pasos de distancia sobre ocho ó diez forajidos que ya pisaban en la alcoba; miéntras Daniel tiraba sillas delante de la puerta, y á tiempo que otro tiro disparaba en el patio, y un rugido semejante al de un leon dominaba los gritos y las detonaciones.

— ¡ Dios mio, han muerto á Pedro! gritaba Amalia prendida del brazo izquierdo de Eduardo que no conseguia desasirse de ella.

— Todavía no, dijo el soldado entrando por la puerta de la sala, que daba al zaguan, bañado el rostro y el pecho, en la sangre que salia á rios de un hachazo que habia recibido en la cabeza, y tirando, al mismo tiempo que decia esas palabras, la espada de Eduardo, que vino á caer cerca del grupo que formaban todos en el gabinete, delante de la barricada improvisada por Daniel; y miéntras que con el brazo izquierdo se limpiaba la sangre que le cubria los ojos, con la derecha, donde tenia su sable, trataba de cerrar la puerta de la sala.

La pluma, el pensamiento mismo, no puede alcanzar todos los accidentes de esta escena, en todo su movimiento súbito y veloz.

La voz de Eduardo que decia á su eposa asida de su brazo y su cintura:

— Nos pierdes, Amalia, déjame, pasa á la sala, no se oia entre el ruido y la grita infernal que venia del patio, del tocador, y de aquellos que entraban al aposento, y de los cuales uno habia caido á los pistoletazos de Eduardo.

El cristal de los espejos del tocador saltaba hecho pedazos á los sablazos que pegaban sobre ellos, sobre los muebles,

sobre los vidrios de las ventanas, sobre las lozas del lavatorio, en cuanto habia, siendo estos golpes acompañados de una gritería salvaje, que hacia mas espantosa aquella escena de terror y muerte.

Á los tiros de Eduardo, los que invadieron la alcoba, habian unos retrocedido algunos pasos, otros parádose súbitamente, sin avanzar hácia la mesa y las sillas caidas delante de la puerta. Pero dos hombres se precipitaron en aquel instante en el aposento.

— ¡Ah, Troncoso y Badia! gritó Daniel arrojando otra silla, parándose contra el perfil de la puerta, y sacando de su pecho aquella arma con que habia salvado á su amigo en la noche del 4 de Mayo; única que llevaba, y que era impotente en la desigual lucha que iba á trabarse.

Y cuando aquellos dos hombres se precipitaban como dos demonios, el uno con una pistola en la mano, y el otro con un sable, Eduardo alzó á Amalia por la cintura, la llevó, la dejó sobre un sofa de la sala, y cogió la espada que le acababa de tirar Pedro. Y á este, que venia de echar á la puerta de la sala el débil pasador que la cerraba, y queria hacer un esfuerzo para seguir á Eduardo al gabinete, le faltaron las fuerzas á los dos pasos, la piernas se le doblaron, y cayó temblando de furor, delante del sofá en que quedó la jóven. Allí se abrazó de sus piés, bañando con su sangre generosa á aquella criatura, á quien todavía queria salvar, oprimiéndola para que no se moviese.

Entretanto, el rayo no cae mas rápido ni mortífero, que el sable de Eduardo sobre la cabeza del bandido mas cercano á la mesa y las sillas caidas, entre los diez ó doce que, á la voz de sus jefes, asaltababan aquel débil obstáculo.

Y al mismo tiempo Daniel alcanzaba al hombro de otro y le dislocaba el brazo de un golpe seco de su *casse-tête*.

— ¡Cógele el sable! le gritó Eduardo; miéntras que Pedro, haciendo esfuerzos por levantarse, sin poderlo conseguir, porque estaba mortalmente herido en el pecho y la cabeza, solo tenia fuerzas para oprimir los piés de Amalia, y voz para estar repitiendo á Luisa, abrazada tambien de su señora :

— ¡ Las luces, apaguen las luces, por Dios!

Pero Luisa ni le oia, y si le oia no queria obedecerle,

porque temblaba de quedarse á oscuras, si posible era sentir mas terror que el que la dominaba.

Pero los dos golpes certeros de Eduardo y de Daniel no sirvieron sino para atraer sobre sí mayor número de asesinos, pues á la voz de uno de sus jefes vinieron los que estaban robando y rompiendo en el tocador; cuando se lanzaron á las sillas y la mesa, el mismo Eduardo, impaciente por aquellos obstáculos que impedian el alcance de su espada, con sus piés trataba de separar las sillas, y ya poco faltaba para que hubiese un camino expedito de la una á la otra habitacion, cuando Daniel descargó su terrible maza sobre la espalda de uno de los que se agachaban á separar una silla del lado del aposento, y el bandido vino á ocupar el lugar que despejaba Eduardo.

— ¡Salva á Amalia, Daniel, sálvala; déjame solo, sálvala! gritaba Eduardo, temblando de furor, ménos por el combate que por el obstáculo que no podia remover con las manos, porque con su espada hacia frente á los puñales y sables que habia del otro lado de ellos, miéntras que temia tropezar y caerse si intentaba separarlos de los piés.

Todo esto habria durado como diez minutos, cuando seis ú ocho de los bandidos dejaron el aposento y se retiraron por el tocador, miéntras que los restantes continuaban, á la voz del jefe que quedaba con ellos, tratando de separar los muebles caidos, pero con tal temor, que apénas habian separado dos ó tres sillas que no estaban al alcance de la espada de Eduardo.

Ninguno de los dos jóvenes estaba herido, y Eduardo en el momento en que su brazo descansaba un segundo, dió vuelta á su cabeza para ver á su Amalia, al traves de los vidrios del gabinete, contenida por un moribundo y una niña, y volviéndose á su amigo, le dijo en frances:

— Sálvala por la puerta de la sala; sal al camino, gana las zanjas de en frente; y en cinco minutos yo habré roto todas las lámparas, pasaré por el medio de esta canalla, y te alcanzaré.

— Sí, le contestó Daniel, es el único medio; ya lo sabia, pero no queria dejarte solo; ni lo quiere aun. Voy á ver de salvarla y vuelvo en dos minutos; pero no pases la barricada.

Y Daniel pasó como un relámpago á la sala, y á tiempo

que tiraba una de las lámparas y uno de los candelabros de los dos qúe habia encendidos, un tremendo golpe dado en la puerta de la sala, hizo saltar el pestillo y abrirse las hojas de par en par, entrándose en tropel una banda de aquellos demonios, de que se rodeó un gobierno nacido del infierno, y maldito para siempre jamas en la historia de las generaciones argentinas.

Un grito horrible, como si en él se arrancasen las fibras del corazon, salió del pecho de la pobre Amalia, y desprendiéndose de las manos casi heladas de Pedro, y de los débiles brazos de su tierna Luisa, corrió á escudar con su cuerpo el cuerpo de su Eduardo, miéntras Daniel tomó el sable de Pedro ya espirando, y corrió tambien al gabinete.

Pero junto con él los asesinos entraron. Y cuando Eduardo oprimia contra su corazon á su Amalia para hacerla con su cuerpo una última muralla, todos estaban ya confundidos; Daniel recibia una cuchillada en su brazo derecho; y una puñalada por la espalda atravesaba el pecho de Eduardo, á quien un esfuerzo sobrenatural debia mantener en pié por algunos segundos, porque ya estaba herido mortalmente. Y en ese momento, en que era sostenido apénas en un ángulo del gabinete por los brazos de su Amalia, miéntras que su diestra se levantaba todavía por los impulsos de la sangre, y amedrentaba á sus asesinos; y cuando Daniel en el otro ángulo, con el sable en su mano izquierda, se defendia como un héroe; en ese momento en que dos bandidos cortaban en la sala la cabeza de Pedro, unos golpes terribles se daban es la puerta de la calle. Luisa, que habia ganado el zaguan despavorida, conoce la voz de Fermin, descorre el cerrojo, y abre la puerta.

Entónces un hombre anciano, cubierto con un poncho oscuro, se precipita gritando con una voz de trueno, pero dolorida, como la voz que es arrancada del corazon por la mano de la naturaleza :

— ¡ Alto, alto, en nombre del Restaurador!

Y todos oyeron esta voz, ménos Eduardo cuya alma, en ese instante, se volaba á Dios, y su cabeza caia sobre el seno de su Amalia, que dobló exánime su frente, y quedó tendida en un lecho de sangre junto al cadáver de su esposo, de su Eduardo.

En ese instante le reloj daba las 11 de la noche.

— Aquí, padre mio, aquí; salve usted á Amalia, dijo Daniel, al oir la voz y conocer á su padre.

¡Y al mismo tiempo el jóven, que habia recibido otra profunda herida en la cabeza, caia sin voz y sin fuerzas en los brazos de su padre, que con una sola palabra habia suspendido el puñal, que esa misma palabra levantara para tanta desgracia y tanto crímen!...

ESPECIE DE EPILOGO.

La crónica, que nos revelará mas tarde quizá algo interesante sobre el destino de ciertos personajes que han figurado en esta larga narracion, por ahora solo cuenta que al siguiente dia de aquel sangriento drama los vecinos de Barrácas, que entraron por curiosidad á la quinta asaltada, no encontraron sino cuatro cadáveres : el de Pedro, cuya cabeza habia sido separada del tronco, y los de tres miembros de la Sociedad popular restauradora; y que allí estuvieron hasta la oracion de ese dia, en que fueron sacados en un carro de la policía, á la vez que eran robados los últimos objetos que quedaban en las cómodas, mesas y roperos.

Se cuenta tambien, que Don Cándido Rodríguez, despues de la muerte del señor Slade, acaecida pocas semanas despues de los sucesos que se acaban de conocer, fué obligado por un juez de paz á salir de la casa del consulado, porque decididamente se resistia á dejar el territorio de la union, aun despues de la muerte del cónsul, y de quedar la casa sin consulado.

Y de Doña Marcelina solo se sabe que un dia vino á proponerle su mano á Don Cándido, como un vivo recuerdo de los peligros que juntos habian corrido; lo que Don Cándido rechazó horrorizado.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO.

INDICE.

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO SEGUNDO.

CONTINUACION DE LA PARTE TERCERA.

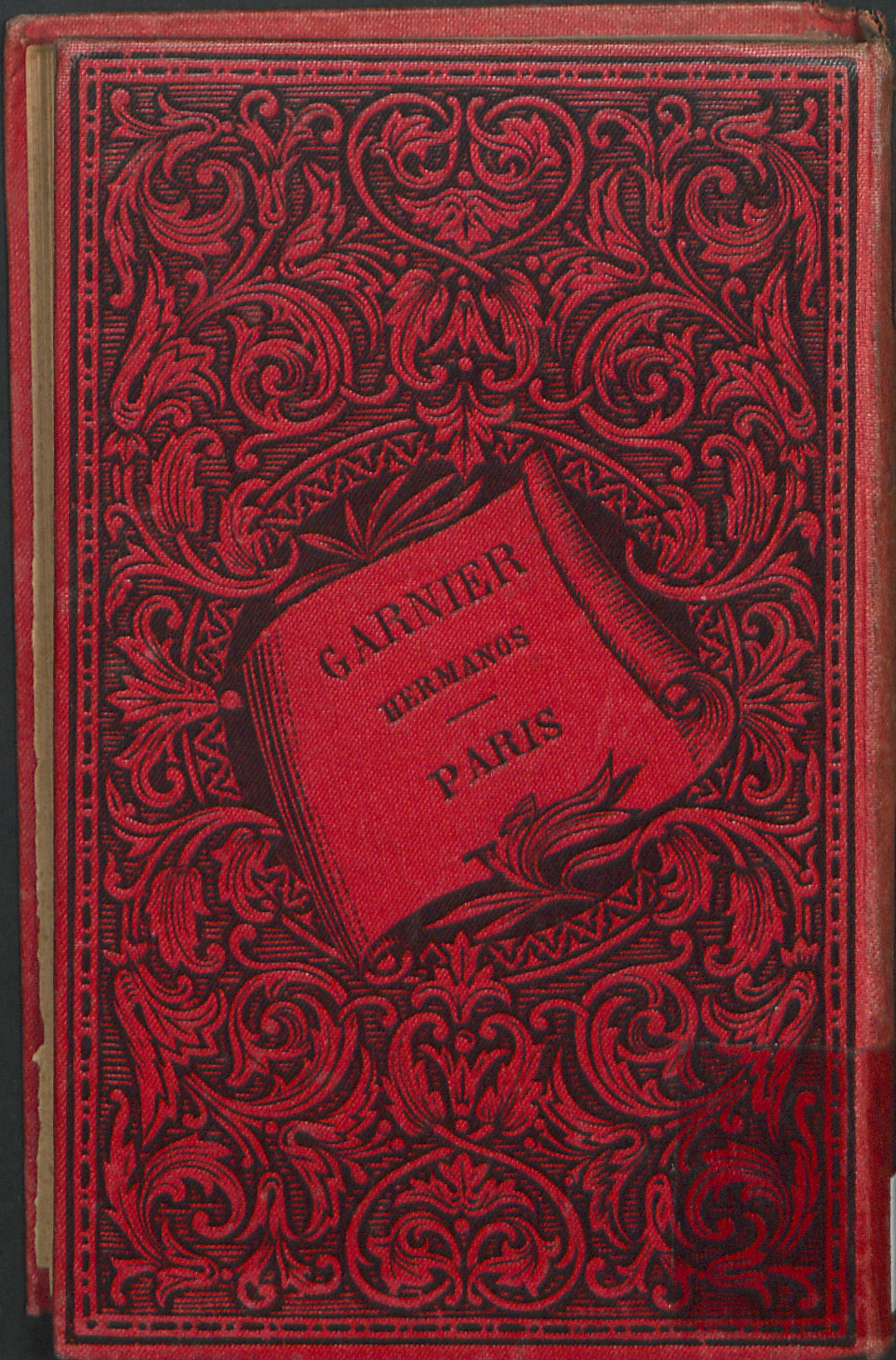
PARTE CUARTA.

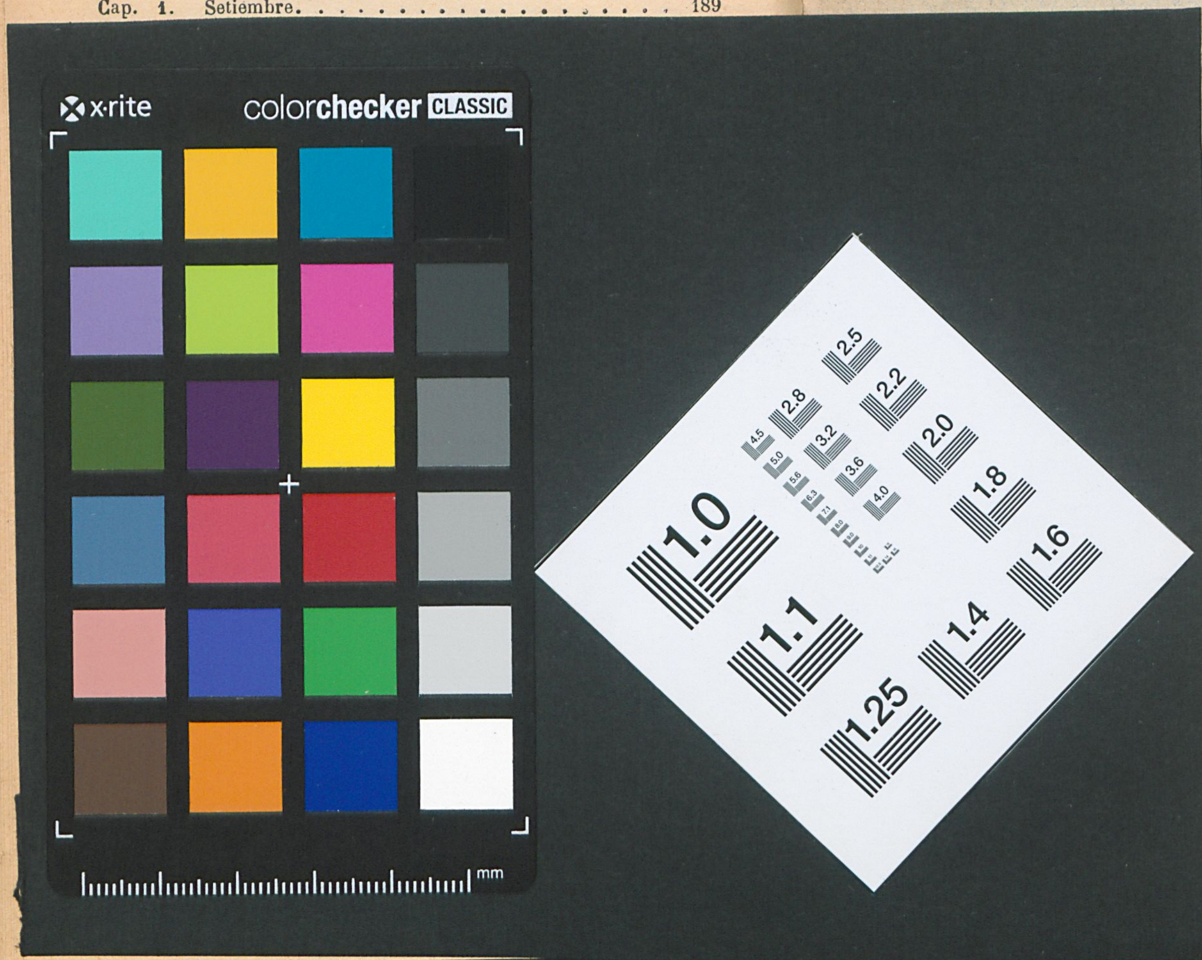
Parta Quinta.

Paris. — Tip. de Garnier Hermanos, 6, rue des Sts-Pères. 229.9.95.

5




GARNIER
HERMANOS
PARIS


x·rite
colorchecker CLASSIC
mm
1.0
1.1
1.25
1.4
1.6
1.8
2.0
2.2
2.5
2.8
3.2
3.6
4.0
4.5
5.0
5.6
6.3
7.1